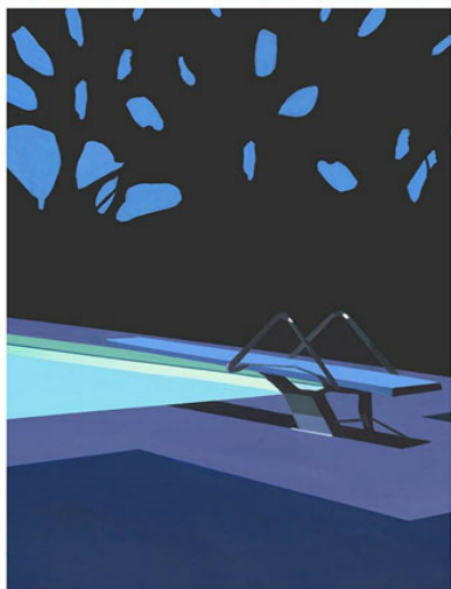


DEJAR EL
MUNDO ATRÁS
RUMAAN ALAM



se

Finalista del National Book Award en 2020, *best-seller* de *The New York Times* y uno de los libros del año según *Time*, *The Washington Post*, *The New Yorker* y Barnes & Noble, *Dejar el mundo atrás* es una historia cautivante, de una tensión creciente, que gira en torno a los rasgos más contradictorios de nuestra sociedad actual, apuntando a ese elemento de fragilidad y ambigüedad que determina nuestros vínculos personales y aflora de forma previsible en circunstancias límite.

Amanda y Clay se dirigen a un rincón remoto de Long Island con idea de tomarse un descanso de su ajetreada vida en Nueva York: un respiro de una semana de vacaciones en una casa de lujo en compañía de su hijo y su hija adolescentes. Sin embargo, el encanto se rompe una noche de tormenta cuando una pareja mayor, con aspecto cansado y la ropa desarreglada, llama a la puerta. Dicen ser los propietarios de la vivienda y se presentan allí para solicitar cobijo, aduciendo que un apagón masivo ha dejado a oscuras Nueva York y les impide llegar a su domicilio actual. Aunque en esa zona aislada —sin acceso a internet ni cobertura móvil— es imposible confirmar una noticia tan alarmante, Amanda y Clay deciden fiarse de esos dos desconocidos y los dejan entrar. Pero, ¿han tomado una buena decisión? ¿Es aquel lugar un lugar realmente seguro para su familia? Mientras la naturaleza parece trastocarse en torno a ellos, un misterioso mal los acecha y socava con rapidez su confianza: ahora son dos presas que deben luchar para sobrevivir.

«Una obra reveladora que ofrece afiladas observaciones sobre la raza, la clase social y el opulento espejismo de la seguridad, junto con una visión apocalíptica muy verosímil». *Publisher Weekly*

Rumaan Alam

Dejar el mundo atrás

ePub r1.0

Titivillus 01.07.2023

Título original: *Leave the World Behind*

Rumaan Alam, 2020

Traducción: Jofre Homedes Beutnagel

Diseño de cubierta: Jessica Brill

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Índice de contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Agradecimientos

[Sobre el autor](#)

Para Simon y para Xavier

Como el canto de los pájaros, el amor regresa
lo antes posible después de una bomba

BILL CALLAHAM, *Angela*

1

Bueno, hacía sol. Les pareció buena señal. La gente convierte cualquier nimiedad antigua en un presagio. Todo para decir que no había nubes a la vista. El sol estaba donde siempre está el sol. Un sol tenaz e indiferente.

Las carreteras confluían. El tráfico se congestionaba. Su coche gris era una campana de cristal, un microclima: aire acondicionado, el tufo de la adolescencia (sudor, pies, seborrea), el champú francés de Amanda, el roce de los desperdicios... Porque de eso siempre había: el coche era el reino de Clay, lo bastante descuidado como para que se acumularan calcetines inexplicables, el cascajo desprendido de las barritas de avena compradas al por mayor, un volante de suscripción para *The New Yorker*, un pañuelo de papel retorcido y petrificado con mocos, el plástico blanco retirado de una tirita a saber cuándo... Los niños siempre necesitaban tiritas; su piel rosa se abre como la fruta en verano.

El sol en los brazos les resultaba reconfortante. Los cristales estaban tintados con un protector que mantenía a raya el cáncer. Se comentaba que esa temporada iban a arreciar los huracanes, grandes tormentas con nombres como Alexis, Beatrice, Christina, Deanna o Evelyn. Amanda apagó la radio porque no le gustaba y porque todo era sexista, incluido el hecho de que Clay conducía, entonces y siempre. Claro que ella no tenía paciencia para sacramentos asociados a la conducción como aparcar en lados alternos de la calle o revisar el coche cada veinte mil kilómetros. Además, Clay se jactaba de esas actividades. Era profesor, cosa ligada, por lo visto, a su fruición por lo útil en la vida: atar los fajos de periódicos viejos para el reciclaje, regar la acera con bolitas anticongelantes cuando empezaba a helar, reponer las bombillas o desobstruir lavabos con un desatascador diminuto.

El coche no era ni lo bastante nuevo para ser lujoso ni lo

bastante viejo para ser bohemio. Un artículo de clase media adaptado a gente de clase media, un producto concebido más como atracción que como ofensa comprado en un concesionario con paredes de espejo, unos cuantos globos de puro trámite y menos clientes que vendedores, éstos en grupos de dos o tres haciendo sonar la calderilla en los bolsillos de los pantalones comprados en

Men's

Warehouse. A veces, en el aparcamiento, se acercaban a otro ejemplar del mismo coche (era un modelo popular, «el grafito») frustrados porque no funcionaba el sistema de apertura sin llave.

Archie tenía quince años. Llevaba unas zapatillas deformes tan largas como dos barras de pan. Bajo el aroma lácteo que lo envolvía como a los bebés olía a sudor y hormonas. Para mitigar ese hedor rociaba la pelambre de los sobacos con un producto químico: un olor inexistente en la naturaleza, el consenso de un grupo de sondeo sobre el ideal masculino. Rose prestaba más atención. Indicios de muchacha en flor: quizá un sabueso hubiera detectado el metal bajo esos efluvios de los primeros cosméticos, la predilección pubescente por manzanas y cerezas de pega. Eran, pues, una familia inmunizada contra sus olores distintivos; a un extraño lo habrían sobresaltado, pero por la autopista era imposible conducir con las ventanillas bajadas. Demasiado ruido.

—Tengo que ponerme.

Amanda levantó el teléfono para avisarlos a pesar de que nadie había dicho nada. Archie y Rose miraban sus respectivos móviles, ambos con juegos y control parental en las redes sociales. Archie se estaba mensajeando con su amigo Dillon, cuyos padres expiaban la culpa de su divorcio en marcha dejando que se pasara el verano fumando porros en el ático de su casa adosada en Bergen Street. Rose ya había subido varias fotos del viaje pese a que apenas habían cruzado los límites de la ciudad.

—Hola, Jocelyn.

Que los teléfonos sepan quién llama ahorra ciertas convenciones. Amanda era directora de contabilidad y Jocelyn, como supervisora, uno de los tres subordinados que reportaban directamente con ella, por usar la jerga actual de los despachos. De ascendencia coreana, había nacido en Carolina del Sur y a Amanda seguía pareciéndole una incongruencia su manera sureña de mascar

las palabras. Era algo tan racista que no se lo podía confesar a nadie.

—Me sabe fatal molestarte...

Respiración sincopada. Más que Amanda, lo que inspiraba temor era el poder. Amanda había comenzado su carrera en el bufete de un danés irascible con un corte de pelo que parecía una tonsura. El invierno anterior había tropezado con él en un restaurante y le habían temblado las piernas.

—No pasa nada.

No lo decía por magnanimidad. La llamada era un alivio. Amanda quería que sus compañeros de trabajo la necesitaran como Dios quiere que la gente siga rezando.

El repiqueteo de los dedos de Clay en el volante de cuero obtuvo una mirada sesgada de su mujer. Él echó un vistazo al retrovisor para comprobar que los niños seguían ahí, costumbre que se remontaba a cuando eran muy pequeños. Respiraban con regularidad. El efecto de los móviles sobre ellos era como el de esas flautas bulbosas en las cobras.

Ninguno de los cuatro veía el paisaje. El cerebro condiciona al ojo; nuestras expectativas sobre algo acaban por imponerse a ese algo. Pictogramas amarillos y negros, montículos difuminados en muros de hormigón prefabricados, algún atisbo ocasional de paso elevado o a nivel, campo de béisbol, piscina... Siempre que cogía una llamada, Amanda asentía con la cabeza no por deferencia o cortesía hacia su interlocutor, sino para demostrarse lo comprometida que estaba. A veces olvidaba escuchar con tanto movimiento.

—Jocelyn... —Buscaba un consejo. Más que una indicación determinada, lo que Jocelyn necesitaba era su consentimiento. La jerarquía laboral era arbitraria, como todo—. Perfecto, me parece muy bien. Ahora estamos en la autopista. Tranquila, llama cuando quieras, aunque la cobertura irá empeorando a medida que nos alejemos. Tuve el mismo problema el verano pasado, ¿te acuerdas? —Hizo una pausa avergonzada. ¿Por qué iba a recordar aquella subalterna sus vacaciones del año anterior?—. ¡Este año vamos aún más lejos! —Intentaba convertirlo en una broma—. Pero da igual, ¿vale? Tú llama o escíbeme un correo, faltaría más. Suerte.

—¿Todo bien en la oficina?

Clay nunca podía resistirse a decir «la oficina» con retintín. Era una sinécdoque de la profesión de Amanda, de la cual tenía una comprensión bastante amplia, pero no total. Siempre es mejor que los cónyuges tengan vidas propias, y las de Amanda y Clay estaban bien diferenciadas. Podía ser una de las razones de su felicidad. La mitad de las parejas que conocían, si no más, estaban divorciadas.

—Sí, perfecto.

Uno de los lugares comunes a los que más recurría Amanda era que un buen porcentaje de empleos no se distinguen unos de otros puesto que todos consisten en intercambiar correos para evaluar el trabajo en sí. La jornada laboral constaba de varios comunicados sobre lo que se llevaba de jornada, un poco de amabilidad burocrática, setenta minutos de pausa para el almuerzo, veinte deambulando por la oficina abierta y veinticinco para tomar café. A veces sospechaba que su participación en aquella charada era una tontería; otras, que era necesaria y urgente.

Circularon relativamente bien hasta que las carreteras dejaron de serlo para transformarse en avenidas o calles, como el arduo tramo final en el regreso de un salmón, pero con medianas llenas de plantas y pequeños centros comerciales con manchas de humedad en el estuco. Las poblaciones se dividían en plebeyas (llenas de centroamericanos) y acomodadas (donde vivía la mesocracia pequeñoburguesa, una amalgama blanca de fontaneros, interioristas y agentes inmobiliarios). Los ricos de verdad vivían en otro mundo, un territorio al que sólo se llegaba por casualidad, como a Narnia, siguiendo carreteras llenas de badenes hasta la inevitable conclusión: el final de un camino, una mansión de recia techumbre, un estanque vislumbado... El aire era ese dulce cóctel de brisa marina y azar que les va bien a los tomates y al maíz, aunque también cabía detectar notas de coches de lujo, obras de arte y tejidos suaves de los que abandonan los ricos en sus sofás.

—¿Paramos un momento? —Clay bostezó al final de la frase con un ruido estrangulado.

—Me muero de hambre. —Hipérbole de Archie.

—¡Vamos al Burger King! —Rose acababa de avistarlo.

Clay notó que su mujer se ponía tensa. Ella prefería que comieran sano (sobre todo Rose). Clay captaba su desaprobación a la manera de un sónar. Era como el palpitir que presagiaba una

erección. Llevaban dieciséis años casados.

Amanda comió unas patatas fritas. Archie pidió una cantidad grotesca de pollo frito. Metió aquellas briquetas conglomeradas en una bolsa de papel, añadió patatas (también fritas), derramó la salsa oscura, dulce y pegajosa de un pequeño recipiente con tapa de aluminio y se puso a deglutir con cara de felicidad.

—¡Qué asco! —Rose tenía en alta estima a su hermano porque era su hermano. Ella estaba comiendo una hamburguesa con menos delicadeza de la que se atribuía; tenía churretes de mayonesa en los labios rosados—. Mamá, Hazel ha compartido conmigo una ubicación en Google Maps. ¿Puedes mirarla para ver a cuánto queda su casa?

Amanda aún recordaba el impacto que le producía lo ruidosos que eran sus hijos cuando les daba el pecho, el ruido como de cañerías que hacían al mamar entre eructos desapasionados y flatulencias en sordina, como de petardo defectuoso: pura animalidad descarada. Echó el brazo hacia atrás para coger el móvil de la niña, un aparato grasiento de comida y dedos pringosos aún caliente por el exceso de uso.

—Cerca no va a estar, cariño.

Más que una amiga, Hazel era una de las obsesiones de Rose. Su padre era directivo de Lazard, aunque Rose no tenía edad para entender eso. Seguro que las vacaciones de las dos familias no se parecían mucho.

—Vale, pero míralo. Dijiste que igual podíamos acercarnos.

Era el tipo de concesión medio distraída que Amanda lamentaba más tarde porque los niños recordaban sus promesas.

Miró el móvil.

—Está en East Hampton, cielo, a una hora como mínimo. Más, dependiendo del día.

Rose se apoyó en el respaldo audiblemente disgustada.

—¿Me devuelves el móvil, por favor?

Amanda se volvió para mirar a su hija, roja de contrariedad.

—Lo siento, pero no quiero pasarme dos horas en atascos de verano porque hayáis quedado para jugar, y menos ahora que estoy de vacaciones.

Rose se cruzó de brazos e hizo un mohín bélico. ¡Quedar para jugar! Era insultante.

Archie masticaba contemplando su reflejo en la ventanilla.

Clay conducía y comía. Amanda se enfadaría mucho en caso de accidente mortal causado por un esposo distraído con un bocadillo de setecientas calorías.

Las carreteras seguían estrechándose. Puestos de fruta y verdura en algunos de los desvíos (se fían de ti: dejás cinco dólares y te llevas una tarrina de fieltro verde con frambuesas pudriéndose en sus jugos y una caja de madera). Era todo tan verde que resultaba un poco delirante, la verdad. Daban ganas de comérselo: bajar del coche y ponerse a cuatro patas para mordisquear la tierra.

—Que nos dé un poco el aire.

Clay bajó todas las ventanillas para aventar la peste de sus flatulentos hijos. Redujo la velocidad porque la carretera era sinuosa, seductora, una cadera, con cambios constantes de sentido. Buzones de diseño como el lenguaje secreto de los vagabundos: buen gusto y dinero a espuestas, pasa de largo. Los árboles eran tan frondosos que no se veía nada. Algunas señales anunciaban la vecindad de ciervos idiotas acostumbrados a la presencia humana: salían tan tranquilos a la calle con las pupilas dilatadas y por lo tanto ciegos. Se veían sus cadáveres por todas partes, de color avellana, abotargados por la muerte.

Detrás de una curva se encontraron con otro vehículo. Cuando tenía cuatro años, Archie les habría dicho que era un tráiler con enganche cuello de cisne, un transporte vacío remolcado por un tractor resuelto. El conductor hizo como si no viera el coche que tenía detrás: la indiferencia típica de los aborígenes ante una especie invasora conocida. El tráiler superaba laboriosamente los altibajos de la carretera y tardó casi dos kilómetros en desviarse hacia su granja nativa. Para ese entonces, el hilo de Ariadna, o lo que los uniera a los satélites de arriba, se había roto. El GPS no tenía ni idea de dónde estaban y tuvieron que seguir las indicaciones que Amanda, reina de la planificación, tuvo la prudencia de anotar en su libreta. A la izquierda, luego a la derecha, luego a la izquierda, otra vez a la izquierda, casi dos kilómetros, y de nuevo a la izquierda, luego tres y pico más, y otra vez a la derecha. No del todo perdidos, pero tampoco del todo no perdidos.

2

Era una casa de ladrillo pintada de blanco. Había algo cautivador en esa transformación del rojo. Parecía vieja pero nueva, sólida pero ligera. Quizá el deseo de ver encarnada esa contradicción en una casa, un coche, un libro o unos zapatos fuera intrínsecamente americano o sólo un anhelo moderno.

La había encontrado Amanda en una web de alquileres. «La escapada definitiva», proclamaba el anuncio. La descripción estaba escrita en un simpático lenguaje comercial que ella apreciaba: «Entra en nuestra bonita casa y deja el mundo atrás.» Le pasó a Clay el portátil, lo bastante caliente para incubar tumores en su abdomen, y él contestó con alguna evasiva al tiempo que asentía.

Amanda, sin embargo, insistía en aquellas vacaciones. Con el ascenso le habían subido el sueldo. Faltaba muy poco para que Rose se diluyera en el desdén del instituto. Por un lapso efímero, los niños aún eran básicamente niños, aunque Archie rozase el metro ochenta. Aún recordaba la aguda voz infantil de Archie y el peso de Rose en la cadera, aunque ya no pudiera oírlo ni sentirlo. Algo manido, pero ¿qué recordarás en tu lecho de muerte? ¿La noche en que llevaste a tus clientes a cenar al viejo asador de la calle 36 y les preguntaste por sus esposas o aquel baño en la piscina con tus hijos y sus oscuras pestañas perladas de agua clorada?

—Tiene buena pinta. —Clay apagó el motor.

Los niños se desabrocharon los cinturones, abrieron las puertas y saltaron a la grava tan ávidos e impetuosos como agentes de la Stasi.

—No os alejéis —dijo Amanda, aunque era algo absurdo.

No había adonde ir. Al bosque, a lo sumo. Le preocupaba, eso sí, la enfermedad de Lyme. Eran hábitos de madre: intervenir para afirmar su autoridad. Ya hacía tiempo que los niños habían dejado de escuchar sus quejas cotidianas.

Bajo los zapatos de piel de Clay, los de conducir, la grava sonó a grava.

—¿Cómo entramos?

—Con un código. —Amanda consultó su móvil. No había cobertura. Ni siquiera estaban en una carretera. Lo levantó por encima de la cabeza, pero nada, no se llenaban las barritas. Había guardado la información—. La caja de seguridad está... en la valla, al lado del calentador de la piscina. Código 6-2-9-2. La llave de dentro abre la puerta lateral.

La casa estaba resguardada por un seto esculpido, el orgullo de alguien, como una barrera de nieve o un muro. Una empalizada blanca ceñía el jardín delantero sin rastro alguno de ironía. Alrededor de la piscina había otra valla, de madera y alambre en este caso. Así no pagaban tanto de seguro y, por otro lado, los dueños de la casa sabían que un ciervo despistado, por bonito que fuese, podía ser un engorro: si estabas dos semanas fuera, los muy tontos se ahogaban, se hinchaban y reventaban dejándolo todo perdido, un horror. Clay fue a buscar la llave. Envuelta en la humedad de la insólita tarde, Amanda se quedó escuchando el extraño sonido del silencio casi absoluto que añoraba, o decía añorar, por vivir en la ciudad. Se percibía la rítmica actividad de un insecto o una rana o quizá de ambos animales. También el viento revolviendo las hojas y la vaga existencia de un avión o un cortacésped, salvo que fuera el tráfico de una carretera lejana que llegaba a los oídos como los persistentes embates del mar cuando estás cerca de él. Ellos no estaban cerca del mar. No, no podían permitírselo, pero, gracias a un acto de voluntad, casi lo oían como una merecida recompensa.

—Ya está —dijo Clay cuando abrió con la llave: tenía la innecesaria costumbre de narrar lo que hacía, algo que luego lo avergonzaba.

Dentro reinaba el típico silencio de las casas caras. Esa calma significaba que era un edificio construido como Dios manda, sólido, con órganos que funcionaban en feliz armonía: la respiración del aire acondicionado central, la vigilancia de la nevera suntuosa, la fiable inteligencia de múltiples pantallas digitales que daban la hora casi en sincronía... Las luces de fuera se encenderían en un instante programado. Una casa que a duras penas requería la presencia

humana. El suelo era una tarima de grandes planchas obtenidas en una antigua fábrica de algodón de Utica, tan bien ensambladas que no se oía el menor crujido o protesta. Las ventanas estaban tan limpias que una vez al mes aproximadamente un pájaro común calculaba mal su trayectoria y perecía en la hierba con el cuello partido. Unas manos eficaces habían subido las persianas, bajado el termostato, aplicado limpiador a todas las superficies y metido el aspirador sin cable en los resquicios del sofá para absorber azules briznas de nachos ecológicos y alguna que otra moneda díscola de diez centavos.

—¡Qué bonito!

Amanda se quitó los zapatos en la puerta; era una firme partidaria de quitarse los zapatos en la puerta.

—Es precioso.

Las fotos de la web eran una promesa que acababa de cumplirse: las lámparas colgadas sobre la mesa de roble, por si te apetecía hacer un puzle por la noche, la cocina insular de mármol gris donde ya te veías amasando pan, el doble fregadero al pie de una ventana con vistas a la piscina, los fogones con su grifo de cobre para poder llenar la cazuela sin tener que moverla... Los dueños de la casa eran lo bastante ricos para ser exquisitamente esmerados. Amanda fregaría los platos en esas pilas mientras fuera, justo al otro lado, Clay se hacía cargo de la barbacoa con una cerveza en la mano, atento a los niños, que jugarían a Marco Polo en la piscina.

—Voy a por las cosas. —El subtexto de Clay estaba claro: iba a fumarse un cigarrillo, vicio teóricamente secreto.

Amanda paseó por la casa. Había una sala grande con televisor y una cristalera que daba a la terraza. Había dos dormitorios, más bien pequeños, con combinaciones de color azul celeste y marino, y un baño en medio accesible desde ambos. Había un armario con toallas de playa, una lavadora con la secadora encima y un largo pasillo que llevaba al dormitorio principal entre inofensivas escenas de playa en blanco y negro. Imperaba el buen gusto y no faltaba detalle: una caja de madera ocultaba la botella de plástico con detergente para la lavadora y una concha enorme acunaba una pastilla de jabón aún en su envoltorio de papel. La cama de matrimonio era tan enorme que jamás habrían podido subirla por las escaleras hasta el tercer piso donde vivían. El baño en suite era

todo blanco (baldosas, lavabo, toallas, jabón, un níveo cuenco de conchas blancas), inspirado por esa curiosa fantasía de pureza que pretende eludir la realidad de nuestros excrementos. Excepcional y por tan sólo trescientos cuarenta dólares al día más gastos de limpieza y una fianza. Desde el dormitorio, Amanda veía a sus hijos, que, enfundados ya en sus bañadores de licra de secado rápido, iban lanzados hacia el borde de la piscina, plácida y azul: Archie, de extremidades largas y ángulos agudos, con un pecho apenas convexo en cuyos pezones rosa brotaban botones marrones, y Rose, curvilínea y bamboleante, con pelusa de bebé, piernas un poco anchas para el bañador a topos de una pieza y las partes íntimas marcadas. Después de un grito festivo se oyó el delicioso chapoteo. En el bosque se sobresaltó algo que revoloteó destacándose sobre el marrón uniforme del paisaje: dos pavos gordos, necios y molestos por la intromisión. Amanda sonrió.

3

Amanda se ofreció voluntaria para ir a hacer la compra. Habían visto un súper en la carretera, de modo que desanduvo el camino despacio con las ventanillas bajadas.

Era un supermercado de temperatura gélida, luz fuerte y pasillos anchos. Compró cereales, yogures y arándanos. Compró pavo en lonchas, pan integral, mostaza granulada color barro y mayonesa. Compró bolsas de patatas fritas, nachos y salsa de tarro con mucho cilantro a pesar de que Archie se negaba a comerlo. Compró salchichas ecológicas, panecillos baratos y el mismo ketchup que compraba todo el mundo. Compró limones fríos y duros, agua con gas, vodka

Tito's

y dos botellas de vino tinto de nueve dólares. Compró espaguetis, mantequilla salada y una cabeza de ajos. Compró beicon en lonchas gruesas, un kilo de harina y una botella de jarabe de arce (doce dólares) con superficie poliédrica (como de perfume hortera). Compró medio kilo de café molido, tan fuerte que el olor traspasaba el envase al vacío, y filtros para cafetera de tamaño cuatro hechos con papel reciclado. ¿Conciencia ecológica? ¡Por supuesto! Compró un paquete de tres rollos de papel de cocina, protector solar en aerosol y aloe, porque los niños habían heredado la piel clara de su padre. Compró esas galletitas saladas tan exquisitas que sacas cuando tienes invitados, pero también las Ritz, las que prefiere todo el mundo, un queso cheddar del que se desmiga, un humus con extra de ajo, un salami sin cortar y esas zanahorias repulidas hasta el tamaño de los dedos de un niño. Compró galletas Pepperidge Farm, tres botes de helado Ben and Jerry, que es políticamente virtuoso, un preparado para bizcocho Duncan Hines y un bote de cobertura de chocolate Duncan Hines, del de tapa de plástico rojo, porque ser madre le había enseñado que cuando llueve en

vacaciones, lo cual es inevitable, puedes entretenerte haciendo un pastel de sobre. Compró dos calabacines tumefactos, una bolsa de guisantes y un kale rizado tan verde que era casi negro. Compró una botella de aceite de oliva, una caja de donuts Entemann, unos cuantos plátanos, una bolsa de nectarinas blancas, dos envases de plástico de frambuesas, una docena de huevos morenos, una caja de plástico de espinacas lavadas, un recipiente de plástico con aceitunas y unos tomates del país (con vetas verdes y de un naranja impactante) envueltos en un celofán estrepitoso. Compró un kilo de ternera picada, dos bolsas de bollos enharinados para hamburguesas y un tarro de pepinillos locales. Compró cuatro aguacates, tres limas y un manojo de cilantro con arena a pesar de que Archie se negaba a comerlo. La compra le costó más de doscientos dólares, pero no importaba.

—Necesitaré ayuda.

El individuo que metía los artículos en bolsas de papel marrón podía ir aún al instituto o tal vez no. Llevaba una camiseta amarilla, tenía el pelo castaño y daba la impresión de ser todo él cuadrado, como si lo hubieran tallado en un bloque de madera. Verlo mover las manos le despertó algo dentro, pero era lo que tenían las vacaciones, ¿no?, que te ponían cachonda, que todo parecía posible, incluso una vida completamente distinta de la habitual. Ella, Amanda, podía ser una madre tentadora que succionase la ardiente lengua de un postadolescente en el aparcamiento del Stop and Shop o sólo una de tantas urbanitas que gastaban demasiado dinero en demasiada comida.

El chico, o tal vez hombre, puso las bolsas en un carrito y la siguió al aparcamiento. Las metió en el maletero. Ella le dio un billete de cinco dólares.

Se quedó sentada, con el coche en punto muerto, para ver si tenía cobertura. El chute de endorfinas de los correos entrantes (Jocelyn, Jocelyn, Jocelyn, el director de la agencia, un cliente, dos circulares del director de proyectos) fue casi tan sexual como el revuelo de antes por el joven de las bolsas.

En el trabajo no había novedades significativas, aunque era un alivio estar segura y no preocupada por que las hubiera. Encendió la radio. Reconocía a medias la canción. Paró en la gasolinera y le compró un paquete de Parliament a Clay. Estaban de vacaciones.

Por la noche, tras las hamburguesas, las salchichas y los calabacines a la plancha, tras los cuencos de helado con trocitos de galleta por encima (y quizá fresas cortadas) cabía la posibilidad de que follaran. No de que hicieran el amor. Eso se hacía en casa. Durante las vacaciones se follaba con sudor, humedad y el encanto de lo ajeno sobre unas sábanas Pottery Barn pertenecientes a otros. Luego saldrían y se meterían en la piscina climatizada para que los limpiara el agua, fumarían sendos cigarrillos y hablarían de lo que hablan quienes llevan casados tanto tiempo como ellos: dinero, hijos, delirios inmobiliarios (¡qué bonito sería tener una casa como ésa en propiedad!). También podían no hablar de nada, que es el otro placer de un largo matrimonio. Verían la tele. Volvió a la casa de ladrillo pintado.

4

Clay se ató la toalla a la cintura. El gesto de abrir una puerta de dos hojas era intrínsecamente majestuoso. Dentro hacía frío y fuera, mucho calor. Los árboles estaban podados para que no dieran sombra a la piscina. Aquel sol mareaba. Sus pies húmedos dejaban marcas en el suelo de madera. Se borraban al cabo de unos segundos. Atajó por la cocina y salió por la puerta lateral. Al sacar sus cigarrillos de la guantera y pisar la grava, hizo una mueca de dolor. Se sentó en el césped de delante, a la sombra de un árbol, y se puso a fumar. Debería haberse sentido culpable, pero el tabaco era un cimiento del país. ¡Fumar te ligaba a la historia! Era un acto patriótico (o al menos lo había sido) como tener esclavos o matar a los cheroquis.

Resultaba agradable estar sentado fuera, medio desnudo, con la piel expuesta a un sol y un aire que te recordaban esa condición animal compartida con los otros mamíferos. Podría haberse sentado desnudo. No había ninguna otra casa ni ninguna señal de vida humana excepto un puesto de fruta y verdura a casi un kilómetro por la carretera que los había llevado hasta allí. En otro tiempo practicaba una desnudez empedernida: Archie, todo huesos menudos y risas, en la bañera con sus padres, pero con la edad se te pasaba, salvo que fueras un hippy.

No oía a los niños jugando en la piscina. La casa que los separaba no era tan grande, pero los árboles absorbían el ruido como el algodón la sangre. Se sentía a salvo, mimado, abrazado, con el mundo mantenido a raya por la muralla del seto. Se imaginó, como si lo estuviera viendo, a Amanda a la deriva en una tumbona inflable fingiendo dignidad (difícil: hasta al pato le falta, en cierto modo, porque las ondulaciones del agua siempre son ridículas) y leyendo *Elle*. Se desató la toalla y se tumbó. Le picaba la hierba en la espalda. Contempló el cielo. Sin pensarlo, en el fondo (pero

también pensándolo en cierto modo), su mano derecha fue bajando hasta la parte delantera de su bañador de J. Crew y empezó a manosear su pene, que el agua había dejado frío y pusilánime. Las vacaciones ponían cachondo.

Se sentía ligero, sin ataduras, aunque tampoco es que tuviera muchas. Le habían encargado reseñar un libro para *The New York Times Book Review* y se había llevado el portátil. Sólo necesitaba novecientas palabras. En un par de horas habría acostado a la familia, se habría servido un whisky con hielo y estaría sentado sin camisa en la terraza iluminando la noche con el portátil y fumando. Entonces le vendrían las ideas y tras ellas las novecientas palabras. Clay era diligente, pero también un poco perezoso (y lo sabía). Quería que le pidieran recensiones para *The New York Times Book Review*, aunque en el fondo no le apetecía escribir nada.

Era profesor numerario y Amanda ostentaba el cargo de directora, pero no tenían aquel suelo mayestático ni aire acondicionado central. La clave del éxito era ser hijo de padres que habían tenido éxito. Aun así, durante una semana podrían hacer como si fueran los dueños. Su pene se irguió para saludar al sol, completamente tieso después de unos saltitos iniciales en reacción al porte de la casa. Encimeras de mármol, una lavadora Miele y Clay tenía una erección completa con la minga sobre la barriga como la aguja de una brújula en busca del Norte.

Apagó el cigarrillo sintiéndose culpable. Siempre llevaba encima chicles o pastillas para el aliento. Se ató la toalla a la cintura y entró en la casa. El cubo de la basura se deslizaba sobre ruedecitas por debajo de la encimera. Remojó la colilla en el grifo (sólo le faltaba incendiar la casa) y la hundió entre la porquería. Al lado del fregadero había un dispensador de cristal con jabón de limón. Por la ventana veía a su familia. Rose estaba enfrascada en uno de sus juegos. Archie hacía dominadas en el trampolín levantando hacia el cielo su cuerpo flaco, con unos hombros huesudos y rosáceos como la carne poco hecha.

A veces, al mirar a su familia, lo inundaban las ganas de actuar, de obrar prodigios para ellos. Os construiré una casa u os tejeré un jersey, lo que haga falta. ¿Que os persiguen lobos? Haré un puente con mi cuerpo para que podáis cruzar el barranco. Eran lo único que le importaba, aunque, claro, ellos no acababan de entenderlo

porque en eso consiste el contrato paternofilial. Encontró un partido de béisbol en la radio. No le interesaba el béisbol, aunque se animaba oyendo la descripción de las jugadas, como un cuento antes de dormir. Echó dos paquetes de carne picada en un cuenco grande (Archie se comería tres hamburguesas), cortó una cebolla blanca en dados, la añadió, echó una pizca de sal y pimienta y un poco de salsa Worcestershire, como quien se perfuma la muñeca. Después de dar forma a las hamburguesas, las alineó en una fuente. Luego cortó el cheddar en lonchas y los panecillos por la mitad. Como se le resbalaba la toalla, se lavó las manos manchadas de carne y se la ató mejor. Llenó un cuenco de cristal con patatas fritas y salió con la comida. Cada paso que daba le producía una sensación familiar, como si llevase toda la vida preparando almuerzos de verano en esa cocina.

—Dentro de poco comemos —avisó.

Nadie se dio por aludido. Abrió el gas y utilizó el encendedor largo para prender el fuego. Atento a la carne, medio desnudo, pensó que debía de parecer un cavernícola, algún antepasado del que no quedaba memoria. ¿Quién le decía que no había habido alguno en ese mismo sitio? Milenios antes, o quizá sólo siglos, algún iroqués con el torso desnudo y un taparrabos de piel habría atizado el fuego para que la carne de su carne pudiera comer carne. La idea hizo que sonriera.

5

Comieron en la terraza sin mucha más vestimenta que unas toallas de colores estridentes y servilletas de papel manchadas de ketchup. Hamburguesas grandes como discos de hockey entre dos trozos de pan esponjoso. Rose era especialmente sensible a los agrios encantos de las patatas fritas con sabor a vinagre. Tenía migas y grasa en la barbilla. A Amanda le encantaba que aún conservara rasgos infantiles. Una cosa era su cerebro y otra, su cuerpo: sería cosa de las hormonas de la leche o la cadena alimentaria o el agua del grifo o el aire, a saber...

Hacía tanto calor que los padres ni siquiera rogaron a los hijos que pasaran por la ducha. Dejaron que derrumbasen en el sofá tapizado a cuadros sus cuerpos carnosos; larguirucho el de Archie, pletórico el de Rose: costillas marcadas y una constelación de lunares; hoyuelos en los codos y pelusa en la barbilla. Rose quería ver dibujos y Archie se sentía secretamente tonificado por la animación: ¡nostalgia de su propia infancia! La piel le hormigueaba por el frío del aire acondicionado. El sofá, nuevo para él, era blando. Se notaba embotados el cerebro y la boca por todo un día de calor y ejercicio. Estaba demasiado exhausto para levantarse a por otra hamburguesa, que ya se habría enfriado y que se comería de pie en la cocina, tras bañarla en ketchup, con el frío de las baldosas en los pies. En un rato voy, pensó, pero se lo suplicaba el cuerpo, hambriento por tantas horas en la piscina o quizá por tantas horas sin moverse en el coche; siempre se notaba el cuerpo igual.

Amanda fue a ducharse. El agua caía de la alcachofa, fija en el techo, como si lloviese. La puso lo más caliente que pudo para que se llevara los restos de protector solar, que siempre le pareció vagamente tóxico: más vale prevenir, etcétera. Llevaba el pelo ni largo ni corto, sin flequillo, hecho que le daba un aspecto juvenil nada bueno para el ecosistema del trabajo. Reflejaba el choque de

dos vanidades: el deseo de parecer una directiva eficiente y no una jovencita femenina. Amanda sabía que daba la imagen del tipo de mujer que era. Se veía de lejos. El aplomo y los gestos, la ropa y la manera de arreglarse, todo la identificaba como lo que era.

Su cuerpo aún contenía el calor del sol. La piscina le había dado a lo sumo un respiro, tibio como agua de bañera. Se notaba los brazos y las piernas gruesos, espléndidos. Tenía ganas de acostarse y quedarse dormida. Se le fueron los dedos hacia las partes de sí misma donde más a gusto se encontraban, no en busca de un placer interno, sino de algo más cerebral: la confirmación de que existía, sus hombros, sus pezones, sus codos, toda ella. ¡Qué maravilla tener un cuerpo, algo que te contiene! Las vacaciones eran para realojarse en el cuerpo.

Se envolvió el pelo en una toalla blanca, como las protagonistas de ciertas películas. Después se embadurnó la piel con crema y se puso los pantalones holgados de algodón que le gustaba llevar en la cama durante el verano con una camiseta vieja cuyo logo ya no le decía nada. Era imposible controlar la procedencia de todos sus bienes terrenales. El algodón de la camisa estaba tan gastado que brillaba. Amanda se sentía viva; no sexy necesariamente, pero sí sexual con la expectativa de Clay, que era más seductora como tal que como interacción en sí. Quererlo aún lo quería, y él, además, conocía su cuerpo (¿cómo no iba a conocerlo después de dieciocho años!), pero Amanda era humana y no le habría importado experimentar algo nuevo.

Miró el salón por el resquicio de la puerta. Sus hijos parecían aturdidos, gruesos, como dos odaliscas encima del sofá. Su marido estaba inclinado hacia su móvil.

—Veinte minutos y a dormir. —Lanzó una mirada sugerente a Clay y cerró la puerta a su espalda.

Se quitó los pantalones y se metió en el percal fresco de la cama. No corrió las cortinas: que mirasen los ciervos, los búhos, los pavos esos tan tontos que no sabían volar; que admirasen el ancho músculo dorsal de Clay, todavía impresionante (remaba dos veces por semana en el New York Sports Club), donde a Amanda le encantaba clavar los dedos; que olieran la agradable peste de sus sobacos peludos; que aplaudiesen los fructíferos lamidos de su lengua sobre ella.

La casa estaba demasiado lejos del mundo para tener cobertura de móvil, pero lo que había era wifi, con una contraseña absurdamente larga (018HGF234WRH357XIO) para protegerla de..., ¿de quién, de los ciervos, los búhos, los pavos esos tan tontos que no sabían volar? Fue dando golpecitos en el cristal para escribir la clave, aleatoria como la güija o el rosario; luego se estableció la conexión y empezaron a apilarse los correos electrónicos: ¡cuarenta y uno! Qué necesaria se sentía, qué añorada, qué querida.

En su cuenta personal se enteró de que había cosas en venta, de que el club de lectura al que tenía la intención de unirse estaba organizando una reunión para el otoño y de que en *The New Yorker* había un artículo sobre un director de cine bosnio. En su cuenta del trabajo había preguntas e inquietudes, gente que solicitaba su participación, su opinión, sus consejos. Todos habían recibido la respuesta de «estoy fuera de la oficina», alegre y contundente. Aun así, rompió la promesa de responder cuando volviera. No, a X no. Sí, a Y mándale un mensaje. Pregúntale a tal por esto y por lo otro. Sólo un recordatorio, un seguimiento sobre tal o cual tema con tal o cual persona.

Se le empezó a dormir el brazo por el esfuerzo de aguantar el teléfono, demasiado pequeño. Al ponerse boca abajo percibió el calor de su cuerpo en la sábana, de modo que el calor que se transfirió a su vulva era el de su propio cuerpo e ir cambiando de postura en la cama se convirtió en un acto masturbatorio. Se notaba limpia, lista para notarse sucia, pero fue leyendo los correos, distrayéndose hasta que por fin llegó Clay, que olía a tabaco furtivo y al limón del vodka.

El calor de la ducha le había suavizado a Amanda la columna como se ablanda una barra de mantequilla a temperatura ambiente. Las clases de vinyasa a las que iba muy de vez en cuando la habían enseñado a prestar más atención a sus huesos. Dejó que cedieran y se relajó renunciando a su habitual determinación de no hacer lo más guarro que se les pudiera ocurrir entre los dos. Dejó que le metiera la mano por el pelo y le sujetase la cabeza con firmeza y suavidad contra la almohada, convertida la garganta en un pasaje, un hueco que llenar. Se permitió gemir con más fuerza que en casa (gracias al largo pasillo que los separaba de los cuartos de los niños). Subía y bajaba las caderas para restregarse contra la boca de

Clay, y luego (al cabo de lo que le pareció una eternidad, aunque sólo fueron veinte minutos) acogió en su boca aquel lánguido pene asombrada por el sabor de su propio cuerpo.

—¡Madre mía! —A Clay le costaba respirar.

—Tienes que dejar de fumar.

Amanda temía que sufriera un ataque al corazón. Ya no eran tan jóvenes. Todas las madres se han planteado perder a un hijo. En cuanto a la teórica muerte de su esposo, a Amanda no le quedaban emociones. Se decía que volvería a enamorarse. Era un buen hombre.

—Es verdad. —Clay lo dijo por decir. Con los pocos placeres que quedaban en la vida moderna...

Amanda se levantó y se despezó, felizmente pegajosa y con ganas de fumarse también ella un cigarrillo; así se marearía un poco distanciándose de lo que acababan de hacer, algo necesario después de fornicar con alguien, incluso con alguien conocido. ¡No era yo de verdad! Abrió la puerta y la asombró encontrar una noche tan sonora. Grillos, o los bichos que fueran, pisadas potencialmente siniestras en las hojas secas del bosque más allá del césped, la brisa que lo movía todo con sigilo... Igual hasta hacía algún ruido el crecimiento vegetal, un

cric-cric

casi inaudible de la hierba al avanzar, el pálpito como de corazón de las hojas de roble recorridas por la clorofila.

Tuvo la sensación de que la estaban observando, si bien fuera no había nadie, ¿verdad? Sintió un escalofrío involuntario al pensarlo y luego el refugio de la ilusión adulta producida por la seguridad.

Salieron a la terraza desnudos como neandertales, sin más luz que una esquirla filtrada por la puerta de cristal. Clay levantó la tapa del yacuzzi y se sumergieron en la espuma con sonrisas sensuales, satisfechas, mientras se le empañaban las gafas por el vapor. Los ojos de Amanda se adaptaron a la oscuridad. La piel blanca de Clay en todo su contraste. Lo veía tal como era, pero lo quería.

6

Nadie había comprado cereales. Más que un sabor concreto, lo que quería Archie era la sensación del cereal empapado en leche. Bostezó.

—Lo siento, campeón, ya te hago una tortilla.

Su padre jugaba estúpidamente a ser el mejor preparador de desayunos. Aunque cocinase bien (siempre ponía mantequilla al pan y volvía a meterlo en el horno para que se impregnase bien y se reblandeciera como si ya lo hubiera masticado alguien), aquella necesidad de reconocimiento tenía algo penoso.

Amanda extendía protector solar por la espalda de Rose. La televisión estaba encendida, pero no la veía nadie. Se limpió las manos en las piernas desnudas y metió el envase en la bolsa de tela.

—¿Te llevas tres libros, Rose? ¿Sólo para una tarde en la playa?

—Es que estaremos todo el día fuera. ¿Y si me quedo sin lectura?

—Con lo que pesa ya la bolsa...

Rose no quería lloriquear, le salió de manera espontánea.

—Puedes ponerlos en esta otra bolsa. —A Clay le parecía que tener una hija tan lectora hablaba bien de ellos—. Archie, ¿ésta la puedes llevar tú?

—Tengo que ir al baño.

Una vez dentro, Archie se quedó un buen rato delante del espejo. Llevaba la camiseta de *lacrosse*, la que había cortado por las mangas porque quería que se le vieran los músculos. Los estudió y quedó satisfecho.

—¡Date prisa! —le dijo Clay a su hijo: era la irritación que requería aquella pachorra.

—La comida está aquí; el agua, aquí; y la manta y las toallas, aquí. —Amanda señalaba bolsas, segura de que algo se olvidarían por muy planeado que estuviese todo.

—Lo pillo, lo pillo. —Un *jó* entre dientes, más un reflejo de lo que creía. Archie levantó la bolsa que había dejado su padre al lado del sofá. ¡Pero si no pesaba nada! ¡Qué fuerte estaba!

La familia desfiló hacia el exterior, cargó los bártulos y abrochó sus cuerpos. El GPS iba dando bandazos, incapaz de ubicarse a sí mismo o a ellos o al resto del mundo. Sin pensarlo mucho, Clay encontró el camino de la carretera, momento en que el satélite volvió a detectarlos; después siguieron avanzando bajo su mirada protectora. La carretera se convirtió en un puente que no conducía a ninguna parte según todos los indicios, un puente hacia el mismísimo confín de América. Entraron en el aparcamiento, que estaba vacío (era temprano), y pagaron cinco dólares a un adolescente con uniforme caqui que parecía hecho de arena, rizos rubios, pecas, piel morena y dientes como conchas menudas.

Entre el aparcamiento y la playa había un túnel que pasaba por debajo de un parque con astas tan altas como secuoyas y banderas de muchos países ondeando en el aire marino.

—¿Qué es esto? —preguntó Archie, despectivo hasta cuando no quería.

Las chanclas de los cuatro se apoyaban en un pequeño cañón de cemento. Amanda leyó la inscripción.

—Está dedicado a las víctimas del vuelo 800.

TWA, con destino París. Murieron todos. A veces el recuento se hacía en almas, hecho que le daba un tono más solemne o anticuado o sacro. Amanda se acordaba: según los teóricos de la conspiración, había sido un misil americano, pero lo lógico era atribuirlo a un fallo mecánico. Son desgracias que pasan, por mucho que finjamos lo contrario.

—¡Vamos! —Rose tiró de la bolsa que llevaba su padre al hombro.

Hacía calor, pero el viento incesante transportaba frío desde la inmensidad marina. Tenía algo de ártico, y a saber si no lo era en verdad. El mundo es gigantesco, pero también pequeño, y la lógica lo gobierna. A Amanda le costó extender la manta, comprada por internet y estampada por aldeanos indios iletrados. Puso una bolsa en cada esquina, para que no saliera volando. Los niños se quitaron las capas de ropa y se alejaron dando saltos de gacela. Rose investigó los detritos acumulados en la arena por las olas: conchas,

vasos de plástico y globos tornasolados que habían celebrado graduaciones o decimosextos cumpleaños a muchos kilómetros de distancia. Archie se arrodilló en la arena a cierta distancia de su campamento fingiendo no mirar a las socorristas, chicas sanas y fuertes, con el pelo aclarado por el sol y trajes de baño rojos.

Amanda tenía una novela cuyo hilo le costaba seguir, una historia con una tediosa metáfora central sobre pájaros. Clay llevaba uno de sus libros reglamentarios, una crítica no muy extensa, pero muy inclasificable, de nuestra vida actual, uno de esos ensayos que es imposible leer casi desnudo al sol, pero que de cara a su trabajo era importante haber leído.

Se le iba todo el rato la mirada hacia los socorristas. Igual que a Amanda. ¿Cómo evitarlo? Era una metáfora menos tediosa: ¿qué iba a interponerse entre tú y una muerte a manos de la naturaleza sino agraciados jóvenes, vientres planos, pezones como monedas de veinticinco centavos, bíceps turgentes, piernas sin vello, pieles bronceadas, pelos secos, bocas mejoradas por la ortodoncia y ojos de mirada sumisa tras gafas oscuras de plástico barato?

Primero comieron sándwiches de pavo y patatas fritas que se partían en el guacamole pastoso (con una porción aparte, más pequeña y sin la hierba amarga, para el niño mimado), luego sandía, fría y vigorizante. Archie se quedó dormido. Rose se puso a leer una de sus novelas gráficas. Al despertarse, Archie instó a su padre a meterse en las olas, que daban auténtico pavor. Amanda estaba atenta por si veía tiburones porque había oído que podía haberlos. ¿Qué haría uno de esos socorristas adolescentes en caso de que aparecieran tiburones?

Era agradable, entretenido, agotador. El sol no aflojaba, pero se imponía el viento.

—Tendríamos que irnos.

Amanda volvió a guardar los recipientes de plástico vacíos en la bolsa hermética que había hallado en la cocina. Estaba exactamente donde habrías guardado una bolsa hermética en tu propia cocina (en un armario bajo el microondas).

Rose se estremeció y su padre la envolvió con una toalla, como cuando era un bebé recién salido del baño. La familia regresó al coche arrastrando los pies, con un extraño aire de derrota, y cruzó otra vez el puente.

—Hay un Starbucks. —Amanda, entusiasmada, apretó el antebrazo derecho de su marido.

Clay se metió en el aparcamiento y entró Amanda. A sotavento, lejos de las ráfagas, el aire aún era caliente. El establecimiento era igual a cualquier otro, como suele ocurrir con las cadenas, pero qué consuelo, ¿no? Los colores de marca, las servilletas marrones que nunca fallaban (siempre un fajo en el coche para sonarse los mocos en invierno o secar líquidos derramados), las pajitas de plástico verde, los corpulentos incondicionales que pagaban siete dólares por batidos con nata en vasos del tamaño de trofeos deportivos... Pidió cafés solos, pese a que ya eran más de las tres y le iba a costar conciliar el sueño; o no, porque siempre que estaba cerca del mar se cansaba mucho.

La manguera del jardín sirvió para un superficial desarenado de brazos y piernas. Archie se echó directamente el chorro por la parte delantera del bañador, ya que tenía los huevos lacados de conchitas diminutas, conchitas de verdad, y cuando consideró que ya era suficiente, se tiró a la piscina. Al frotarse el cuero cabelludo, notó que se desprendían granos de arena que se alejaban por el agua.

Amanda se lavó los pies y luego entró a ducharse. Pasadas menos de veinticuatro horas, la tranquilizó reconocer tan bien los rasgos de la casa. Se puso un podcast en el ordenador (algo sobre el cerebro, aunque no hizo mucho caso) y volvió a lavarse el pelo con champú porque odiaba los efectos del agua salada. Después de vestirse encontró a Clay silbando mientras lavaba la fiambrera, que se había llenado de arena.

—Voy a hacer pasta —dijo Amanda.

—Los niños están en la piscina. Pasaré un momento por el súper a comprar cereales para Archie. —Quería decir que pasaría por el súper, se fumaría un cigarrillo en el aparcamiento, entraría, se lavaría las manos y volvería con cien dólares de comida—. Dicen que mañana podría llover.

—Casi se nota. —Un barrunto en el aire o quizá una amenaza. Amanda se había llevado el ordenador a la cocina para seguir escuchando el podcast. Lo puso en la encimera—. ¿Y si compras algo dulce? No sé, una tarta... Eso, compra una tarta. ¿Y un poco más de helado? —La noche anterior, poscoitales y groguis por efecto del yacuzzi, se habían comido una tarrina entera entre los

dos—. Y unos tomates. Y otra sandía. Y arándanos, moras o frambuesas. No sé, lo que tenga buena pinta.

Clay le dio un beso; no solía hacerlo antes de un simple recado, pero fue bonito.

Gracias a la ventana, Amanda podía vigilar a los niños mientras hacía algo más. Ralló el limón, lo echó en la mantequilla, que se estaba ablandando, picó ajo y lo incorporó. Con la tijera de cocina troceó el perejil, que tenía un olor intenso, impactante. Lo aglutinó todo en una masa consistente. La pasta caliente atemperaría el sabor del ajo.

Usó el grifo de encima de los fogones, echó mano de la sal kósher de la despensa y se sirvió una copa de vino tinto, que le revolvió el estómago: vino tinto después de café solo. El agua ya hervía. Se había distraído. Más allá de la piscina, en el bosque que bordeaba la propiedad, había un ciervo. Cuando se le acostumbró la vista, vio otros dos, más pequeños. ¡Madre y crías! ¡Qué oportuno! Con cautela, metían el hocico entre los arbustos, rebuscando... ¿Qué comían los ciervos? Se avergonzó de su ignorancia.

Escurió la pasta hervida, depositó la mantequilla con hierbas en el nido de fideos, volvió a poner la tapa y abrió la puerta acristalada. Había refrescado. Llovería o sucedería algo y al día siguiente no podrían salir. Había juegos de mesa y televisor. Podían ver una película. En la despensa había un tarro de cristal con maíz para palomitas. Podían hacerlas y estar todo el día tirados.

—Venga, chicos, que ya es hora de entrar.

Archie y Rose estaban en el jacuzzi, rosados como bogavantes a medio hervir.

Amanda insistió en que se bañasen para quitarse el olor a cloro. Se sirvió más vino. Clay volvió con una abrumadora cantidad de bolsas de papel.

—Me he pasado un poco. —Se lo veía avergonzado—. He pensado que prefiero no salir mañana de casa porque como igual llueve...

Amanda frunció el ceño por obligación. No se arruinarían por gastar un poco más de lo normal en la compra. O quizá fue por el vino.

—Bueno, bueno, no importa. ¿Lo guardas y cenamos? —Tal vez estaba farfullando.

Puso la mesa. Los niños se sentaron, olían a mazapán (jabón Dr. Bronner's, el de la botella verde). Estaban cansados, pero en el mejor sentido, dóciles, casi educados, sin eructos ni insultos. Archie incluso ayudó a su padre a recoger la mesa. Amanda se tumbó en el sofá al lado de Rose con la cabeza apoyada en el regazo caliente de su hija. No tenía pensado dormir, pero se durmió de tanto vino y pasta, aburrida de la cháchara televisiva. Veinte minutos después se quedó perpleja cuando la despertaron las necesidades urinarias de Rose y un anuncio más chillón de lo normal. Tenía la boca seca.

—¿Qué, has descansado? —bromeó Clay sin pasión (aún estaba saciado), pero con romanticismo, algo incluso mejor o más raro.

¿Acaso no era bonita la vida que se habían creado?

Amanda hizo el crucigrama de *The New York Times* en el móvil (temía la demencia y pensaba que así la prevenía) mientras el tiempo transcurría de manera extraña, como siempre que se mide en minutos delante del televisor. Si la noche anterior había tenido muchas ganas de ver qué pasaba en el trabajo y follar con su marido, en ese momento le parecía importante quedarse con sus hijos en el sofá: Archie aletargado, con su sudadera demasiado grande, y Rose infantil, envuelta en aquella manta de lana áspera que habían dejado en el brazo del sofá. Clay sirvió unos cuencos de helado, luego se los llevó y el lavavajillas trabajó emitiendo ruidos plácidos y guturales. Rose miraba con expresión vaga, Archie bostezó de forma ruidosa (tan mayor de repente) y Amanda los mandó a la cama con la orden de cepillarse los dientes, aunque no vigiló el cumplimiento de ese mandato.

Bostezó, bastante cansada para irse a la cama, pero por alguna razón estaba segura de que si se movía no se dormiría. Clay cambió de canal y dejó un rato a Rachel Maddow antes de poner un *thriller* que no pudieron seguir ninguno de los dos, algo sobre unos detectives y sus víctimas.

—La televisión es una idiotez. —La apagó. Prefería jugar con el móvil. Puso unos cubitos en un vaso—. ¿Quieres tomar algo?

Amanda movió la cabeza.

—No, no quiero nada más.

Aún no sabía con qué interruptor se controlaba cada foco. Pulsó uno y se iluminaron la piscina y el terreno situado detrás con haces

de luz blanca entre el ramaje verde. Volvió a apagarlo devolviéndolo todo a su negrura, que parecía el estado correcto, el natural.

—Necesito un poco de agua —dijo o pensó antes de ir a la cocina; justo cuando llenaba uno de los vasos de Ikea oyó un roce, una pisada y una voz, algo que le pareció anómalo o alarmante—. ¿Lo has oído?

Clay masculló porque no estaba muy atento. Usó los botones laterales del móvil para verificar que estaba silenciado.

—Yo no soy.

—No... —Amanda bebió un poco de agua—. Era algo más.

Otra vez: roces, una voz, un murmullo en voz baja, una *presencia*. Una alteración, un cambio. Algo. Esta vez estaba más segura. Se le aceleró el corazón. Se sintió sobria, despierta. Sin hacer ruido, dejó la copa en la encimera de mármol. De repente le parecía adecuado el sigilo.

—He oído algo —susurró.

Circunstancias como ésa convocaban al marido. Estaba obligado a ser el hombre. A él no le importaba. Quizá hasta le gustase, quizá incluso se sintiera necesario. Casi podía oír los ronquidos de Archie al fondo del pasillo, como los de un perro dormido.

—Habrá sido un ciervo que pasaba por ahí delante.

—Algo es. —Amanda levantó la mano para que su querido esposo se callara. Tenía en la boca el regusto metálico del miedo—. Estoy segura de que he oído algo.

Otra vez, innegable: un ruido. Una tos, una voz, un paso, un titubeo, la inclasificable certeza animal de que hay otro miembro de tu especie en las inmediaciones y la pausa, elocuente, a la espera de ver si tiene propósitos nefandos. Llamaron a la puerta. Golpes en la puerta de esa casa, donde nadie sabía que estaban, ni siquiera el sistema de posicionamiento global, esa casa cercana al mar, pero perdida entre campos, esa casa de ladrillos rojos pintados de blanco, el mismo material que eligió el cerdito más listo porque lo protegería mejor que ningún otro. Llamaron a la puerta.

7

¿Qué debían hacer?

Amanda se quedó muy quieta, instinto de presa. Ordenar las ideas.

—Ve a por un bate.

La vieja solución de la violencia.

—¿Un bate?

¿De dónde iba a sacarlo Clay? ¿Cuánto hacía que no tocaba uno? ¿Acaso tenían bate en casa? Y, en caso afirmativo, ¿se lo habían llevado de vacaciones? No, pero ¿cuándo habían decidido prescindir de una distracción tan americana? En el vestíbulo de Baltic Street tenían varios paraguas, unos más rotos que otros, un limpiaparabrisas de repuesto, el palo de *lacrosse* de Archie, algunos folletos, de los que te llegan sin pedirlos, un fajo de cupones con plástico impermeable que nunca se biodegradaría... Bueno, el *lacrosse* era un deporte que venía de los indios. Quizá fuera más americano, americanísimo. En una consola, debajo de una foto de Coney Island, había un objeto de cobre, un pequeño torque muy vistoso, de esos trastos fabricados en China para dar carácter a las habitaciones de hotel o los pisos piloto. Al levantarlo vio que no pesaba nada. Además, ¿qué iba a hacer, agarrarlo y estampárselo en la cabeza a un desconocido? Él era profesor.

—No sé. —El susurro de Amanda fue como un aparte de teatro. Seguro que se oyó al otro lado de la puerta—. ¿Quién podría ser?

La situación empezaba a resultar grotesca.

—No sé. —Clay dejó el artístico objeto en su sitio. La belleza no podía protegerlos.

Volvieron a llamar. Esta vez percibió una voz de hombre.

—¿Perdón? ¿Hola?

Clay no se imaginaba a un asesino tan educado.

—No pasa nada. Ya abro yo.

—¡No!

Amanda tuvo una sensación brusca y terrible, el presentimiento de que podía ocurrir lo peor. Y, bueno, si no ocurría, todo quedaba en paranoia efímera. Aquello no le gustaba.

—Vamos a calmarnos. —Quizá Clay estuviera canalizando sin darse cuenta actitudes vistas en películas. Miró a su mujer hasta que pareció que ésta se serenaba, como los domadores con sus leones: dominio y contacto visual. No se lo creía del todo—. Ve a buscar el móvil, por si acaso.

Era una señal de determinación e inteligencia. Se enorgullecó de haberlo pensado.

Amanda entró en la cocina. Había una mesa y un teléfono inalámbrico con un número que empezaba por 516. En lo que llevaba de vida, los teléfonos inalámbricos habían pasado de ser algo novedoso a quedar obsoletos. En casa todavía tenían uno, pero nunca lo usaba nadie. Descolgó. ¿Qué hacía, apretar el botón, marcar el nueve y el uno y esperar?

Clay recorrió el pestillo y abrió la puerta. ¿Qué se esperaba?

La inquisitiva luz del porche reveló la presencia de un hombre, negro, apuesto y proporcionado, aunque tal vez un poco bajo, con más de sesenta años y una sonrisa cálida. Era curiosa la velocidad de absorción de la mirada: benévolo o inofensivo o tranquilizador desde el primer momento. Llevaba una americana arrugada, una corbata de punto con el nudo suelto, una camisa a rayas y un pantalón marrón de esos que llevan todos los hombres de más de treinta y cinco. Levantaba las manos en un gesto o bien conciliador o bien de «no disparen». Los hombres negros de su edad eran duchos en ese gesto.

—Siento mucho molestarlos. —Lo dijo con un tono conciliador que rara vez acompaña esas palabras. Sabía venderse.

—¿Hola? —Clay lo dijo como si se pusiera al teléfono. Abrir la puerta a un visitante inesperado era algo sin precedentes. La vida urbana sólo admitía al repartidor de Amazon, e incluso él tenía que llamar primero al interfono—. Dígame.

—Siento mucho molestarlos.

La voz del hombre tenía el punto ronco y solemne de un presentador de noticias, característica que le daba un aire de

sinceridad, y lo sabía.

A su lado, un poco más atrás, había una mujer, negra también, de edad indeterminada, con un conjunto recto de falda y chaqueta de lino.

—Lo sentimos. —Lo corrigió subrayando el plural en «imos» con tanta práctica que sólo podía ser su esposa—. No era nuestra intención asustarlos.

Clay se rió, como si fuera una idea ridícula. ¿Asustado él? Parecía el tipo de mujer que sale por la tele en los anuncios de medicamentos para la osteoporosis.

Amanda se había quedado entre el vestíbulo y la cocina, detrás de una columna, como si esa ubicación le proporcionase una ventaja táctica. No estaba convencida. Quizá fuera el momento de hacer una llamada a emergencias. Uno podía llevar corbata y ser un delincuente. No había cerrado con llave las puertas de los cuartos de los niños; ¿qué clase de madre era?

—¿Los puedo ayudar? —¿Era lo que se decía en esas situaciones? Clay no lo tenía claro.

El hombre carraspeó.

—Sentimos molestarlos. —Tercera vez. Un conjuro. Siguió hablando—. Ya sé que es tarde y aquí, tan lejos, que llamen a la puerta...

Se había imaginado lo que pasaría. Traía el papel ensayado.

La mujer tomó la palabra.

—No nos decidíamos entre llamar a la puerta delantera o a la lateral. —Sonrió como reconociendo lo absurdo de aquella situación. La fuerza de su voz llevaba implícitas clases de dicción en un pasado lejano. Un deje a lo Hepburn que sonaba a aristocracia—. Me ha parecido que asustaría menos así...

Clay matizó demasiado:

—No, asustar no, sorprender.

—Claro, claro. —El hombre ya se lo esperaba—. Yo he dicho que probásemos por la puerta lateral. Al ser de cristal nos habrían visto y habrían sabido que sólo...

Dejó el enunciado a medias, con un encogimiento de hombros que significaba «no queremos hacerles ningún daño».

—Yo, en cambio, he pensado que podía ser más raro o asustar un poco.

La mujer intentó captar la mirada de Clay.

Su manera de hablar casi al unísono tenía un encanto rayano en la comedia a lo Powell y Loy. La adrenalina de Clay fermentó hasta convertirse en irritación.

—¿Los podemos... ayudar?

Ni siquiera había oído su automóvil, si era así como habían llegado, aunque ¿de qué otra manera podían llegar?

«Podemos», había dicho Clay, así que Amanda pasó al recibidor con el teléfono apretado en la mano, como una niña con su peluche favorito. Debían de haberse perdido yendo en coche o se les habría pinchado una rueda. La navaja de Occam, y tal y cual.

—¡Hola! —Lo aderezó con un poco de simpatía forzada, como si ya los esperase.

—Buenas noches. —El hombre quería recalcar que era un caballero. Formaba parte del plan.

—Nos han sobresaltado. No esperábamos a nadie. —A Amanda no le importó admitirlo. Calculaba que así tendría ventaja, como si fuera una manera de decir «ésta es nuestra casa ¿qué quieren, a ver?».

Hacía viento. Sonaba como un coro de voces. Los árboles se balanceaban sacudiendo sus copas con abandono. Se avecinaba tormenta, allá o en otro sitio.

La mujer tuvo un escalofrío. La ropa de lino no la abrigaba bastante. Daba lástima verla, tan mayor y poco preparada. Era lista. Ya contaba con ello.

Clay no pudo evitar la sensación de malestar, o de estar siendo un maleducado. Por edad, la mujer habría podido ser su madre, aunque la de verdad llevaba mucho tiempo muerta. Los buenos modales eran un instrumento que ayudaba a lidiar con momentos tan extraños como ése.

—Nos han pillado desprevenidos, pero ¿en qué podemos ayudarlos?

El negro miró a Amanda y su sonrisa se hizo aún más cálida.

—Usted debe de ser Amanda, ¿verdad? Amanda. Lo siento, pero... —En torno a ellos circulaba la brisa, que se colaba en su ropa de verano. Pronunció el nombre por tercera vez, sabiendo lo eficaz que sería—. Amanda, ¿le parece que podríamos entrar?

8

Entre las aptitudes de Amanda estaba la de reconocer a la gente. Invitaba a cócteles a los mandamases de Mineápolis, Columbus y Saint Louis que le pagaban el sueldo. Recordaba quién era quién y preguntaba por sus familias. Lo llevaba a gala. Observando a su interlocutor sólo veía a un hombre negro a quien jamás había visto.

—¡Os conocéis! —Clay se quedaba más tranquilo. La brisa le levantaba los pelos de las piernas.

—No habíamos tenido el placer de tratarnos en persona. —El hombre tenía la práctica de un comercial, que en última instancia es lo que era—. Soy G. H.

A Amanda aquellas letras no le decían nada; tampoco supo si con ellas intentaba deletrear algo.

—George. —A la mujer le pareció más cordial el nombre que las iniciales, sobre todo cuando necesitaban parecer humanos. Nunca sabías quién estaba armado y dispuesto a plantar cara—. Es George.

Mentalmente se llamaba George, pero se refería a sí mismo como G. H.

—Exacto, George. Soy George. La casa es nuestra.

No es lo mismo la posesión que la propiedad legal. Amanda se había estado engañando. ¡Había fingido que la casa era suya!

—¿Cómo?

—Que la casa es nuestra —repitió el hombre—. Nos hemos escrito por correo electrónico. Sobre la casa, digo. —Intentó combinar firmeza y amabilidad.

Amanda se acordó: GHW@washingtongroupfund.com. Qué formal opacidad la de esas iniciales. Era una casa acogedora, pero bastante anónima para que no se hubiera molestado en imaginárselos y, ahora que los veía, supo que si se hubiera tomado la molestia, la imagen habría sido errónea. No le parecía el tipo de casa donde vivían negros, pero ¿qué quería decir con eso?

—¿Esta casa... es de ustedes?

Clay se había llevado una decepción. Pagaban por la ilusión de ser propietarios. Estaban de vacaciones. Cerró la puerta dejando el mundo fuera, donde tenía que estar.

—Sentimos mucho molestarlos.

Ruth seguía con la mano en el hombro de George. Bueno, pues ya estaban dentro. Algo habían conseguido.

¿Por qué Clay había cerrado la puerta e invitado a entrar a esos individuos? Típico de él. Siempre quería llevar el timón, pero no estaba del todo preparado. Amanda necesitaba pruebas. Quería revisar la hipoteca, ver alguna identificación fotográfica. Esa gente, con la ropa desaliñada... podían ser... pues a decir verdad tenían más pinta de misioneros que de delincuentes, de predicadores que acudían esperanzados a dar testimonio de Jehová.

—¡Un poco sí que nos han asustado! —Una vez dejada atrás, a Clay no le importaba confesar su cobardía. «Un poco» casi no contaba y lo importante era que la culpa la tenían ellos—. ¡Caramba, qué frío hace fuera de repente!

—Sí, es verdad. —G.H. era todo un experto en predecir la conducta de la gente, pero requería su tiempo. Estaban dentro, que era lo importante—. Puede que sea la típica tormenta de verano. A lo mejor pasa de largo.

Eran cuatro adultos que se miraban cohibidos como en los instantes previos a una orgía.

Amanda estaba enfadada con todos, pero básicamente con Clay. Tenía el alma en vilo por la certeza de que uno de los dos sacaría una pistola, un cuchillo, una exigencia... Habría preferido seguir con el teléfono en la mano, aunque a saber cuánto tiempo tardaría la comisaría de la zona en enviar a alguien a esa casa tan bonita en pleno bosque... Ni siquiera abrió la boca.

G.H. estaba a punto. Se había preparado intentando adivinar la reacción de aquellos sujetos.

—Soy consciente de lo raro que debe de parecerles que nos presentemos así, sin avisar.

—Sin avisar. —Amanda examinó las dos palabras, que no aguantaron el escrutinio.

—Habríamos llamado, pero es que los teléfonos...

¿Que habrían llamado? ¿Tenían quizá el número de Amanda?

—Yo soy Ruth. —Ruth tendió la mano.

Las parejas siempre se reparten el trabajo en función de sus capacidades, sobre todo en momentos así. El papel de ella era dar la mano, ser amable y hacer que esas personas se sintieran cómodas, para conseguir lo que querían.

—Clay. —Le dio la mano.

Ruth sonrió.

—Y usted es Amanda.

Amanda estrechó la mano, muy cuidada, de la desconocida. Si los callos eran señal de trabajo honrado, ¿la suavidad implicaba falta de honradez?

—Sí —contestó.

—Lo dicho, yo soy G. H. Encantado, Clay.

Clay, obligado a demostrar algo, aplicó más presión que de costumbre.

—Me alegro de que nos podamos conocer en persona, Amanda.

Amanda se cruzó de brazos.

—Sí, aunque tengo que reconocer que no entraba en mis previsiones.

—No, claro.

—¿Y si... nos sentamos?

La casa era de ellos. ¿Qué pensaba hacer Clay?

—Por mí encantada.

Ruth sonreía como las mujeres de los políticos.

—¿Sentarnos? Vale, perfecto. —Amanda intentó comunicarle algo a su marido, pero no cabía en una sola mirada—. Podríamos ir a la cocina, aunque sin hacer ruido, que están durmiendo los niños.

—Los niños, claro. Espero que no los hayamos despertado.

G. H. debería haber imaginado que habría niños. Bueno, quizá eso fuera un punto a su favor.

—A Archie no lo despierta ni una bomba atómica. Seguro que están bien. —Clay siempre tan bromista.

—Me parece que voy a ver cómo están.

Amanda, gélida, intentó dar a entender que tenía por costumbre asomarse cada poco tiempo a ver cómo estaban sus hijos.

—¿Están bien? —Clay no acababa de entender sus intenciones.

—Tan sólo voy a echarles un vistazo. ¿Por qué no...? —Ante la duda de cómo terminar la frase, Amanda prefirió dejarla a medias.

—Vamos a sentarnos. —Clay señaló los taburetes de la isla coquinaria.

—Permítame que se lo explique, Clay. —G.H. asumía la aclaración como una carga masculina, algo similar al alquiler de un coche para una excursión. Pensó que quizá otro marido lo entendería—. Ya le digo que habría llamado. De hecho, lo hemos intentado, pero no hay cobertura.

—Hace un par de veranos pasamos unos días no muy lejos de aquí. —Clay quería dejar claro que no se le escapaba por completo la geografía de la zona y sabía lo que era tener una casa en el campo—. Casi nunca encontrabas señal.

—Es verdad —dijo G.H., que se había sentado. Se inclinó con los codos sobre el mármol—. Aunque no estoy seguro de que esto sea lo mismo.

—¿En qué sentido? —A Clay le pareció que tenía que ofrecerles algo. ¿No eran invitados? ¿O lo era él?—. ¿Les traigo un poco de agua?

Amanda se alumbraba con el móvil en el pasillo a oscuras. Cuando hubo confirmado que Archie y Rose aún existían, sumidos en el despreocupado sueño de los niños, se detuvo justo donde no podían verla procurando oír de qué hablaban mientras intentaba conectarse con el móvil. Lo miró como si fuera un espejo, pero el teléfono no la reconoció (quizá porque el pasillo estaba demasiado oscuro) y no volvió a la vida. Pulsó el botón principal. Entonces sí que se encendió mostrando una alerta de noticias con la T casi ilegible de *The New York Times* seguida por un breve texto: «Informan de un apagón masivo en la Costa Este de Estados Unidos.» Clavó el dedo, pero la aplicación no se abría, sólo veía la pantalla en blanco de la máquina pensante. La irritación que sentía era muy peculiar. No podía enfadarse, pero estaba enfadada.

—Esta noche hemos ido a un concierto de música clásica. —G.H. estaba en pleno relato—. En el Bronx.

—George es de la junta directiva de la Filarmónica... —Orgullo conyugal, no se podía evitar. Ruth y George creían en la necesidad de devolver a la sociedad parte de lo que ésta les había dado—. Es para incentivar el interés de la gente en la música clásica... —Se estaba explayando demasiado.

Amanda entró en la cocina.

—¿Están bien los niños? —Clay no entendía que había sido una excusa.

—Sí, muy bien. —Amanda quería enseñar el móvil a su marido. Las únicas noticias que tenía eran esas doce palabras, pero algo eran y les daban cierta ventaja sobre los otros dos.

—Estábamos volviendo en coche a la ciudad, a casa, y ha pasado algo.

G. H. no estaba siendo vago a propósito. Con Ruth no lo había hablado ni en el coche porque tenían miedo.

—Un apagón. —Amanda se lo sacó triunfalmente de la manga.

—¿Cómo lo sabe?

G. H. estaba sorprendido. Había previsto que tendría que dar explicaciones. De camino se lo encontraron todo a oscuras hasta que distinguieron la luz de su casa entre los árboles. No se lo podían creer porque no tenía sentido, pero les daba igual que lo tuviera. El alivio de la luz y su seguridad.

—¿Un apagón? —Clay se esperaba algo peor.

—Me ha llegado una alerta de noticias. —Amanda se sacó el móvil del bolsillo y lo dejó en la encimera.

—¿Qué pone? —Ruth quería más información. Lo había visto con sus propios ojos, pero no sabía nada—. ¿Explican por qué?

—No, sólo eso, que ha habido un apagón en la Costa Este. —Amanda volvió a mirar el teléfono, pero la alerta ya no estaba y no sabía recuperarla.

—Fuera sopla el viento. —A Clay le parecía clara la relación de causa y efecto.

—Es temporada de huracanes. ¿No habían dicho algo de un huracán en las noticias? —Amanda no lo recordaba.

—Un apagón. —G. H. asintió con la cabeza—. Eso hemos pensado. Es que nosotros vivimos en un piso catorce.

—Se habrán apagado todos los semáforos. Habrá sido un caos. —Ruth no quería molestarse en explicarlo con más detalle.

La ciudad era el colmo de lo antinatural, un cúmulo de acero, vidrio y dinero: la energía eléctrica era fundamental para su existencia. Una ciudad sin luz era como un pájaro sin vuelo, un accidente de la evolución.

—¿Un apagón? —Clay sintió que lo único que hacía era brindarle la palabra a alguien que la había olvidado—. Ha habido

un apagón. No parece tan grave.

Amanda no se lo tragaba. No parecía verdad.

—Pues aquí las luces parece que van.

Tenía razón, por supuesto, pero todos se quedaron mirando las lámparas que colgaban sobre la cocina insular como cuatro personas que pidieran ser hipnotizadas. La electricidad no se podía explicar: ni su presencia ni su ausencia. ¿Las palabras de Amanda habían pecado de soberbia? Se oyó el viento contra la ventana del fregadero. Inmediatamente después parpadearon las luces, no una ni dos veces, sino cuatro, como un mensaje en morse que tuvieran que descifrar, como una sucesión de flashes. Pero siguieron encendidas sin desviarse de su rumbo; la luz mantuvo la noche a raya. Los cuatro contuvieron la respiración y los cuatro respiraron.

9

—¡La madre de Dios!

Nombrar en vano al Señor y su augusta madre era blasfemo, aunque también inútil. Dios le importaba un bledo a Clay y sin embargo no se fue la luz. Clay ya se había imaginado a Amanda y a la otra mujer (¿cómo se llamaba?) gritando. Quizá fuera una falta de delicadeza identificar la feminidad con el miedo. Tendría que razonar con ellas: una noche de viento, un rincón apartado de Long Island... El mundo era tan grande que buena parte de éste era remota. Resultaba fácil olvidarlo cuando llevabas demasiado tiempo en la ciudad. La electricidad era un milagro. Debían estar agradecidos.

—No pasa nada.

G. H. se lo dijo a sí mismo y a su mujer.

—O sea que... ¿ha habido un apagón y han venido hasta aquí?

A Amanda no le cuadraba. Con lo lejos que estaba Manhattan... No tenía sentido.

—Es que estas carreteras... las conozco. Ha sido casi sin pensar. Vimos que se apagaban las luces y miré a Ruth...

G. H. no sabía cómo describir lo que no acababa de comprender.

—Pensamos que podíamos quedarnos aquí —dijo Ruth.

No tenía sentido andarse con rodeos. Ruth siempre había sido directa.

—¿Pensaron que podían quedarse... aquí? —Ya sabía Amanda que algo querían—. Pero si estamos nosotros...

—Nos dimos cuenta de que no podíamos entrar en la ciudad ni subir catorce pisos a pie, así que hemos venido en coche hasta aquí pensando que lo entenderían.

—Claro que sí. —Clay lo entendía.

Amanda miró a su marido.

—Lo que ha querido decir es que claro que lo entendemos.

—Aunque, ¿lo entendía? ¿Y si se trataba de un engaño? De unos desconocidos que entraban solapadamente en la casa y en sus vidas.

—Soy consciente de que es una sorpresa, aunque si pudieran... Ésta es nuestra casa. Queremos estar en nuestra casa, a salvo. Mientras averiguamos qué está pasando. —G. H. era sincero, pero seguía dando la impresión de que vendía algo.

—Hemos tenido suerte de no habernos quedado sin gasolina. —Ruth asintió con la cabeza—. Mucho más lejos no sé si habríamos podido ir, la verdad.

—¿Y no hay hoteles...? —Amanda intentaba no ser grosera, pero advertía que lo estaba pareciendo—. La casa la tenemos alquilada.

Clay se lo estaba pensando. Empezó a decir algo. Estaba convencido.

—Sí, claro, la tienen alquilada. —Ya sabía G. H. que hablarían de dinero, como tarde o temprano en casi todas las conversaciones. El dinero era su tema. Daba lo mismo—. Podríamos ofrecerles algo, claro. Somos conscientes de que es una molestia.

—Bueno, es que estamos de vacaciones... —Amanda encontraba la palabra «molestia» demasiado suave. Sonaba a eufemismo. Y el hecho de que hubiese sacado tan pronto el tema del dinero parecía aún más deshonesto.

G. H. tenía el pelo canoso, gafas de concha y un reloj de oro. Tenía presencia. Se irguió en su asiento.

—Clay, Amanda... —Lo había aprendido en la escuela de negocios de Cambridge: cuándo desplegar los nombres de pila—. Os puedo hacer un reembolso completo sin ningún problema.

—¿Quieres que nos vayamos? ¿En plena noche? ¿Os presentáis los dos aquí, mientras duermen mis hijos, y empezáis a hablar de reembolsos? Debería llamar a la agencia. No sé ni si está permitido. —Amanda fue a buscar su ordenador a la sala de estar—. Puede que en la web salga un teléfono...

—¡No, si no estoy diciendo que os vayáis! —G. H. se rió—. Podríamos devolveros... no sé, el cincuenta por ciento de lo que habéis pagado. Hay un dormitorio con baño para las visitas. Nos instalaríamos abajo.

—¿El cincuenta por ciento? —A Clay le gustó la perspectiva de unas vacaciones más baratas.

—La verdad, creo que lo mejor es consultar las condiciones.

—Amanda abrió el portátil—. Claro, ahora no funciona. Tal vez haya que reiniciar el wifi.

—Déjame intentarlo a mí. —Clay tendió las manos hacia el ordenador de su mujer.

—No necesito que me ayudes, Clay. —Era como insinuar que no sabía hacerlo y eso a Amanda no le había gustado. Clay se pasaba todo el día con niños. Ella con jóvenes. Aprendía de su ayudante y de los subalternos. Se fijaba en sus preferencias y conversaba con ellos por Slack. Se manejaba bien, sobre todo con lo más sencillo—. No hay conexión.

—Hemos oído el sistema de transmisión de emergencia... —Ruth era de la opinión de que explicaba muchas cosas—. Se me ha ocurrido encender la radio: «Sintonizan ustedes el sistema de transmisión de emergencia.» —No era una parodia, sino una fiel imitación, exacta en los énfasis y las entonaciones—. No estaban de pruebas, ¿entendéis? No decían «esto es sólo un simulacro». Al principio ni me he fijado porque siempre lo había oído así, como simulación, pero al cabo de un rato me he puesto a escuchar y lo repetían todo el rato: «Sintonizan ustedes el sistema de transmisión de emergencia.»

—¿Emergencia? —Amanda intentaba ser lógica—. Claro, es que un apagón vendría a ser una emergencia.

—Exacto. Es una de las razones por las que hemos pensado que lo mejor era ir a casa. Fuera podía ser peligroso. —Las alegaciones de G. H. habían concluido.

—Ya, pero, bueno, hay un contrato de alquiler...

Amanda se acogía a la ley. Ningún problema. El documento estaba archivado entonces en el ciberespacio, una estantería a la que no tenían acceso. Por otra parte, aunque no pudiera explicárselo, le parecía todo un poco raro.

—Con permiso. —G. H. echó el taburete para atrás y se acercó a la mesa. Luego se sacó las llaves del coche del bolsillo de la americana y abrió un cajón del que sacó un sobre, de ésos que dan los bancos. Tocó los billetes que había dentro—. Podríamos daros mil dólares por esta noche. Si no me equivoco, cubrirían casi la mitad de lo que pagáis por toda la semana, ¿no?

Aunque se esforzara por evitarlo, Clay siempre sentía una emoción muy especial al ver un montón de dinero junto. Le dieron

ganas de contarle. ¿El sobre había estado todo el tiempo en un cajón de la cocina? Le apetecía un cigarrillo.

—¿Mil dólares?

—Fuera hay una emergencia. —Ruth quiso recordárselo. Le parecía amoral tener que pagarles, aunque tampoco esperaba lo contrario.

—La decisión es vuestra, claro. —G.H. sabía convencer a la gente—. Os estaríamos muy agradecidos. Sería una manera de demostrároslo. Así mañana sabremos algo más y nos haremos una idea. —No se comprometía a irse, lo cual era importante.

Clay seguía toqueteando el ordenador de su mujer, que era el de la oficina.

—Parece que no responde. —Sus intenciones habían sido buenas. Quería ser quien demostrase que el mundo continuaba funcionando y la gente seguía haciendo fotos de los Aperol Spritz que se tomaba o tuiteando invectivas contra la mala gestión del transporte público. Seguro que en los minutos transcurridos desde la alerta de noticias algún reportero intrépido había averiguado lo que pasaba. Clay seguía oyendo el viento, al que culpaba de todo. Siempre había un culpable de lo más inocente—. Bueno, yo creo que por una noche...

—Quizá podríamos hablarlo en privado. —Amanda no quería dejar solas a esas dos personas.

—Claro, faltaría más. —G.H. asintió como si fuera lo más sensato y dejó el sobre en la encimera.

—Vale. —Clay se estaba poniendo nervioso. Él no veía de qué debían hablar aparte del fajo de billetes—. ¿Vamos a la otra habitación?

—Por cierto, ¿os importa que tomemos algo?

Clay negó con la cabeza.

G.H. volvió a usar las mismas llaves para abrir un armario alto situado junto al fregadero. Buscó algo dentro.

—Ahora mismo volvemos. Vosotros como si estuvierais...

—Amanda no acabó la frase porque el final le pareció una sandez.

10

En el dormitorio principal hacía más fresco, a menos que el frío lo llevaran ellos.

—¿Por qué les has dicho que se pueden quedar? —Estaba furiosa.

A Clay le parecía evidente.

—Ha habido un apagón. Se han asustado y son mayores. —Lo dijo en voz baja porque le parecía una falta de respeto señalarlo.

—No los conocemos de nada. —Amanda lo dijo como si su esposo fuera tonto. ¿Nunca le habían advertido acerca de los desconocidos?

—Bueno, pero se han presentado...

—Lo único que han hecho es llamar a la puerta en plena noche. —A Amanda le resultaba increíble que estuvieran discutiendo sobre algo así.

—Bueno, siempre habría sido peor que hubieran entrado sin llamar... —¿No estaban en su derecho?

—Me han pegado un susto de cojones. —Ahora que se le había pasado el miedo, Amanda ya podía reconocerlo. Era un insulto. ¡Qué atrevimiento el de esa gente y encima atemorizarla de ese modo!

—A mí también. —Clay le restó importancia. Era agua pasada—. Aunque me parece que ellos también están un poco acojonados. No se les ocurría nada más que hacer.

Hacía mucho tiempo, cuando iban a terapia, el psicólogo la había exhortado a no enfadarse cuando Clay no hacía las cosas como las habría hecho ella. ¡No se podía reprochar a la gente su manera de ser! Aun así, se lo echó en cara. Clay cedía demasiado pronto y se resistía demasiado a hacer valer sus derechos.

—Pues yo tengo una idea: que se marchen ya a un hotel.

—La casa es suya.

Aquellas habitaciones tan bonitas parecían de ellos dos, de Amanda y Clay, pero no lo eran, y Clay opinaba que ese hecho debía tenerse en cuenta.

—La hemos alquilado. —Amanda seguía hablando en voz baja—. ¿Qué dirán los niños?

Clay no se imaginaba lo que dirían ni si dirían algo. A ellos sólo les importaba lo que los afectaba de manera directa y se dejaban afectar por muy pocas cosas. Quizá en presencia de desconocidos se portaran mejor, pero ni con eso se podía contar. Era posible que riñeran, soltaran tacos, eructaran y cantaran sin importarles quién pudiera oírlos.

—¿Y si nos matan? —Amanda tenía la sensación de que su marido no la escuchaba.

—¿Por qué iban a matarnos?

A esa pregunta era más difícil responder.

—¿Por qué mata la gente? No lo sé. ¿Un ritual satánico? ¿Algún fetichismo extraño? ¿Por venganza? ¡No lo sé!

Clay se rió.

—No han venido a matarnos.

—¿Qué pasa, que no lees las noticias?

—¡Ah! ¿Ha salido en las noticias? ¿Asesinos negros de edad proecta andan sueltos por Long Island cebándose en veraneantes incautos?

—No hemos pedido ninguna prueba. Yo ni siquiera he oído el coche. ¿Tú sí?

—No, pero hay viento y estábamos viendo la tele. Puede que no nos hayamos percatado.

—O puede que se hayan acercado a pie desde la carretera, para... no sé, para degollarnos.

—Creo que deberíamos tranquilizarnos...

—Es una farsa.

—¿Supones que te han mandado una alerta de noticias falsa al móvil? ¡Pues sí que son sofisticados estos criminales! Nunca lo habría imaginado.

—Es que parece todo un poco improvisado. Y sospechoso. ¿Quieren quedarse aquí, con nosotros? No me gusta. Rose está aquí mismo, en el pasillo. Un desconocido. ¿Y si entra sin hacer ruido y...? No quiero ni pensarlo.

—En cambio no te planteas que pueda abusar de Archie. ¿Te estás oyendo, Amanda?

—Es una niña, ¿vale? Y yo una madre. Me toca ser protectora. Además, no me gusta cómo suena todo este asunto. Ni siquiera me creo que sea su casa.

—Pues tenía las llaves.

—Es verdad. —Amanda bajó aún más la voz—. ¿Y si es el jardinero o el de mantenimiento y ella la que limpia? ¿Y si es todo una artimaña y el apagón, o lo que sea, pura coincidencia? —Al menos sintió la debida vergüenza por aquella conjetura, pero no le parecía el tipo de gente que suele poseer una casa tan bonita. Podían cuidarla y limpiarla, eso sí.

—Y ha sacado el sobre del cajón.

—Un truco, un juego de manos. ¿Cómo sabes que estaba cerrado? Igual sólo trasteaba con las llaves.

—No acabo de entender qué ganan dándonos mil dólares.

Amanda cogió el móvil para buscar al hombre en Google. Washingtongroupfund.com parecía demasiado opaco. Seguro que era un fraude. El móvil no le ofreció nada. ¡Y su hija durmiendo en la otra punta del pasillo!

—Encima me suena. Pero mucho.

—Pues yo no lo había visto nunca.

—Se te dan fatal las caras. —Clay nunca reconocía a los profesores de los niños y muchas veces, al cruzarse con algún vecino de toda la vida por la calle, pasaba de largo sin saludar. Amanda sabía que a él le gustaba atribuir su despiste a que siempre iba abstraído en sus pensamientos, pero en realidad era porque estaba en Babia—. No me creo el rollo ese del sistema de transmisión de emergencia. ¡Nosotros estábamos viendo la tele!

—Eso se comprueba enseguida. —Clay recorrió el corto pasillo y apuntó con el mando a distancia a la pantalla montada en la pared. Había tenido ciertas (o muchas) esperanzas de proyectar pornografía, para darle un toque picante a la cosa, pero la tecnología se le resistía. Había que conseguir que cooperasen el televisor y el ordenador. La pantalla se encendió con el típico azul digital—. ¡Qué raro!

—¿Está bien sintonizado el canal?

—Lo he estado viendo esta mañana. Creo que no va.

—Ya, pero no es el sistema de transmisión de emergencia. Estará fallando el satélite, seguramente por el viento. —Amanda no pensaba dejarse convencer porque intuía que era lo que intentaba esa gente: persuadirlos. Había algo indecente, tal vez inconfesable.

—Vale, será un fallo técnico, pero ellos dicen que es lo que han oído por la radio. Lo uno no quita que lo otro sea cierto.

—¿Por qué te esfuerzas tanto en creer a todo el mundo menos a tu mujer?

—Tan sólo intento tranquilizarte. No digo que no te crea, pero...

—Vaciló porque no la creía.

—Algo pasa. —¿No era el argumento de *Seis grados de separación*? Los habían dejado entrar porque eran negros. Era una manera de poner de manifiesto que no creían que todos los negros fueran unos delincuentes. ¡De eso podía aprovecharse un delincuente negro astuto!

—O son dos personas mayores asustadas que necesitan un sitio donde pasar la noche. Mañana ya lograremos que se vayan.

—¡Yo me veo incapaz de dormir con desconocidos en la casa!

—Venga... —De todos modos, Clay tenía sus dudas. Quizá lo de los mil dólares fuera una trampa o hubiera algo más valioso dentro de la casa. No conseguía pensar con claridad.

—Ya te digo que a él lo tengo visto. —Amanda sentía la típica frustración de cuando no te viene a la cabeza una palabra. ¿Y si se trataba de un asesinato por venganza? ¿Era un hombre a quien Amanda había ofendido años atrás?

Clay sabía que no se le daban bien las caras. Tampoco veía imposible que hasta cierto punto se le dieran peor las negras. A él no le oirían eso de que «las veo todas iguales», pero había pruebas, auténticos indicios biológicos, científicos, de que el ser humano reconocía mejor a las personas de su misma raza. ¿Qué tenía de racista aceptar que él probablemente habría encontrado más parecido entre mil millones de chinos que esos mismos chinos entre ellos?

—Yo no creo que lo conozcamos ni que nos vaya a asesinar. —Se había abierto un finísimo resquicio a la duda—. Me limito a pensar que debemos permitir que se queden. Es lo correcto.

—Yo quiero ver pruebas.

Imposible, eso Amanda no podía exigirle.

—Es su segunda residencia. No saldrá en el permiso de conducir, pero él tenía las llaves.

—¡Y nosotros! Igual la habían alquilado antes.

—Voy a hablar con ellos y si me dan mala espina les decimos que lo sentimos mucho, pero que no acaba de cuadrarnos el trato. Si no, dejamos que se queden. Son mayores.

—Ojalá tuviera tanta fe como tú en la gente. —No era un rasgo de Clay que Amanda envidiara de verdad.

—Es lo adecuado. —Clay sabía que funcionaría. A su mujer le parecía importante, si no tener una conducta moral, al menos ser el tipo de persona capaz de tenerla. A fin de cuentas, la ética era simple vanidad.

Amanda se cruzó de brazos. Tenía razón en que no lo sabía todo; tampoco Clay ni los individuos de la cocina ni el periodista de guardia que al ver la noticia había mandado la alerta a los millones de personas que tenían instalada la aplicación de *The New York Times* en sus móviles. Soplaban mucho viento, pero incluso sin él lo más probable era que estuviesen demasiado lejos de las rutas aéreas para oír los primeros aviones enviados a la costa siguiendo el protocolo para esas situaciones.

—Todo no se puede saber. Vamos a ser buenos samaritanos y ya está. —Clay apagó el televisor y, al levantarse, optó por no mencionar los mil dólares.

11

La mañana de ese día parecía lejana, como algo que le hubieran contado a Clay acerca de otra persona. Casi veía las toallas de playa tendidas en la baranda y fueron como el pellizco que hay que darse, dicen, cuando crees que estás soñando. Amanda lo seguía muy de cerca. Al entrar en la cocina se encontraron a los desconocidos yendo de un lado para el otro como si estuvieran en su casa, una posibilidad que tampoco se podía descartar.

—He preparado unas copas. Me ha parecido que no estaba de más. —G. H. señaló el vaso que tenía en la mano—. Nuestra reserva privada. Si queréis una os la sirvo encantado.

Había dejado un armario entornado. Dentro, Clay vio botellas de Oban y de vino y el tequila ese tan caro del recipiente de porcelana. Ya había hecho el inventario de la cocina. ¿Había pasado por alto ese armario o estaba cerrado con llave?

—Pues mira, la verdad es que me apetece.

G. H. sirvió otro vaso.

—¿Con o sin hielo?

Clay sacudió la cabeza y cogió el vaso que le tendía el intruso. Se sentó al lado de la cocina.

—Gracias, muy amable.

—¡Es lo mínimo que podemos hacer! —El hombre se rió con una risa seria.

Se hizo un silencio pasajero, como si lo tuvieran preparado en memoria de algún difunto.

—Tendría que ir al baño —dijo Ruth.

—Sí, claro. —Clay no sabía qué convenía hacer. Ni ella le había pedido permiso ni él era quién para dárselo.

Amanda vio salir a la mujer de la cocina y se puso una copa del vino que había abierto antes porque no se le ocurría nada más. Su vino, pagado por ella. Se sentó al lado de su marido.

—Es una casa preciosa. —Vaya momento para dar conversación. G. H. asintió.

—A nosotros nos encanta. Me alegro de que a ti también.

—¿Hace tiempo que la tenéis? —La intención de Amanda era someterlo a un interrogatorio con el objetivo de pillarlo.

—La compramos hace justo cinco años. Tardamos bastante en reformarla, casi dos años, pero ahora ya la hemos hecho nuestra. Es nuestra segunda casa.

—¿En qué parte de la ciudad vivís? —Clay también sabía dar conversación.

—En Park Avenue, entre la 81 y la 82. ¿Y vosotros?

Se quedó entre estupefacto e intimidado. El Upper East Side estaba pasado de moda, pero seguía siendo intocable. A menos que de tan añejo estuviera otra vez en la onda... Ellos llevaban tanto tiempo en la misma casa que Clay ya no entendía el mercado inmobiliario, ese deporte local, pero había estado en pisos de Park Avenue, la Quinta Avenida o Madison Avenue y siempre le daban una sensación de irrealidad, como de película de Woody Allen.

—Nosotros vivimos en Brooklyn, en Carroll Gardens.

—Bueno, en realidad es Cobble Hill —dijo Amanda. Le parecía más respetable, mejor réplica a lo del Upper East Side.

—Supongo que ahora es donde quiere vivir la gente, sobre todo los jóvenes. Me imagino que tendréis mucho más espacio que nosotros.

—Bueno, para espacio el que tenéis aquí en el campo. —Amanda le estaba recordando lo que creía que era su tapadera.

—Sí, en gran parte lo compramos por eso, para salir de la ciudad los fines de semana y las vacaciones y respirar aire fresco. Aquí es tan diferente, el aire...

—Todo hecho con muy buen gusto... —Amanda acarició la encimera como si fuera una mascota.

—Teníamos un contratista espléndido. Muchos detalles fueron idea suya.

Al volver del baño, Ruth se detuvo en la sala de estar para encender la tele. La pantalla lucía un azul antiguo, de cuando la tecnología era más sencilla, con unas letras blancas y alarmantes: «sistema de transmisión de emergencia». Se oyó un pitido, luego una especie de susurro, apenas un sonido siquiera, y luego otro

pitido. Se iban sucediendo los pitidos. Eran lo único que se oía, a intervalos regulares, pero no tranquilizadores. Los otros tres entraron en la sala de estar para verlo con sus propios ojos.

—Nada, que no hay noticias —dijo Ruth como si hablara sola.

Amanda se mostró escéptica.

—¿Será que están probando el sistema de emergencia?

—Entonces lo pondría —dijo Ruth. Era de sentido común—. Ya lo veis.

Lo veían todos.

—Cambia de canal. —Clay tenía fe—. ¡Hace un rato estábamos viendo un programa!

Ruth fue bajando por todos los canales disponibles: 101, 102, 103, 104... Luego más deprisa: 114, 116, 122, 145, 201. Todos azules y con las mismas palabras insensatas.

—Pues vaya sistema de transmisión de emergencia que tenemos.

—Seguro que no pasa nada. —Clay miró las estanterías empotradas con libros de arte de saldo y juegos de mesa viejos—. Si hubiera algo más que anunciar, nos lo anunciarían. —Así de simple.

—La televisión por satélite es muy poco fiable, pero no había otra opción porque sería imposible instalar el cable aquí tan lejos.

Ruth deseaba que la casa estuviera lejos de todo. Era ella la autora de la descripción en Airbnb y la había escrito en serio. Lo mejor de la casa era que estaba apartada del resto del mundo.

—Se puede estropear con un golpe de viento. —G. H. se sentó en uno de los sillones—. O de lluvia. No es muy tranquilizador que la lluvia pueda afectar a un satélite, pero es la verdad.

Clay se encogió de hombros.

—Total, que hay una emergencia. La emergencia es que Nueva York se ha quedado sin electricidad, pero nosotros aún tenemos, aunque no vaya la tele ni internet. Eso un poco os calmará, supongo, ¿no? Habéis hecho bien en iros de la ciudad. Debe de ser un quilombo.

Amanda no se lo creía, pero al mismo tiempo se formulaba preguntas. ¿Convenía llenar de agua la bañera? ¿Buscar pilas, velas, provisiones?

—Yo creo que es mejor que paséis esta noche aquí. —Clay ya había visto bastantes pruebas—. Ya nos enteraremos mañana de qué pasa.

Amanda no tenía nada que opinar sobre el sistema de transmisión de emergencia.

—Un apagón podría significar algo. Podría ser un síntoma de que ocurre algo más grave. —Ruth había contado con hora y media para calentarse los cascos y tenía ganas de soltar sus inferencias—. Podría ser una lluvia radioactiva. O terrorismo. O una bomba.

—No dejemos volar la imaginación. —A Clay la copa le había dejado una sensación empalagosa.

—¿Una bomba? —Amanda no daba crédito a sus suspicaces oídos.

G. H. no era muy partidario de las peticiones, pero no le quedó más remedio.

—Una cosa... Siento molestaros, pero es que no hemos cenado; sólo un poco de queso con galletas saladas antes del concierto.

El grupo (¿ya eran un grupo?) se retiró de nuevo a la cocina. Clay sacó de la nevera el resto de pasta, que aún seguía en la olla. De repente advirtió lo desordenado que estaba todo y hasta qué punto se habían instalado a sus anchas.

—Vamos a comer algo. —Lo dijo como si fuera idea suya. Era algo que aprendían los profesores: aprovechaban un comentario perspicaz oído en clase y lo traducían en hechos.

Ruth observó que el fregadero estaba lleno de platos sucios y fingió que no le daba asco.

—¿Una bomba sucia en Times Square? ¿O varios atentados coordinados en centrales eléctricas? —Nunca se había considerado imaginativa, aunque estaba descubriendo que tenía un don. Sólo sonaba a paranoico si te equivocabas. Pensar en todo lo que habían hecho (y olvidado) a lo largo de sus vidas... y sólo en la última década.

—Mejor no entrar en especulaciones. —G. H. era una persona sensata.

Alguien había dejado las pinzas dentro de la olla. Quizá hubiera sido él. El metal estaba frío. Clay llenó cuatro cuencos y los fue metiendo de uno en uno en el microondas.

—¿Dónde están las centrales eléctricas de Nueva York? —Ignoramos tantas cosas en la vida... Incluso alguien tan docto como él. Le parecía sorprendente o significativo—. Supongo que estarán en Queens. ¿O al lado del río?

—Pongamos que alguien detona un maletín explosivo en Times Square. Sus colegas hacen lo mismo en las centrales eléctricas. Caos sincronizado. Si se apagaran todas las luces no podrían ni ir las ambulancias por las calles. ¿Hay generadores, de hecho, en los hospitales? —Ruth aceptó un cuenco de pasta dando las gracias. Como no se le ocurría nada más que hacer, comió. Además, tenía hambre. Estaba demasiado caliente, pero buena. Sin saber muy bien por qué, esa bondad le dio rabia—. Muy amable.

Amanda sorbió ruidosamente sin querer. De repente se moría de hambre. Los placeres sensuales te recuerdan que estás vivo. También le daba hambre beber demasiado.

—No hay de qué.

G. H. estaba notando los efectos de la comida en la química de su cuerpo.

—Gracias, está delicioso.

—Es por la mantequilla salada. —Amanda sintió la necesidad de explicarlo porque no estaba claro si era la anfitriona o la invitada y le gustaba tener siempre bien definido el papel que debía ejercer—. De esa en forma de cilindro, europea. Es una receta muy simple. —Le pareció que la incomodidad podía paliarse con conversación. Le daba vergüenza haber servido un plato así a unos desconocidos. Sólo era una improvisación que había acabado integrándose a su repertorio. Le gustaba imaginarse que algún día, otro verano, en otra casa de alquiler, los niños, ya estudiando en Harvard o Yale, se lo pedirían llegadas las vacaciones porque les recordaba los días de sol de su infancia—. A mí de vacaciones me gusta hacer cosas sencillas. Hamburguesas, crepes... Cosas así.

—Ya friego yo los platos. —A Ruth le pareció que reinstaurar el orden en su cocina podía tener un efecto calmante. Además, era de buena educación.

—Bueno, ya estamos aquí. Os lo agradecemos. Ahora que he comido me encuentro mucho mejor. Creo que me tomaré otra copa.

G. H. volvió a servirse. Era un whisky ya en edad de votar. Lo reservaba para ocasiones especiales, pero ésa lo era, ¿no?

—Me apunto. —Clay le acercó el vaso—. Ya veis, aquí no hay nada que temer. El vaso era caro y extraordinariamente pesado. Para un copazo y para un trompazo.

Como no lo conocían, esas dos personas ignoraban que G. H. era

muy poco propenso a la exageración. Durante la hora y media en coche se le había duplicado el miedo como una masa de pan en reposo.

—Hombre, inquietante ha sido.

Ya tenía lo que quería, pero ahora deseaba que ese hombre y esa mujer lo entendieran. Percibía su recelo.

A Ruth la serenaron la espuma, el estropajo amarillo, el olor a limón y el chirrido de los platos limpios y calientes. Durante la hora y media anterior había estado a la vez en suspenso y moviéndose a gran velocidad. La vida moderna tenía un ritmo extraño para el que no estaba hecho el ser humano. Los coches y los aviones nos hacen a todos viajeros en el tiempo. Al ver la noche tan negra se estremeció y apoyó una mano en la rodilla de G. H. Pensó en aquel sitio, en aquella casa, construida con solidez y decorada con buen gusto en un entorno precioso; un sitio a salvo de cualquier peligro, excepto la complicación o el engorro de esos individuos que ocupaban su cocina.

—Eso es quedarse corto.

—Un apagón. Como el huracán Sandy. —Clay recordaba rumores infundados sobre una explosión, sobre la contaminación del agua por un vertido de residuos tóxicos procedentes del canal Gowanus, sobre los muy cancerígenos riesgos de beberla... Pasaron un día y medio sin corriente. Como emergencia tenía su encanto: en casa sin salir, jugando a las cartas y leyendo. Cuando volvió la luz, hizo una tarta de manzana.

—O lo de 2003, el corte eléctrico, ¿os acordáis? —dijo Amanda.

—Yo crucé el Puente de Manhattan a pie. No conseguía localizarla por teléfono. —Clay puso una mano sobre la de su mujer, nostálgico y posesivo—. Estaba tan preocupado... Nos acordábamos todos del

11-S,

claro, pero fue muchísimo mejor. —Esa excelencia provinciana con que los neoyorquinos se adornan, competencia exclusiva, cuando no hay nadie que no se adhiera al sitio donde vive. Cuentas los desastres como pruebas de lealtad. Has visto a tu ciudad en sus peores momentos.

—Yo he pensado en el

11-S,

lógicamente. —Ruth vertió los restos de comida por el desagüe y puso el triturador en marcha—. ¿Y si ahora mismo está muriendo gente? ¿Os acordáis de ese hombre que hace unos años se metió por el carril bici del West Side con un camión? Alquiló uno en Nueva Jersey, y venga a matar gente. Ni siquiera es difícil. Ya me diréis si tuvo que planificarlo mucho.

—Las luces. Todas las luces... —G.H. sabía que a nadie le interesa oírte contar lo que soñaste la última noche. Eso era real, pero quizá algunas visiones hay que verlas con los propios ojos.

Clay estaba convencido de que expresar las cosas las hacía reales.

—Yo creo que por la mañana...

—Ya es por la mañana. —Ruth cruzó la mirada con Clay en el reflejo de la ventana, un buen truco.

—Lo que quiero decir, supongo, es que a la luz del día siempre se ve todo de otra manera. Supongo que los tópicos de la autoayuda tienen una base real. —Clay lo dijo como disculpándose, pero él se lo creía. El mundo no era tan temible como pensaba la gente.

—No sé cómo explicarlo. —Ruth se secó las manos con un trapo de cocina y volvió a colgarlo en su sitio.

Un edificio con las luces encendidas tenía vida, era un faro; a oscuras se desvanecía, como lo que había hecho David Copperfield con la Estatua de la Libertad. Ella asociaba la falta repentina de luz con el fin de algo, con un interruptor, con un cambio, lo cual invitaba a hacerse varias preguntas: ¿qué se había apagado? ¿Qué interruptor se había pulsado? ¿Qué había cambiado?

—Te has llevado un susto. —Clay lo entendía.

Sobre la realidad de esos momentos, Ruth había aprendido una sola cosa: que todo se sostendría gracias al consenso tácito de que se sostendría. Para que se desmorone algo, sólo es necesario que lo decida una de las partes. En el fondo no hay ninguna estructura que evite el caos, sólo la fe colectiva en el orden.

—He pasado miedo. Aún lo tengo.

La última parte no llegó a susurrarla del todo. No estaba avergonzada, pero tampoco satisfecha consigo misma. ¿Qué, se había convertido en una vieja medrosa?

—Mañana sabremos algo más. —Clay lo creía.

—¿Y si han sido los norcoreanos? El gordo ese que alimentó con

su propio tío a una jauría de perros hambrientos. —Ruth no podía parar—. ¿Y si ha sido una bomba o un misil?

¿Cuánto hacía de lo de Hawái? Un año, ¿no? La falsa alarma por la que durante unos momentos espantosos los turistas, las parejas en luna de miel, los inconformistas, las amas de casa, los profesores de surf y los conservadores de museo habían pensado que era el final, que un misil procedente de la península coreana los borraría del mapa. ¿Tú cómo aprovecharías tus últimos treinta y dos minutos? ¿Buscando un sótano, mensajeándote con tus amigos, leyéndoles un cuento a tus hijos o quedándote en la cama con tu pareja? Seguro que la gente seguiría su propia destrucción con todo lujo de detalles por la CNN; eso en el supuesto de que hubiera desconexiones porque si no igual podías seguir viendo *El precio justo*.

—¿Los norcoreanos? —Amanda lo dijo como si no le sonara de nada. ¿Y si eran los mongoles exteriores? ¿O los liechtensteinianos? ¿O los burkineses? Por cierto, ¿en África tenían bomba atómica? Ella había visto dirigir al maestro Lorin Maazel en Pionyang. Algún corresponsal había prometido distensión y algún presidente anterior había prometido paz para todos. No tenía tiempo para pensar en los norcoreanos; de hecho, ni siquiera sabía a qué se refería Ruth con lo de los perros que comían entes humanos. Ella tenía entendido que eran los coreanos quienes se comían a los perros.

—Los norcoreanos no son. —G. H. sacudió la cabeza, aunque no tenía intención de proseguir con las objeciones.

A Ruth no se la rebatía. Había estudiado en Barnard College y tenía respuesta para todo. Empezó a toquetearse el pesado reloj de pulsera, un tic nervioso del que era consciente. Él apostaba por Irán o tal vez por Putin. No de forma literal, no abiertamente, porque iba contra el derecho internacional, pero a él no lo engañaban.

—¿Cómo lo sabes?

Ya a salvo (aunque con un interrogante), Ruth podía ceder al pánico que le había atenazado la garganta mientras iban en coche. Podía decir lo que había tenido que callarse por miedo a ser gafe y quedarse sin gasolina o sufrir un pinchazo. Se quedó callada visualizando las caras de su hija y sus nietos: la oración del ateo. ¡Fundamentalistas islámicos! ¡Devotos chechenos! Rebeldes colombianos, España, Irlanda... Locos los había en todos los países.

—¿No habría habido una explosión? —Era algo a lo que Clay ya

estaba acostumbrado, tanto si tenía que montar un mueble como si el coche hacía ruidos raros: a lo poco que sabía. Quizá por eso, a su juicio, la verdadera inteligencia consistía en aceptar lo limitada que es siempre la inteligencia de uno. Esa filosofía lo descargaba de responsabilidades—. No sé, se habría... oído algo. Si hubiera sido una bomba, digo.

—El 11-S estaba desayunando en Balthazar. —G. H. recordaba la tortilla, pura seda, y las patatas fritas, bastante saladas—. No estaría a más de veinte manzanas de las torres, ¿no? Pues no oí nada de nada.

—¿Podemos no hablar del 11-S, por favor? —Amanda estaba incómoda.

—Oí sirenas y luego en el restaurante la gente empezó a hablar...

Ruth se puso a dar golpecitos con los dedos en la encimera. No había manera de explicar que lo que tiene la oscuridad es que es rara. Siempre queda alguna luz ambiente. Siempre hay un contraste que te ayuda a entender que «esto está oscuro». Los puntitos de las estrellas, la luz que se cuela por debajo de la puerta, el piloto de algún aparato... Algo. ¿O acaso la capacidad más destacada de la luz no era la de manifestarse y encima a una velocidad de vértigo?

Clay aplicó su huella dactilar al móvil sin pensarlo. El teléfono le mostró una foto de los niños, Archie con once años y Rose con sólo ocho, redondeados, pequeños e inocentes. Impresionaba ver aquellas pruebas de los seres que habían dejado de existir, aunque a menudo no llegaba a ver la foto de verdad porque la tapaban cuadraditos de información y el brillo seductor del propio móvil. Cuando no lo tenía al lado, notaba un cosquilleo fantasma. Recordaba que en enero, la época de los buenos deseos, había intentado dejarlo en otra habitación cuando dormía, pero casi toda la prensa la leía en el móvil y la resolución de mantenerse informado era igual de valiosa.

—Nada nuevo —dijo en respuesta a una pregunta que todos querían hacer, pero que ninguno se había molestado en formular.

Decidieron acostarse.

12

El sótano lo habían acondicionado para la madre de Ruth, un ser digno y marchito, todo pañuelos de seda y trajes de colores a juego. Se había instalado con ellos al cumplir los noventa; mucho quejarse, pero en Chicago los inviernos eran un horror y no quedaba nadie para vigilarla de cerca. Ruth gestionó la venta de la casa. Después de pagarles sus partes a su hermana y su hermano, instaló a su madre en el cuarto de invitados. Le gustaba ir al Met, a ver los cuadros de los impresionistas, y luego sentarse en el restaurante del museo con una taza de té y una crema de almejas al estilo de Manhattan. Si no hubiera fallecido, en ese momento estaría sola a oscuras en el piso de tres dormitorios de la decimocuarta planta. Un pequeño consuelo.

G. H. encabezó el descenso al sótano, adonde casi nunca iban. (La fantasía de cualquier urbanita: habitaciones que no te hacen casi falta.) No se había dado cuenta de hasta qué punto tenía connotaciones de seguridad la luz y de lo contrario la oscuridad. Lo sorprendió porque nunca le habían dado miedo las tinieblas, ni siquiera de niño.

—Cuidado con tropezar —le dijo a su mujer con algo de ternura.

—Es mi casa. —Ruth se sujetaba con fuerza al pasamanos. Le pareció importante subrayar ese hecho.

—Ya, pero han pagado por ella. —G. H. había conducido deprisa, pero algunas cosas era imposible adelantarlas. Su reticencia se debía a que cargaba con un peso muy particular: el de saber que pasaba algo malo, malo de verdad—. Tampoco puedo echarlos.

Prefería no decir que él ya había sabido que estaba a punto de ocurrir algo. Se dedicaba profesionalmente a la clarividencia. Mirando la curva de rendimiento, que se arqueaba y desplomaba a la manera de una oruga, veías todo lo que te hacía falta saber. G. H. había sabido que de esa parábola, en concreto, no podía fiarse. Más

que un presagio, era una promesa. Se les echaba algo encima. Estaba escrito.

—Ya has advertido lo sucia que tenían la cocina. —A Ruth no le hizo falta añadir «¡qué habría dicho mamá!» porque el espectro de mamá rondaba por todas partes. El sótano estaba pensado para ella (una rampa exterior por detrás de la casa, más fácil que la escalera), pero murió sin llegar a verlo. Ruth sabía que, con el paso del tiempo, se estaba convirtiendo en un burdo remedo de esa mujer. Otra manera de decir que era vieja. Ocurría sin más. De repente te veías con tus nietos en brazos (¡gemelos!) y ello sin mencionar el hecho de que tenían dos madres. Clara era profesora de lenguas clásicas en Mount Holyoke y Maya, directora de una escuela Montessori. Tenían una casa grande y fría, con revestimiento de madera y una torrecilla. A mamá le habrían encantado sus bisnietos color café con leche, nacidos con el material genético del hermano de Clara, James, que se dedicaba a algo en Silicon Valley. Ambos se parecían a sus madres, un hecho que en principio parecía imposible, aunque ahí estaba, blanco sobre negro, ¡ja, ja, ja!

G. H. fue encendiendo luces sin acordarse de hacer una pausa para agradecer que todavía funcionasen. Había un armario grande con un alijo de pilas Duracell, una caja de Volvic, unos cuantos paquetes de alubias Rancho Gordo, cajas de barritas Clif y fusilli Barilla en un contenedor de plástico muy resistente porque en el campo había ratones. Latas de atún, aceite de oliva suficiente para llenar un bidón de gasolina, una caja de un Malbec barato que no estaba nada mal y ropa de cama en esas bolsas al vacío de las que se sacaba todo el aire. Podían quedarse los dos tranquilamente en casa durante un mes entero como mínimo. G. H. prácticamente desafiaba a los elementos para que llegase una gran tormenta de nieve, pero de momento no había llegado ninguna. Decían que era cosa del calentamiento global.

—Todo en orden.

Ruth murmuró algo en señal de que lo había oído. Habían estado demasiado tiempo de reformas. Las mejoras eran una adicción. Profesionalmente, G. H. se dedicaba a conservar el dinero. Gastarlo era para él tan abstracto que hizo caso en todo al contratista. Danny era de esos hombres ante los que ningún otro hombre quiere parecer tonto. Tenía un ascendiente casi sexual sobre

los hombres, en el sentido de que el sexo siempre acaba siendo una cuestión de poder. Le hacías caso y en tus peores momentos quizá temías que se estuviera riendo de ti. Lo que estaba claro era que los cheques de G.H. y Ruth habían servido para pagarle un curso entero en una escuela privada a la hija de Danny. Por eso alquilaban la casa, para recuperarse.

—Aquí abajo huele raro. —Ruth hizo una mueca, aunque en realidad no olía raro.

La casa la limpiaba Rosa. Su marido se ocupaba del césped y también iban sus hijos a ayudarlos. Todo quedaba en familia. Eran de Honduras. Rosa nunca habría dejado olores raros. Por la pelusa de la alfombra se veía que pasaba la aspiradora hasta en el sótano, aunque no se usara. Había un dormitorio con un sofá, una mesa y una televisión montada en la pared. La cama estaba hecha y a la espera de visitantes. Ruth se sentó y se quitó los zapatos.

—¡Qué va! —G.H. se sentó en el borde de la cama dejándose caer con una pesadez involuntaria.

Siempre que hacía ese tipo de cosas se le escapaba un suspiro. Intentó imaginarse el alivio de por la mañana. La noticia chistosa en la radio: un grupo de mapaches se había metido en una subestación eléctrica de Delaware y había dejado sin corriente a toda la Costa Este o el empleado más bisoño de una empresa subcontratada había metido la pata el primer día. ¿Qué nos preocupaba? ¿De qué recelábamos? Ya volvería la confianza a los mercados y a algunos inversores estoicos les caería un beneficio inesperado.

Ruth estaba perpleja. Normalmente su rutina empezaba por abrir con llave los armarios donde guardaban todo lo especial y necesario: bañadores y chanclas, pantalla solar Shiseido, una manta de pícnic de lana de Hermès y, en la despensa, una lata de sal Maldon, una botella de aceite de oliva de Eataly, los cuchillos Wüsthof, que cortaban una barbaridad, cuatro tarros de cerezas Luxardo, tequila Clase Azul, whisky Oban, ginebra Hendricks, los vinos llevados como obsequio por los invitados, vermut seco y bíteres. Se reunían con esas pertenencias: se las untaban en la piel, las desperdigaban por las habitaciones y les parecía que estaban en casa de verdad. Se quitaban la ropa (¿qué sentido tenía una casa de campo si no podías pasearte medio desnudo?), preparaban manhattans y se metían en la piscina o en el yacuzzi o directamente

en la cama. Aún practicaban el comercio carnal con la ayuda de esas pastillas azules tan sumamente eficaces.

—Tengo miedo.

—Ya estamos aquí. —G.H. hizo una pausa puesto que era importante recordarlo—. Aquí estamos a salvo. —Pensó en las latas de tomates. Tenían para meses.

En el cajón del baño había cepillos de dientes sin estrenar. También había toallas limpias, simpáticos rollos apilados en forma de pirámide. Ruth se duchó. Sentirse limpia lo cambiaba todo para ella. En la cómoda del dormitorio había una camiseta vieja de una carrera benéfica que ya no recordaba y unos shorts que no consiguió identificar. En cuanto se los puso se encontró ridícula. No quería que la vieran los de arriba con esa ropa barata.

G.H. probó el televisor del dormitorio por curiosidad. Lo único que salía en todos los canales era una pantalla azul. Se deshizo el nudo de la corbata. Cuando su suegra vivía, G.H. percibía su presencia como una crítica. Estaba tan acostumbrado a ser como era que se había acabado convenciendo de que el éxito era eso. Entonces trabajaba catorce horas al día. Mamá encontraba antinatural vivir en un piso tan alto. Nueva York le parecía una alucinación. Inspeccionó a Maya y, con el ceño fruncido, dijo que, ya que no iban a la iglesia, al menos G.H. podía estar más presente como padre. Se compraron el piso de Park Avenue, enviaron a Maya a la Dalton School y vivieron con prudencia. A veces sí que echaba de menos pisar el suelo. La sabiduría de los mayores.

Ruth volvió envuelta en una nube de vapor.

—He encendido el televisor y sale de nuevo lo mismo. —G.H. tenía que explicárselo, aunque no esperaba otra cosa.

Ruth se acomodó debajo de la sábana limpia. El viento era escandaloso.

—Bueno, ¿tú qué crees que pasa? —No quería una respuesta formularia pensada para contentarla.

G.H. la conocía. ¡Llevaban décadas juntos!

—Yo lo que creo es que, cuando nos enteremos de lo que ha sido, nos reiremos. —No lo pensaba de verdad, pero a veces está bien mentir.

Se miró en el espejo y pensó en su piso, su casa, los trajes de su vestidor, la cafetera por la que se había decidido después de

semanas de investigación. Pensó en los aviones sobrevolando Manhattan y en la impresión que debían de haber tenido los pasajeros al ver que se quedaba todo a oscuras. Pensó en los satélites ubicados sobre los aviones que sobrevolaban Manhattan, en las fotos que estaban haciendo y en lo que saldría en ellas. Pensó en la estación espacial ubicada sobre los satélites ubicados sobre los aviones y sintió curiosidad por cómo lo habría interpretado todo el equipo multirracial y multinacional de científicos desde su perspectiva única y privilegiada. La realidad se veía a veces más clara desde la distancia.

Él entendía la electricidad como una materia prima y lo que pasaba no era ningún percance del mercado. No se podía desenchufar de golpe la capital financiera del país. Las aseguradoras se enfrentarían a décadas de juicios. Si se apagaban las luces en Nueva York, se trataba de un caso de fuerza mayor, una «obra de Dios», el tipo de expresión que podría haber dicho su suegra.

13

Te podía despertar la voz de tu hijo y te podía despertar su presencia. Antes de notar el aliento húmedo de Rose demasiado cerca de su oreja, Amanda ya se dio cuenta de que su cuerpo, pequeño y regordete, se encajaba en el golfo que la separaba de Clay.

—Mamá, mamá. —Una mano blanda en su brazo, suave pero insistente. Se incorporó.

—Rosie. —Hacía un año que la niña se había declarado harta del «ie»—. Rose.

—Mamá...

Rose estaba muy despierta. Una Rose recuperada por la noche. Una Rose en flor. Siempre había sido así, toda la vida. Por la mañana se moría de ganas de hacer cosas. Abría los ojos y saltaba al suelo. (La señora Weston, la vecina de abajo, nunca se quejaba porque había criado a dos hijas en los mismos cien metros cuadrados.) Rose no entendía que su hermano pudiera dormir hasta las once, las doce o la una. A ella por la mañana le parecía todo emocionante: lavarse la cara, elegir la ropa, leer un libro... Era una entusiasta. Todo era posible. Cuando eres la pequeña, aprendes a valerte por ti misma.

—A la tele le pasa algo.

—No es ninguna emergencia, cielo.

Entonces se acordó: «Sintonizan ustedes el servicio de transmisión de emergencia.» Obligó a las almohadas, demasiado blandas, a rendirle pleitesía a golpes.

—Se ha estropeado todo.

Los primeros canales eran un baile de luces en blanco y negro. A partir de ahí, nada, sólo blanco.

Habían olvidado bajar las persianas. Fuera había luz, aunque indirecta; no porque estuviera nublado, sino por la hora. Al final no

había llegado la tormenta anunciada. Justo cuando Amanda miraba el reloj cuadrado de la mesita de noche, éste pasó de las

7.48 h

a las

7.49 h.

Vaya: electricidad había. ¡Qué apagón más raro!

—No sé, cariño.

—¿No puedes arreglarla? —Rose aún era lo bastante pequeña para creer que sus padres podían con todo—. No es justo. Son vacaciones y dijiste que en vacaciones podíamos ver toda la tele o estar con pantallas todo el tiempo que quisiéramos.

—Papá duerme. Ve a esperar al salón, que ahora voy.

Se marchó de estampida (caminaba así) mientras Amanda echaba mano al móvil. La pantalla se despertó contenta de verla. Ella también lo estaba: no una alerta de noticias, sino cuatro. Lo malo era que sólo se veía el encabezado, como la otra vez. Al pulsar sobre la alerta, la pantalla no lograba conectarse. Primero el mismo titular: «Informan de un apagón masivo en la Costa Este de Estados Unidos.» Luego: «El huracán Farrah recalca en Carolina del Norte.» Y más adelante: «Última hora, corte eléctrico en la Costa Este de Estados Unidos», para acabar con un «última hora» seguido por letras sin sentido. Esperaba que funcionase la tele. La radio pública no la escuchaban desde que a los cuatro años Rosie se puso a recitar «soy David Greene» y Archie, con siete, preguntó por las Pussy Riot. Habían protegido a los niños de muchos peligros.

Alisó la sábana con la mano y dio un golpecito en el culo de Clay.

—Clay. —Él masculló algo, Amanda lo sacudió por un hombro—. Despierta, mira.

Clay tenía un sabor agrio en la boca y la mirada desenfocada. Amanda le puso el móvil delante de la cara y él hizo un ruido ininteligible.

—Mira. —Agitó otra vez el móvil.

—No veo nada.

Recién despertado era imposible ver bien; tenía que enfocar los ojos a la fuerza, pero lo que quería decir Clay era que el móvil se había quedado a oscuras.

—¡Ah, vale! —Amanda lo tocó.

—¿Qué ocurre? —Clay recordó la noche anterior, pero no podía pasar tan deprisa del sueño a la vigilia—. Parece que no nos han matado.

Amanda no le hizo caso.

—Las noticias.

En la pantalla que Clay tenía delante no ponía nada.

—Amanda, que no pone nada.

Sólo la fecha y la foto de siempre, una de los niños que habían usado hacía dos años para la felicitación de Navidad.

—Estaba aquí. —Amanda necesitaba que Clay compartiera con ella el peso de la información.

Clay bostezó, un bostezo muy largo.

—¿Estás segura? ¿Qué ponía?

—Pues claro que estoy segura. —¿Lo estaba? Amanda examinó el teléfono—. ¿Cómo se ven las alertas? No se abre la aplicación, pero había cuatro. La del apagón que ya vimos, otra sobre el apagón, algo de un huracán y una donde sólo ponía «última hora», pero...

—¿Última hora de qué?

—Nada, un galimatías.

—Abusan mucho de las «últimas horas». Última hora: las encuestas dan ventaja a los liberaldemócratas en las elecciones al Parlamento austríaco. Última hora: Adam Sandler dice que su nueva película es la mejor de su carrera. Última hora: muere a los noventa y nueve años Doris Comosellame, inventora de una heladera automática.

—No, en serio, es que no eran ni palabras, sólo letras. Debía de ser un error.

—¿Quizá sea la red, la del móvil? Quizá le ocurra algo. ¿Un apagón tendría algún efecto en eso?

Clay no sabía cómo encajaba el mundo, pero, bueno, ¿acaso lo sabía alguien de verdad?

—¿Tú crees que ocurre algo con los móviles? ¿O sólo es esta zona? El mío, desde que llegamos, va a rachas. En el pueblo, cuando fui a comprar, funcionaba normal.

—Bueno, apartados estamos... ¿Te acuerdas de que el año pasado sucedió lo mismo? Y conste que el sitio que alquilamos no estaba tan aislado, ni de lejos.

A menos (eso Amanda no lo dijo) que fuera algo tan grave que hubiera afectado incluso a *The New York Times*. Se levantó y bebió de la botella que había en la mesita de noche. Estaba a temperatura ambiente. Lo que más le apetecía era agua fría.

—Cuatro alertas de noticias. No recibí tantas ni la noche de las elecciones.

Fue al cuarto de baño y se quedó mirando el móvil mientras orinaba, pero no le dijo nada más.

Clay se puso los bóxers que había perdido durante la noche y se asomó al jardín. Pese a los augurios de tormenta, parecía una normalísima mañana de verano. Ya no se notaba ni una ráfaga de viento. De hecho, si se hubiera fijado (más de lo que le era posible), habría entendido que la calma era una reacción al viento. Se habría dado cuenta de que los insectos ya no hacían ruido y de que tampoco cantaban los pájaros. Si se hubiera fijado, habría advertido que era uno de esos momentos raros en que la luna pasa por delante del sol, esa sombra pasajera que los animales no entienden.

Amanda salió del baño y pasó al lado de su marido, que estaba esperando su turno.

—Voy a hacer café. —Notaba el peso del móvil en el fino bolsillo de algodón.

Rose estaba en la cocina con un cuenco de cereales. Amanda aún recordaba (tampoco había pasado tanto tiempo) cuando precisaba intercesión adulta para bajar el cuenco, llenarlo, cortar el plátano y verter la leche. Entonces intentaba que aquello no la molestara. Procuraba tener presente lo efímera que era esa etapa. Y ya había pasado. Ya había una última vez en que había cantado una nana a sus hijos, una última vez en que había limpiado de heces los recovecos de sus cuerpos y una última vez en que había visto a su hijo desnudo y perfecto como el día en que lo conoció. Nunca sabes cuándo es la última vez de algo porque si lo supieras no podrías seguir viviendo.

—Hola, cariño. —Puso café en el filtro de papel. Otro bonito día, ¿verdad?

—¿Puedo ver una película en tu ordenador?

—Es que no hay internet, cielo; si no, te dejaría ver Netflix. Oye, quería decirte...

—... que estas vacaciones son una mierda. —Rose tenía que

puntualizarlo. Una injusticia.

—... que anoche tuvieron que venir... los Washington, los dueños de la casa. Es que hubo... —¿qué sustantivo necesitaba?—, hubo un problema. Con su coche. Y como no estaban lejos vinieron hasta aquí, aunque nos hayan alquilado la casa para toda la semana. —Ser madre (o ser persona a secas) exige una buena disposición para el embuste. A veces conviene mentir.

—¿De qué estás hablando? —A Rose ya le daba igual. Ella quería escribir a Hazel para ver qué hacía. Lo más probable era que en esos momentos estuviera viendo la tele.

—Hubo un problema con su coche y no andaban lejos de aquí. Ya sabían que estábamos nosotros, pero se les ocurrió pasar, explicárnoslo y... —Ni siquiera costaba mucho disimular. Los niños no tenían capacidad para asimilar asuntos complejos (bueno, simples tampoco, la verdad); de hecho, no les importaban, preciosos y encantadores narcisistas.

Clay apareció en calzoncillos y con cara de sueño.

—Me apunto a ese café.

Amanda le llenó una taza.

—Le estaba contando a Rose lo de los Washington.

—Papá, no va la tele. —Rose le tiró del brazo. A él sí que le importaría. Él sí que la ayudaría.

Se le cayó un poco de líquido caliente en el pie derecho.

—Cuidado, cariño.

—¿Te has olvidado de dejar el cuenco en el fregadero? —Amanda había leído un libro sobre cómo hablar con los niños para que te escucharan—. Clay, deberías vestirme, que está aquí esa gente. —Percibió la rudeza de sus palabras—. Los Washington. Están abajo.

—¿La puedes arreglar, papá?

—A ver, a ver, un poco de calma.

Quizá hubieran sido demasiado permisivos con el tiempo de pantalla, dosificándolo como lo que era, un narcótico. Clay era incapaz de resistirse a los ruegos de Rose. De bebé, cuando llamaba a «papi», lo hacía de una manera muy especial. Las niñas necesitan a sus padres. Dejó la taza y toqueteó el mando a distancia. Nieve: un toque lírico para describir lo que se veía cuando no había señal.

—No, parece que no funciona.

—¿Y no puedes resetearlo o algo así? ¿O subir al tejado o lo que sea?

—Al tejado no sube nadie —dijo Amanda.

—No, no pienso subir al tejado. —Clay se rascó la barriga, punteada de pelos e hinchada por la pasta a medianoche—. Además, ni siquiera tengo claro que el problema sea de aquí, del tejado o... de algún otro sitio. —Su gesto aludía a todo lo que los rodeaba. ¿Quién podía responder por el mundo en general? Suponiendo... que aún hubiera mundo—. Oye, ¿y si te sientas fuera? Enseguida salgo. Es que tengo que hablar un momento con mamá.

Rose habría preferido la tele, pero se conformaba con tener algo que hacer y aceptó la atención de su padre.

—Pero ven, ¿eh?

—Sí, en un par de minutos. —Clay miró detrás de ella, a la mañana, entre amarilla y blanca, reticente.

Rose dijo «vale» como aprenden a pronunciarlo los adolescentes, con el fervor de quien suelta una palabrota. Era una mañana tranquila, bonita, pero no tan interesante como un programa de la tele.

Rose dio un portazo sin querer del todo. Sí, seguro que donde estaba Hazel era todo mejor. A Hazel nunca se le estropearía la tele. Sus padres le dejaban tener una cuenta abierta de Instagram. Rose se sentó en una de las sillas blancas de metal y miró el bosque.

En la parte donde el jardín se desentendía de la casa, el césped se hacía más disperso, hasta que al borde del bosque (o el matorral o lo que fuera) sólo había tierra, hojas y hierbajos. Justo detrás, Rose vio un ciervo con cuernos abreviados de terciopelo y una expresión cauta, en cierto modo aburrida. La miraba con unos ojos oscuros extrañamente humanos.

Tuvo ganas de decir «un ciervo», pero no iba a oírla nadie. Al mirar la casa por encima del hombro vio a sus padres hablando. No tenía permiso para meterse en la piscina, pero tampoco era lo que iba a hacer. Bajó los escalones y pisó el césped húmedo mientras el ciervo la miraba con poca o ninguna curiosidad. Rose ni siquiera había advertido que al lado había otro. No, más. Había cinco ciervos. Siete. Cada vez que ajustaba la vista tratando de entenderlo, descubría algo nuevo. Había docenas de ciervos. Si

hubiera estado a una mayor altura habría comprendido que eran cientos, que superaban el millar como poco. Tuvo ganas de entrar corriendo a contárselo a sus padres, pero también de quedarse donde estaba contemplando el espectáculo.

Ruth se despertó con la mirada lúcida y se acordó de golpe. La vieja sensación de un brusco despertar justo cuando vas a dormirte, que al principio consideras algo idiosincrático, particular, aunque luego descubres que forma parte de la condición humana. La mañana y sus sonidos cotidianos: agua en las cañerías, los pasos de alguien, gente hablando en otra habitación... Necesitaba desesperadamente a Maya. Estaba en la cama, pero al mismo tiempo seguía en el coche, pensando en la niña: bebé contra su pecho, niña en su regazo, a los diez con brazos y piernas robustos y trenzas afro, adolescente lacónica, con camisa de franela y exceso de pendientes, universitaria, recién casada, madre radiante. En el cerebro de Ruth se solapaban todas las versiones de Maya. El piloto verde del decodificador le indicó que aún había corriente. Su móvil seguía sin dar señas de conectar con el mundo, pero tampoco esperaba lo contrario. Subió sin hacer ruido dejando que durmiera George.

Una vez en la cocina, descolgó el teléfono que habían instalado por consejo de Danny. El contratista tenía algún tipo de ascendiente sobre G.H. Para los hombres de la generación de G.H. resultaba impensable encariñarse con otros hombres. Por eso había sido tan encantador, primero, y tan desagradable, después, notar que sucumbía al embrujo de Danny. Era un trabajador manual, mientras que G.H. había ido a la Escuela de Negocios de Harvard, pero Danny, con sus camisas de cambray arremangadas sobre unos antebrazos firmes, y sus gafas de sol detrás de la cabeza, era musculoso y capaz. Ruth apretó el auricular contra su oreja. No era la nota grave y continua de un teléfono listo para marcar, sino el fúnebre lamento que indicaba la muerte. Durante un momento horrible, Ruth no alcanzó a imaginar del todo la voz de su hija. ¿Cómo sonaba Maya, la Maya actual, la persona real?

De adulta era igual que de niña, casi siempre desconcertada por

sus padres. Solía llevar vestidos largos y estrambóticos, un lío de colores y estampados. Sus hijos se llamaban Beckett y Otto y retozaban desnudos en el jardín trasero. Ruth no entendía sus nombres ni que no estuvieran circuncidados, pero se lo callaba. Colgó, quizá con demasiada fuerza.

La pareja estaba en el salón; él casi desnudo, ella con ropa de andar por casa.

Amanda intentó disimular que se había sobresaltado.

—Buenos días.

Ruth contestó con la debida educación: palabras insinceras o inexactas (o quizá ambas cosas).

—Sigue sin haber línea.

—Estábamos... Esta mañana Amanda tenía alertas en el móvil.

—¿Y qué decían? —A Ruth le extrañó que el suyo no le hubiera comunicado nada. Nunca sabía usar el cacharro ese.

—Lo mismo, un apagón; luego algo sobre un huracán, una actualización y algo que no tenía ni pies ni cabeza. —Era la tercera vez que lo explicaba, y aún le veía menos sentido que antes.

—Te traigo un café —dijo Clay. Le daba vergüenza no llevar ropa.

—Un huracán. Bueno, ya es algo. —Ruth buscaba hechos razonables.

—¿Sí? —Clay le tendió una taza (taza que le pertenecía).

—Bueno... podría estar relacionado. Con el corte eléctrico, digo. Podría ser. Ya pasó con el huracán Sandy. No recuerdo haber oído que éste se dirigiera a Nueva York, pero tampoco he estado muy atenta, debo reconocerlo.

Estaba segura de que todos habían oído decir que al final las famosas tempestades del siglo serían las tormentas de la década y que quizá hubiera que crear una nueva categoría para describir con precisión los tipos de tormenta ahora que la humanidad había trastocado tanto el mar.

—No sé muy bien qué decirles a los niños. —Amanda miró a la desconocida como si pudiera darle algún consejo. Luego se volvió hacia la cristalera y, como los demás, observó a Rose, que estaba de pie en el jardín.

—¿Qué edad tiene?

Hacía años, a Ruth le habían pedido ayuda en la administración

del colegio. La Dalton School quería aumentar la «diversidad». Ruth se había hecho inmune a los microbios de los niños y prácticamente impermeable a sus encantos.

—Trece años, los cumplió el mes pasado. —Amanda se puso protectora—. Aunque en el fondo es un poco bebé todavía; vaya, que me gustaría que la cosa quedara... entre adultos.

—No hace falta preocuparlos.

En el colegio, Ruth trataba a los niños como los seres que inevitablemente acabarían siendo. Los niños que saldrían guapos, y por lo tanto colmados de atenciones; las niñas que saldrían atractivas, y por consiguiente crueles; los ricos que saldrían republicanos; los ricos que saldrían drogadictos; los ricos que superarían las expectativas de sus padres; los pobres que prosperarían y los pobres que volverían a East New York tras pasar desapercibidos en Princeton. Sabía que la infancia era un estado provisional, pero la había ablandado ser abuela.

—No quiero que les entre pánico por nada. —Amanda trató evitar la insinuación de que eso les había ocurrido a Ruth y su marido.

La madre de Ruth habría invocado a Dios. Vivir consistía en esforzarte al máximo para que a tus hijos les fuera mejor que a ti y el ateísmo de Ruth era una clara mejora. No se puede ir por la vida relegando lo incomprensible a lo divino.

—Yo no quiero asustar a nadie. —Sin embargo, tenía miedo—. Gracias por el café.

—Tenemos... Hay huevos y cereales, ¿eh? —Clay sostuvo un plátano sin saber cuánto se parecía en ese momento a un primate—. Voy a vestirme —dijo olvidando del todo la promesa que le había hecho a su hija. Tenía un plan.

Ruth se sentó. Se sentía segura hablando de trivialidades.

—Bueno, ¿y tú a qué te dedicas?

Amanda lo entendió.

—A la publicidad. Desde el punto de vista del cliente. Gestión de relaciones. —Se sentó también y cruzó las piernas.

Era el turno de Ruth.

—Yo estoy jubilada. Trabajaba en la Dalton School, en admisiones.

Amanda se irguió un poco sin poder evitarlo. Podía ser una

oportunidad. Sus hijos no destacaban especialmente (¡aunque para ella siguieran siendo maravillosos!) y no les iría mal un pequeño empujón. Sabía que el precio de la matrícula era orientativo. Las familias como ellos dependían de la generosidad de otras personas más afortunadas.

—¡Qué interesante!

A veces, desde su antiguo despacho, Ruth había visto a Woody Allen merodeando por la casa de enfrente. Era una de las tres o cuatro cosas interesantes del trabajo. Se alegraba de ser libre.

—¿Y tu marido?

—¿Clay? Es profesor. De lengua y literatura, pero también de ciencias de la comunicación.

—No sé si acabo de entender lo que son. —Ruth lo dijo como para burlarse de sí misma.

Amanda tampoco lo había tenido nunca muy claro.

—Cine, cultura general, internet. La verdad, esos asuntos.

—¿En Columbia?

—El City College. —Parecía un poco decepcionante teniendo en cuenta que en lo primero que había pensado la otra mujer era en una universidad de la Ivy League, pero Amanda estaba orgullosa.

—Yo fui a Barnard y luego al Teachers College. —Ruth lo planteaba así para entender un poco mejor a sus inquilinos. Era un toma y daca.

—Más neoyorquina imposible. Yo fui a Penn. Me parecía un lugar tan lejano de mi mundo rural; Filadelfia, una urbe tan exótica... —Aún recordaba el traslado al campus al volante del Corolla de sus padres, rebosante de juegos de cama, una lámpara de escritorio, un estante para la ducha y un póster de Tori Amos. Le pareció todo muy desangelado. Al oír «ciudad» se había imaginado edificios que llegaban hasta el cielo, pero, en fin, siempre era mejor que Rockville. Tenían razón los R.E.M.: nadie saluda a nadie ni habla con nadie que no conozca—. Ojalá hubiera ido a la universidad en Nueva York.

—Bueno, yo soy de Chicago. —Ruth lo dijo como si fuera el mejor lugar donde criarse—. Aunque a estas alturas supongo que ya soy neoyorquina al cien por cien. Es el lugar donde más años he vivido.

G. H. se había vestido (prescindiendo de los calzoncillos sucios y

los calcetines sudados, y sin molestarse en ponerse corbata) y había hecho la cama. No se podía vivir con la cama deshecha. Intentó prepararse con las abluciones de costumbre, pero no tenía demasiado claro el objeto de esa preparación.

—Buenos días.

Amanda se levantó para saludarlo, por alguna formalidad consustancial a ella, aunque no lo supiera.

—¿Alguna novedad? —G. H. la escuchó referir lo poco que sabían y deseó poder ver las noticias, pero sobre todo los índices del mercado. Quería informarse, pero también justificarse—. Habrá sido la tormenta, seguro. Alguna rama caída.

—Las líneas del fijo nunca fallan. Por eso dijo Danny que pusiéramos una. —Lo que molestaba a Ruth no era que quisieran calmarla, sino que le mintieran.

—Luz aún hay. —Era un dato que G. H. no quería que pasara por alto—. Podríamos acercarnos hoy en coche a casa de Danny.

Puestos a sufrir un asedio terrorista, mejor estar con Danny.

—¿Quién es Danny? ¿Hay vecinos aquí cerca? Justo antes de tomar el camino, pasamos al lado de un puesto de fruta y verdura. Seguro que hay alguien. Quizá sepan algo.

Amanda no sabía que la comezón que estaba sintiendo se parecía mucho a la que sufría su marido cuando pasaba demasiado tiempo sin nicotina. Quería irse.

—¿Y si es un caso de histeria colectiva? Varios grupos de gente pillan una enfermedad que al final resulta ser una simple alucinación colectiva. Cientos de personas con temblores y fiebre se imaginan aquejadas por erupciones en la piel. Hasta pueden conseguir que se les enrojezca. —G. H. se limitaba a exponer una teoría.

Ruth le llevó café a su marido.

—Ahora me llamarás histérica, que es la palabra que se usa, bueno, que usan los hombres, para las mujeres. —Casandra, por supuesto, estaba en lo cierto con respecto a Troya.

—Vimos lo mismo. Está claro que algo pasó. En eso estaremos de acuerdo.

De todos modos era un mero tecnicismo. El mundo era así. Sucedian cosas.

—Conducías tú. —Ruth quería insinuar que había huido—.

Tenías tanto miedo como yo.

—Bueno, es que el ascensor... —Su piso llevaba el número catorce, pero era mentira. En el edificio no había decimotercero porque esa cifra da mala suerte. Era mejor fingir que no existía.

Amanda estaba incómoda. No conocía a esos dos individuos y no podía quedarse mirando cómo discutían.

—¿Dónde vive Danny?

—Bastante cerca. Sin la información correcta no se puede hacer nada en la vida. Os llevaré yo en coche. —G. H. escrutó la atmósfera exterior. Le pareció una mañana extraña, aunque se viera incapaz de argumentar por qué. No podía estar seguro de que fuera un hecho y no el contexto.

—No quiero que vayas a ninguna parte. —A Ruth le parecía ridícula la idea de buscar asilo en casa de Danny, como si fuera su hijo y no un tipo al que habían contratado. Estaba sopesando todas las hipótesis. Un musulmán sin rumbo en la vida con explosivos por todo el cuerpo. Otro avión estrellado. ¿Por qué no pasaba más a menudo? Convertir un avión en un arma era una gran idea.

En casita te sentías a salvo. Amanda lo entendía.

—Necesito mi ropa. Necesito ropa limpia.

Ruth se giró hacia Amanda.

—¡Ah, claro!

—Sólo tengo que abrir mi armario.

Alquilaban regularmente la casa, aunque nunca habían llegado a ver a ningún desconocido dentro. Siempre mandaban a Rosa antes de que se marcharan. Siempre se encontraban la casa inmaculada, fresca y a punto para recibirlos.

—Clay se está vistiendo. Voy a pedirle que se dé prisa.

No hacía falta que Ruth dijera nada sobre la cara que habían puesto al abrirles la puerta. Adivina quién viene esta noche...

—Gracias.

Ruth tenía sesenta y tres años. No la habían educado para «hacer» (aunque la acción también entrase en las expectativas), sino para convencer. Según su madre, era como se abrían paso las mujeres en el mundo: convenciendo a los hombres de que hicieran lo que ellas querían.

—Tengo miedo. —Era una confesión—. Maya y los niños. Seguro que está intentando llamarnos.

—Nuestra hija —explicó G. H. apoyando una mano en el hombro de su mujer—. De eso ahora no te preocupes.

Por lo general, Ruth soportaba no pensar en los casquetes polares o en el presidente. Podía mantener el miedo a raya centrándose en las menudencias de su propia vida.

—¿Recuerdas el año en que fuimos a Italia?

Calor seco, un hotel de lujo y Maya con coletas. Bebían vasos de zumo dulce a sorbitos y comían pizza con romero y patatas. Alquilaron un coche y se alojaron en una villa campestre. Era un sitio llano, sin apenas árboles, con el alivio de una piscina. Mientras contemplaba las ruinas del foro, Maya preguntó por qué habían ido a ver un sitio tan triturado. Para ella la historia no significaba nada. El tiempo era inimaginable a los nueve años. Quizá a los sesenta y tres también. Sólo existía ese momento, el actual, esta vida.

—¿Cómo te ha dado por pensar en eso?

—No sé en qué otra cosa pensar —dijo.

15

Rose dio vueltas y más vueltas al misterio de los ciervos, como a un caramelo con la lengua. Todavía no era lo bastante mayor para que dieran crédito a sus palabras. Dirían que se lo inventaba. Dirían que exageraba. Dirían que era una niña, sin embargo, aunque nadie más advirtiese que el día había cambiado, ella lo había percibido. Para empezar, hacía calor, un calor imposible teniendo en cuenta que el sol aún no había salido del todo. Se respiraba un aire artificial, como el de un invernadero o una exposición en un jardín botánico. La mañana era demasiado silenciosa. Le estaba diciendo algo. Intentó oírlo.

En la cocina, su padre estaba hablando con un señor mayor a quien Rose no había visto nunca. No se molestó en recordarle que en principio tenía que salir a verla. Mejor que lo hubiera olvidado. Su padre hizo las presentaciones.

—Encantada. —La habían educado bien.

—Un placer. —G. H. no pudo evitar pensar en su propia hija. Recordó que había usado su nombre para la combinación de la caja de seguridad.

—¿Te has cepillado los dientes? —Clay quería quitársela de encima.

—Fuera hace mucho calor. ¿Puedo bañarme?

—Por mí, sí, pero antes ve a buscar a tu madre y dile que te he dado permiso. Yo tengo que hablar con el señor Washington.

Durante la noche, en cierto modo, se habían cancelado mutuamente y por la mañana no se habrían podido describir el uno al otro para un retrato robot. De todos modos, dicen que los testigos oculares no son de fiar. A la mayoría de la gente sólo le importa ella misma. Lo mismo podía decirse de ellos dos, que, sin precedentes para la norma o la etiqueta adecuada al caso, estaban como a la deriva en una casa sobre la que ambos reclamaban sus respectivos

derechos.

Ver de nuevo a aquel hombre a la luz del día era como ver a un desconocido después de acostarte con él.

—G. H., ¿te importa si salimos? —Qué masculino y resuelto sonaba si no sabías que lo que quería era fumar.

—De acuerdo. —G. H. se rió un poco para sus adentros. Costaba no adoptar aquel papel de vecino afable consagrado en las comedias. La televisión creaba el contexto y los negros tenían que seguir el juego, pero en esa ocasión la casa era suya. Era el protagonista de su propia historia.

Salieron por la puerta lateral. El anhelo posesivo de G. H. se extendía incluso al terreno, donde el césped se quedaba sin fuelle al topar con un muro de árboles. No era lo mismo que tener una casa en la playa. El mar impone. Los árboles son protectores.

—¡Qué calor hace! —Miró el cielo y se fijó en su color blanquecino.

Clay se sacó unos cigarrillos del bolsillo.

—Mi pequeño vicio. Perdón.

G. H. lo entendía: de hombre a hombre. Los hombres ya no decían esas cosas, se limitaban a insinuarlas. En otros tiempos, vaciar los ceniceros de la mesa era uno de los cometidos de la secretaria. Ahora ni siquiera se decía «secretaria», sino «asistente».

—Lo entiendo.

Dejaron el seto atrás. El crujido de la grava debajo de los pies resultaba agradable. Clay se alejó más de lo necesario (los tapaba el seto, no los verían los niños) porque le parecía una muestra de respeto.

—Dentro de la casa nunca fumaría, ¿eh?

—La fianza la pedimos por algo. —Habían tenido mucha suerte con los inquilinos. Una copa de vino rota, un pomo suelto y un jabonero que Ruth había sustituido por una concha grande.

—¿Te ha contado Amanda lo que ha visto, lo de las alertas de noticias? —Sólo le preocupaba la ilegible. Estaba más inquieto por la tecnología que por el país.

G. H. asintió.

—¿Sabes cómo me gano la vida? Gestiono dinero. ¿Y sabes qué requiere ese trabajo? Información. Ya está. Bueno, y dinero, pero información. Sin saber qué ocurre no puedes ni tomar decisiones ni

evaluar los riesgos.

Clay, sin embargo, quería ganarse el protagonismo. Quería tranquilizarlos a todos. Tenía la fatuidad o el ego necesarios.

—Voy a ir en coche al pueblo. Es la única manera.

—Yo sospecho que es terrorismo, pero no es lo que me asusta. Los terroristas son unos catetos. Por algo los convencen de que se incineren en nombre de Dios. Son cabezas de turco. Pero ¿luego qué? —G. H. había tenido fe en las instituciones estadounidenses, aunque ahora lo asaltaban las dudas—. Pon que ocurre algo en Nueva York. ¿Tú crees que este presidente tomaría las medidas adecuadas? —Esos temores sonaban antes a paranoia, pero se habían convertido en mero pragmatismo.

—Bueno, pues voy a enterarme de qué pasa. —Clay estaba orgulloso de sí mismo. Hinchaba el pecho estimulado por un instinto de primate alfa.

—Mi contratista vive a pocos kilómetros, siguiendo por la carretera. Es buena persona. Le tengo confianza. Podríamos ir a verlo. —Más que nada, G. H. pensaba en voz alta.

Para Clay, la nicotina era un alivio.

—Yo creo que aquí estamos seguros.

G. H. no lo tenía tan claro.

—Eso parece. De momento.

—No creo que haga falta molestar a tu amigo. Me voy al pueblo a comprar algún periódico y buscar a alguien que sepa más que nosotros.

—Te acompañaría, pero no estoy seguro de que a Ruth le parezca bien.

G. H. era negociador de profesión. No quería ir.

—Vosotros quedaos. —Clay pensaba de alguna manera en su padre—. Hay alquileres en los que el dueño vive en la misma casa. Tampoco es tan raro. —Le preocupaba que siguieran conduciendo. Le parecía un detalle de su parte. Quería que lo vieran como una buena persona.

G. H. volvió a mirar el cielo.

—Tiene pinta de que hará buen día. Ya hace mucho calor. —A partir de cierta edad podías permitirte decir esas cosas como si de algún modo estuvieras en sintonía con los ritmos secretos de la naturaleza, como si G. H. hubiera pasado su vida en un pesquero y

no en un rascacielos de Midtown. Quizá fuese a nadar.

Clay también levantó la vista. El amarillo se estaba decantando hacia el azul. A él le había parecido que amenazaba lluvia, pero en ese momento la sensación era de verano. ¡Cómo se habían equivocado!

Clay pulsó dos veces el botón para bajar las cuatro ventanillas al mismo tiempo. Le gustaba esa prestación, fruto del ingenio de un ingeniero especialmente sagaz: entendió que cuando hace calor lo primero que quieres es aire. Aun así, el aire seco y estanco del coche también tenía su gracia: las motas de polvo, que casi se pudiera oler la luz del sol... Después de hacer un ruido peculiar sobre la grava, las ruedas procedieron a rodar suavemente por el asfalto. Conducía despacio, con flema, para sentirse más valiente. Por otro lado quería sufragar los gastos; cuanto más tiempo se quedara esa gente, más derecho tendría él a sus mil dólares.

Había un campo donde cultivaban algo, aunque no tenía ni idea de qué. ¿Las semillas de soja eran lo mismo que el edamame o algo distinto? ¿Para qué se usaban? Pasó despacio al lado de la barraca en la que vendían huevos. La carretera era un acceso intermedio, aún estrecho, y no del todo real. Esperó a que se conectara el GPS, pero, bueno, ¿no había encontrado el camino de la playa el día anterior? Sabía lo que se hacía.

Alguien le había explicado que fumar te calma porque consiste más que nada en respirar profundamente. Como no había arcén, se detuvo en medio de la carretera, apagó el motor y apretó el botón para que volvieran a subir las ventanillas con una sincronización magnífica. Se alejó tres metros, porque no quería que el coche se impregnara de olor a humo.

De nuevo experimentó el puro subidón de saciedad. Estuvo cerca de desmayarse. Al no tener donde apoyarse, se irguió en toda su estatura y miró el mundo a la redonda. No se oía nada. Anheló fugazmente la claridad de una

Coca-Cola

bien fría, que le despejase la ligera resaca. Ya tenía decidido qué hacer. Seguiría por esa carretera secundaria, tomaría la principal y,

después de las curvas, al llegar al cruce, en lugar de torcer a la derecha, hacia el mar, doblaría a la izquierda, hacia el pueblo. Había una gasolinera, una biblioteca, una tienda de segunda mano, una heladería, un motel y, continuando por la carretera, uno de esos complejos comerciales tan deprimentes de una sola planta, con un supermercado, una farmacia, una tintorería y una franquicia de bocadillos pulcramente dispuestos frente a un aparcamiento tan grande que nunca se llenaría. Allí iría en busca de iluminación: no a la biblioteca, sino al lugar donde se venden mercancías. Una

Coca-Cola

la encontrabas casi en cualquier sitio.

Miró su móvil. La fuerza de la costumbre. No le enseñó nada. Tiró el cigarrillo al suelo, lo pisó y volvió a subir al coche. El cerebro era un prodigio. Podías conducir sin pensar del todo en conducir. Claro, ya te sabías el itinerario, de tanto ir y volver a diario del trabajo: poner el coche en marcha, llegar a la autovía, maniobrar por los carriles, tomar la salida de siempre, ir frenando de manera paulatina en los semáforos en rojo, continuar en los semáforos en verde, escuchando, pero no del todo, las noticias más candentes repetidas en la radio pública o pensando en algún desaire sufrido en la oficina o recordando un montaje de *Los piratas de Penzance* que viste aquel verano, entre sexto y séptimo curso... Se conducía de memoria. Se hacía y punto.

No es que Clay estuviera pensando en el montaje de *Los piratas de Penzance* que había visto durante el verano que transcurrió entre sexto y séptimo, aunque recordaba esa época como los tiempos dorados, transitorios, en que aún era el hijo favorito de su madre, pero en algo debía de pensar porque en un momento dado cambió de dirección y siguió conduciendo durante un trecho (le resultaba imposible hacer una estimación de las distancias y los volúmenes) hasta que se dio cuenta de que, si bien estaba con toda certeza en una carretera, una más seria, de dos carriles, de esas que conocería e identificaría el GPS, en el fondo no podía estar seguro de que fuera la que buscaba. En la libreta de Amanda había indicaciones, claro, pero la libreta de Amanda estaba en la casa, en el bolso Vuitton de Amanda. De todas formas, la capacidad de seguir indicaciones escritas hasta tu destino e invertir luego el orden para rehacer el recorrido era un arte obsoleto. Era como bajar

las ventanillas con una manivela. El progreso humano. Clay se había perdido.

Todo era muy verde. No había nada a lo que agarrarse. Apenas algunos árboles y un campo cultivado. Se vislumbraba un techo, la promesa de un edificio, pero no habría sabido decir si se trataba de una casa o un granero. La carretera trazaba una curva y llegaba a otro sitio, donde había otro campo, más árboles y otra franja de techo de casa o granero. Pensó en los dibujos animados esos de antes que reciclaban los fondos para dar una impresión de movimiento. Era imposible decidir si era más sensato parar y volver por donde había venido o seguir como si supiese adónde iba. Ni siquiera sabía cuánto tiempo llevaba al volante ni si sabría reconocer la salida a la carretera que llevaba al camino de grava y a la casa donde esperaba su familia. No sabía si la carretera tenía algún indicador (ni qué indicaba si lo había). Quizá debería haber prestado más atención. Quizá debería haberse tomado más en serio su misión.

Lo distraía oír el viento y sentirlo en la cara. Frenó un poco y volvió a subir las ventanillas. Luego clavó varias veces el dedo en el panel central hasta que el aire acondicionado cobró vida. Siguió recto; bueno, no exactamente porque la carretera se ondulaba y retorció, de modo que quizá hubiera vuelto al punto de partida, y por eso le sonaban tanto los árboles y las construcciones esporádicas: eran los mismos. Encontró un chicle y se lo metió en la boca. ¡Qué bien!

No había más coches y no sabía si le parecía raro o no. En cualquier caso, no era el tipo de carretera con señales de stop. Los planificadores de la zona se fiaban de los vecinos. Frenó en el polvo del arcén, dio media vuelta y regresó por donde había venido. Ya nada le resultaba familiar a pesar de que acababa de recorrer ese camino. Estaba todo al revés y le llamaban la atención cosas del lado izquierdo de la carretera que cuando estaban a su derecha le habían pasado desapercibidas: un cartel chapucero que anunciaba la granja McKinnon, un solo caballo en medio de un prado, las ruinas de un edificio quemado... En un momento dado redujo la velocidad intuyendo que tenía que estar cerca la salida por donde se iba a la casa, aunque él no la tomaría porque seguiría conduciendo en la otra dirección, donde sabía que esperaba el pueblo.

A su derecha había una carretera. Al pasar se volvió a mirarla, pero no era la que llevaba a la casa porque no estaba la barraca pintada donde por cinco dólares tenías una docena de huevos a tu disposición. Aceleró y siguió conduciendo. Había otra salida, pero tampoco estaba la barraca. Se preguntó si para llegar a la carretera donde se hallaba había girado dos veces y estaba buscando una referencia que no existía. Sacó el móvil a sabiendas de que está prohibido mirarlo mientras se conduce y lo sorprendió que no diera muestras de funcionar hasta que se acordó: pues claro que no funcionaba; el verdadero objetivo de su incursión era ése, no una Coca-Cola

bien fría. Había ido en coche para demostrarles a todos que era un hombre, que lo tenía todo dominado. Ahora estaba perdido y se sentía ridículo.

Tiró el móvil al asiento de al lado. ¿Cómo iba a haber más coches si eran carreteras rurales al servicio de unas pocas personas? El día sólo parecía raro por lo rara que había sido la noche. Estaba un poco desorientado, pero ya encontraría el camino; no se había alejado tanto como para que tuvieran que rescatarlo. Pensó en cuando el Gobierno enviaba helicópteros para salvar a los mentecatos antisociales que se empeñaban en vivir sobre montañas sometidas al furor de los incendios. La gente pensaba que el fuego era un desastre. No entendía que era una parte importante del ciclo vital del bosque. Se quemaba lo viejo y crecía lo nuevo. Continuó conduciendo. ¿Qué iba a hacer si no?

El sol se movía despacio por el cielo, como siempre se había movido. Lo acogían con los brazos abiertos. Lo adoraban. El picor en la piel parecía un castigo; el sudor, una virtud. Vasos recogidos encima de la mesa. Usaban toallas y luego las abandonaban. Se oían suspiros y amagos de conversación. Chapoteo de agua y el ruido de la puerta al abrirse y cerrarse. Era un calor de los que casi se oyen. ¿Qué podían hacer con un calor así? Nadar y poco más.

Amanda se hizo friegas de protector solar en el pecho palpando la sustancia, fibrosa, correosa, de su propio ser bajo la piel. Era una improvisación. En la oscuridad del público, alguien había dictado en voz alta ese escenario. No tenía sentido, y se le había asignado actuar como si lo tuviera. Clay, mientras tanto, en coche camino del pueblo. Y ella haciendo eso. Recordó aquella película en que el padre finge por su hijo que la vida bajo el régimen nazi es normal y hasta bonita. Ahora que lo pensaba, tenía algo de profético. Fingiendo podían conseguirse muchas cosas.

Ruth les dijo a los niños que en el garaje había más flotadores. Volvieron con varios Oldenburg flácidos en miniatura. Archie se metió el pitorro entre los labios (el suyo pretendía parecer un donut con virutas de colores y un mordisco) y el esfuerzo de la exhalación reveló la filigrana de sus costillas.

Era muy injusto que las capacidades de Archie fueran tan superiores. Tres años de ventaja. Rose no conseguía meter ni gota de aire en su flotador, un simple bote redondo, aunque de aspecto cómodo. Daba rabia. En lo básico, Archie ya era una persona adulta, mientras que ella no podía dejar de ser quien era.

—Ya te lo inflo yo, cielo. —Amanda se puso aquella cosa fofa entre las piernas y se sentó al borde de la tumbona de madera para obligarla a tomar forma.

—Me gusta más el donut. —No se salía con la suya y no podía

evitar recalcarlo.

—Pues has llegado tarde, tonta.

Archie arrojó el donut a la superficie de la piscina. Luego rebotó en el trampolín y sólo aterrizó a medias en el flotador, como si lo hubiera hecho a posta. No le molestaban las protestas de su hermana; ya hacía tiempo que había aprendido a ignorar casi todo lo que decía.

—El bote es más cómodo. —Rose era el tipo de niña fea y regordeta que a Ruth le daba inevitablemente pena. Archie, por su parte, le parecía idéntico a todos los niños que había visto desfilar por los pasillos del colegio seguros de sus encantos. Quizá fuera un efecto de las madres en los hijos varones. Temió por sus nietos, enmadrados/asfixiados por partida doble.

Rose ya tenía edad para fingir buenos modales, pero aun así se puso quejica.

—Ya, pero el donut es más divertido. —Lo dijo con ese tono especial al que recurren los niños cuando apelan a adultos que no son sus padres.

—A la larga, lo divertido no sirve de nada. —Ruth cruzó las piernas delante de la mesa con sombrilla. Se había puesto ropa limpia. Cuando entró sigilosamente en el dormitorio principal, se estremeció al ver la cama deshecha, el cuarto de baño con toallas usadas por el suelo y la ropa sucia tirada de cualquier manera. Ya estaba mejor, casi relajada.

—Esto cuesta más de lo que parece. —Amanda pensó en los cigarrillos de Clay, que le robaban el aliento. Sabía que era injusto no tener algún vicio. Con lo falto de alegrías que estaba el mundo actual... ¿Cuándo se habían convertido en padres el uno para el otro?

Rose tenía la impaciencia de los trece años.

—Date prisa, mamá.

Se sacó de la boca el pezón de plástico traslúcido brillante de saliva.

—Toma. —Así ya estaba bien.

Rose se quedó en los escalones, con el agua tibia por las espinillas. Archie y ella se evaporaron en sus juegos. La conspiración privada de la infancia: niños apoyándose recíprocamente, el futuro contra el pasado.

Amanda pensaba muchas veces que los hermanos son como las parejas que llevan mucho tiempo casadas, con sus discusiones taquigráficas. Era algo que no sobrevivía a la niñez. Ella con sus hermanos tenía poco contacto más allá de los largos correos que recibía de vez en cuando de Brian, el mayor, y de los mensajes de texto muy esporádicos de Jason, el pequeño (llenos de faltas de ortografía).

—¿Cuánto hace que se ha ido? —Miró el móvil. Al menos funcionaba el reloj.

—¿Veinte minutos? —G. H. echó un vistazo a su reloj de pulsera. Era lo que se tardaba en llegar al pueblo, y más si ibas despacio, si no conocías bien la zona—. Ya no tardará.

—¿Preparo ya la comida? —Más que hambrienta, Amanda estaba aburrida.

—Si quieres te ayudo. —Ruth ya estaba de pie. Hasta a ella misma le costaba discernir si era por ganas o por obligación. Sí que le gustaba cocinar, pero ¿era porque las convenciones la habían metido forzosamente en la cocina hasta que aprendió a disfrutar del tiempo que pasaba en ella?

—Cuanto más, mejor. —A Amanda no le apetecía estar con ella, pero podía ser una manera de distraerse y no pensar en su marido.

Dentro se estaba más fresco, aunque Ruth había ajustado el termostato para que no hiciera demasiado frío. Le parecía malgastar.

—No hace falta que te preocupes, ¿eh?

Amanda entendió que estaba siendo amable. Clay había comprado brie y chocolate. Era para unos sándwiches que le gustaban especialmente a Rose, una receta que por algún motivo Clay acostumbraba a preparar en Nochevieja.

Las tradiciones siempre empiezan en algún momento hasta que se acaban.

—Te aviso de que la receta suena rara, pero está buenísima. —Sacó todos los ingredientes.

Era Ruth la que ponía el pavo de Acción de Gracias a remojar en agua con sal. Era ella la que colocaba el beicon sobre la rejilla del horno y lo dejaba hacerse hasta que estaba bien crujiente. Era ella la que usaba un cuchillo para separar las membranas y la pulpa del pomelo. La cocina era suya.

—¿Chocolate?

Amanda se quedó mirando lo que había distribuido por la encimera: cada trocito de chocolate con su belleza propia; la cuña de queso blando: un espectáculo.

—Salado y dulce. Tiene algo mágico.

—Supongo que los polos opuestos se atraen.

¿Estaba coqueteando Ruth? Quizá. ¿Tan opuestas eran ella y Amanda? Las habían reunido circunstancias aleatorias, pero ¿qué circunstancias no lo son al fin y a la postre? Picó albahaca.

Ruth llenó un cubo de hielo. Sacó servilletas de tela, las dobló con precisión en forma de cuadrados y las puso en una bandeja.

Amanda se husmeó las puntas olorosas de los dedos.

—¿Del jardín te ocupas tú?

—A George no lo pillarás nunca haciendo tareas de viejos.

—Ruth consideraba que el hecho de tener inclinaciones más propias de una abuela (los crucigramas, el jardín, los libros gruesos de bolsillo sobre los Tudor) no demostraba nada. Le gustaba lo que le gustaba y punto. No era vieja.

Amanda intentó adivinarlo.

—¿Es abogado? No, se dedica a las finanzas. No, al derecho.

A su modo de ver, el costoso reloj de pulsera, el pelo canoso y cuidado, las gafas de calidad y los zapatos de lujo explicaban de sobra el tipo de hombre que era G. H.

—Al capital riesgo. ¿Corto el queso? —Ruth ya lo había explicado muchas veces, pero seguía sin significar gran cosa para ella. ¿Y qué? Tampoco G. H. entendía los pormenores de lo que había hecho ella en la Dalton School. Es posible que a nadie, ni al más enamorado, le importen las menudencias de las vidas ajenas—. Vaya, se podría decir que a las finanzas, pero no en un gran banco. Es una empresa pequeña y muy especializada.

Era su manera de esclarecérselo a quienes lo entendían tan poco como ella.

—Corta lonchas finas para hacer sándwiches a la parrilla.

—Había bastante para cuatro, pero para seis se quedaba un poco corto. Decidió hacer uno y reservarlo para Clay. Sólo de pensar en él se le empañaron los ojos. Tenía ganas de saber qué noticias traería, pero también de que volviese.

—Al menos los niños disfrutaban. —Ruth no quería a esa gente

allí, pero no podía evitar una cierta conexión humana. Aunque estaba preocupada por el destino del universo, en cierto modo se resistía a cuidar de otras personas. Quizá no les quedara otra opción.

Amanda derretió mantequilla en la sartén negra.

—Esto ya está.

Archie era casi un hombre. Un siglo antes, en Europa, lo habrían mandado ya a las trincheras. ¿Tenía que contarle lo que estaba ocurriendo? Y, en caso afirmativo, ¿qué le diría?

—He encontrado esta salsa de cebolla. Podría ir bien para picar, ¿no? —Ruth sacó un cuenco y una cuchara grande. Trabajaron las dos en silencio.

Amanda no podía más. Al final lo dijo.

—¿Qué crees que está pasando?

—Dentro de poco volverá tu marido. Seguro que se ha enterado de algo. —Ruth probó la salsa con el meñique (un gesto elegante). No quería jugar a las adivinanzas. Sospechaba que Amanda no los creía y prefería evitar situaciones embarazosas.

Amanda sacó un sándwich que ya estaba hecho.

—Mis hijos, cuando quieren enterarse de qué tiempo hace, lo miran en el móvil. Dependen de él para saber la hora y cualquier otro aspecto de la realidad que los rodea. Ya no pueden ni mirar el mundo si no es a través de ese prisma. —Ella, sin embargo, hacía lo mismo. Aunque se hubiera burlado del anuncio de la tele donde parece que Zooey Deschanel no sabe si está lloviendo, ella habría actuado exactamente igual—. Ahora mismo resulta que sin nuestros móviles estamos aquí aislados.

Ni más ni menos. El síndrome de abstinencia telefónica. Siempre que volaba quitaba el modo avión en cuanto oía la campanita que señala una altitud inferior a diez mil pies. Entonces intentaba consultar su correo. Con el cinturón puesto, el personal de vuelo no podía reñirla. Deslizaba sin parar el dedo por la pantalla esperando a que hubiera conexión y ver entonces lo que se había perdido.

—Cuando puedas verlo en tu móvil te lo creerás. —Ruth ni siquiera se lo reprochaba. Ningún cerebro había quedado indemne a tantos años de debate sobre la objetividad de los hechos.

—Es que ahora mismo no sabemos nada. Estaré mejor cuando sepamos algo. ¿No te parece que Clay está tardando mucho?

Ruth dejó la cuchara sucia en el fregadero.

—Está esa vieja idea que consiste en imaginar que estás atrapada en una isla desierta, muy lejos de la sociedad y de la gente. Tal vez hayas de elegir qué diez libros o discos te llevas. Dicho así, más que una cárcel parece el paraíso. —A ella lo de una isla desierta le sonaba bonito, aunque estaba subiendo el nivel de los mares: quizá pronto no quedara ninguna.

—Ya, pero aquí no tengo diez libros. Si hubiera internet podría entrar en mi cuenta y descargarme todos los que he comprado para el Kindle, pero no hay. —Lo que no dijo: tenemos la piscina y estos sándwiches de brie con chocolate y aunque no nos conozcamos también nos tenemos mutuamente, por supuesto.

Amanda sacó vino. Estaban de vacaciones. También como remedio para la resaca. Cuando los niños se quejaron de que era demasiado pronto para comer, ella, aliviada, dejó que se enfrascaran en su juego. Sirvió el vino (de color rosa claro) en vasos acrílicos y los distribuyó con un ceremonial casi religioso. Alguien atento y paciente había planchado las servilletas de tela. Tuvo curiosidad por saber si había sido Ruth.

—¡Qué educados son tus hijos! —Para G. H. era el mayor elogio.

—Gracias. —Amanda no estaba segura de que no fuera adulación o un simple comentario por decir algo, pero de todos modos le gustó—. Vosotros tenéis una hija, ¿verdad?

—Maya. Es profesora en un colegio Montessori de Massachusetts. —G. H. seguía sin saber exactamente en qué consistía aquel método pedagógico, pero adoraba a su hija.

—No es sólo profesora, lo dirige. Lo lleva todo ella. —Ruth mordió una zanahoria enana. Se notaba contenta. Tal vez un rincón de su memoria recordaba haber leído que cuando tienes una enfermedad terminal y te la diagnostican, ingresas en un beatífico período de remisión, calma y casi buena salud. Una luna de miel. Un interludio de felicidad.

—¡Qué maravilla! A Archie de pequeño lo apuntamos a una Montessori y era impresionante. Lo de cambiarse de zapatos, lavarse las manos, darse los buenos días como compañeros de oficina...

Le había encantado que Archie se refiriese al juego como «trabajo». Niños torpones, poco más que bebés, practicando para cuando fueran adultos a base de aguantar bolas de cristal con una cucharilla y limpiar lo que se les había derramado durante la comida...

—Dicen que es importante para el desarrollo. Maya lo vive con

mucha pasión. Dentro de poco empezarán los niños... ¡Santo Dios! ¡Pero si sólo deben de faltar dos semanas! —Ruth se había puesto a la defensiva.

—¿Ya? ¡No puede ser! —G.H. sabía que los tópicos siempre acaban confirmándose, que, en efecto, los niños crecen tan deprisa como se dice.

—Septiembre. —Ruth lo dijo esperanzada. Su madre habría sacado a colación a Dios, «Dios mediante», un acto reflejo como coger aire. Ellos burlarse no se burlaban, pero tampoco habían heredado su piedad. Quizá tuviera algo de razón. Quizá fuera una insensatez dar por supuesto que pasaba algo sin que lo decidiera alguien (Dios, claro, por qué no).

¿Por qué pensó Amanda en la canción de Earth Wind & Fire o por qué le pareció racista pensarlo? No, algunos de sus mejores amigos no eran negros. La mujer de su amigo Peter, Martika, era hija de una modelo negra muy famosa en los setenta. Su vecino de la planta baja era negro, pero también transgénero o no binario o lo que fuese... Amanda siempre se dirigía a ese individuo usando su nombre, por si acaso: «Me alegro de verte, Jordan», «¿qué, Jordan, cómo va el verano?», «¡pero qué calor hace últimamente, Jordan!».

—La verdad es que el tiempo pasa volando. Cuando Archie era un bebé, los padres de hijos mayores siempre me lo decían y yo pensaba «pues me muero de ganas de que pase». Porque estaba agotada. En cambio, ahora veo que tenían razón. —Ya hablaba por hablar.

—Iba a decirte lo mismo. Te me has adelantado. Aún me acuerdo de cuando Maya tenía la misma edad.

G.H. se había puesto nostálgico, pero también estaba preocupado. Habían vivido bien, muchos años, felices. Al final todo se resumía en Maya y su familia, por supuesto, que no era poco. El deber de un padre es proteger a su prole y la noche anterior, mientras conducía, pensaba qué podía hacer por Maya desde la lejanía de Long Island y se dio cuenta de que poca cosa. De todas formas, no era Maya quien necesitaba ayuda, sino ellos. Maya y los niños estaban perfectamente.

Ruth se preguntó qué versión de la niña tendría su marido en la cabeza. Prefirió no preguntárselo. Era un tema demasiado íntimo para sacarlo a colación frente a una desconocida. Ya resultaba

bastante raro que estuvieran todos allí sentados en bañador.

—Debe de resultar divertido eso de ser abuelos. Puedes mimarlos todo lo que te parezca sin tener que pasar la noche en vela ni reñirlos por las malas notas o por lo que sea.

Los padres de Amanda desempeñaban ese oficio con indiferencia. Sin tener nada en contra de Archie y Rose, tampoco se les caía la baba con ellos. En total eran siete primos. Los padres de Amanda se habían retirado a Santa Fe, donde él pintaba unos paisajes espantosos y ella hacía voluntariado en una perrera. Estaban resueltos a disfrutar de la libertad de la vejez en ese sitio tan raro donde el agua tardaba más tiempo en hervir.

—Están buenos estos sándwiches. —Ruth albergaba algunas dudas iniciales.

Por otra parte tenía ganas ya de cambiar de tema. Maya, la verdad sea dicha, era una celosa guardiana de Beckett y Otto. Sus padres le parecían débiles o conservadores, incapaces de entender la filosofía que había detrás, y lo que habían acordado Clara y ella. Cuando Ruth se presentaba con bolsas de Books of Wonder, Maya hacía una criba digna de un rabino buscando dónde y cómo podían pecar. Su intención era buena. El objeto de su desconfianza no eran sus padres, sino el mundo que habían creado, y quizá tuviera razón. Ruth no se podía resistir a comprarles cosas adorables (camisitas de cuadros, como las que se ponen a los osos de peluche) y Maya trataba de disimular su desdén. Daba igual. Ruth sólo quería que le siguiera la corriente y abrazar los cuerpos de los niños con su olor a limpio. Era curioso cómo se sentía al abrazarlos. Invencible.

—Están buenos —confirmó G. H.

—Bueno, un poco sí que los mimamos —reconoció Ruth—. Cuando tenemos la oportunidad. —Era lo que quería, la oportunidad de ver a su familia.

Amanda ya no creía que fueran estafadores, pero ¿y si mostraban síntomas precoces de demencia? ¿Los primeros avisos, como dejarse las llaves dentro de la nevera o meterse en la ducha con los calcetines puestos o pensar que aún es presidente Reagan? ¿No funcionaba así? Primero la ficción, luego la paranoia y al final el alzhéimer. Con sus padres tenía la misma sensación: sus decisiones le parecían sospechosas. Se habían mudado a Santa Fe después de ir a esquiar a Nuevo México un par de veces diez años

antes. Para Amanda no tenía sentido. Le parecía que la satisfacción de sus padres tenía un componente de autoengaño.

—En eso consiste ser abuelo.

—George es peor que yo...

—Un momento. —No había querido ser tan brusca. Los miró como disculpándose—. Me acabo de dar cuenta. ¿Te llamas George Washington?

No tenía nada de especialmente vergonzoso. G. H. llevaba explicándolo más de sesenta años.

—Me llamo George Herman Washington.

—Perdona, qué maleducada que he sido. —¿Sería el vino?—. Es que no sé por qué, pero te pega.

No podía explicarlo, aunque tal vez cayera por su propio peso. Algún día habría una anécdota que contar: la de que había estado sentada al lado de la piscina con un negro que se llamaba George Washington mientras su marido estaba fuera intentando averiguar qué le había pasado al mundo. La noche anterior habían intercambiado historias de desastres. Ésa sería una más.

—No tienes que disculparte. Es una de las razones que me impulsaron a emplear mis iniciales al poco tiempo de empezar a trabajar.

—Es un nombre muy bonito. —Ruth no estaba nada ofendida. Lo que la extrañaba era el desparpajo con que les hablaba esa mujer. Era consciente de que eso la hacía parecer aún más una vieja, pero echaba en falta un poco de formalidad.

—¡Sí que es bonito, sí! Y las iniciales me encantan. G. H. suena a gran magnate de la industria, a alguien que domina su oficio. Yo a un G. H. le confiaría mi dinero. —Amanda se excedía en su afán de compensar las reticencias anteriores, aunque también se le habían subido un poco a la cabeza el vino, el calor y lo raro que era todo—. ¿No os parece que tendría que estar llegando Clay? —Se miró la muñeca, pero no llevaba el reloj.

Los niños se aburrían de tanto ocio. En inferioridad numérica, Archie y Rose redescubrían cierta conexión; volvían a tener cinco y dos años y a colaborar en la consecución de un objetivo tácito. Alejándose de la piscina, alejándose de los mayores, en la hierba, la sombra era el alivio que no les había dado la piscina.

—Vamos al bosque, Archie. —Rose pensó en lo que había visto. Ni siquiera ella le encontraba un sentido—. Esta mañana he visto algo. Ciervos.

—Pero si están por todas partes, tonta. Son como las ardillas o las palomas. No le importan a nadie. —Tampoco estaba tan mal su hermana. Además, aún era pequeña, y no podía evitar ser tonta. ¿Él también había sido así de tonto a los trece?

—No, oye, que va en serio. —Rose se volvió para mirar por encima del hombro a los adultos, que estaban almorzando. No podía decir «por favor» porque suplicarle algo a Archie sería disuasorio. Tenía que hacer que sonara interesante. Quería fingir que eran dos exploradores, pero ni siquiera era un juego porque estarían explorando de verdad—. Vamos a ver qué hay.

—No hay nada. —A pesar de todo, Archie sí sentía un poco de curiosidad. ¿Habría puntas de flecha indias? ¿Dinero? ¿Desconocidos? En los distintos bosques que había visitado a lo largo de su vida halló cosas la hostia de raras. Tres páginas arrancadas de una revista guarra: una mujer con un peinado anticuado, la piel bronceada y unas tetas enormes que ponía morritos y hacía contorsiones. Un billete de un dólar. Un tarro con un líquido no del todo transparente que sin duda era pis, aunque no sabía cómo demostrarlo porque no quería abrir un tarro con pis ajeno. Lo único que decía Rosie era que en el mundo había misterios y Archie lo sabía, pero no quería oírse lo decir.

—¿Y si hay algo? Igual más al fondo hay una casa. —Rose se

estaba imaginando algo que ni ella tenía claro.

—En esta zona no hay más casas. —Archie lo dijo como si no se lo pudiera creer o como si lo lamentase. La entendía. Él también se aburría.

—Está la granja esa. ¿No recuerdas que vendían huevos?

Quizá los granjeros tuviesen hijos. Quizá tuvieran una hija llamada Kayla o Chelsea o Madison. Quizá esa chica tuviera su propio móvil y dinero o se le ocurriese algo divertido que hacer. Quizá los invitara a entrar y dentro hubiera aire acondicionado y jugasen a videojuegos y comieran Fritos y bebieran

Coca-Cola

Light con hielo.

Rose tenía calor y le picaba todo. Quería ir al bosque con su hermano, adonde los adultos no pudieran ni verlos ni molestarlos. Se imaginaba indicios. Huellas. Rastros. Pruebas.

Archie cogió un palo del suelo y lo lanzó a los árboles como una jabalina. A los niños les encantan los palos, como a los perros. Ve a un parque con un niño y siempre cogerá un palo. Es una especie de reacción animal.

—Hay un columpio. Mola.

Estaba colgado de un árbol crecido. Debajo había un pequeño cobertizo que podía servir tanto para jugar como para guardar herramientas. A partir de ese punto, la hierba iba menguando hasta que sólo quedaban tierra y árboles. Rose se acercó al trote y se sentó en él.

Archie soltó una palabrota y se sintió como un hombre al quejarse de las raíces y las piedras que tenía debajo de los pies.

—¡Mierda!

—¿Qué hay ahí dentro? —Por alguna misteriosa razón, a Rose el cobertizo le inspiraba recelo. Podía contener cualquier cosa. Había empezado a fingir, si es que había dejado de hacerlo en algún momento.

—Vamos a abrirlo y lo vemos. —El tono de Archie era confiado, pero en el fondo la caseta lo inquietaba tanto como a su hermana. Podía haber albergado los juegos de un niño que ya estaba muerto. Dentro podía haber alguien esperando a que abrieran la puerta. Parecía de película, podrían estar viviendo el tipo de historia que no querían vivir por nada del mundo.

Los adultos estaban al otro lado de la valla. Era como si hubieran dejado de existir. Rose bajó del columpio y se acercó a la pequeña estructura. Rompió una telaraña, invisible hasta que dejó de serlo, y notó el horrible escalofrío que produce ese momento. El cuerpo sabe lo que hace. Te asusta para que te apartes por si la araña es venenosa. Hizo el esfuerzo de no gritar. A su hermano lo irritaban esas niñerías. Aun así emitió un sonido, una especie de asco ahogado.

—¿Qué? —Archie miró a su hermana con unas dosis de preocupación en el desdén. También era una reacción animal, la del hermano mayor.

—Una telaraña.

Rose pensó en *La telaraña de Charlotte*. Sabía que las arañas no tenían personalidades ni voces humanas, pero se preocupó por aquella a la que había desahuciado. Era incapaz de no imaginársela como una araña hembra y bondadosa. No era consciente de que estaba dando trazos femeninos a la generosidad, lo cual formaba parte de la moraleja de ese cuento. Tampoco sabía que unos años antes, cuando se lo releyó en voz alta (aún tenían edad para que les leyeran algo antes de dormir), su madre cuestionó ese aspecto de la historia.

El niño y la niña se movían juntos por la hierba tupida: dos cuerpos casi desnudos, rosados por el sol, con el cosquilleo del aire, que corría más fresco debajo de las ramas, y con piel de gallina por la seda de la araña y el miedo, que es la mejor parte de las exploraciones. De lejos, su aspecto era como el de los cervatillos vistos por la mañana, muy temprano, jóvenes, vacilantes, desgarbados, pero con la gracia de ser sólo lo que son.

«Cobardica», pensó Archie, aunque no lo dijo. Era una respuesta refleja a la percepción de la debilidad, a pesar de que Rose era su hermana pequeña.

—Abre.

Rose titubeó y después ya no. Tenía que ser valiente: en eso consistía el juego. Había una muesca de las que se hunden con el pulgar sobre un tirador que apenas giró. El metal estaba desgastado y cargado de electricidad al tacto. Abrió la puerta, que chirrió de forma sonora. Dentro no había nada: hojas secas esparcidas casi como adrede en un rincón. El pulso le latía con tal fuerza que lo

oía.

—¡Ah! —Estaba un poco desilusionada, aunque no habría sabido decir qué esperaba encontrar.

Archie asomó la cabeza, pero sin entrar.

—¡Qué aburrido es este puto sitio!

—Ya. —Rose escarbó en el suelo con la uña del pie pintada de azul claro hacía semanas.

Archie entendió que era un juego de improvisación.

—Aunque igual es donde duerme. Donde se esconde por las noches.

Miedo inmediato.

—¿Quién?

Archie se encogió de hombros.

—El que dejó esta huella. —Señaló las hojas, que en algún momento habían estado mojadas, pero que al secarse habían formado una superficie gruesa y contorneada—. A ver, ¿tú qué harías si no pudieras moverte de este bosque y no tuvieras dónde dormir?

Rose no quería ni pensarlo.

—¿Qué quieres decir?

—No sé, pues que tampoco es plan subirse a un árbol y dormir arriba, pero en el suelo sería todo muy... inseguro. Serpientes y bichos de ésos. Animales rabiosos. ¡Cuatro paredes! Y un techo. En el fondo es un lujo. Y con esta ventana... —Archie señaló el cristal sucio encajado en la pared de la caseta, que no habían visto hasta que la abrieron.

—Ya, supongo.

Rose tenía muy claro que fuera no habría querido dormir. No se imaginaba durmiendo en las ramas de un árbol. De hecho, no se veía capaz ni de subirse a un árbol. Hacía un par de años habían hecho escalada en el campamento de verano de Park Slope: le habían atado una cuerda a la cintura y llevaba casco y rodilleras, pero aun así se puso a chillar al llegar a la mitad de la pared y se negó a moverse hasta que el monitor, Darnell, la bajó con la cuerda.

Archie hizo una pausa significativa.

—... para que pueda espiar.

—¿Espiar qué?

Archie se dobló hacia el interior de la cabaña y miró por la

ventana.

—¿Qué va a ser? La casa. Fíjate. La vista es perfecta.

Rose avanzó, un poco asqueada por la tierra en los pies descalzos. No era tan alta como su hermano, de modo que no necesitaba inclinarse, pero lo hizo apoyándose en el antebrazo de él. Era cierto, desde ese punto se veía la casa.

Archie siguió hablando.

—¿Ése no es... el cuarto donde duermes tú? ¡Guau! Corrígeme si me equivoco, pero estoy casi seguro de que sí. Imagínate que aquí está todo oscuro, pero la casa está iluminada. Tienes encendida la lámpara de la mesita de noche. Estás leyendo tan a gusto, debajo de la manta. Para verte sólo tiene que seguir la luz. Me apuesto lo que quieras a que no hace falta ni ponerse de puntillas para ver por las ventanas.

Rose chocó con la cabeza en el marco de la puerta al apartar el cuerpo.

—Cállate, Archie.

Él se aguantó la risa.

—Que te calles. —Rose se cruzó de brazos—. Oye, que esta mañana he visto ciervos. No uno, muchos. Cien o más. Aquí. Ha sido más raro... ¿Van en grupos tan grandes?

Archie fue hacia el árbol que protegía el cobertizo con su sombra. Alzó los brazos y saltó un poco para colgarse de la rama más baja. Luego levantó las rodillas hasta el pecho y se columpió, animal y travieso. Se dejó caer al suelo con un golpe sordo y escupió en la tierra.

—No tengo ni puta idea de lo que hacen los putos ciervos.

Sus cuerpos, de color melocotón, con pelusilla, pegajosos, se diluían en el follaje; no podían ser vistos, oídos u observados mientras investigaban.

Querían que ocurriera algo, aunque ya estaba ocurriendo. Ellos no lo sabían y en el fondo tampoco estaban implicados. Ya les llegaría su hora, por supuesto; el mundo pertenecía a los jóvenes. Eran dos niños en el bosque y, si era verdad lo que contaba el cuento, morirían, los pájaros se ocuparían de sus cadáveres y quizá incluso acompañasen sus almas hasta el cielo. Dependía de la versión del cuento. La oscuridad en que se encontraba sumido Manhattan era algo tangible, algo que cabía explicar, pero más allá

estaba todo lo demás, más vago, inaprensible, como una tela de araña, algo que estaba sin estar, algo que los rodeaba. Se adentraron en el bosque.

Habían pasado catorce minutos desde que había salido de la casa. Recordaba haber mirado la pantalla al arrancar. Quizá fueran dieciséis. Tal vez no lo recordara bien. ¡Podían ser menos! Luego la pausa para el cigarrillo, a la que dedicaba siete minutos de acuerdo con su criterio, aunque en realidad eran más bien cuatro. En resumidas cuentas, Clay llevaba conduciendo diez minutos, lo cual tampoco era mucho; o sea, que perdido de verdad no podía estar. Se exhortó a no perder los nervios y paró a fumarse un cigarrillo en el camino de entrada a la granja McKinnon. Podía seguir hasta la finca, claro, o hasta algún otro edificio donde hubiera gente, pero habría sido una señal de pánico y él no había cedido al pánico, así que fumó buscando la relajación inherente al hecho de fumar y al final, por impaciencia, apagó el cigarrillo sin habérselo acabado. No se acordaba de si habían visto más coches al llegar a la casa el primer día. Parecía que hubieran pasado semanas.

Cerró la puerta con más fuerza de lo que pretendía, aunque no llegó a ser un portazo. Sí sonó lo bastante fuerte para resaltar el silencio general. Se dijo que era normal, y lo era. Si hubiera estado predispuesto a la paz, lo habría encontrado apacible. En el mejor de los casos parecía irritante; en el peor, amenazante. Los símbolos no quieren decir nada. Los revistes de sentido en función de lo que más necesitas. Mascó chicle y arrancó. Al llegar al final del camino de acceso a la granja, viró a la izquierda y condujo despacio tomando nota de cualquier posible desvío a la derecha. Había uno, luego otro y otro más, pero ninguno le sonaba ni tenía un puesto de venta de huevos al lado. Había un letrero donde sólo se leía MAÍZ, aunque no parecía señalar nada en concreto y debía de ser viejo.

Pensó en los preparativos, psicológicos y prácticos, con que habían mentalizado a Archie para su primer viaje solo en metro: la insistencia en que memorizase sus números de teléfono, por si

perdía o se le estropeaba el móvil, y el plan que habían consensuado en caso de que desviaran el convoy y acabara en alguna zona de la ciudad donde no había estado nunca. Por aquel entonces ya se movía siempre en metro. Clay apenas pensaba en ello. Quizá fuera siempre así: preparas a tu hijo para que duerma toda la noche o use el tenedor o haga pipí en el váter o diga por favor o coma brócoli o sea respetuoso con los adultos, y entonces el hijo está preparado. No hay más. No supo por qué estaba pensando en Archie. Sacudió la cabeza, como para despejársela. Tendría que dar media vuelta, meterse por alguno de los tres, cuatro o cinco caminos que había dejado atrás, averiguar adónde llevaba y ver si era la ruta adecuada. Alguna tenía que serlo. Era cuestión de ser metódico. Desandaría el camino hasta la casa y empezaría de nuevo con más prudencia y atención hasta llegar al pueblo, que era a donde tenía previsto ir desde el principio. En ese momento sí que le apetecía la

Coca-Cola.

Le dolía la cabeza por falta de cafeína.

Las vacaciones se habían ido al garete. Ya estaba roto el encanto. En el fondo, lo mejor era volver a la casa y hacer que los niños recogieran sus cosas. Antes de la hora del almuerzo podían estar en la ciudad y darse un capricho en ese sitio francés de Atlantic Avenue. Podían pedir boquerones fritos, entrecot y un martini. Clay sólo era expeditivo a posteriori. En ese momento estaba... bueno, él no habría dicho en las nubes o en la inopia, sino desorientado. Tenía ganas de ver a sus hijos, un deseo de rara intensidad.

Tomó el primer desvío a la izquierda y a los pocos metros se dio cuenta de que no era el camino. Subía, mientras que a él le constaba que el trayecto había sido llano. Dio media vuelta y salió otra vez a la carretera principal sin apenas pisar el freno pues sabía que no venía nadie en ninguno de los dos sentidos. Tomó el segundo desvío a la derecha. En esa ocasión le pareció que podía ser. Siguió y giró a la derecha porque se podía. Quizá sí. Quizá esa carretera llevara a la caseta de los huevos. Le sonaba todo porque los árboles y la hierba nunca tienen otro aspecto que el siempre previsto y repetido.

Volvió a girar hacia la carretera por donde se había desviado de

la principal y vio que al otro lado había una mujer. Llevaba un polo blanco y unos chinos. En algunas mujeres habría parecido un conjunto informal, pero en ésta, con su cara ancha y de forma indígena (sangre antigua, dignidad atemporal), parecía un uniforme. Ella lo vio y levantó una mano para saludarlo, hacerle señas, llamarlo. Clay salió a la carretera, más despacio, y frenó con suavidad. Bajó la ventanilla y sonrió a la mujer como te enseñan a hacerlo con los perros, para que no se note que les tienes miedo.

—¡Hola!

No sabía muy bien qué decir. ¿Reconocería que se había perdido?

—Hola.

Ella lo miró y se puso a hablar muy deprisa en español.

—Lo siento.

Clay se encogió de hombros. A pesar de su resistencia, incluso interna, a reconocerlo, no entendía ni jota. No hablaba ningún otro idioma. Ni siquiera le gustaba intentarlo. Le daba la impresión de hacer el tonto o de ser un niño chico.

La mujer siguió hablando. Era un torrente de palabras. A duras penas respiraba. Tenía algo urgente que decir y quizá se le hubiera olvidado el poco inglés que conocía: «hola», «gracias», «no pasa nada», «limpiacristales», «teléfono», «mensaje», «transferencia» y los días de la semana. Hablaba y hablaba.

—Lo siento. —Clay encogió otra vez los hombros. No entendía nada, por supuesto, pero quizá un poco de comprensión... ¡Ah, sí, en español también existía! «Comprendo.» Salía en las películas. No podías vivir en Estados Unidos sin saber un poco de español. Si hubiera tenido tiempo de pensar, si hubiera hecho un esfuerzo por tranquilizarse, habrían podido comunicarse, pero la mujer tenía pánico y se lo estaba contagiando. Clay se sentía extraviado y quería volver con su familia. Quería un bistec en el restaurante de Atlantic Avenue—. No español.

La mujer no paraba de rajar. Que si tal, que si cual. Clay oyó «cerveza», aunque ella dijo «ciervos». En los dos idiomas algo se parecían las palabras (*deer* y *beer*). Dijo más cosas. Dijo «teléfono», aunque él no lo entendió. Dijo «eléctrico», pero Clay no lo oyó. A la mujer se le acumularon las lágrimas en las comisuras de los ojillos. Era baja, pecosa y ancha de espaldas. Podía tener tanto catorce

como cuarenta años. Le moqueaba la nariz. Sollozaba. Habló más alto, atropelladamente, con imprecisiones, pasando tal vez del español a otra lengua, algo aún más viejo, la jerga de antiguas civilizaciones desaparecidas, montañas de escombros en selvas. Su pueblo había descubierto el maíz, el tabaco y el chocolate. Su pueblo había inventado la astronomía, el lenguaje y el comercio. Luego dejó de existir y ahora sus descendientes despinochaban el maíz que habían conocido antes que nadie y pasaban la aspiradora por alfombras y regaban macizos decorativos de lavanda plantados al lado de piscinas de mansiones de los Hamptons que la mayor parte del año no se usaban. Perdió la compostura hasta el extremo de apoyar las manos en el coche de Clay, algo que era a todas luces una infracción. Se aferró a los cinco centímetros de ventanilla que sobresalían por la puerta. Tenía las manos pequeñas y morenas. Todavía hablaba, entre lágrimas; le estaba haciendo una pregunta, una pregunta que Clay no entendía y a la que de todas formas habría sido incapaz de responder.

—Lo siento. —Clay sacudió la cabeza.

Si le hubiera funcionado el móvil, podría haber probado con el traductor de Google. Podría haberle propuesto que subiera al coche, aunque ¿cómo habría conseguido explicarle que estaba perdido y que no daba vueltas porque quisiera matarla o dormirla, como hacen los padres de los suburbios con sus bebés? Otro hombre habría reaccionado de otro modo, pero Clay era como era, un hombre incapaz de dar lo que necesitaba esa mujer, un hombre asustado por su vehemencia y su miedo, que no necesitaba traducción. Ella estaba asustada. Clay habría tenido que estarlo. Clay lo estaba.

—Lo siento. —Lo dijo más para sí mismo que para ella.

Empezó a subir la ventanilla y ella la soltó. Clay se alejó rápidamente por la carretera a pesar de su intención de investigar uno por uno los desvíos. La necesidad de alejarse de la mujer superaba incluso la de estar con su familia.

21

El bosque daba la sensación de ocultar algo indescifrable por mucho que te esforzases en descubrirlo. Había insectos, sapos inmóviles de color pardo, setas de perfiles fantásticos que parecían fruto del azar, un olor dulce de putrefacción y una humedad inexplicable. Te sentías pequeño, una cosa entre tantas, la menos importante.

Quizá les había pasado algo. Quizá. Quizá les estaba pasando. Durante siglos no hubo idioma para describir que los tumores se expanden en el interior de los pulmones, apuestos voluntarios, como plantas en flor que arraigan en los lugares más inverosímiles. La ausencia de descripción no anulaba el hecho en sí: una muerte por asfixia conforme se te iba llenando el pecho de sacos con líquido.

Rose se sentía observada, pero, bueno, a menudo fingía que la miraban. Se veía encuadrada en la cámara de un móvil. Siendo aún tan joven, no entendía que así nos vemos todos, como si cada uno de nosotros fuera el protagonista de una historia, no uno más entre literalmente miles de millones mientras los pulmones se nos van llenando de agua salada.

En el bosque la luz era distinta. Interferían los árboles con ella. Los árboles estaban vivos, como seres majestuosos de Tolkien. Los árboles observaban, y no con imparcialidad. Los árboles sabían qué pasaba. Hablaban entre ellos; eran sensibles a las reverberaciones sísmicas de bombas muy lejanas. A varios kilómetros (donde el mar había empezado a abrir una brecha en la tierra) estaban muriendo árboles, aunque tendrían que pasar años para que se redujeran a troncos albinos. Los árboles tenían todo el tiempo del que carecemos los demás. Quizá los manglares (con su inteligencia y la capacidad de las raíces para recogerse como faldas victorianas para absorber la sal del suelo) salieran indemnes junto con los caimanes, las ratas, las cucarachas y las serpientes. Quizá les fuera mejor sin

nosotros. A veces el suicidio supone un alivio. A veces. Era la palabra indicada para lo que estaba sucediendo. La enfermedad del suelo, del aire y del agua respondía a un plan ingenioso. En el bosque flotaba una amenaza y Rose la sentía y otra niña la habría llamado Dios. ¿Tenía alguna importancia que una tormenta se hubiera metastatizado en algo para lo que aún no había nombre? ¿Tenía alguna importancia que la red eléctrica se viniera abajo como si fuera una construcción de Lego? ¿Tenía alguna importancia que el Lego nunca se biodegradase, que fuera a sobrevivir a Notre Dame, las pirámides de Guiza y los pigmentos con que se pintó la gruta de Lascaux? ¿Tenía alguna importancia que un país reivindicase el apagón y que éste se considerara una declaración de guerra? ¿Tenía alguna importancia que se tratase de un pretexto para una represalia largamente anhelada y que fuera imposible, a fin de cuentas, demostrar quién había hecho qué a través de cables y de redes? ¿Tenía alguna importancia que Deborah, una mujer asmática, hubiera muerto tras seis horas atrapada en un convoy de la línea F parado debajo del Hudson y que los demás pasajeros del metro hubiesen pasado de largo frente al cadáver sin sentir nada especial? ¿Tenía alguna importancia que unas máquinas hechas para mantener con vida a las personas dejaran de cumplir esa ardua labor tras el fallo de los grupos electrógenos en Miami, Atlanta, Charlotte o Annapolis? ¿Tenía alguna importancia que el nieto del presidente eterno, obeso mórbido, hubiera mandado una bomba de verdad o lo único importante era que pudiera hacerlo si quería?

Los niños no podían saber que habían ocurrido algunas de esas calamidades. En una residencia de ancianos de una localidad costera llamada Port Victory, un veterano de Vietnam llamado Peter Miller estaba flotando boca abajo sobre medio metro de agua. Durante la interrupción del sistema de control del tráfico aéreo, Delta Airlines había perdido la pista de un avión que iba de Dallas a Mineápolis. En una región despoblada de Wyoming estaba saliendo crudo por una tubería. A una gran estrella de la televisión la había atropellado un coche en el cruce de la calle 79 con Amsterdam Avenue y murió porque las ambulancias no podían llegar a ningún sitio. No podían saber que el silencio que tan relajante parecía en el campo resultaba tan amenazador en la ciudad, absurdamente calurosa, muda e inmóvil. A los niños sólo les importan ellos

mismos o tal vez sea ésa la condición humana.

Descalzos, con la cabeza y el pecho al descubierto, los niños se movían con cautela, arqueando las plantas de los pies y encogiendo los dedos. Las ramas les arañaban la piel sin dejar marcas visibles. La enfermedad del planeta no había sido nunca un secreto; el mecanismo general nunca había estado en duda, y si había cambiado algo (así era) el hecho de que ellos aún no lo supiesen carecía de toda relevancia. Para entonces, fuera lo que fuese, estaba dentro de ellos. El mundo se guiaba por la lógica, pero ya hacía un tiempo que esa lógica evolucionaba y debían tenerlo en cuenta. Lo que creían entender no era erróneo, pero sí irrelevante.

—Mira, Archie. —Fue un susurro. Rose bajó la voz en señal de respeto, como cuando se entra en un lugar sagrado. Señaló con el dedo. Un tejado. Un claro del bosque que se convirtió en un jardín. Una casa de ladrillo como la que ocupaban ellos, con una piscina y un columpio de madera maciza.

—Una casa. —Archie ni siquiera lo dijo en son de burla, sino como una mera constatación.

No esperaba encontrar nada. Ruth les había dicho que no había nada, pero nunca se había alejado tanto como ellos. No tenía la misma curiosidad por el mundo. Fue un descubrimiento satisfactorio. Más gente. Archie había dejado el móvil en su cuarto, cargando. Se arrepintió de no haberlo cogido porque podría haber intentado usar el wifi de esa gente.

—¿Nos acercamos? —Rose estaba pensando en el columpio y en que quizá los hijos ya fueran demasiado mayores para usarlo. Estaba pensando que no hablar con desconocidos era sólo una restricción en la ciudad.

—No, vámonos. —Archie se giró en la dirección por donde creía haber venido. No notó la garrapata que se le metía en la piel, como no notaba la lenta rotación diaria de la Tierra. No notó nada en el aire porque parecía el de siempre.

Caminaron ni despacio ni deprisa. El tiempo no transcurría igual en el bosque. No sabían cuánto llevaban fuera. No sabían cuál había sido su intención. No sabían por qué era tan agradable pasear a la sombra de los árboles, con el aire, el sol, los bichos y el sudor en la piel. No sabían que en ese momento, a menos de un kilómetro, de medio kilómetro, estaba pasando el coche de su padre, bastante

cerca para haber podido correr a su encuentro y salvarlo. Desde donde estaban no se oía la carretera, y ellos no pensaban en su padre, ni en su madre ni en nadie.

Archie y Rose caminaban casi sin hablar, pisando las hojas, tiritando un poco. Sus cuerpos sabían lo que no sabían sus cerebros. Es algo que tienen en común los niños y los ancianos. Se nace entendiendo algo del mundo. Por eso los niños pequeños dicen que hablan con fantasmas y sacan de quicio a sus padres. La gente muy vieja empieza a recordarlo, pero casi nunca lo puede explicar y además a los muy viejos nunca les hace nadie caso.

En el fondo los niños no tenían miedo. Se hallaban tranquilos. Se estaba produciendo un cambio, en ellos y en todo lo demás. Daba igual el nombre que se le pusiera. Arriba, las hojas se movían y susurraban; mientras, entre Archie y Rose se oían palabras ininteligibles que sólo existían entre ellos: la lengua privada de la juventud. Por lo demás sólo se oía el suave crujido de los árboles al acomodar su ramaje y el bisbiseo de insectos inadvertidos. Pronto enmudecerían porque todo se sume en el silencio antes de la súbita tormenta de verano, porque los insectos sabían lo que iba a ocurrir y pegarían sus cuerpos a la corteza moteada de los árboles a la espera de lo que se avecinaba.

22

Bueno, llevaba tres cuartos de hora fuera, señal de que se había parado a fumar y a hacer la compra. Amanda: ¿preocupada yo?

Ruth dejó en la mesa un cuenco de cerezas más negras que rojas. El gesto tuvo algo litúrgico.

—Gracias. —Amanda no sabía qué estaba agradeciendo. ¿No eran las cerezas que le habían costado once dólares?

Por el cielo se coló una nube, una de esas nubes blandas, como de algodón, llena de curvas, como en un dibujo infantil. El cambio fue lo bastante brusco como para que G. H. se estremeciera.

—Casi me apetece meterme un rato en el yacuzzi.

Amanda se lo tomó como una invitación. Se levantó de la mesa y se hundió en la espuma junto al desconocido. En el agua flotabas, de modo que costaba sentarse. Se inclinó hacia delante para observar los árboles. Ya no veía a los niños.

—Seguro que están bien. —George lo entendía (tenías un hijo y no volvías a bajar la guardia jamás)—. Lo único que hay al fondo son más árboles.

Ruth los miró a los dos. Beber vino con el almuerzo la había adormilado.

—Pues igual preparo un poco de café.

—Estaría muy bien, cariño, gracias.

Amanda sonrió.

—¿Puedo hacer algo?

—Tú relájate. —Ruth entró en la casa.

—Con la piscina y el yacuzzi se dispara la factura de la luz. Tendremos que instalar paneles solares. Prefiero no hacerlo en temporada, cuando usamos la casa. Voy a esperar hasta septiembre u octubre. Me comentó mi contratista que él genera bastante electricidad para vender parte a la compañía. Debería hacerlo más gente.

G. H. casi empezaba a disfrutar de la compañía de esa mujer. Le gustaba tener público.

—Energía limpia. Debería salvar el planeta. Tendría que ser obligatorio. —A veces, en el cine o en la acera, Amanda veía a propagandistas de la energía eólica que repartían folletos y regalaban chapas, pero casi siempre parecía un timo—. ¿Tú cómo empezaste a trabajar en lo tuyo? —Buscaba un tema de conversación.

—Por un mentor que tuve en la universidad. Me formó. Yo no sabía cómo se ganaba la vida la gente. Mi madre tenía una peluquería. —Su tono transmitía respeto hacia el trabajo de su madre. La mató un cáncer (hígado, estómago y páncreas), probablemente por manipular los productos químicos que usaban las mujeres como ella para que les quedara el pelo digno—. Se llamaba Stephen Johnson. Murió, pero qué vida la suya...

—Me imagino que será como tener buena mano con las plantas o componer hábilmente el cubo de Rubik. Hay gente que sabe ganar dinero y gente que no. —Amanda sabía de qué tipo eran Clay y ella.

El tema era una de las pasiones de G. H.

—Es lo que piensa todo el mundo, pero debes preguntarte por qué ocurre eso. ¿Quién quiere que veas imposible no digo hacerte rico, pero al menos alcanzar una buena posición? Es una destreza. Te la pueden enseñar. Todo se basa en la información. Hay que leer la prensa y observar qué pasa en el mundo.

G. H. pensaba que también había que ser inteligente, por supuesto, pero le parecía una obviedad.

—Yo leo la prensa. —Amanda se consideraba una mujer de mundo. Tuvo ganas de decir algo sobre su trabajo, pero había poco que contar.

—Sólo hay que entender las pautas por las que se rige la sociedad. ¿Has oído hablar del hombre que ganó el concurso *Press Your Luck*? —G. H. la miró por encima de la montura de sus Ray-Ban.

Quería un periódico. Pensó en los números y se preguntó qué se habría movido.

—¿El del muñeco ese, Whammy?

—Lo único que hizo fue prestar atención y advertir que el Whammy no era aleatorio. Siempre aparecía en una secuencia

determinada. El dato estaba ahí, pero nadie se había molestado en buscarlo. —Los ricos no tenían autoridad moral. Solamente sabían dónde estaba el Whammy.

—Qué interesante —dijo Amanda, señal de que no se lo parecía. ¿Dónde estaban los niños?—. Yo ahora mismo me alegro de no estar en mi trabajo. Entiéndeme, es interesante, o al menos a mí me lo parece, ayudar a la gente a contar las historias de sus empresas, encontrar clientes y establecer un vínculo, pero comporta mucha diplomacia y al final te cansas.

George continuó.

—Mi mentor fue uno de los primeros negros en un despacho de Wall Street. Un día comimos juntos. ¡Comer juntos! Yo tenía veintiún años.

¿Cómo transmitir que hasta entonces nunca se había planteado almorzar en un restaurante, y menos en uno de esas características, con moqueta, espejos, ceniceros de latón y chicas solícitas de uniforme y con coleta? Se presentó sin corbata. Stephen Johnson lo llevó a

Bloomingdale's

y le compró cuatro de Ralph Lauren. G. H. no sabía ponérselas. Las que llevaba en Navidad eran de clip.

—Siempre he pensado que en el mundo laboral las mujeres tienen que apoyarse mutuamente. Bueno, puede que en todas partes. Sin mis mentoras yo no habría logrado nada.

No era del todo cierto. Amanda había tenido jefas, pero en su fuero interno prefería trabajar con hombres. Sus motivaciones eran tan simples...

—Me dijo: «Todos somos máquinas.» Y punto. Lo que eliges es el tipo de máquina que serás. Todos somos máquinas, pero algunos tenemos inteligencia suficiente para llegar a dictar nuestra programación.

Lo que le había dicho: los tontos creen que es posible rebelarse. El capital lo dicta todo. O te ajustas a ello o crees que lo has rechazado, aunque lo segundo, decía Stephen Johnson, era engañarse. O acababas siendo rico o no. Era cuestión de elegir. Stephen Johnson y él eran el mismo tipo de persona. G. H. era quien era (patriarca, cerebro, marido, coleccionista de relojes fastuosos, viajero en primera clase) por elección.

Amanda estaba perdida. No conversaban: se esquivaban con palabras.

—Debe de encantarte lo que haces.

¿Le gustaba o le había tomado cariño con el tiempo, de la misma manera que los cónyuges de un matrimonio concertado acababan llegando a un pacto basado en el afecto o algo similar?

—Soy un hombre afortunado.

El calor despejaba a la manera de un orgasmo, un poco como cuando te sueñas la nariz. Calor al sol, calor en el agua, pero siempre la misma energía: Amanda podría haber dado la vuelta a la manzana corriendo o haberse echado una siesta o haber hecho una tanda de flexiones. Aguardaba el regreso de Clay. Ya hacía una hora, ¿no? Estuvo atenta por si oía el coche.

Lo mejor era marcharse. Si calculaban bien el tiempo, llegarían a casa para comer. Podrían darse el lujo de alguno de los restaurantes del barrio cuyo precio quedaba justo por encima del que les habría permitido ser asiduos. Ignoraba, por supuesto, que Clay estaba pensando lo mismo, lo cual era señal de lo bien avenidos que estaban.

Lo único que se movía en el jardín eran las ondas vaporosas del jacuzzi. Echó un vistazo al bosque y le dio la impresión de que se movía algo, pero no reconoció los cuerpos de los niños. En su momento había pensado que las madres debían tener esa pericia, pero luego, estando con ellos en el parque (aún eran muy chicos), los perdió en un mar de pequeña humanidad que no tenía ninguna relación con ella. Se alegraba de que se tuvieran el uno al otro y de que todavía fueran bastante pequeños para enfrascarse en sus juegos y retozar por el bosque como se imaginaba que hacían los niños de campo.

Ocurrió mientras estaba ahí sentada, sin hacer nada más. Ocurrió algo. Se produjo un ruido, aunque eso no lo explicaba del todo. El término «ruido» se quedaba corto, a menos que los ruidos nunca puedan describirse con palabras. ¿No era ruido la música, en el fondo? ¿Se podía aprehender a Beethoven con palabras? Fue un ruido, sí, pero tan fuerte que era casi una presencia física y además repentina porque no tenía precedentes, claro. No había nada (¡la vida real!) y entonces se produjo un ruido. Por supuesto que nunca habían oído un ruido así. Los ruidos como ése no se oían: se vivían,

se superaban, se sobrevivían, se presenciaban. Cabía decir sin exagerar que sus vidas podrían dividirse en dos: la etapa anterior al ruido y la etapa posterior. Fue un ruido, pero fue también una transformación. Un ruido, y también una confirmación. Había pasado algo, estaba pasando, estaba en marcha; el ruido tenía tanto de ratificación como de misterio.

La comprensión vino después. Así funcionaba la vida: estoy siendo atropellado, estoy teniendo un infarto, la bola entre gris y morada que brota entre mis piernas es la cabeza de nuestro hijo. Epifanías. Siempre al final de una cadena de acontecimientos invisible hasta que se alcanzaba esa epifanía. Había que retroceder y buscarle un sentido. Era lo que hacía la gente. Así se aprende. Sí. Bueno, aquella anomalía era un ruido.

Ni estallido ni estruendo. Más que un trueno y más que una explosión; ninguno de ellos había oído nunca una explosión. Parecían habituales, por la frecuencia con que aparecían en las películas, pero había pocas, o al menos ellos tenían la suerte de no haber estado cerca de ninguna. En ese momento, lo único que se podía decir es que era un ruido, tan fuerte como para cambiar para siempre las definiciones de ruido que manejaban. Sólo el susto o la sorpresa o la incomprensible sensación que te dejaba te impedía llorar. Si es que no llorabas igualmente.

Quizá el ruido fuera breve, aunque el zumbido que dejó en el aire dio la impresión de prolongarse mucho. ¿Qué fue aquel ruido y cuáles fueron sus secuelas? Una de esas preguntas sin respuesta. Amanda se puso de pie. Detrás de ellos, el cristal de la puerta que separaba el dormitorio y la terraza se resquebrajó: una grieta fina, pero larga, bella, matemática, que aún tardaría bastante en ver alguien. La fuerza del ruido bastaba para poner a un hombre de hinojos. Fue lo que hizo Archie en el bosque, lejos: caer sobre las rodillas desnudas. Un ruido capaz de arrodillar a una persona de ruido sólo tiene el nombre. Era algo para lo que no hacían falta palabras porque ¿cuántas veces se usarían?

—Pero ¿qué coño ha sido eso? —Quizá fuera la única reacción adecuada. Amanda no se lo había dicho a George. No estaba hablando con nadie—. Pero ¿qué coño ha sido eso?

Lo dijo por tercera, cuarta y quinta vez, lo mismo daba. Siguió diciéndolo y la pregunta quedó sin respuesta, como una plegaria.

Temblaba. Más que estar agitada, se le agitaba el cuerpo de verdad, vibrando. Se quedó callada. ¿Qué acogida distinta del silencio se le puede dar a un ruido tan fuerte? Creyó que lo que estaba haciendo era gritar: la sensación de un grito, la emoción, aunque era un grito ahogado, la falta de aliento de un pez sacado de su estanque, el sonido que emiten los sordomudos en los momentos de pasión, la sombra del habla, su silueta. Amanda estaba muy cabreada.

—Pero ¿qué...? —No tenía especial necesidad de terminar la frase porque hablaba sola—. ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

George se levantó de golpe de la bañera sin taparse el cuerpo con una toalla. La inmovilidad del mundo era total, con la excepción, quizá, de ese eco, ese vacío en el espacio dejado por el ruido. Quizá a Amanda le hubieran quedado secuelas en el oído y se tratase de una ilusión. Quizá las secuelas fueran cerebrales. Contaban que una parte del personal del consulado de La Habana había tenido extraños síntomas neurológicos causados por algún sonido. A Amanda nunca se le había ocurrido que pudiera haber armas sónicas ni que se pudiera tener miedo de un ruido. Cuando hay tormenta, a los niños y los animales domésticos se les dice que no tengan miedo de los truenos.

Estaba temblando. Notaba un sabor a medio dólar de Kennedy en la punta de la lengua. Si se movía tal vez se repitiera el ruido y en ese caso no estaba segura de poder soportarlo. No quería volver a oírlo nunca.

—¿Qué ha sido eso?

Lo dijo más que nada para sí. ¿Era algo localizado (dentro de la casa o en las inmediaciones) relacionado con el tiempo atmosférico, algo interestelar, la abertura de los cielos que anunciaba la llegada de Dios? Al formular la pregunta ya sabía que el ruido nunca recibiría una explicación satisfactoria. Estaba más allá de cualquier lógica o, en todo caso, de cualquier explicación.

Al principio fue todo muy lento. Bajó los escalones caminando y después corriendo. Acababa de mirar los árboles. Trató de distinguir sus cuerpos entre tanto verde y marrón. Mejor llamarlos. Pareció hacerlo, pero no lo hizo. Su voz no funcionaba o no conseguía dar alcance al cuerpo. Amanda sólo se movía. Primero despacio y luego más rápido; primero al trote y luego a la carrera; dejó la piscina

atrás, empujó la verja y se metió por la hierba. Sus hijos, sus caras perfectas, sus cuerpos sin defectos o desperfectos, estaban por allí, en alguna parte. Sólo veía la masa homogénea del paisaje. La impresión que tenía era de ser miope y no llevar las gafas: todo impreciso, luminoso, imposible.

Siguió corriendo. El jardín no era muy grande. Tampoco había tanto sitio por donde correr, pero fue lo único que hizo, sin gritar. En la sombra había un pequeño cobertizo. Abrió la puerta: estaba vacío. Con un solo movimiento, sin pararse del todo, continuó hasta el borde del jardín: tierra blanda y hojas secas. El ruido había cesado, pero seguía habiendo ruido: la sangre en sus venas, la fortaleza de su corazón. Necesitaba los cuerpos de sus hijos contra el suyo.

Saltó por encima de un palo, bastante pequeño para pasar por encima caminando, y hundió los pies en la alfombra de humus, con alguna que otra piedra, trozo puntiagudo de corteza o espina que se le clavaban, o algo húmedo, desagradable. Mejor llamarlos, aunque no quería cubrir el sonido de sus voces, por si la llamaban: «mamás» urgentes como los que, según cuentan, pronuncian los condenados a muerte cuando los ejecutan.

Los niños, ¿dónde estaban los niños? Los árboles apenas parecían moverse. Permanecían indiferentes a ella. Amanda se dejó caer al suelo. Llevaba pantalones cortos. Casi supuso un consuelo tocar hojas, cortezas y tierra. El barro en las rodillas rosa era casi un bálsamo. Las muy pulcras plantas de sus pies estaban negras y llenas de cortes, pero no le dolían. Al final volvió en sí. Pensaba llamar a sus hijos, diciendo en voz alta los nombres que con tanto amor habían elegido, sin embargo, en lugar de «Archie» y «Rosie» (porque seguro que le habría salido el diminutivo de amor y añoranza), solamente le salió un grito, un aullido horrible y animal, el segundo ruido más impactante que había oído en su vida.

Hablaban más bajo de lo normal. Por deferencia al ruido, se comprende: estaban esperando que se repitiera. No querían que los pillara desprevenidos, pero ¿cómo adelantarse a algo así, aunque lo hayas oído antes? De todos modos, había discrepancias.

Ni el propio G. H. se creía del todo lo que estaba diciendo.

—Supongo que podría haber sido un trueno.

A veces, con un poco de voluntad, puedes creerte lo que acabas de decir.

—¡No hay nubes!

El alivio moderaba un poco la rabia de Amanda, sólo un poco. Había encontrado a sus hijos con los ojos muy abiertos, sucios como dos mendigos, y ya no pensaba soltarlos. Tenía en su mano la derecha de Rose, como años antes, cuando se portaba mal. La palma izquierda de la niña llevaba grabada una línea roja, perfecta y sin interrupciones. Una abrasión en la piel de la rodilla izquierda, y manchas de suciedad en la barbilla, el hombro y el suave abdomen (había pasado meses presionando a favor de un bikini), pero aparte de eso, del pelo sucio y de los ojos rojos, no le había pasado nada. Estaban los dos bien. Tenían buen aspecto.

Amanda se adentró corriendo en el bosque y los halló gracias a un instinto que ya no recordaba tener, a menos que fuera pura chiripa. Los tres habían salido corriendo por el ruido y la casualidad quiso que se cruzasen sus caminos. A Clay, el ruido lo obligó a detenerse al lado de la carretera, exasperantemente vacía, para abrir la puerta y observar el cielo. A Ruth, el ruido la sobresaltó cuando llenaba la cafetera y se le cayó una cuchara al suelo. A los ciervos, cuyo número ascendía a más de mil, y que ya ignoraban previamente los límites entre las propiedades de los hombres, el ruido los incitó a cruzar los jardines en estampida sin pararse a mordisquear ni una sola brizna de hierba. Los dueños de las casas

estaban demasiado estupefactos (por las ventanas rotas, los gritos de los niños, los tímpanos de los bebés irreparablemente afectados) para contemplar boquiabiertos tantos animales.

Amanda y los niños salieron del bosque y, a pesar de que no se conocían, la alegría del reencuentro fue sincera. Ruth pasó al niño un brazo por los hombros desnudos. G. H. apretó el antebrazo a Amanda con alivio paternal. Las secuelas del ruido parecían prolongarse (un zumbido, la sensación de algo que vibraba). Era como un enjambre de insectos persistentes, como las moscas que hay a veces en la playa, las que pican. Estaba y no estaba, pertinaz. Amanda propuso entrar dando así voz a lo que pensaban todos. El cielo se veía muy azul y muy bonito, aunque por alguna razón no te fiabas del aire libre. La impresión era que el ruido pertenecía a la naturaleza, pero, como sabía Ruth, no habían bastado los ladrillos para mantenerlo a raya.

—¿Ha sido una bomba? —Visiones de hongos nucleares.

—¿Y papá? —La voz de Archie se quebró al decir «papá», por la típica regresión posterior a un trauma: le salió aguda, torpe. ¿Dónde estaba papá?

—Ha ido a hacer un recado. —Amanda fue lacónica.

—Seguro que está a punto de volver. —Ruth llenó vasos de agua.

Los niños estaban sucios y sudorosos. Ruth no sabía muy bien cómo ayudar, que era lo que deseaba hacer. No podía abrazar a sus nietos. Sólo podía dar vasos de agua a los hijos de esa desconocida.

—Gracias. —Archie se acordaba de la buena educación. No era mala señal.

—¿Por qué no vais a lavaros un poco? Ya me quedo yo con Archie. —Ruth se agachó para recoger la cuchara con la que había dosificado el café molido. Tenía ganas de ayudar, pero sobre todo de distraerse.

Amanda se llevó a Rose al cuarto de baño y le limpió las heridas. Eran superficiales. El ritual las reconfortó a las dos: papel higiénico húmedo, Neosporin y la cara de su hija lo bastante cerca para oler su cálido aliento. Después del genocidio, los salones de belleza ayudaron a las ruandesas a seguir viviendo. Tocar a otro ser humano es curativo. Pasó una toalla caliente por la cara de la niña y le puso una camiseta y unos pantalones cortos. Rose, que ya no

quería que la vieran desnuda, ni siquiera protestó. El ruido la había aterrorizado.

Ruth tenía que hacer algo, lo que fuera.

—Bébetelo el agua, cariño.

El apelativo no le salió de forma natural. En el colegio llamaban a todos los niños «amigo». No estaban obligados al «señora» y «señor», ni siquiera cuando los regañaban. Amigo, tenemos que hablar de tu conducta. Por favor, amigos, bajad la voz. El término poseía un aura, una sacralidad que no comprometía a nada.

La espalda sin vello de Archie estaba cubierta por una pasta de sudor y tierra. Tenía la piel tan sucia que allí se podría haber escrito algo, como cuando los típicos bromistas ponen «lávame» en los coches mugrientos. Bebió un poco, obediente.

—Me noto raros los oídos.

—Supongo que es normal. —Ruth no se notaba raros los suyos, pero sí todo lo demás—. Es que ha sido... muy fuerte.

Tal vez les había dañado los tímpanos.

Amanda volvió llevando de la mano a una hija limpia, otra vez pequeña.

—¡Archie, estás hecho un desastre! —Le acarició la espalda pringosa, tranquilizada y tranquilizadora.

G. H. miraba por la ventana, receloso de todo lo que veía: la piscina, los árboles que murmuraban con la brisa... Fuera no había nada más. Él no veía nada, pero, en fin, tampoco esperaba ver... ¿Qué? ¿Una bomba? ¿Un misil? ¿Era lo mismo?

—¿Ha sido un avión? —Amanda se esforzaba por reconstruirlo, pero los dolores son como los ruidos: el cuerpo no puede recordarlos en detalle. Quizá hubiera sido mecánico y el tipo más elevado de máquina parecía el avión.

—¿Al estrellarse? —Ruth no sabía si se refería a eso ni se podía imaginar la clase de ruido que haría un avión al explotar como el de Lockerbie o ser derribado como el que iba rumbo al Capitolio. Tampoco en este caso tenía más modelo que las películas de Hollywood.

—O la barrera del sonido. Una explosión sónica. ¿Habrá sido una explosión sónica? —Una vez habían ido en el Concorde, un capricho para sus quince años de casados. En el mismo vuelo iba François Mitterrand—. Creo que está prohibido romper la barrera

del sonido al sobrevolar tierra firme, pero parece que el ruido se disipa sobre el mar. Sí, me parece que sí.

—Normalmente los aviones no rompen la barrera del sonido.

—Archie había hecho un trabajo en sexto—. El Concorde ya no vuela.

Tenía razón en que las únicas asustadas por el Concorde habían sido las ballenas del Atlántico Norte, pero el momento era excepcional. Archie no sabía que los aviones enviados desde Rome, Nueva York, solían ir hacia el norte, que era la ruta más directa a mar abierto, pero que en esos instantes su misión era interceptar algo que se aproximaba al flanco este del país. La circunferencia del ruido que generaban era de unos ochenta kilómetros, un desgarrón en el cielo justo encima de su casita.

Ruth lo había pensado durante el almuerzo de sándwiches raros.

—No sé a vosotros, pero hoy me ha llamado la atención la falta de tránsito aéreo. Ni un avión o helicóptero.

Al oír lo que decía su mujer, G. H. supo que aquello era verdad.

—Tienes razón. Normalmente oímos tantos... Aviones y helicópteros.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Amanda—. Seguro que...

—Lecciones de vuelo para aficionados. Impacientes que salen de Manhattan. En la prensa local da para muchos artículos de opinión.

Estaba bastante acostumbrada a la contaminación aérea para que su ausencia le llamara la atención. Sin saber qué, Ruth pensaba que algo podía significar.

A Amanda le habría gustado que los niños salieran de la cocina, pero no había televisión para que se distrajeran.

—Archie, ¿por qué no vas a vestirte? —Su mano en la espalda de su hijo, cubierta de arenilla. Estaba caliente al tacto—. Bebe más agua. Te podrías duchar, ¿no?

Ruth lo entendió, como seguramente lo habría entendido cualquier persona con hijos.

—Rose, te podría ir bien echarte un rato.

La niña no sabía si tenía que obedecer a esa desconocida. Miró a su madre pidiendo instrucciones.

—Es una buena idea, cielo. —Amanda estaba agradecida—. Ve a acurrucarte en la cama de mamá y lee tu libro.

—Me voy a duchar. —Archie había tomado bruscamente

conciencia de que no estaba vestido. Aunque no pudiera confesarlo, al oír el ruido se había hecho pis en el bañador, como un bebé. Siendo más pequeño había soñado con entender las conversaciones de los mayores, pero ahora que podía hacerlo se daba cuenta de que las había sobrevalorado—. Vamos, Rose. —Benevolencia de hermano mayor.

Amanda esperó a que se hubieran ido los niños.

—¿Qué ha sido lo de antes?

Ruth miró la ventana y el liso azul del cielo detrás de su marido.

—El tiempo no...

Un día ideal para nadar. Además, nunca había habido un trueno tan fuerte ni tan largo. Si vivieran en Hawái quizá hubiese dicho que había sido un volcán.

G. H. se impacientaba. Estaba harto del asunto.

—Podemos coincidir en que no sabemos de qué se trata —dijo.

—¿Dónde está Clay? —Amanda miró a Ruth como si fuera la responsable. Si el ruido había convertido a la adolescente en niña, a Amanda la había dejado floja e impotente.

Ruth había perdido la noción del tiempo.

—Tampoco ha pasado tanto rato. Sólo lo parece.

—Pronto volverá. —G. H. hacía promesas.

—En todo caso, se confirma que... algo pasa. —La ausencia de cobertura en el móvil era un asalto y la televisión fallecida, una táctica—. ¡Tenemos que hacer algo!

—¿Y qué hacemos, cariño? —No es que Ruth estuviera en desacuerdo, pero no entendía nada.

—Nos están atacando. Es un ataque. ¿Qué hay que hacer en caso de ataque?

—No nos están atacando. —G. H., sin embargo, no estaba del todo seguro y se le notaba—. No ha cambiado nada.

—¿Que no ha cambiado nada? —Amanda había elevado el tono—. Estamos aquí como... no sé. Se dice «presa fácil», ¿no? Esperando a que nos disparen.

—Ya, pero bueno, seguimos sin saber qué pasa. Lo mejor es esperar a Clay y a ver de qué nos enteramos cuando vuelva.

—¿Voy en coche al pueblo para encontrar a Clay? —Amanda no quería irse de la casa, pero no tenía más remedio. Algo había que hacer—. ¿Llenamos las bañeras? ¿Tenemos pilas y paracetamol?

¿Salimos a buscar a los vecinos? ¿Hay bastante comida? ¿Es una emergencia?

G. H. apoyó sus manos marrones en la encimera de piedra de Vermont.

—Es una emergencia y estamos preparados. Aquí estamos a salvo.

Los hechos eran los siguientes: sus barritas energéticas y su caja de vino.

—¿Hay generador? ¿Y refugio antiaéreo? ¿Hay...? No sé, una radio de manivela... Una de esas pajitas que hacen que se pueda beber el agua sucia...

—Clay no tardará, no me cabe duda. —G. H. también intentaba convencerse a sí mismo—. Nos quedamos aquí, que es lo más seguro. Todos. Nos quedamos.

—Hay un cuarto de hora hasta el pueblo. Un cuarto de ida más un cuarto de vuelta, media hora. Como mínimo. —Ruth estaba inquieta. ¿Qué estaban haciendo?—. Y si no te sabes el camino, puede que más. Puede que veinte minutos. Cuarenta de ida y vuelta.

Amanda estaba enfadada con todos.

—¿Y si no vuelve? ¿Y si se le ha averiado el coche o le ha pasado algo por el ruido o...? —¿Qué se estaba imaginando? Perder a Clay para siempre.

—George tiene razón. Aquí estamos seguros. Mejor esperar.

—¿Cómo puedes decir que estamos seguros si no sabes qué nos va a pasar? —Amanda deseó que no la oyeran los niños. Se había echado a llorar.

—Hemos oído el ruido. —Ruth estaba siendo lógica—. Lo que tenemos que hacer es esperar para ver qué hacemos luego.

Amanda estaba furiosa.

—No hay internet, no nos funcionan los móviles y no sabemos qué es nada. —Les culpaba a ellos. Lo habían estropeado todo llamando a la puerta.

—Igual ha sido como... ¿Cómo era? ¿Ten Mile Island? —A Ruth le apetecía tomarse una copa, pero no acababa de decidir si era buena idea—. Por esta zona hay centrales eléctricas, ¿verdad?

—Three Mile Island. —G. H. siempre tenía la información enciclopédica.

Amanda lo conocía por los libros de historia.

—¿Un accidente nuclear? —El miedo persistente de su juventud: teléfonos rojos presidenciales, fogonazos de luz, lluvia radioactiva... En un momento dado lo había olvidado todo—. Dios mío... ¿Sellamos las ventanas con cinta adhesiva? ¿Nos vamos a poner enfermos?

—No sé yo si eso explicaría el ruido.

G. H. intentó recordarlo: el vapor lo producía el agua de mar usada para enfriar el material causante de la reacción que creaba la energía. Un terremoto en Japón había demostrado que aquello era una falacia: el agua de mar podía refluir y lo tóxico podía desplazarse a grandes distancias por el agua. Habían encontrado restos en Oregón. ¿Un accidente nuclear habría causado un ruido así? ¿Las centrales nucleares de la zona alimentaban la ciudad? ¿Era el apagón una consecuencia de ese accidente?

—¿Un misil? —Amanda pensaba en voz alta—. Corea del Norte. Lo de Corea del Norte lo dijiste tú, Ruth.

—Irán. —G. H. lo dijo sin querer.

—¿Irán? —Amanda lo dijo como si no le sonara de nada.

—Mejor no especular. —G. H. estaba arrepentido.

—Igual es eso. Ya me entendéis, el apagón. La causa del ruido. Una bomba o lo que sea.

Los terroristas eran expertos en hacer planes. Si el acto en sí parecía impulsivo era porque las cadenas de televisión no podían enseñar los pasos previos: reuniones, estrategia, esquemas, dinero... ¡Pero si los diecinueve hombres esos habían practicado con simuladores de vuelo! ¿Dónde se podía encontrar algo así, un simulador de vuelo?

—Nos estamos poniendo nerviosos... —A G. H. le parecía importante ceñirse a los hechos tangibles.

Ruth decidió tomar algo. Buscó la llave de los vinos y fue a sacar un cabernet del armario.

—Pero ¿y si Clay...? ¿Y si ha encontrado algo?

O peor, que no regresara, o sí, pero hubiese encontrado algo realmente pavoroso, tan malo que no se lo podían ni imaginar y tuviera que volver con la noticia y obligar a esos individuos a sobrellevarla con él.

Amanda lloraba más que antes.

—Ya, pero no sabremos qué pasa hasta que lo sepamos.

Miró las lámparas colgantes, nuevas, pero hechas para que pareciesen de un colegio de finales de siglo, los armarios diseñados con inteligencia para esconder el lavavajillas de acero inoxidable y el cuenco de vidrio lechoso lleno de limones. Con lo atractiva que les había parecido la casa... Ya no daba la misma sensación de seguridad. Se notaba cambiada, como todo.

—Puede que vuelva a funcionar la tele. —Ruth intentó mostrarse optimista.

—O quizá podamos volver a utilizar los móviles. —Amanda lo dijo como si rezara.

Miró la encimera. Tal vez fuese la primera vez que se fijaba en la elegancia de aquella abstracción pétrea. No parecía resistente ni sólida, pero estaba dotada de una nueva belleza. Menos daba una piedra.

Clay advirtió que la responsabilidad masculina era una absoluta estupidez. ¡Qué vanidad haber querido salvarlos! Tras el ruido anheló estar en su casa. No quería proteger, sino que lo protegieran. El ruido trajo lágrimas, lágrimas de frustración y rabia. Estaba desorientado, con la sensación de haberse perdido sin remedio. Ni de fumar tenía ya ganas, y eso que el suceso, cuando se abrieron los cielos y esa entidad indescriptible se cernió sobre ellos, lo había pillado justo cuando frenaba. No se fijó en si sobresaltaba a pájaros, ardillas, zorros, mapaches, polillas, ranas, moscas o garrapatas. Sólo estaba atento a sí mismo.

Se quedó con el motor en marcha, sin moverse porque no había tráfico que obstaculizar. Estuvo esperando ocho minutos con la certeza de que volvería el ruido y volvió, en efecto, pero sobre Queens, demasiado lejos para que lo oyera. La soledad había hecho insoportable el ruido para Clay, aunque su antítesis tenía el mismo efecto: en Queens se formaron aglomeraciones y el pánico se expandió. Gente que corría, gente que lloraba... La policía apenas se molestaba en fingir que hacía algo.

Y de repente dio con el camino. Fue como si los últimos tres cuartos de hora no hubieran ocurrido. Giró a la derecha y vio el cartel que prometía huevos. Era tan ridículo que no le cabía en la cabeza. No tenía información ni

Coca-Cola

fría. Minutos antes había decidido que al llegar a la casa metería a su familia en el coche y se irían. No quería volver a ver aquel edificio jamás.

Los ladrillos pintados lo recibieron como a un viejo amigo. Lloró de alivio, no de miedo. Apagó el motor y miró el cielo. Miró el coche. Miró hacia los árboles. Mientras corría hacia la casa, empezó a detallar lo que sabía.

Decían que estaba subiendo el nivel del mar. Se había hablado mucho de Groenlandia. La temporada de huracanes era peor de lo habitual. Por lo visto, el presidente número cuarenta y cinco de Estados Unidos tenía demencia. Por lo visto, Angela Merkel tenía párkinson. Había vuelto el ébola. Sucedió algo con los tipos de interés. Era la segunda semana de agosto. La vuelta a clase estaba bastante cerca para medir en días la distancia. Seguro que su editora de *The New York Times Book Review* le había enviado un correo con comentarios sobre su reseña.

Si volvía en algún momento el ruido, por ejemplo esa noche, cuando se pusiera el sol, cuando se hubiera afianzado en torno a ellos la oscuridad profunda de los campos, él no sobreviviría. Era imposible. La esencia del sonido era ésa: horror en forma destilada, en un único y breve instante. Se le ponía la carne de gallina si intentaba recordar cómo sonaba aquello para inferir qué había sido. Hasta acostarse lo aterraba. ¿Cómo se iba a ir en coche?

Pensó en su padre. Parecía muy posible que estuviera en su casa de Mineápolis, viendo la televisión sin saber nada de crípticos sonidos en Long Island. Para que algo incidiese en la vida tenía que ser grande de verdad. Cuando Clay era un adolescente, su madre había pensado que tenía gripe porque estaba todo el día cansada. Pocos meses después moría de leucemia. Con quince años, Clay aprendió a calentar pasta de sobre y a separar la ropa blanca de la de color. Aunque los ciudadanos muriesen como moscas, la cena debía prepararse. Quizá había estallado una guerra o se había producido un espeluznante accidente industrial o miles de neoyorquinos se hallaban atrapados bajo tierra en vagones de metro o habían lanzado un misil o estaba en pleno desarrollo algo cuya posibilidad jamás habían concebido (resulta que en mayor o menor grado era todo verdad), pero a Clay seguía apeteciéndole fumar un cigarrillo o seguía estando preocupado por los modales de los niños y seguía pensando en qué cenarían. La rutina de siempre: estar vivo.

Amanda, G.H. y Ruth, que estaban dentro, lo miraban como actores de una obra dramática, como si hubieran ensayado el momento: tú te pones aquí, tú aquí, tú allí y tú entras. A Clay le dio la sensación de que tenía que esperar a los aplausos y no decir nada hasta que remitiesen. Por cierto, ¿cuál era su monólogo?

—Dios mío... —Amanda no corrió a darle un abrazo ni lo dijo

gritando; se le cayeron las palabras con un golpe sordo de alivio.

—Ya estoy aquí. —Clay se encogió de hombros—. ¿Se encuentra todo el mundo bien?

G. H. parecía resarcido, satisfecho.

Amanda abrazó a Clay. No dijo nada. Se apartó, lo miró y volvió a abrazarlo.

A Clay no se le ocurría nada más que decir. Se estremeció al oír el ruido. Luego el ruido amainó dejándole oír el redoble de la sangre por su cuerpo.

—Estoy bien. Ya he vuelto. ¿Y tú, estás bien? ¿Dónde están los niños?

—Estamos bien. —La afirmación venía de G. H.—. No falta nadie. Estamos todos bien.

—Si te quieres apuntar... —Ruth empujó la botella de vino hacia Clay como un camarero de película. No había contado con sentirse tan aliviada. Primero con vergüenza y después con horror comprendió que en el fondo no esperaba que volviera.

Clay arrastró las patas de la silla por el suelo de madera y se sentó.

—¿Lo habéis oído?

—¿Has ido al pueblo? ¿Qué ha pasado? —Amanda sostenía la mano de su marido.

Él no podía lidiar con aquel ruido, pero tenía que hacerlo con su propia vergüenza. No sabía si sería capaz de admitirlo.

—No he ido. —Lo soltó sin más, sin entonación alguna.

—Ah, ¿no? —Amanda estaba desconcertada, aunque les pasaba a todos—. ¿Y dónde has estado? —Empezaba a enojarse.

Clay se puso rojo.

—No he llegado muy lejos. Luego he oído el ruido...

—Pero ¿qué hacías? —Amanda estaba desconcertada—. Te esperábamos. Yo me estaba volviendo loca...

—No lo sé. Me he fumado un cigarrillo. Sólo estaba ordenando las ideas. Después me he fumado otro. He arrancado y al oír el ruido he venido directamente para aquí. —Mentía por vergüenza.

Amanda rió. Le salió una risa feroz.

—¡Creía que habías muerto!

—O sea que no has visto a nadie ni nada que pueda ayudarnos a entender qué pasa.

G. H. no quería que se distrajeran.

—Ya has vuelto. Venga, vamos, vámonos de aquí. ¡Vámonos a casa! —Amanda no estaba segura de si lo decía en serio, si lo decía para que la disuadiesen o qué.

Clay negó con la cabeza. Era mentira. Había visto a la mujer. La había visto llorando. ¿Habría encontrado a alguien que la ayudase? Se le hacía insoportable admitir qué tipo de hombre era cuando lo ponían a prueba. Lo más fácil era restar importancia a la mujer. A duras penas se acordaba de su aspecto. Se preguntó qué habría hecho ella al oír el ruido.

—No he visto nada ni a nadie. Coches tampoco. Nada.

—Por aquí es así. —G. H. intentó ser racional—. Por eso nos gusta. A menudo no te cruzas con nadie.

Se quedaron todos callados.

Ruth estaba mirando por la ventana, hacia la piscina.

—Fuera hay poca luz. Con lo despejado que estaba... —Se levantó—. Una tormenta. Igual era un trueno.

—No, un trueno no era. —Era cierto que el cielo se había cargado de nubes de un gris cercano al negro, pero Clay lo tenía muy claro.

Ruth se volvió para mirarlos.

—Hace años G. H. me llevó al ballet, *El lago de los cisnes*.

Uno de los motivos que, según Clay, justificaban vivir en Nueva York. Por desgracia, en términos logísticos era una pesadilla. Entradas para una velada agradable para ambos, un sitio donde cenar a las seis y media y dieciocho dólares por hora para la canguro. Estaban demasiado ocupados, demasiado entregados a la idea de su propio exceso de entrega. ¿No les quedaban unas horas libres para la trascendencia?

—Recuerdo que al principio pensaba: «Pero qué raro es esto...» Gente vestida de lentejuelas que salía a bailar, se iba corriendo y luego volvía al escenario para seguir bailando. Yo creía que había un argumento, pero la danza sólo consiste en fragmentos vagamente organizados en torno un tema que de por sí no es que tenga demasiado sentido.

«Como la vida», no dijo Clay.

Ruth continuó.

—Aves de blanco, aves de negro y una música arrebatadora. Me

empezó a interesar. Creo que es la música más bonita que he escuchado en mi vida; sobre todo un tema que no había oído nunca y que es tan hermoso que no entiendo que no lo usen en películas y anuncios. Me compré los cedés: *El lago de los cisnes*, con André Previn de director. Aún me acuerdo del nombre de la pieza: *Pas (Odette y el príncipe)*

d'action

. No puede haber nada más... arrollador ni más romántico. Y a la vez tan dulce y tan vivo.

—Me imagino que no. —Amanda no tenía ni idea de ballet. Se alegró de que Ruth hablara, de que llenara el silencio.

—¿Sabíais que cuando compuso *El lago de los cisnes* Chaikovski tenía treinta y cinco años? Entonces se consideró un fracaso, pero... es el paradigma del ballet: una bailarina vestida de pájaro. —Ruth vaciló—. Recuerdo que pensé... Bueno, es una idea cursilona, pero supongo que de vez en cuando las tenemos todos. Pensé que si tenía que morirme, como todo el mundo, y si al morir podía escuchar música o, si podía decidir qué escucharía antes de morir o qué me vendría a la cabeza cuando me estuviera muriendo, aunque sólo fuera su recuerdo, sería eso, Chaikovski, esa danza de *El lago de los cisnes*. Es lo que me viene ahora mismo a la cabeza. Igual no os gusta oírlo, pero estaba pensando: maldita sea, esos cedés los tengo en mi piso.

—Aquí no vas a morir, Ruth. —¿En esa casita tan encantadora? Imposible—. Aquí estás a salvo —afirmó Clay.

Era como ese juego del teléfono de los niños: hablaban más que nada para sí y habían perdido el hilo.

—¿Cómo lo sabes? —Ruth estaba tranquila—. La verdad, la triste verdad, es que no lo sabes. No sabemos qué va a pasar. Quizá no vuelva a oír nunca el *Pas (Odette y el príncipe)*

d'action

. Creo que ya lo tengo. —Se dio unos golpecitos en la sien—. Me parece que lo oigo. El arpa, las cuerdas... Aunque igual me equivoco. En cualquier caso, lo que suena aquí dentro es bonito.

—Tampoco es que estemos en Marte. A pocos kilómetros hay gente. Algo oiremos. Hemos oído algo y puede que lo oigamos otra vez. —Era G. H. intentando mostrarse tranquilizador y racional a un tiempo—. Iremos en coche a ver a los vecinos o vendrá alguien.

Sólo es cuestión de tiempo.

—Yo lo de antes no quiero volver a oírlo nunca más. —Clay se arrepintió de no haber negado que había oído el ruido. Le habría gustado poder imaginarse haciendo lo que describía G. H., pero era incapaz. Tenía miedo. Si no quería irse no era por prudencia, sino porque estaba demasiado asustado.

Amanda se apartó de su marido, que aún la rodeaba con sus brazos, bálamo conyugal, y miró a G. H.

—¿Sabes que te parece un poco a Denzel Washington?

G. H. no supo muy bien qué contestarle. Por otra parte, no era la primera vez que se lo decían.

—¿Te lo había dicho alguien? ¡Y te apellidas Washington! ¿Algún parentesco? —Amanda miró a su marido—. Se llama George Washington. No sé... Perdona, ya sé que es de mala educación. —Se reía.

Nadie habló.

Los niños no oyeron la risa de su madre desde los otros cuartos. Desde los otros cuartos, los niños no habían oído volver a su padre. La casita estaba tan bien hecha (¡qué paredes tan sólidas!) y era tan seductora que te borraba por completo el recuerdo de las demás personas.

Archie se duchó con el agua muy caliente. Tenía los huevos muy pegados al cuerpo, dos bolitas, como si acabara de salir de la piscina. Se le relajaron los músculos de la espalda al ver girar el agua por el sumidero, primero sucia y luego limpia. Se secó el cuerpo con toallas blancas. Luego se puso unos calzoncillos y se metió en la cama, donde, como no podía ver *The Office*, se entretuvo con esa importante reserva que era el álbum oculto de su móvil. La mayoría de las fotos eran bonitas. Lo que más le gustaba no era tan tremendo. Le incomodaban las complejas configuraciones de internet: tres mujeres, cinco mujeres, siete mujeres, pollas enormes (le preocupaba que la suya no llegara a ser nunca tan grande), dos hombres, tres hombres, incesto fingido, violencia racial, escupitajos, cuerdas, material deportivo, espectáculos públicos, focos de teatro, maquillaje corrido, piscinas, juguetes y herramientas cuyos nombres ignoraba, la supuesta belleza del castigo... A él le gustaban las mujeres, sin más. Pelo y piel morenos. Las prefería totalmente desnudas, no posando con ropa que resaltara las partes expuestas de su cuerpo: un jersey de lana levantado por encima de unos pechos abundantes de pezones satinados, una falda de cuadros arremangada sobre unas caderas blanquecinas para que se viera lo que él llamaba coño porque estaba seguro de desconocer la palabra exacta, unos vaqueros cortos desgarrados o rotos de los que sobresalían los labios... A él le gustaba que la mujer saliera guapa y contenta. Archie quería satisfacer y ser satisfecho.

Rose se subió el edredón de plumas de sus padres hasta la barbilla y luego más arriba, hasta la nariz, aspirando olor a detergente, jabón de baño, su propia piel y el persistente rastro del distintivo químico de sus padres. Era muy grato, casi canino. Su libro no era una huida (los problemas de la adolescencia, las traiciones del cuerpo, los nuevos deseos del corazón), sino una preparación, la guía Fodor de un país al que tenía pensado viajar pronto. Sin embargo, no lograba retener su atención. Pensó en el silencio del bosque puntuado por el estallido en el cielo. Apenas podía visualizar su cuartito de Brooklyn. Sacudió la cabeza para despejársela, pero no sirvió de nada.

No quería esconderse en la cama ni en ningún otro sitio. Se levantó y se desperezó como después de un sueño largo y reparador. Luego se acercó a la ventana e intentó mirar entre los árboles. No estaba segura de lo que buscaba, pero lo sabría cuando apareciese y sabía que aparecería. Antes quiso demostrar que había visto los ciervos, pero en el suelo no quedaba ningún rastro. El paso de los animales por el mundo era muy liviano.

Estaba delante de la puerta acristalada del fondo, contemplando el cielo plano, con las nubes tan cerca que podían tocarse. Vio que en el cristal había una fisura y entendió que antes no estaba. Tenía sentido. La lluvia era la de siempre: primero vacilante y después copiosa. Los árboles estaban tan cargados de hojas que absorberían casi toda el agua antes de que tocara el suelo. La que rebosaba del canalón de encima de la puerta formaba una especie de cascada. ¿Qué hacían los ciervos cuando llovía? ¿Les importaba a los animales mojarse? Deseó poder volver a la piscina o sentarse en el jacuzzi. Deseó un poco más de vacaciones, aunque sólo fuese una hora.

Con el móvil en una mano y él mismo en la otra, el cuerpo de Archie no respondía como de costumbre. Podía correrse por la mañana, en la ducha, y de noche, en su cuarto, a la luz del portátil, con el volumen al mínimo. A veces por la tarde también: acurrucado en el cubículo, entre olor a pis y corrientes de aire, escupiéndose en la palma. Primero chorros de leche, luego una versión abreviada, un estornudo, y por último un estremecimiento seco, con la polla roja, cansada y tal vez un poco dolorida. Siempre se juraba que no, pero... acababa encontrando la manera. ¡Era la

vida!

Fuera se estaba fraguando una tormenta y la luz era extraña, pero incluso en otras circunstancias no habría tenido la menor idea de cómo adivinar la hora. Era raro que se hubiesen presentado los dueños de la casa, pero le daba igual e incluso le parecían simpáticos. El señor Washington le había hecho el tipo de preguntas que hacen siempre los mayores y le resultó agradable, cordial. Renunció al teléfono y se deslizó por el delicioso vacío. Si soñó con algo (¿el ruido?), fue desde una parte del cerebro tan remota que a duras penas la dominaba.

¿Tenía calor? Bueno, acababa de ducharse. Pasarse la muñeca por debajo de la mejilla no le indicó nada. Tocarse la propia piel no es ningún diagnóstico. El cuerpo era una máquina maravillosa y complicada que casi siempre iba como una seda. Si se estropeaba algo, los órganos reaccionaban con inteligencia y tomaban medidas. La luz era turbia y espesa; dentro del cuarto se oían la música de la lluvia en el tejado y el modesto sonido de los objetos en el espacio: la presencia del cuerpo de Archie, su cama, sus almohadas, su vaso de agua, su edición de bolsillo de *Nueve cuentos* y la toalla húmeda enroscada en el suelo como una mascota dormida. Algo similar al aparato de ruido blanco que usaban sus padres cuando era muy pequeño para engañarlo y que se durmiera.

Ruth, que se estaba lavando las manos, no oía la lluvia. Entonces salió del baño de invitados y lo entendió al ver cómo caía el agua. No la había afectado el vino. No estaba adormilada ni mortecina, tampoco distraída. Formó un montoncito con la ropa sucia. ¿Cómo podía haber tanta ya? El amarillo de las lámparas de las mesitas de noche y el gris de detrás de las ventanas tenían algo de reconfortante. Debería haberse metido en la cama para leer un libro. Incluso podría haber dormido a medias de esa forma indolente de cuando estás de vacaciones fuera de tu casa: no porque necesites descansar, sino porque puedes.

Lo que hizo, en cambio, fue dirigirse al trastero del pasillo, donde encontró un cesto de ropa sucia en la misma estantería donde tenía George sus provisiones: las botellas de vino, las latas de conserva, siempre útiles, los recios recipientes de plástico con sus miles y miles de calorías... «Bien», se permitió pensar. Estaban preparados para lo que fuera. Habría supuesto que la tranquilizaría

pensarlo, pero ella no quería latas de tomate ni pringosas barritas Kind. De hecho, no servía de nada ponerse a pensar en lo que quería. Quizá por eso estaba tan resuelta a hacer algo, lo que fuera. Metió su ropa sucia y la de George en el cesto. Enderezó las almohadas encima de la cama. Volvió a dejar sobre la cómoda el mando del televisor, que era perfectamente inútil. Apagó las lámparas de noche que no utilizaba nadie y fue a recoger las toallas húmedas del lavabo.

Aunque fuera demasiado íntimo, se daba cuenta de que lo más lógico era invitar a Amanda a añadir su ropa sucia. Sería una manera de aprovechar mejor la electricidad y el agua. Como un detalle entre vecinas, aunque la expresión no describiera el vínculo que las unía (quizá no hubiera ninguna apropiada). Ruth sabía que era preceptivo mantener una conversación y que ésta requeriría simular una amabilidad o una gentileza muy superior a la que le apetecía exhibir. Pensó en el dulce peso de sus nietos encima de su cuerpo.

Rose apoyó una mano en la ventana. Estaba fría, como solía estarlo el cristal. La superficie de la piscina, rizada a causa de la lluvia constante, mostraba algo satisfactorio. Truenos no se oían. De todas formas, Rose ya entendía que lo de antes no había sido un trueno. Se daba cuenta de lo tentador que resultaba creer que sí, pero, a su manera adolescente, intuía que las creencias y los hechos no suelen guardar una relación muy armónica.

La cuestión no era qué había sido, sino qué harían ellos a continuación. Rose sabía que sus padres no se la tomaban en serio, que no la consideraban mayor, pero también sabía que sus problemas no tenían su origen en ningún ruido en el cielo. Ella ya había visto cuál era el problema e intentaría resolverlo. Entonces recordó que su madre le había prometido que harían un pastel si llovía, así que se olvidó del libro y fue a reclamar el cumplimiento de esa promesa.

La tele habría sido paliativa. La tele los habría aturdido, entretenido, informado o ayudado a olvidar, pero no: los tres sentados en torno a un televisor que no les enseñaba nada oyendo la grata orquesta de la lluvia contra el tragaluz, el tejado, la terraza, la sombrilla de lona y las copas de los árboles. También los chillidos de Rose en la cocina («¡puedo hacerlo sola!») seguidos por el olor químico de su preparado de pastel hinchándose en el horno de gas.

—Tenemos que llenar las bañeras. —Amanda no estaba segura de que hiciera falta. Lo decía por probar.

—¿Llenar las bañeras? —Clay lo tomó por una figura retórica.

Amanda bajó la voz.

—Por si... el agua...

—¿Si se va la luz no hay agua corriente? —Clay no tenía ni idea.

No la había, en efecto. Al segundo día o al tercero o con seguridad al cuarto, algunos residentes de los apartamentos más altos de Manhattan caerían en el delirio que presagiaba su deshidratación final.

—Me parece que no. El depósito se llena con una bomba eléctrica; o sea que, si se va la luz, tampoco hay agua. —A G. H. le parecía increíble que en su casa aún hubiera luz. Atribuía el portento a lo bien hecha que estaba la casita, aunque ya sabía que el mérito no era precisamente suyo.

—¿Tú crees que se irá la luz? —Clay encontraba el día, con su olor a bizcocho y la percusión de la lluvia, de una normalidad casi inquietante.

—Suele irse cuando hay tormenta, ¿no? Si cae alguna rama o se avería algo en la ciudad... Y encima el ruido ese, que no sé qué era... Menos mal que todavía funciona, somos afortunados, pero igual no hay que tentar a la suerte. —Amanda miró a su marido—. ¡Ve!

Clay se levantó y fue a cumplir su encargo sin comentar que ni las bañeras ni el agua eran suyas.

Amanda se inclinó hacia G. H., que estaba sentado enfrente de ella.

—No hay truenos. Ni siquiera relámpagos. Tan sólo lluvia.

—De todos modos, yo en el fondo tampoco creía que hubiera sido un trueno.

—Pues entonces, ¿qué era?

Amanda susurraba porque no quería que la oyera Rose; no porque la considerase tonta, sino porque le parecía una manera de protegerla.

—Ya me gustaría saberlo.

—¿Qué hacemos?

—Estoy esperando a que tu hija acabe el pastel.

—¿Nos vamos? —Miró a G. H. como si fuera el padre que no había tenido, el padre de quien siempre podía esperar consejos sensatos—. ¿No estaríamos mejor, más seguros, en casa, en la ciudad, rodeados de gente?

—No lo sé.

—Yo con saber qué pasa ya estaría más tranquila. —Miró hacia el pasillo oyendo el ruido del agua en las bañeras. Lo que había dicho era falso, pero ni siquiera lo sospechaba.

Clay volvió secándose las manos en los pantalones cortos.

—Listo.

—Abajo hay una bañera. Haré lo mismo. —G. H. dio las gracias con un movimiento de cabeza.

—Bueno, pues una cosa menos. —Amanda intentaba convencerse a sí misma—. Tenemos agua. Y ni siquiera nos hace falta. Igual no llegamos ni a necesitarla.

—Mejor estar preparados —convino Clay.

Amanda miró a su marido.

—¿A ti te parece que deberíamos irnos a casa?

—También podríamos volver mañana al pueblo... Bueno, ir por primera vez —se corrigió G. H.

—Lo siento. —Clay apoyó las manos en las rodillas. Era un gesto como de bochorno.

—¿El qué? —preguntó Amanda.

—Debería haber... He oído el ruido y he vuelto. Estaba

preocupado. Ahora, no he visto ni un solo coche. —Clay no les habló de la mujer. Se preguntó si estaría a la intemperie con aquella lluvia.

—Yo ya creía que estabas... No sabía qué te había pasado.

G. H. se mostró comprensivo.

—Lo de no ver coches pasa mucho. Supongo que depende de la época del año, pero este sitio es muy tranquilo. Por eso vinimos aquí.

—Yo creo que lo mejor es esperar. —A Clay no le apetecía nada volver a esas carreteras tan desconcertantes.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó Amanda.

Para ser padre o madre había que hacerse un poco el gallito, simular arrojo, osadía, entereza y convicción. Era puro instinto, puro amor.

—Está lloviendo a cántaros. No sé si es muy buena idea marcharse en plena tormenta.

—Vale, pero mañana sí. —Amanda lo estaba espoleando.

—Iremos al pueblo —dijo Clay— y después podremos... decidir. Si en la ciudad no hay electricidad, igual es mejor esperar a que pase todo esto.

—¿Aquí?

Alquilado lo tenían, aunque tampoco parecía tan importante. Amanda se prepararía para demostrar su fe. Haría el equipaje y estaría lista para marcharse. Era una declaración de intenciones.

—Mañana. Clay, saldremos tú y yo por la mañana. Yo conozco el camino. —G. H. no se creía la versión de Clay y no le faltaban razones—. Así luego tendremos una idea de nuestra situación: si hay electricidad, si hay un problema, qué era el ruido... Sabremos más que ahora y sabiendo más podremos decidir qué es lo mejor. —Miró a la niña, que se estaba acercando a los adultos. G. H. compartía el ansia de Amanda—. ¡Qué bien huele aquí dentro! —Lo dijo con desenfado, aunque con sinceridad.

—Ahora sólo se tiene que enfriar, luego le pondré el glaseado.

—¿Ya está acabado? —Amanda intentó calcular la hora—. Deberíamos guardarlo para después de la cena.

—He hecho capas para que tardara menos. Dos pasteles pequeños en vez de uno grande. Qué pena que no tenga nada para decorarlo, espolvorearlo y esas cosas...

—Pues igual encuentras algo en la despensa. Ve a pedirle a la señora Washington que te enseñe dónde guarda todo lo de los pasteles. No me sorprendería que algo tuviéramos a mano. —No se parecía en nada a su hija, pero fue en quien pensó, como era natural.

—Debería ir preparando algo de cenar. —A Clay le parecía una manera de expiar su fracaso anterior. Ya había llenado las bañeras. Acto seguido les haría la cena, demostraría lo que valía—. Rose, vamos a recoger un poco la cocina antes de que te pongas a decorar el pastel.

—¿Dónde está Archie? —Amanda no quería a los niños a la vista, pero tampoco se los podía quitar de la cabeza.

Clay se encogió de hombros.

—Igual está echando la siesta.

—Pues mejor lo despierto.

Amanda era consciente del peligro de prolongar demasiado las siestas, ese aturdimiento que no se iba con nada. Cuando era poco más que un bebé, Archie se despertaba con la cara arrugada por la sábana y roja por el esfuerzo del descanso. Durante diez minutos, como mínimo, no podía hacer nada mejor que estar de morros. Tras un «con permiso» dirigido a G. H., Amanda fue a la puerta de su hijo. Primero llamó, señal de respeto necesaria con los adolescentes (había visto cosas). Luego empujó la puerta, al tiempo que decía su nombre.

Archie no se movió, como si no percibiera que alguien había entrado.

—¿Archie? —Amanda vio su forma retorcida entre las sábanas—. ¿Estás dormido, cielo?

Si la oyó no dijo nada, así que Amanda le apartó la sábana del rostro dejando a la vista el glorioso desaliño de su pelo: mechones apuntando en todos los sentidos, como las raíces de un viejo árbol. Se los alisó y obedeció al reflejo de ponerle una palma en la frente. ¿El calor era de fiebre o de dormir?

—¿Archie?

Archie abrió los ojos sin pestañear: de dormir a no dormir, sin transición. Miró a su madre, pero la vio borrosa.

—¿Archie? ¿Te encuentras bien?

El chico exhaló un suspiro largo, lento y trémulo. No sabía

dónde se hallaba ni entendía lo que estaba ocurriendo. Se incorporó con un movimiento brusco. Luego abrió la boca, pero no para hablar, sino para mover la mandíbula, que le dolía, o de la que era consciente de una manera que le pareció nueva, distinta o errónea.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —Amanda apartó el edredón y destapó el cuerpo delgado de su hijo, liberando el calor que irradiaba, un calor tan intenso que lo notó sin tocarlo—. ¿Archie?

Él emitió un sonido, una especie de «mmm», y se inclinó para vomitarse encima de las piernas.

Tener hijos curte. Tu obligación consiste en cuidar sus cuerpos y te das cuenta de lo que eso entraña. Ver vómito le daba antes arcadas, pero el de sus hijos... A eso Amanda le plantaba cara. En situaciones de crisis se volvía racional. Llamó a Clay y lavó el cuerpo de su hijo como cuando era pequeño.

Cuando sus hijos aún eran pequeños, Clay y Amanda habían practicado la defensa al hombre. El primer y duro invierno, Clay se llevaba a Archie al Museo del Metro de Nueva York, donde, pese a tratarse de un espacio cubierto, hacía siempre mucho frío porque ocupaba una antigua estación. Amanda daba vueltas por el piso con Rosie, siempre hambrienta de teta, y escuchaba el disco que había grabado Björk sobre lo genial que era el sexo con Matthew Barney. Si pensaba en esos días, aún oía crujir bajo sus pies uno de los tablones de madera de al lado de la cocina. Si era Clay quien lo pensaba, aún veía los trenes de épocas más inocentes (asientos de ratán, ventiladores de techo) aparcados en las arcaicas vías del museo. Amanda quitó las sábanas sucias. Clay se llevó a su hijo al salón.

—Tenemos un termómetro. —Ruth había tenido la prudencia de dejar bien surtido el cuarto de baño: analgésicos para adultos y niños, vendas, yodo, solución salina y vaselina.

—Pues nos iría de perlas.

Clay ayudó al muchacho a ponerse el jersey, demasiado grande, y le atusó el pelo revuelto. Luego se sentó a su lado en el sofá y se quedaron mirando la parte trasera de la casa, el espectáculo casi teatral de la lluvia llenando la piscina.

La memoria muscular materna era muy fuerte. Ruth volvió con suministros.

—Vamos a tomarle la temperatura.

El instinto paterno también era poderoso. G. H. ayudó a Rose a

encontrar las reservas escondidas: azúcar glas, tubos de geles decorativos, velas de cumpleaños y virutas en tarros de plástico que hacían ruido al sacudirlos. Rose no era tonta, pero se alegró de que la entretuvieran. Descargaron el pastel en una fuente y Rose lo fue girando como toda una experta debajo de la espátula, inmóvil bajo el peso de la cobertura.

—Gracias —dijo Clay.

Ruth levantó la barbilla del muchacho y le puso la punta del tubo de cristal debajo de la lengua.

—La verdad es que estás caliente, pero... bueno, a ver cuánto.

—¿Qué, cómo te encuentras, tío?

A esas muestras de cariño y compadreo masculino recurría Clay cuando más preocupado estaba. Ya lo había preguntado y Archie ya había contestado. Tenía ganas de pasarle un brazo por los hombros, ganas de amoldarlo a su cuerpo, pero Archie no querría porque ya era casi un hombre.

—Estoy bien —masculló con el termómetro en la boca e incapaz de conseguir su típico desdén adolescente.

Ruth examinó el inescrutable instrumento.

—Treinta y ocho con nueve. Ni muy mal ni muy bien.

—Bébetelo el agua, tío. —Clay le puso el vaso en la mano.

—Tómalo esto. —Ruth sacudió el frasco para que salieran dos pastillas de paracetamol, mientras G. H. y Rose salpicaban el pastel con confeti de azúcar en un bonito dueto.

Archie obedeció. Se puso un poco de líquido en la boca y después introdujo las pastillas. Tragó, intentando distinguir si tenía la garganta irritada. Él quería ver la tele o volver a su casa o abismarse en su móvil, pero como nada de ello era posible se quedó sentado sin hablar.

—Voy a ayudar a Amanda. —Ruth se alegraba de tener un problema que resolver, o intentar resolver—. Tú descansa.

Amanda llevó la ropa de cama sucia al baño principal, cuya bañera encontró llena con el agua destinada a salvarles la vida, y lavó el vómito (acuoso, por suerte) en la ducha, revestida de azulejos. La escurrió con todas sus fuerzas, retorciendo el algodón hasta que tuvo miedo de que se rompiera. Estaba enfadada, y a ese sentimiento le convenía una actividad así. Se secó las manos y entró en el dormitorio. Con qué rapidez se expandían y dilataban los seres

humanos: una maraña de ropa interior sucia, servilletas de papel usadas, una revista, un vaso de agua... Pequeñas señales de que existían y perduraban. Los árboles dejan huellas de sus vidas en anillos invisibles; la gente, en los desperdicios que siembran por todas partes como una manera de reiterar su propia importancia. Empezó a ordenar la habitación.

—Toc, toc. —Ruth lo dijo como un personaje de serie de televisión cuando apareció por el pasillo y entró con el cesto de la ropa sucia apoyado en la cadera—. No te quiero interrumpir, pero ya había pensado en poner una lavadora.

Por alguna razón, Amanda hizo una especie de reverencia. Bueno, el cuarto era de Ruth, en definitiva.

—Lo siento. Las sábanas de Archie ya las puedo lavar yo.

—Pues no lo sientas. Ponlas aquí dentro. Yo lo veo bien. Tiene fiebre. Treinta y ocho con nueve.

—¿Treinta y ocho con nueve?

—Parece mucho, pero ya sabes que a los niños les sube enseguida. Claro, como tienen el sistema inmunitario recién salido de fábrica y les hace horas extra... Le he dado paracetamol.

—Gracias.

—Tu ropa también puedes ponerla aquí dentro. Más que nada para aprovechar que aún hay corriente...

Aunque fuera algo muy privado, Ruth era previsora. Así se ahorrarían tener que ir a la lavandería automática cuando llegaran a casa. Amanda no sabía que la lavandería estaba cerrada. No sabía que el chino que la regentaba estaba dentro del ascensor que trasladaba a los pasajeros entre los tornos y el andén en la parada de la línea R de Brooklyn Heights ni que llevaba horas sin moverse ni que sería ése el lugar donde iba a morir, aunque para eso aún faltaban muchas horas.

—Bien pensado, gracias.

Se miraron como si fueran a batirse en duelo. Tal vez fuera inevitable. A Ruth le daba lástima aquella mujer. Sabía lo que se pedía de ella y lo odiaba. Tenía que ser buena persona a base de fingir. Pero ¿y Maya y los niños?

—Os podéis quedar si queréis.

La casita como un bote salvavidas. La ignorancia como una especie de conocimiento. A Amanda no la seducía. Una eternidad

(como si pudiera darse por sentada, como algo seguro e inevitable) en compañía de esa gente. En parte aún se estaba preguntando si no se trataba de un engaño o una alucinación. Era una tortura, un allanamiento de morada sin violación ni armas de fuego. Aun así, lo más parecido que tenía a un aliado era esa mujer. Negó con la cabeza.

—Archie necesita ir al médico.

«¿Y si lo necesitamos todos? ¿Y si lo llevamos dentro? ¿Y si está empezando algo o todo está acabando?» Era una inferencia implícita e ineludible. Siempre se afirmaba que el Amazonas es el pulmón del planeta. En Venecia el agua llegaba a la cintura y lamía los mármoles entre sonrisas de turistas que tomaban fotos. Era como una especie de acuerdo tácito, como si todo el mundo se hubiera resignado al general desmoronamiento de las cosas. Sin más preguntas. La idea de que el mundo va mal es un tópico maravillosamente consabido porque el mundo, en realidad, va peor de lo que pensamos. Ruth no era una apocalíptica, pero sí sentía que una enfermedad se propagaba por su cuerpo. Estaba en todas partes, inexorable.

—Ahora no puedo pensar en lo que no sabemos. He de centrarme en esto. Archie debe ir al médico. Lo llevaré por la mañana.

—Pero tienes miedo. Yo también tengo miedo.

—Con miedo no vamos a ninguna parte. Aquí no me puedo quedar. No me puedo esconder. Soy su madre. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

Ruth se sentó en el borde de la cama. Ella al pueblo o más lejos, a Northampton, no podía ir. Sólo tenía ganas de quedarse en la cama.

—Supongo que tienes razón.

—Dime algo positivo, algo que me ayude. —Amanda buscaba amistad o humanidad o consuelo o alivio.

Ruth cruzó las piernas y levantó la vista hacia ella.

—No sé hacerlo, lo de aliviar.

La decepción de Amanda fue inmediata.

—Puede que sea yo quien lo necesita, el alivio. —Estaba impaciente por lavar la ropa: el olor neutro del jabón y el fragor del agua—. Y por eso no lo puedo ofrecer. De todos modos, quedaos.

Creo que es lo que debéis hacer. Veo lógica esa decisión, aunque no te ayude mucho. No te puedo decir palabras sabias o misericordiosas.

—Ya, ya sé que no puedes.

—Al menos tienes a tus hijos contigo. Yo no sé qué le está pasando a mi hija. Y a mis nietos tampoco. No sabemos nada del mundo. La realidad es así.

Amanda sabía que siempre había sido así, pero no podía evitar el deseo de que fuera distinta. La ropa le olía a la vomitona de su hijo y el aire olía al pastel de su hija.

—Vamos a comer algo. Voy a ducharme y cuando acabe tendríamos que comer. Creo que nos irá bien. —No, no era exactamente eso—. No se me ocurre nada más que hacer.

Casi tenía algo de festivo, de última copa antes de la guerra. Desde cierto punto de vista era plácido, apetecible, veraniego. La Ruth emprendedora había sacado una lata de sopa de pollo, de la que Archie se tomó unas cucharadas a regañadientes. Amanda lo arrojó en la cama con sábanas limpias. A la Rose emprendedora le vino algo a la memoria: un año antes se había descargado una película en el portátil de su madre. No es que le interesara mucho, pero era mejor que nada. Amanda la mandó a la cama con un trozo de pastel y el ordenador, casi antediluviano. Los cuatro adultos disfrutaron de una velada adulta o de la franqueza que no se podían permitir estando al alcance de oídos párvulos. G. H. hojeó un *The Economist* viejo. Ruth llenó cuencos de porcelana con zanahorias enanas y humus. Amanda iba sorbiendo vino. Clay estaba en la cocina preparando pasta con salchichas.

Había dejado de llover y la terraza estaba seca bajo la ancha cornisa. Aun así cenarían dentro, pero no por miedo a los mosquitos, que agonizaban en las postrimerías de la temporada: la amenaza era el bosque. La luna creciente asomaba orgullosa su amarillo claro entre jirones de nubes. No hubo réplicas del ruido (o sí, pero en sus cabezas). Quizá habían oído el cielo quebrándose como en el cuento de Henny Penny, el pollito exagerado. Parecía algo igual de probable que cualquier otra inverosimilitud. Nadie sabía lo que les estaba pasando; de ahí, tal vez, la extraña alegría del rito, salvo que fuera histeria colectiva o cosa del chardonnay, frío y con ese color a sidra.

Se notaba ensayado o familiar, como en Acción de Gracias: pasarse fuentes de comida, recargar las copas, hablar de todo un poco... ¿A alguien le apetecía escuchar anécdotas de George? El cliente al que le birlaron una fortuna cuando se reveló que un Basquiat era falso, el hombre que puso cientos de miles de dólares a

nombre de su hijo de siete meses para esquivar un acuerdo prenupcial, el que perdió tres millones en Macao, el que necesitaba dinero en efectivo para pagar a un jugador de los New York Yankees por presentarse en el bar mitzvá de su hijo... Eran anécdotas sobre dinero, no sobre personas; un dinero sobrecogedor, irracional, casi omnipotente. A George le parecía que el dinero podía explicar lo que les estaba pasando, y que el tiempo diría si sería el dinero la salvación. Si esas personas se marchaban el día siguiente, tendría que recordar los mil dólares prometidos por las molestias, aunque no estaba seguro de que fueran a largarse.

¿Postre? ¡Por qué no! Se respiraba un aire de irreversibilidad, al menos para Clay. La ropa, ya limpia, daba vueltas en el calor de la secadora de cuatro mil dólares. Clay pensó que a Archie se le pasaría la fiebre. Pensó que le pediría indicaciones a G. H., un boceto a lápiz, para llegar sanos y salvos. Pensó que la mañana los sorprendería por su belleza y regresarían a casa.

Cortaron en porciones el pastel de Rose. Ruth puso helado encima de la mesa, en tarrinas de cartón de medio litro. En la cocina, bien equipada, había dos cucharas para helado de acero inoxidable. Había suficientes platos para llenar el lavavajillas.

Fue Amanda quien lo dijo.

—Bueno, aún hay corriente.

El flujo eléctrico era uno de esos fenómenos en los que dejabas de fijarte, esos que no ves, pero te confortan, como Dios según se mire. En el cuarto de baño de los niños, la bañera iba perdiendo agua muy despacio, aunque eso Amanda no lo sabía.

La conversación derivó hacia el tema de los viajes.

—Seguro que habéis tenido vacaciones más gratas que éstas —dijo G. H. sardónico.

Amanda pensó en los sitios donde de noche nunca oscurecía: Helsinki, San Petersburgo, esos pueblos de Alaska contruidos para hombres que cobran por hacerle perrerías a la tierra... Tenía miedo de que volviera el ruido, que en la oscuridad habría sido inconcebible. Ya no sabían nada.

—¿Disney? —Se rió. En su momento le había parecido odioso, pero guardaba un recuerdo entrañable.

—Entonces Archie también vomitó —dijo Clay.

Era como se lo quería plantear: en vacaciones era natural que los

niños capitulasen ante los virus. ¡Archie siempre con sus vómitos! ¡Para ya, Archie! Resultaba menos desapacible que pensar en una enfermedad seria.

Ruth habló de París. Maya y ella merendaron en el George V, se probaron zapatos en las Galerías Lafayette y montaron en el tiovivo de las Tullerías, aunque Maya, a sus trece años, ya no lo consideraba algo propio de su avanzada edad.

—La ciudad es tan maravillosa como cuentan.

—Deberíamos ir para las vacaciones de invierno. París es tan bonito que ni siquiera te importa el frío. —Clay ya se imaginaba a sus hijos en lo alto de la Torre Eiffel echando vaho por la boca mientras contemplaban el mundo a sus pies. Se acordó de haber visto imágenes de París inundada. ¿Cuándo era? El Louvre había trasladado treinta y cinco mil obras de arte para evitar que las destruyera el Sena—. Veremos *La dama y el unicornio*.

—Suena caro.

A Amanda le daban miedo las promesas sin fundamento. ¿Y si se trataba de una guerra, tan vasta como para que sus redes se extendieran al conjunto del planeta convirtiendo las fronteras en murallas de castillo? Ignoraba que era aún peor y que la guerra no lograba describirlo. Los aviones habían salido de Rome, en Nueva York, con órdenes de ir al encuentro de otro procedente del oeste de África. Mala información de la presunta inteligencia: acabaron matando a cuatrocientas personas antes de que se acercaran lo suficiente a nuestras fronteras para tener que rellenar los impresos de inmigración. Antes las cosas iban más despacio. Ya no hacía falta que un chalado pegara un tiro a un archiduque; la cotidianidad era un estropicio de extravagancias casi simultáneas.

Las tarrinas de cartón se vaciaron. Todos admiraron el pastel con ingredientes sacados de una caja. El chocolate se iba endureciendo sobre los platos. Cuando oscureciera de verdad, los seres alados de la noche empezarían a chocar con suavidad contra el cristal y se encenderían las luces exteriores iluminando las ramas de arriba. Se produjo un silencio, uno de esos intervalos naturales que se dan a veces en los restaurantes o las fiestas cuando se relaja la conversación y los presentes se inclinan como por el esfuerzo de prestar oídos a algo casi imperceptible. En la nevera no quedaban huevos, pero tal vez por la mañana pudieran desayunar cereales.

Decidieron, sin debate previo, limitarse a sentirse satisfechos allí sentados. G.H. daba vueltas a su vaso entre las manos. A Clay lo crispaban esas ansias delirantes de fumarse un cigarrillo, de una fuerza que lo acojonaba un poco. No tenía más remedio que aceptar su debilidad. Ruth miró hacia la ventana y lo que más vio fue su propio reflejo. Amanda fue a buscar la botella de vodka que había comprado el día que llegaron.

G.H. cortó un limón en rodajas redondas y amarillas henchidas de sabor.

Amanda apuró la primera copa, escarbó entre los cubitos y se aplicó el cítrico a la lengua como hacen los católicos con el cuerpo de Cristo. Se transustanciaba en algo nuevo. Estaba borracha. Se le notaba en el volumen de la voz.

—Me voy a tomar otra. —Era más un mandato que un informe.
Se la sirvió G.H.

—Con mucho gusto.

Clay olía al cigarrillo que acababa de disfrutar en el exterior, aunque el gozo fuera mínimo. Grillos conspirando. La posibilidad de algo fuera. Abrigó la esperanza de ver faros y quizá un avión cruzando el cielo. Había estudios sobre la locura causada por el aislamiento. Clay echaba en falta la presencia de otros seres humanos. Se hacía el valiente porque, como varón, era lo que le tocaba.

—George, ¿nos dibujarás un mapa? Mañana, digo. Ya nos indicarás tú el camino porque está claro que yo no soy de fiar.

—Iré al pueblo en coche. Podéis seguirme.

Ruth no dijo nada.

Amanda temía que se le trabara la lengua y pareciese aún más beoda de lo que ya estaba. Era una mujer que lo tenía todo controlado.

—¿Y volverás... aquí?

—Sí, sí que volveremos. —Ruth iría con él. No pensaba quedarse sola. Quería que se fueran y que se quedaran. Por mucho que aspirase a la indiferencia, no lograba obtenerla. No quería sentirse culpable.

—Ojalá supiera ir de memoria hasta Northampton. —G.H. se mostraba reservado—. Queda alejado. A ver si hay suerte con los móviles y... —No se molestó en terminar la frase.

—Tenemos que ocuparnos de Archie...

El titubeo de Amanda dijo lo que había que decir. Archie estaba enfermo. Lo importante no era la causa, sino cómo lo solucionaban. Tantos años de nervios por el autoinyector de epinefrina ese tan caro, siempre cerca del niño como el presidente y los códigos nucleares, y la perdición de Archie acababa siendo un ruido. Tener hijos era no saber nunca qué les haría daño, sólo que algo, inevitablemente, se lo haría.

—Antes de que os marchéis os devolveré el dinero.

G. H. era una persona justa (y un trato es un trato). Él también se había puesto a tomar vodka. Los cuatro tenían en común la búsqueda temporal de la paz que proporciona el olvido, y casi funcionó; G. H. casi olvidó por qué estaban allí juntos.

—Tranquilo, que a mí seguro que no se me olvida. —Clay había intentado hacer un chiste.

Quizá necesitasen el dinero para los gastos médicos. Quizá lo necesitasen para sustituir una nevera llena de comida podrida. Quizá a su editora de *The New York Times Book Review* le entusiasmara su reseña hasta el punto de ofrecerle un contrato. Todo era posible. Todo. Tocó la mano de su mujer en señal de que le parecía que estaban tomando la decisión correcta.

—No nos va a pasar nada. —Amanda no se lo decía sólo a él. Estaba lo bastante borracha como para que no le importara que esos sujetos estuviesen implicados. Se habían convertido en familia o algo así.

—Si es vuestra última noche de vacaciones, deberíais disfrutarla. —Ruth amontonó los platos sucios sin comentar que disfrutaba reinstaurando el orden. Se habían convertido en sus amigos, en sus invitados, y ella, en la anfitriona. Sólo tenía que recoger la mesa.

—Por el placer. Por disfrutar de las vacaciones. Bueno, supongo que por disfrutar de todos los momentos de la vida. Gozar de un momento es un triunfo. Yo creo que es a lo que hay que agarrarse. —G. H. levantó el vaso. Era un gesto sincero.

—No, no, si yo ya pienso disfrutar.

Amanda se sentía a la defensiva. Era como decir: me estoy divirtiendo, soy una tía divertida. Los optimistas creen poder cambiar el mundo. Piensan que mirando el lado bueno haces que deje de existir el menos bueno.

—Es una invitación, no una orden.

G. H. estaba a gusto. No veía la hora de consultar los mercados ni de enterarse de quién se había hecho rico porque en momentos así siempre hay alguien bastante audaz o con bastante suerte para enriquecerse. Esperó que por la noche hiciera frío. Tenía ganas de estar fuera, tiritando, y luego meterse en el yacuzzi y mirar las ramas negras de los árboles.

Amanda volvió a llenarse el vaso. Le apetecía más helado, paladear aquella fastuosa dulzura. Helado no quedaba, pero donuts sí, y también un paquete de galletas. Tenía donde elegir. Ya sabía que antes de que se acostaran haría una incursión furtiva en la cocina para arrasar con lo que hubiera, llenarse las palmas de galletitas saladas Goldfish y queso americano blando y meter el dedo en el humus. Cuando se levantó, la sala osciló un poco. La mesa en que apoyaba las puntas de los dedos le devolvió el equilibrio.

—Me parece que me voy a tomar otra. —Ruth cerró la puerta del lavavajillas satisfecha.

—Yo tendría que doblar la ropa limpia. Igual empiezo a hacer las maletas... —Amanda se levantó.

—Ya te ayudo si quieres. A doblar. Podemos doblar y luego hacemos las maletas. Paso a paso.

—Creo que es mejor que nos vayamos preparando —dijo.

—Luego si queréis nos tomamos la última. —A Clay le pareció de buena educación. Podía ser su última noche juntos. Parecía que llevaran varias semanas allí reunidos, pero sólo hacía un día.

En el dormitorio trabajaron en silencio. La ropa, todavía caliente, fue organizada en montones bien hechos y depositada al fondo de la bolsa con ruedas.

—Tengo que acordarme de salir a recoger todas las chanclas.

—Bueno, vamos a ser prudentes.

—Estoy haciendo las maletas. Aquí ya no vamos a volver. Nos marchamos a casa.

Clay entendía su insistencia. Si lo pensaban se haría realidad. Sacó unos calzoncillos limpios de la cómoda y los dejó encima de la cama.

—¡Qué día más raro! Necesito realidad.

Amanda se sentó en la cama.

—Más que un día, parece una semana.

—¿Seremos adictos al móvil? ¿Tenemos una adicción de verdad? Porque no me encuentro bien. —Clay estaba cargando el suyo para asegurarse de que estuviera a punto cuando volviera a haber cobertura.

Amanda estaba preocupada.

—¿Y si nos hemos puesto enfermos por el ruido?

—Podría ser.

¿Y si a Clay se le caía el pelo, como a los pacientes de quimioterapia que salían por la tele? ¿Y si se le ponían las uñas gomosas y al pelarse destapaban la parte más blanda del cuerpo? ¿Y si se le ahuecaban y debilitaban los huesos? ¿Y si se le envenenaba la sangre? ¿Y si en el espacio de detrás de sus globos oculares acechaban tumores que crecían despacio, como cuando los pulmones de Amanda habían llenado la colchoneta inflable de la piscina? Un soplo, otro soplo... hasta convertirlo en una pelota de *softball* que le presionaba la órbita.

—Y esta gente...

Amanda lo dijo en voz baja. Los estaba traicionando. Ella odiaba a George Washington (qué manera más rara de llamarse), y a Ruth también. Los culpaba de haber llevado el mundo a la casa. Lo que ella quería era tener el cinturón bien abrochado y dar un apretón inconsciente con la mano izquierda al brazo derecho de Clay, apoyado en el cambio de marchas. Quería alejarse de ese sitio y de esa gente.

El miedo era algo íntimo, primario, algo que guardabas porque ésa te parecía la manera de desactivarlo. ¿Cómo podían seguir queriéndose si ya se habían dado cuenta de que no podían salvarse el uno al otro? Nadie podía frenar por sí solo ni a un terrorista decidido ni el cambio gradual del pH de los mares. Si el mundo no tenía salvación y ni Clay ni Amanda podían remediarlo, ¿qué sentido tenía discutir?

Dicho de otra manera, ¿por qué no bailar si se acababa el mundo? ¿Por qué no dormir si al final saldría el sol? Si el final era inevitable, ¿por qué no beber, comer y disfrutar del momento más allá de lo que éste contuviera?

—¿Sabes qué me apetece? —Clay, sonriente y empalmado, se quitó la camisa por la cabeza y se la tiró a Amanda para que la

echase al montón de ropa sucia.

Quizá Amanda fuera una ansiosa. A veces el sexo es un recurso para cuando no se te ocurre nada más. Clay tenía la capacidad de hacer que se sintiera mejor, no psíquica, sino físicamente. Amanda se dejó alejar de sí misma. En el cuerpo estaba lejos de la mente. Se abrió, aunque quizá ayudara el vodka. No sólo se prestó, lo deseaba. Se desprendió de la ropa interior húmeda y se acostó en el edredón, muy blanco. La ropa que estaba preparando para la maleta cayó al suelo de madera.

La camisa de Clay guardaba el recuerdo del sudor repentino, su reacción de miedo al ruido. Amanda hundió la nariz en su axila y cerró los ojos. Su muslo, al recorrerlo por la parte interna, le supo a sal. Los ruidos que hacían eran casi gritos. No parecía que tuviera importancia. Nada la tenía. Amanda dejaba que brotasen de un punto en lo más hondo de su pecho, como se imaginaba que hacían los cantantes de ópera. Palmadas de carne contra carne. Pelo lacado con saliva a la piel. La ocasión de olvidar.

Pensó en lo mejor de lo peor. En eso consistían las fantasías sexuales. ¡Una polla, dos pollas, tres pollas, cuatro pollas! Pensó en G. H. mirándola lascivamente en el umbral antes de entrar en la habitación para dar consejos, alentar a Clay mientras follaba y... follarla él, naturalmente, ¿por qué no? Follar, follar, olvidar. Tuvo un orgasmo. Otro. Con lo que le quedó sobre la barriga se habría podido llenar un vasito de licor. Era propio de un hombre más joven. Bastaba para concebir a un bebé. Hacía falta tan poco, para eso... Podían hacer dos, tres, diez, un ejército entero, versiones alternativas de los hijos que ya habían tenido, rosadas, limpias, saludables y fuertes, un nuevo orden mundial considerando lo descompuesto que estaba el antiguo. Se incorporó apoyándose en los codos y se le deslizó todo hacia abajo como un caracol a lo largo de un junco hasta derramarse en el bonito edredón blanco.

Clay se había quedado sin aliento. Follarla así era como inflar cincuenta flotadores. A veces se imaginaba que le salía un tumor negro y horrendo en los pulmones, pero bueno, sin riesgo no se puede vivir. Se puso boca abajo y luego se volvió de espaldas. El sudor le refrescó la piel, que era lo que pretendía.

—Te quiero.

Después de tanta exhalación y exhortación, le salió la voz ronca. No se amedrentaba por lo que acababan de hacer. Se sentía rehecho. Pensó en Ruth y se prometió escuchar *El lago de los cisnes* cuando volvieran a casa. Por otra parte, era verdad que quería a Amanda. La quería. Él amaba. Mientras hubiera amor lo soportabas todo.

No parecía muy sincero responder a una declaración de amor con otra. El eco era un simple truco de la física. Amanda se sentía libre.

—Me inquieta Archie.

Quizá nunca hubieran disfrutado tanto del sexo, aunque, claro, el placer se olvida muy pronto, igual que ocurre con el dolor...

—Ya se pondrá bien. Cuando llegemos a casa vamos a ver al doctor Wilcox.

Amanda, preocupada, puso el dedo en la mancha del edredón.

—¿Qué más da? —Clay se impregnó el dedo con su propio semen, como si mojara de tinta una pluma, y escribió letras fantasmales en la barriga de ella.

Amanda también quitaría esa ropa de cama y la dejaría en el suelo del cuarto de la lavadora.

—Cuando regresemos podríamos hacer algo especial. Aún estamos de vacaciones. Podríamos ir a Hoboken y buscar un hotel con piscina en la azotea. Seguro que saldría barato.

—Yo de camino quiero parar en un restaurante de carretera. —A Clay le entró hambre al momento—. Uno de éstos de toda la vida, con cromados, gramolas, picadillo de carne con patatas...

En el fondo, lo único que quería todo el mundo era comida y un techo.

—Vacaciones en casa. Ir al cine y al Met. Cenar en un restaurante chino con las teteras esas de plata y las rodajas de naranja que te traen con la cuenta.

La vida que tenían era perfecta.

Clay se imaginó la ciudad a finales del verano: el aire temblando de calor, el goteo de los compresores desde las ventanas, el coro de los camiones de helado, el aire acondicionado que se filtraba desde las oficinas hasta las aceras húmedas por donde vagaban los turistas, obesos y pasmados... Él no necesitaría más. Estaban muy bien las encimeras de mármol y esa piscina tan perfecta y los interruptores táctiles, pero no había como estar en casa, ya lo decían.

—Rose estará bien, supongo, ¿no? —Un momento de rendición más breve que el orgasmo.

Clay empezó a contestar maquinalmente que sí, que estaba todo bien, pero no se lo creía; además, lo que se cree carece de cualquier relevancia ante los hechos objetivos.

—Yo la he visto bien. ¿Por qué, te ha llamado algo la atención?

—No. —Amanda tragó saliva palpándose el cuello. ¿Y a ella le pasaba algo?—. ¿Tú te encuentras bien?

—Normal, como siempre. —Clay nunca había sido un hombre especialmente observador.

Amanda se levantó y se limpió la barriga con uno de los calzoncillos doblados de él. Sus brazos, sus piernas, su cintura... en todo se notaban sus cuarenta y tres años. Ese bamboleo, esa suave ondulación de la carne sobrante, esa elasticidad sutil, por muy agradable que pudiera ser para la mano, por muy suave que pudiera resultar al tacto... En según qué días, por supuesto, encorvaba los hombros, queriendo no ser vista. En general era el tipo de mujer interesada en pasar desapercibida. Su manera de llevar el pelo, el tipo de ropa que vestía... Era una más y no le daba vergüenza serlo, pero había momentos (como ése) en que se sentía única y perfecta. Quizá tan sólo fueran las reverberaciones apenas perceptibles del orgasmo. Era algo bello, digno de ser contemplado: sucia, sudorosa, desmadejada, pero también tersa, madura y deseada. Los seres humanos eran monstruos, pero también creaciones perfectas. Se sentía sexy (así lo llaman), pero en realidad era sólo la satisfacción del animal por ser un animal. De haber sido un ciervo, habría saltado por encima de una rama. De haber sido un pájaro, se habría elevado hacia el cielo. De haber sido un gato, se habría acicalado con la lengua. Como era una mujer, se desperezó y trasladó el peso del cuerpo de un pie al otro, como una estatua de la Antigüedad.

—Vamos a fumar. —Clay, adolescente, se enorgullecía de su rendimiento, como si acabara de hacer un lanzamiento de peso o meter una canasta.

Como Amanda le había ensuciado los calzoncillos, fue a la puerta desnudo. No tenía ninguna elegancia; su polla trastocaba la simetría, como un insulto a la belleza.

—Vístete.

—¿Qué tiene de malo sentarse fuera desnudo, de noche, y fumar?

—Hombre... Por Ruth y G. H.

—¿Y qué más da?

La puerta la abrió Clay, pero quien se fijó fue Amanda: una interrupción en el cristal, una grieta que era algo más que un defecto. Era fina pero profunda, de varios centímetros de longitud: un tajo, un roto.

—Mira.

Clay examinó el cristal y dio la mano a Amanda, que bajó la voz para que no la oyeran.

—Antes no estaba.

—¿Estás segura? —masculló con el cigarrillo entre los labios.

Amanda siguió la grieta con el dedo. Era por el ruido. Un ruido lo bastante agudo para rajar un cristal. El ruido como algo tangible. Tuvo un escalofrío debido a la temperatura, pero también al recuerdo. Cerró la puerta y se quedó desnuda en el aire fresco, sin ropa que la protegiese, como un desafío a la noche y a cualquier trance que pudiese estar agazapado allí fuera.

Todavía desnudo, neandertal, básico, Clay fue a preparar un par de copas. Ya terminarían más tarde de hacer las maletas. Las acabarían por la mañana. No, ni las harían: irían directamente a Target a comprar cepillos de dientes nuevos y bañadores y libros y protector solar y pijamas y auriculares de botón y calcetines. O no. No necesitaban cosas. Los objetos no los mantendrían a salvo de cortes de luz ni de estruendos repentinos tan fuertes como para rajar cristales ni de ningún otro fenómeno inexplicable. Eran superfluos; los objetos no importaban.

Amanda levantó la pesada tapa del jacuzzi. La estaba esperando el vapor, que se disipó en la oscuridad. Con la luz en los árboles, la vista era más satisfactoria. Podías tener la sensación de que eran tuyos, aunque nadie podrá pretender nunca que le pertenece un árbol. No veía. Apretó la zona donde sabía que estaban los botones y no levantó la mano hasta que la máquina se despertó con un zumbido. Soltaba burbujas como el caldero de las brujas de *Macbeth*. Ojalá lo fuera porque Amanda habría negociado por la buena salud de su pobre y enfebrecido hijo; la de los dos, por supuesto, a pesar de que ella no tenía nada que ofrecer a una bruja salvo el mismo deseo que cualquier persona viva. Comprendió que lo que tenía que hacer era levantarse, ponerse una bata, entrar de puntillas en el cuarto a oscuras y calibrar la temperatura de Archie con la mano.

Era G.H., en respuesta a la desafiante desnudez de Amanda. Llevaba su traje de baño, ajustado y conservador, de ésos que se ponían en Nantucket los bisnietos blancos de bisabuelos con el mismo nombre que ellos. En su sonrisa no se leía nada impúdico, como si llegara exactamente con esa expectativa: encontrar en su terraza, desnuda y evidentemente poscoital, a esa mujer a la que

apenas conocía.

—Veo que hemos tenido los dos la misma idea.

Habría sido hipócrita aparentar vergüenza. De eso Amanda se había liberado y ni se sonrojó.

—Supongo que al final se ha arreglado la noche.

G. H. señaló el yacuzzi.

—Tú primero, por favor. Si no te molesta la compañía. —Ya no se extrañaba por nada—. Hemos tenido la misma idea. Ruth no ha querido venir, pero me alegro de no estar solo aquí fuera. —Era lo más cerca que podía llegar a una admisión del miedo.

El agua estaba muy caliente, pero las burbujas que se movían frenéticas de un lado al otro estaban frías, y al reventarse en la piel de Amanda eran como un alivio entrecortado. G. H. se sentó enfrente de ella, a una distancia decorosa. De todos modos, ¿qué importancia tenía? Podía ser su hija. No los unía nada: dos desconocidos desnudos.

—En la puerta hay una grieta. —Amanda la señaló—. Acabo de reparar en ella. Yo creo que ha sido...

G. H. ya había investigado por su cuenta.

—En la puerta de abajo también. ¿Sabes cómo se llaman? Grietas capilares. Es bonita la expresión. Tiene forma de i griega. Creo que si me pusiera a empujar de verdad se rompería. —No pensaba empujar el cristal ni romperlo. Lo necesitaba, por muy engañosa que fuera la seguridad que le proporcionaba.

—¿Tú crees que ha sido por...?

Dejó que contestara su expresión. ¿Por qué se empeñaban en seguir con ese debate?

—Siempre me he considerado un hombre racional que ha contemplado el mundo tal como es, pero nunca había visto nada como esto y ahora me pregunto si lo que siempre había pensado de mí mismo era una ilusión.

No había ninguna hostilidad en el silencio de G. H. y Amanda. Ya habían dicho cuanto se podía decir. Era como cuando se rompe una pareja sin ninguna acritud. Sólo tenían que esperar a que saliera el sol para que terminara todo, con alivio y pesar. Dentro, encima de la cama, Ruth pensaba en su hija. Archie dormía sin soñar y Rose soñando mientras Clay llenaba vasos de cubitos sin pensar en nada.

—Sólo quiero que vaya todo bien.

G. H. miró las estrellas. Allá la noche era bastante negra para que pudieran verse de verdad. A él no le despertaban nada en especial. Le gustaba estar en el campo, pero no porque le reportase ningún beneficio espiritual. ¿Le hacían sentirse pequeño las estrellas? No. Él ya sabía que era pequeño. Era como se había hecho rico. Dijo el nombre de Amanda, nada más que el nombre.

—Al principio no os creía, pero me equivoqué. Pasa algo, algo malo. —Amanda no podía soportarlo.

—Hay que ver lo ruidoso que es el silencio. Fue una de las cosas que me llamaron primero la atención cuando empezamos a pasar aquí las noches. Me costaba dormir. En casa no oímos nada. Es un piso muy alto. Alguna sirena, a veces, pero hasta eso se lo lleva el viento. —Desde su apartamento, el mundo parecía como una película muda.

—Aún tenemos electricidad. —Amanda veía el vapor como un velo sobre la oscuridad.

—Antes os he dicho que con información todo es posible. Mi fortuna, dentro de lo modesta que es, se la debo a la información. —G. H. se quedó callado. El agua burbujeaba—. ¿Sabes que lo vi? Antes de que se apagaran las luces. Miré el mercado y me di cuenta de que pasaba algo.

—¿Cómo puede ser?

Sonaba espiritual, no financiero.

Clay abrió la puerta.

—¿Estáis bien?

G. H. lo saludó con la mano.

—Aquí, charlando.

Clay se acercó al yacuzzi como si no tuviera nada de raro presentarse desnudo ni encontrar desnuda a su mujer con un desconocido. Fingiría.

—Con el tiempo aprendes a interpretar la curva. Si le dedicas tanto tiempo como yo, al final lo entiendes. Te explica el futuro. Si se mantiene estable, promete armonía; si sube o baja un poco, sabes que algo quiere decir. Entonces lo estudias con más atención para intentar entender exactamente lo que significa. Si se te da bien, te haces rico; si no, lo pierdes todo.

—¿Y a ti se te da bien? —Amanda aceptó el vaso que le ofrecía

su marido.

Clay hizo demasiado ruido al meterse en el agua.

—¿De qué habláis?

—De la información. —G. H. lo dijo como si fuera sencillo.

—Dice que él ya sabía que iba a pasar algo... —explicó Amanda, que se lo creía. Necesitaba creer en algo.

—Ya... ¿Y qué viste? ¿Qué ha pasado, por cierto? Se fue la luz. Amanda recibió unas notificaciones de *The New York Times* y después oímos un ruido muy fuerte. —Al oírse enumerando los hechos, Clay se dio cuenta de que no hacía falta más.

—¿Viste el fin del mundo? —¿Eso podían predecirlo los números? ¿En serio? En la mano de Amanda, el vaso era frío y perfecto.

—No es el fin del mundo —afirmó G. H.—. Es un incidente del mercado.

—Pero ¿qué dices? —Clay pensó que hablaba como esos que van por el distrito financiero con una pancarta, algo muy típico de Wall Street, de la calle propiamente dicha, que estaba cerrada con bolardos a prueba de coches bomba.

—Yo creo que sé mucho. —G. H. lo dijo como disculpándose—. Pero igual no se puede saber todo.

El vapor le empañaba las gafas. No podía ver ni ser visto. Cada día era una apuesta.

—A lo mejor no pasa nada —dijo Clay.

Se estaban dejando llevar. Estaban diciendo cosas que no deberían haber dicho.

—Eso espero, por nuestro bien. —A G. H. no le gustaba no tener nada más que la esperanza. Era algo que le molestaba de Obama: esa promesa vaga, casi religiosa. Él prefería un plan.

Se oyó un fuerte chapoteo más abajo.

Amanda se asustó enseguida. Incorporándose en el centro del jacuzzi, se giró hacia el jardín que tenían detrás.

—¿Qué ha sido eso?

G. H. sacó la mano del jacuzzi para silenciar los chorros. La máquina respondió enseguida, cambiando su runrún de lavadora por un zumbido grave. Por alguna razón, el silencio hacía que todo pareciera más oscuro. Se oyó un chapoteo en la piscina, un chapoteo indudable, intencionado. A pocos metros de distancia,

aunque no se veía.

Era uno de los niños, sonámbulo y a punto de ahogarse. Era alguien que los vigilaba desde el bosque y que acudía a matarlos. Era un zombi, un animal, un monstruo, un fantasma, un extraterrestre.

—¿Qué ha sido...?

G. H. la hizo callar. Aún era capaz de tener miedo.

—¿Qué es? —Amanda no susurraba. Lo suyo era pánico—. Igual es un ciervo.

Se acordó de la cerca. ¿Qué ruido haría un ciervo en apuros? ¿Cómo sonarían las lágrimas de un ciervo?

—Una rana. —A Clay le parecía obvio—. Una ardilla. Nadan.

G. H. se levantó a pulso del jacuzzi para ir hacia la casa, donde había un interruptor que alumbraba la piscina por dentro. Era un buen toque de distinción para las fiestas: la metafísica de la luz filtrada por el agua bailando en las copas de los árboles. Ambos vieron, abajo, en la piscina, un flamenco, rosado y absurdo, que chapoteaba con elegancia y batía sus alas agitadamente en la superficie de la piscina.

—Es un flamenco. —Aunque fuera obvio, Amanda lo dijo. Un ave rosa era un flamenco. Era tan característico (la coma del pico, el signo de *forte* en su ilógico cuello) que hasta un párvulo lo habría reconocido—. ¿Es un flamenco?

—Es un flamenco. —G. H. se desempañó las gafas con las yemas de los dedos. No sabían qué pasaba en el mundo, pero eso lo sabían.

El flamenco siguió batiendo las alas. Cuando se les acostumbró la vista, vieron otro. No, dos. No, tres. No, cuatro. No, cinco. No, seis. Se paseaban por el césped con sus andares como en marcha atrás, ondulantes, fibrosos. Dos de ellos alzaron el vuelo a la manera de las aves, como en un ballet, pasaron por encima de la cerca y se posaron en el agua. Luego metieron la cabeza por debajo de la superficie. ¿Qué pensaban, que había comida dentro? Sus ojos tenían una inteligencia desconcertante. Sus alas eran más anchas de lo que cabía pensar. En descanso las apretaban mucho contra el saco del cuerpo, pero desplegadas... desplegadas eran majestuosas. Parecía mentira que fueran tan hermosos. La lógica se disipó.

—¿Por qué...?

El motivo no importaba. ¿Y el cómo, importaba? ¿Y el «esto es

real» o cualquier otra pregunta? Amanda advirtió que George Washington también veía las aves, pero estaba documentado que las alucinaciones podían ser compartidas. Salió del yacuzzi reblandecida por el calor. Estaba tan desnuda como el día en que su madre la trajo al mundo. Observó a los flamencos retozar alegremente en la piscina frente a sus congéneres posados en la hierba de detrás.

—Decidme que también lo veis.

George asintió. No conocía de nada a esa mujer, pero a su propio cerebro y a sus propios ojos sí los conocía.

—Yo lo veo.

Clay notó un frío que le calaba por dentro. Al día siguiente zarparían en su coche y aquello era un augurio. El viaje desagradaría a los dioses. Estaban recibiendo una señal. Se levantó derramando whisky en el yacuzzi. Los pájaros se sobresaltaron.

Tres flamencos despegaron de la superficie del agua con un viril alarde de alas. Cualquier flamenco que lo viera habría querido empollar su descendencia. Eran flamencos, los mejores de todos, robustos, potentes. Se elevaron por los aires y sobre los árboles como si fuera lo más simple del mundo. Los siguientes en hacerlo fueron los flamencos de la hierba: siete aves rosadas, del tamaño de un ser humano, sinuosas y extrañas, ascendiendo en la noche de Long Island, tan bellas como aterradoras.

Estuvieron un momento sin hablar: la perplejidad de siempre, el asombro de toda la vida. Un sentimiento religioso. Lo que no hacían las estrellas, intimidarlos, lo hacían esos pájaros tan raros. George parpadeó detrás de sus gafas. Clay se aferró al vaso que tenía en la mano porque estaba frío y le recordaba que seguía vivo.

La nevera de G. H., la de siempre, era una fuente de sorpresas. Él no habría puesto nada de eso dentro: fiambres envueltos en papel, restos retorcidos de calabacín a la plancha, un queso blanco y duro dentro de un celofán aceitoso, un bol de pírex con fresas a las que alguien había tenido el detalle de quitar el rabillo... Tenía un hambre de locos o quizá se estaba volviendo loco sin más. Encontró un paquete de galletas saladas, una bolsa abierta de patatas fritas y un tubo de galletas. Lo dejó todo en la encimera. Otra persona habría organizado esa plétora de alimentos juntando los artículos complementarios, pero él no se molestó.

Clay no le preguntó si le apetecía beber algo. Se lo depositó entre las negras manos.

—George. —Había encontrado su bañador secándose en la baranda. También había encontrado la camiseta recortada de Archie, que dejaba a la vista sus menguados músculos de hombre maduro.

—Lo hemos visto los tres. —Amanda se había puesto una bata sin saber de quién era, pero había olvidado cerrársela en el regazo.

George le dio las gracias a través de un bocado de queso gomoso y tosió un poco.

—Yo sí.

—¿Hemos tenido una alucinación? —Era tentador fingir que estabas exonerado de lo que ocurría.

—Son de un zoo. Se ha cortado el suministro eléctrico y no han podido mantenerlos en cautividad. —George daba tajos al queso con un cuchillo de cortar carne—. Seguro que están etiquetados, como esas cercas invisibles que impiden a los perros entrar en tu propiedad.

—En los zoos recortan las alas, ¿no? —Amanda lo había leído en

La trompeta del cisne, aunque no estaba segura de que fuera verdad—. Éstos podían volar. Eran salvajes.

Clay agarró el cuchillo de George y cortó una rodaja de salami.

—Tiene que haber una explicación lógica.

—No llevaban anillas ni nada. —Amanda cerró los ojos para revivirlo—. Me he fijado. Las he buscado.

A George le parecía que no era necesario ni decirlo.

—En Nueva York no hay flamencos salvajes.

—Pues lo hemos visto todos. ¿Qué coño está pasando?

La ordinariez no tuvo el poder que había querido conferirle Amanda. Ella tenía ganas de salir corriendo al jardín y gritar a las aves que volvieran, que se mostraran, que dieran alguna explicación.

Ruth se había duchado y vestía la ropa amorfa, cara y recién lavada que solía llevar en casa. Al subir desde el sótano ni siquiera se sintió desprotegida, como le habría pasado si se hubiera encontrado vestida así con el portero. Ya había hecho las paces con esa gente. Ya se conocían. Abajo había intentado usar su móvil, por supuesto. Sí, escudriñó las fotos de la galería, todas desenfocadas porque los niños pequeños nunca paran de correr, reírse, retorcerse... Se fijó en que Amanda llevaba la bata abierta con el pubis a la vista.

George había encendido todas las luces como profilaxis contra el miedo.

—Vamos a picar algo.

—Te has perdido un espectáculo. —Amanda era sincera, no sardónica.

—Siéntate, cariño.

G. H. desbordaba afecto hacia su esposa. Fue descriptivo y se ciñó a los hechos. Hasta mencionó la desnudez de Amanda. Siete flamencos. Si le hubiesen pedido que dibujara un flamenco, habría trazado un pico triangular y se habría equivocado.

—Yo creía que los flamencos no volaban. Estaba convencida o puede que nunca me lo haya planteado —dijo Ruth.

—Eran tan grandes como Rose. —Amanda aún los veía ascender a la presunta manera de Jesucristo.

—Yo sabía que eran de color rosa, pero no de un rosa así. No parece natural. —G. H. le preparó algo de beber a su mujer.

—¿Estáis seguros? —Ruth no lo preguntó porque lo pusiera en duda. No había nada que pudieran haber confundido con un flamenco. Ya había renunciado a la normalidad o a sus previsiones.

—Un flamenco es un flamenco. —Amanda quería dejarlo claro—. La cuestión no es si estamos seguros, sino por qué...

—Por esta zona hay gente rica. —Clay tuvo una inspiración—. Es la colección privada de alguien, un zoo en miniatura; alguna finca de los Hamptons que en realidad es un arca. Muchos multimillonarios son supervivencialistas. Todos tienen refugios en Nueva Zelanda, adonde piensan ir cuando se vaya todo al carajo.

—¿Hay algo dulce? —Ruth bebió un poco. En el fondo no le apetecía.

Amanda le acercó las galletas.

—Puede que el ruido que oímos fuera un trueno, una especie de macrotormenta. He oído que a veces la fuerza del viento desvía a las aves de sus rutas migratorias. En el Atlántico hubo un huracán que extravió a muchísimos pájaros.

Clay intentó acordarse de algo que nunca había sabido.

—¿Son aves migratorias? Y si lo son, ¿cruzan el mar? Podría ser posible.

—¿No se congregan en los lagos? ¿No comen una especie de gamba que produce el color rosa de su plumaje? Sí, creo que es verdad —añadió Ruth.

—Sólo somos un hatajo de adultos que no saben nada de pájaros. —George estaba acostumbrado a explicarlo todo. ¿La curva podía explicar lo de los pájaros? Existía alguna relación, pero tardaría días en dar con ella. Necesitaría un lápiz, un periódico y un poco de serenidad—. No sabemos nada sobre ruidos tan fuertes como para resquebrajar cristales. No sabemos nada de ningún apagón en Nueva York. Somos cuatro adultos que no saben hacer que tengan cobertura los móviles ni que funcione la tele ni gran cosa, en general.

La sala se llenó de ruidos de masticación y hielo chocando con cristal.

—Lo curioso es que antes os haya estado hablando de *El lago de los cisnes*. —Ruth sonrió—. Cisnes, flamencos... Es lo mismo, pero no.

—Necesito que sea mañana. —Clay consultó el reloj digital del

microondas—. Deberíamos dormir.

—Vosotros queréis ir a casa. Nosotros tenemos la suerte de que ya lo estamos —dijo G. H.

—A menos que... —Ruth no tenía ningún interés en tirar de tópicos y palabras tranquilizadoras. Ella no le veía ningún lado bueno—. Ha sido una señal. No os deberíais ir. No podemos acompañaros.

—Habíais afirmado que nos enseñaríais el camino —replicó Amanda.

—Es peligroso salir —dijo Ruth.

¿Y si el jueves no aparecía Rosa? ¿Y si fuera había algo que iba a por ellos?

—¡Tenemos que llevar a Archie al médico! —Amanda lo sentía en el cuerpo, como el ansia migratoria de los pájaros.

—¿Qué creéis que nos pasará? —Clay quería una suposición sincera, no palabras tranquilizadoras—. Vamos a marcharnos y nos habíais dicho que nos ayudaríais a encontrar el camino.

George nunca había creído en las incógnitas. El álgebra demostraba lo fácil que era despejarlas. Las matemáticas ya no eran aplicables o bien eran necesarias unas matemáticas que él a duras penas sabía manejar.

—Tampoco va a pasarnos nada por salir hasta la carretera —le dijo a su mujer.

—¿Y quién te dice que se podrá circular? ¿Que habrá comida, agua? Yo no me fío de la gente ni del sistema. —Ruth hablaba con seguridad—. Si nos quedamos, puede que Archie mejore. Igual mañana se despierta sin fiebre y con ganas de comerse todo lo que haya en la casa.

—¿A lo mejor sólo necesita antibióticos o algo así? —Clay ya no quería marcharse; estaba aterrado.

—Yo aquí me siento a salvo. —Ruth sabía que en el fondo la seguridad de esa familia no era problema suyo—. Es lo único que quiero, sentirme a salvo.

—Os podríais quedar —dijo George.

—No, imposible.

Amanda se mostró muy rotunda, pero ¿seguro que era imposible? Clay no lo tenía tan claro.

—Podríamos... podríamos instalarnos nosotros en el sótano y así

recuperaríais vuestro dormitorio.

Se callaron como si supieran que estaba a punto de llegar. Y llegó. ¿El mismo ruido? Claro. Sí. Probablemente. Por qué no. A saber. Una, dos y tres veces. La ventana del fregadero se resquebrajó. La lámpara colgante que había encima del mármol también. Tendría que haberse ido la luz, probablemente, pero no se fue. Nadie sabría explicar nunca con exactitud por qué. Eran ruidos solapados pero discontinuos, ruidos (ellos no lo sabían) de aviones americanos en el cielo americano, de camino al futuro americano. Había un avión cuya existencia ignoraba casi todo el mundo. Un avión diseñado para actividades innombrables que había puesto rumbo a esas actividades. Cada acción tenía una reacción equivalente y contraria, y había más acciones y reacciones de las que se pudieran contar con las ocho manos del grupo. Las intenciones de su gobierno y las de otros gobiernos: sólo una manera abstracta de referirse a las decisiones de un puñado de hombres. Los *lemmings* no son suicidas. Tienen el impulso de migrar y confían demasiado en sus habilidades. La culpa no la tiene el líder de la manada. Se tiran todos al mar pensando que cruzarlo es tan fácil como vadear un charco. ¡Qué instinto tan humano en unos roedores! Millones de estadounidenses se apiñaban a oscuras en sus casas, aunque sólo unos miles oían esos ruidos y tranquilizaban a los niños y se tranquilizaban unos a otros mientras se preguntaban qué estaban oyendo. Había gente que se ponía enferma porque era su constitución. Otros escuchaban y se daban cuenta de lo poco que entendían del mundo.

Ruth no se puso a gritar. No tenía ningún sentido. Se le empañaron los ojos, pero contuvo las lágrimas parpadeando. Con las manos en el borde de la encimera, se agachó como quizá le habían enseñado décadas atrás en caso de aniquilación nuclear. Se quedó medio agachada, con los músculos tirantes, aunque no era una sensación desagradable.

Amanda chilló. Clay chilló. G. H. chilló. Rose chilló. Los niños se tiraron de la cama y corrieron a buscar a los adultos. A quien buscaron fue a su madre (en esas situaciones siempre se acude a la madre) y hundieron sus caras en la desconocida bata que tapaba su desnudez. Ella los apretó contra su cuerpo intentando taparles las orejas con las manos, pero entre los dos tenían cuatro orejas y ella,

sólo dos manos. Amanda no era suficiente.

Otra vez el ruido. Fue el último. Era uno de los últimos aviones. Fuera enmudecieron los insectos, perplejos. Los murciélagos que no habían sucumbido al síndrome de la nariz blanca se cayeron del cielo. Los flamencos apenas se fijaron. Bastantes preocupaciones tenían.

Hicieron lo más comprensible: apolotonarse todos en la cama grande. Un lecho para toda la familia: Amanda odiaba la idea. Le parecía propia de antivacunas y de madres que daban de mamar hasta los cinco años, pero no soportaba tener lejos a Archie y a Rose. Apagaron las luces porque los niños estaban agotados, aunque en su fuero interno habrían preferido dejarlas encendidas para ahuyentar la noche.

—Podéis... —¡Clay quería invitar a Ruth y a G. H. a la cama, con ellos! Casi tenía sentido.

—Procurad dormir. —G. H. tomó a su mujer de la mano y volvieron a bajar por la escalera de la cocina.

Ningún adulto consiguió dormir. Los niños, en cambio, no tardaron en roncar. La curva del cuerpo de Rose hizo pensar a Clay en esos puentes naturales de la costa californiana, vaciados por el mar durante muchos milenios. Tarde o temprano, sin embargo, se desmoronaban. Decían que el mar venía a por todos. Admiró la persistencia de los pulmones de su hija. Es increíble que no debas decirte a ti mismo que has de respirar o caminar o pensar o tragar. Al tomar la decisión de tener hijos se hicieron varias preguntas (¿tenemos el dinero necesario, contamos con el espacio suficiente, somos como hay que ser?), pero no se preguntaron cómo sería el mundo cuando se hicieran mayores. Clay no se sentía culpable de nada. Era culpa de George Washington y los de su generación, con su manía por el plástico, el petróleo y el dinero. No poder proteger a tu propio hijo era una barbaridad. ¿Lo sentía todo el mundo? ¿Era eso, a fin de cuentas, ser humano?

Dio un beso en el algodón gastado del hombro de Rose lamentando no creer en la oración. Cómo se parecía a su madre... La naturaleza tenía apego a la repetición. ¿Los flamencos se distinguían entre ellos?

Amanda tocaba todo el rato el brazo de Archie, que cada vez daba un pequeño respingo, pero sin despertarse. Tenía ganas de preguntar algo a su marido, pero no daba con las palabras adecuadas. ¿Ya estaba? ¿Era el final? ¿Le tocaba mostrarse valiente?

En la oscuridad, Clay no veía a su hijo. Pensó en que a veces aún entraba con sigilo en los cuartos de los niños. Durante esas visitas nocturnas nunca se despertaban. Te decías que en algún momento dejarías de preocuparte. Te decías que era dormir toda la noche y luego el destete y luego caminar y luego atarse los cordones y luego leer y luego el álgebra y luego el sexo y luego entrar en la universidad, y que entonces estarías liberado, aunque era mentira. La preocupación es infinita. La única misión de los padres es proteger a sus hijos.

Él ya no era capaz de visualizar a su madre. Llevaba muerta la mayor parte de su vida. El papel debía de haber recaído en su padre. No cuadraba con lo que sabía de él, pero así funciona el amor a los hijos.

Amanda tocó la mejilla de Archie y la notó caliente. Intentó diferenciar entre fiebre y verano, entre adolescencia mamífera y enfermedad. Le tocó la frente, el cuello y el hombro. Apartó la sábana para que se le refrescase el cuerpo. Le tocó el pecho: un ritmo constante de tambor. La piel de Archie estaba suave y seca, con el calor de una máquina que se ha quedado demasiado tiempo encendida. Amanda sabía que la fiebre era una señal de auxilio emitida por el cuerpo, una pulsación del sistema que activa los servicios de urgencias. Sea como fuere, Archie estaba enfermo. Quizá lo estuvieran todos. Quizá fuera una plaga. Pero era su bebé, el de Amanda, el de los dos... No se podía imaginar un mundo indiferente a eso.

Ambos, sin embargo, pecaban de falta de imaginación; eran dos engaños superpuestos, pero inseparables. G. H. habría hecho notar que siempre habían tenido los datos a su disposición: la muerte gradual de los cedros del Líbano, la desaparición del delfín de río, el resurgir de la guerra fría y sus odios viperinos, el descubrimiento de la fisión, las embarcaciones que zozobraban atestadas de africanos... Nadie podía alegar una ignorancia que no fuera intencionada. Para saberlo no hacía falta examinar la curva. Ni

siquiera hacía falta leer la prensa porque nuestros móviles nos recordaban con exactitud, muchas veces al día, cuánto había empeorado todo. Qué fácil era fingir lo contrario. Amanda susurró el nombre de su marido.

—Estoy despierto. —Primero no la veía, luego la vio. Sólo había que fijarse más.

—¿Aún deberíamos irnos?

Clay simuló pensárselo, aunque ya tenía muy claro el dilema: no, no deberían marcharse; sí, tenían que marcharse.

—No lo sé.

—Tenemos que llevar a Archie al médico.

—Es verdad.

—Y a Rosie. ¿Y si la misma cosa que...?

Decirlo era arriesgarse a que fuera verdad. Amanda se abstuvo de hacerlo. A Rose le habrían encantado los flamencos. Quizá ante los misterios de la vida fuera mejor limitarse al asombro, como hacían los niños.

—A ella no le pasa nada. Se la ve bien.

Era verdad: la Rose de siempre, con esa fortaleza tan fiable o, mejor dicho, implacable del segundo hijo. Y no eran ilusiones que se hiciera Clay. Tenía fe en su hija.

—A ella se la ve bien, se me ve bien a mí... Parece que todo va bien, pero al mismo tiempo todo parece un desastre. Por parecer, hasta podría ser el fin del mundo. Necesitamos un plan. Necesitamos saber qué haremos. No podemos quedarnos aquí para siempre.

—De momento sí que podemos. Lo han dicho ellos. —Clay había oído la propuesta.

—¿Tú prefieres quedarte? —Amanda quería que él lo dijese primero.

Clay intentó pensar en cuántos cigarrillos le quedaban. Quería quedarse, sí, a pesar del adolescente enfermo, del mono de la nicotina y de que esa casa tan bonita no fuera suya. Tenía miedo, pero si juntaban todas sus reservas de valor quizá les alcanzase para hacer algo, lo que fuera.

—Aquí estamos a salvo. Tenemos electricidad y hay agua.

—Ya te he dicho que llenases la bañera.

—Tenemos comida y un techo. G. H. posee dinero y nos tenemos

los unos a los otros. No estamos solos.

Estaban solos y a la vez no lo estaban. El destino es colectivo, pero el resto es siempre individual, y de eso no hay escapatoria. Se quedaron mucho tiempo así, tumbados en la cama. No hablaban porque no había nada que decir. Los ruidos de sus hijos al dormir eran tan persistentes como el mar.

La sensación de un peso seco en la lengua y la garganta, un espasmo que ofuscaba la vista, la supina estupidez de la resaca y que para esas patochadas ya estaban un poco mayores, francamente. ¿Cuándo aprenderían a no ser así? Amanda corrió al baño para beber del grifo y lamió el metal sin querer. Sabía que iba a vomitar, como se sabe siempre. A veces a uno no le queda más remedio que admitir lo que sabe. Sal en la lengua, la cintura doblada como un yogui contemplando la taza del váter, y después algo que parecía un eructo, pero con un ardor al fondo de la garganta. Finalmente, la liberación. Era un vómito poco espeso, rosado como un flamenco (¿lo pillas?). Amanda dejó que saliera. Se le empañaron los ojos, pero no apartó la vista. Se le contrajo el estómago una, dos y tres veces, mientras el vómito saltaba a la garganta, y después al agua. Al acabar tiró de la cadena, se enjuagó la boca y sintió vergüenza. Era como debían de haberse sentido esa mañana todas las personas del mundo.

Clay oyó sus tremendas arcadas. Con semejante ruido no se podía dormir ni siquiera a medias. En el cuarto hacía demasiado calor para tantos cuerpos. En un momento dado de la noche se había apagado el aire acondicionado. Era una resaca de ésas en que anhelas abrir las ventanas de par en par, quitar las sábanas y recuperar la virtud por la vía de la limpieza. Una revolución ruidosa y húmeda en el estómago de Clay. Bonito no iba a ser.

Archie se incorporó y miró a su padre. Luego farfulló como si tuviera algo en la boca.

—¿Qué pasa?

—Voy a buscar un poco de agua para todos. —¿Se había fijado en que no estaba Rose? En ese instante parecía lógico.

Clay llenó vasos. Bebió un poco del suyo, con alivio, y lo volvió a llenar.

—Rosie.

Lo dijo hacia la casa vacía. No hubo respuesta. La máquina de cubitos de la nevera emitió uno de sus zumbidos periódicos. No era fácil llevar tres vasos, pero lo consiguió.

Amanda estaba sentada en el borde de la cama, pálida. Archie se había puesto una almohada encima de la cabeza.

—Bebed. —Clay dejó los vasos sobre la mesa.

Para cualquier malestar de origen indeterminado se aconsejaba beber agua. Era la primera línea de defensa. Si había algo en el aire (la tormenta no había llevado sólo aves tropicales) y ese algo estaba en el agua (todo el sistema era un circuito cerrado), él no lo sabía.

—Gracias, cariño —dijo su mujer.

Clay se fue por el pasillo, al trote, con urgencia. Dio un portazo rápido. El baño impregnado del olor del vómito de Amanda y de su propia caca, toda la comilona de la medianoche saliendo de él en cuestión de segundos. Como penitencia se metió en la ducha con el ojete irritado y se enjuagó la boca varias veces escupiendo el agua con rabia contra la pared de azulejos. ¿Sabía si era resaca o un síntoma de algo peor? No, no lo sabía.

Al otro lado de la pared, Amanda abrió la puerta del jardín (¡uf, qué olor!, sus cuerpos), donde el aire era dulce y vibraba la luz del sol. Habría querido deshacer la cama, pero su niño aún estaba remoloneando.

—¿Cómo te encuentras, cariño? —Pensó que ya no tenía tan mala cara.

Archie buscó la respuesta correcta. Estaba raro, medio dormido o lo que fuese, pero, en fin, siempre que se despertaba antes de mediodía se sentía así. En ese momento estaba enfadado o le pasaba algo. Dio la espalda a su madre y se tapó la cabeza con la sábana.

—Tendría que tomarte la temperatura. Estábamos muy preocupados. Yo pensaba llevarte esta tarde a ver al doctor Wilcox, cuando hubiéramos vuelto, pero quizá no haga falta.

Archie emitió un pequeño gruñido de irritación.

—¿Volvemos?

—Venga, que ya sé que tienes sueño, pero siéntate y deja que te mire mamá. —Amanda se sentó en la cama al lado de su hijo.

Él se incorporó hasta quedar sentado, pero lentamente, que era su manera de protestar, y también de presumir de la elástica

eficiencia de su cuerpo adolescente, una línea cuyo ángulo pasó gradualmente de obtuso a agudo.

Aplicando el dorso de una mano a la frente de su hijo, Amanda lo miró a los ojos, fuente inagotable de belleza para ella, que los había hecho, incluso cuando estaban legañosos y encogidos por el sueño.

—Ya no te noto tan caliente. —Le puso la palma en la frente, el cuello, el hombro y el pecho—. ¿Te duele la garganta?

Archie no sabía si le dolía la garganta. No lo había pensado. En vista de que su madre no lo dejaría en paz hasta que colaborara, optó por la colaboración: abrió mucho la boca, como si fuera a bostezar y evaluó el estado de salud de su garganta. Por lo visto estaba bien.

—No.

Como buena madre, Amanda ignoró el mal aliento de su hijo y observó los recovecos rosados de su cuerpo como si supiese qué buscar o como si se pudiera ver lo que había dentro.

Archie cerró la boca. Acto seguido se empujó un diente con la lengua, por un tic o como prueba, y en sus papilas gustativas fluyó la sal de la sangre. Le resultó familiar, pero el sabor de la sangre no se olvidaba. Volvió a pasarse la lengua por el esmalte, por curiosidad y, si bien la presión fue de lo más suave, el diente cedió. Se le llenó la boca de saliva.

Abrió más la boca, con lo que se le derramó por el cuello y goteó hasta el pecho: saliva, baba, como de bebé, entreverada de un rojo que no acababa de mezclarse, como un aliño de ensalada que no se ha agitado lo suficiente. La sangre tiende a ser una sorpresa. Su boca seguía salivando y sangrando. Introdujo un dedo para hurgar en el problema y, al tocarlo, el diente cayó con un ruido de carne; se volcó como una ficha de dominó, sobre su lengua, y luego, horriblemente, se le fue hacia la garganta como cuando estás a punto de tragarte un hueso de cereza. Archie escupió el diente, que aterrizó en la palma de su mano y se lo quedó mirando. No se había imaginado que fuera tan grande.

—¡Archie!

Al principio, Amanda pensó que el niño estaba vomitando. Habría sido más lógico, pero era todo demasiado consciente y sutil: se limitaba a inclinarse hacia su mano y le caían gotas de sangre en

el pecho desnudo.

—¿Mamá? —Archie estaba desconcertado.

—¿Vas a vomitar, cielo? ¡Sal de la cama!

Archie se levantó y se acercó al espejo.

—¡No estoy mareado!

Le enseñó el diente en la palma de la mano, pegajosa y rosada de sangre.

Amanda no entendía nada.

Archie se miró en el espejo, abrió la boca y se armó de valor para afrontar su oscura humedad. Se mareó un poco porque daba asco. Se tocó otro diente con el dedo, uno de los de abajo, que también se movió. Lo cogió y lo sacó directamente de la encía, casi negra por la sangre. Luego otro. Luego otro. Cuatro dientes que se estrechaban hacia la raíz, blancos, macizos, cuatro pequeños indicios, cuatro pequeñas pruebas de vida. ¿Tenía que gritar? Cerró la boca, dejó que se acumulara el líquido un segundo y lo escupió en el suelo, sin importarle que se manchara la alfombra. Total, ¿qué más daba? Se le cayó otro diente al suelo, sin hacer ningún ruido, por supuesto. Era demasiado pequeño para tener alguna importancia en el vasto universo.

—¡Archie! —Amanda no sabía qué pasaba. ¿Cómo iba a saberlo?

Archie se agachó para recoger el diente. Era más grande que las conchitas huecas que había ido dejando debajo de la almohada hasta cumplir los diez. Se estrechaba en la raíz, animal y amenazadora. Se los enseñó en la palma de la mano, como un buzo orgulloso de sus perlas.

—¡Mis dientes!

Amanda miró a su niño, esbelto y patético con su bóxer de rayas.

—¿Qué pasa?

Él no lloró. Estaba demasiado perplejo.

—¡Mamá, mamá, mis dientes!

Tendió la mano para que los viera.

—¡Clay! —Lo único que se le ocurrió a Amanda fue pedir otra opinión—. ¡Dios mío, tus dientes!

—¿Qué me está pasando? —La voz de Archie era grotesca porque sin la percusión de la lengua en la dentadura no podía hablar bien.

Amanda le apoyó las manos en los hombros y volvió a llevarlo hacia la cama. Archie era demasiado alto para cualquier otra cosa. Le puso la palma de la mano en la frente y luego el dorso.

—¿No tienes fiebre? No entiendo nada...

Acudió Clay, como le habían pedido, con la toalla en la cintura y expresión irritada.

—¿Qué pasa?

—¡Que Archie tiene algo! —A Amanda le parecía evidente.

—¿Qué le pasa?

El muchacho tendió la mano hacia su padre.

Clay no lo entendió. ¿Quién lo habría entendido?

—¿Qué te ha pasado, cariño?

—Nada, es que... me notaba los dientes raros y al tocármelos se me han caído.

Era el momento. Era el abismo. Clay iba a tender su cuerpo.

—¿Cómo ha...? ¿Aún tiene fiebre? —Levantó la mano para tocarle el brazo, el cuello y la espalda—. Estás caliente. ¿Tú lo notas caliente?

—No sé. Creía que no tanto, pero, bueno, no sé... —Amanda no recordaba haber dicho nunca esas palabras tantas veces. No sabía, no sabía, no sabía nada.

Clay, atónito, iba mirando a su hijo y a su mujer. Tal vez Archie estaba enfermo. ¿Y si era contagioso?

—Tranquilo, que no te pasa nada.

—¡Pues no es lo que noto!

Sin embargo, eso no era verdad. Archie se notaba... ¿bien? Todo lo normal que podía notarse. Su cuerpo estaba trabajando por no venirse abajo. Se desprendería de lo superfluo para proteger el conjunto.

En alguna parte de su fuero interno, Clay se paró a ver si en su cuerpo estaba todo bien. No sabía que no. Luego, ya más despierto, propiamente, miró a su hijo, ensangrentado y desdentado e intentó pensar en qué hacer a continuación.

—¿Llenaste la bañera? —Amanda hacía lo que podía—. ¡Es una emergencia! ¡Necesitaremos agua!

Por instinto, Clay decidió consultar a los Washington. Sumar los esfuerzos de los cuatro. Una cumbre. La unión hace la fuerza. La sabiduría de la edad. Sin embargo, ninguno de los cuatro había visto nunca nada así. Muy juntos, procedieron a examinarlo como el incrédulo Tomás que inspecciona al Cristo resucitado en el cuadro de Caravaggio.

—Pero ¿te encuentras bien? —Ruth no lo veía posible.

Archie se limitó a encogerse de hombros. Ya lo había repetido hasta la saciedad.

—Qué cosa más rara... Tenemos que ir pensando en llevarlo al médico. —G. H. lo tenía muy claro—. No en Brooklyn, aquí.

—Tenemos el número de ese pediatra. —Ruth había hecho indagaciones para cuando fueran de visita Maya, Clara y los niños. Nunca se habían visto obligados a usar la información, pero la tenían.

—Hay que llevarlo a urgencias —dijo G. H.

Clay asintió con gravedad. Esos apremios los conocía de memoria como cualquier padre que se preciara. Un grumo de mantequilla de cacahuete escondido en un batido de fresas, un exceso de confianza al saltar de las barras, dificultades para respirar una noche horrorosa de invierno...

—Tienes razón, no hay tiempo que perder. —Cómo le habría gustado poder perderlo...

—¿Dónde está el hospital? —Amanda no sabía muy bien qué hacer con su cuerpo. Daba vueltas, se quedaba de pie y se sentaba como un perro que no encuentra la manera de estar cómodo—. ¿Queda lejos?

—A un cuarto de hora más o menos...

G. H. miró a su mujer para que se lo confirmase.

—Yo diría que más. Ya sabes que estas carreteras... Lo más

probable es que tire a los veinte minutos y hasta puede que los pase. Creo que depende de si vas por Abbott o cortas hacia la autovía. —No quería implicarse. No quería lo que esa implicación conllevaba, si bien no podía evitarla. Era humana—. ¿Quieres un poco de agua o algo?

Archie negó con la cabeza.

—Al hospital no hace falta que vaya. Me encuentro bien, en serio.

—Ya, cielo, pero es que tenemos que asegurarnos. —Amanda se retorció las manos como si fuera un actor secundario aficionado—. ¿Nos explicaréis cómo se llega? A menos que de repente le funcione el móvil a alguien... ¿No?

—Yo os lo puedo explicar —dijo G. H.

—Ya nos dibujarás un mapa. El GPS no sirve para nada. Nos haces un mapa y salimos. —Amanda se acercó al escritorio.

Como no podía ser menos, Ruth tenía un vaso con lápices afilados y una libreta en blanco.

—Os puedo dibujar un mapa, pero una vez que sales a la carretera principal es muy fácil...

—Pues yo ya me he perdido una vez. —Clay apoyó una mano en el hombro de su hijo. Casi no podía mirarlos—. Me he perdido. Antes.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Amanda—. ¿Perdido?

—¡De fácil no tiene nada! Salí para ver si me enteraba de lo que pasaba y llegaba hasta el fondo de... pues eso. Primero fui hasta el final del camino, pasando por delante del puesto de huevos. Creía que sabía a dónde iba, pero no era cierto. Di toda una vuelta. Luego cambié de dirección y me perdí de verdad. No sé ni cómo volví a encontrar la casa. Oí el ruido, pensé que me volvería loco y de repente vi la salida que buscaba, la de la carretera que llega hasta el camino de la casa. La tenía delante.

—O sea que no viste a nadie. Ni nada. No fuiste a ningún sitio.

Amanda lo dijo con tono acusador, pero era un alivio: ¡Clay ni siquiera había tenido la oportunidad de mirar! Todos estaban exagerando. No pasaba nada. Un accidente industrial. Los ruidos habían sido cuatro explosiones controladas consecutivas. Era perfectamente explicable que se hubiera ido la luz. Nada positivo, pero tampoco lo peor.

—Puedo enseñaros el camino. Os acompañamos. Iremos todos juntos.

—No. —Ruth fue rotunda. Le temblaba todo el cuerpo—. Nosotros no nos vamos. De eso nada. Esperaremos aquí hasta que oigamos algo. Hasta que sepamos algo.

Dejaría que se quedaran en la casa, pero no arriesgaría la vida por ellos.

—No hay nada de que preocuparse. Los llevamos nosotros en coche, hablamos con alguien, averiguamos qué sabe la gente y de paso igual aprovechamos para llenar el depósito antes de volver directamente aquí.

—Os podéis quedar. Todos. Podéis quedaros en esta casa con nosotros. —Era lo más lejos que podía llegar Ruth—. Os quedáis y ya está.

—Quedarnos aquí. —Clay se lo pensó. Lo había pensado—. Hasta... ¿hasta qué?

—Es que no puedes irte, George. No puedes dejarme aquí y yo no puedo irme. Así están las cosas.

—¿Y si es para siempre? —Amanda no podía esperar. Su hijo estaba enfermo—. ¿Y si ya no vuelven a funcionar nunca los móviles? Total, aquí tampoco es que funcionasen mucho cuando todo era normal. ¿Y si se va la luz? ¿Y si Archie está enfermo de verdad? ¿Y si estamos todos enfermos? ¿Y si el ruido nos ha provocado alguna enfermedad?

—Yo no estoy enfermo, mamá.

¿Por qué no lo escuchaba nadie? ¡Pero si se encontraba bien! Vale, era raro que se le hubieran caído los dientes, pero ¿qué iba a hacer el médico, pegárselos? Algo (¿su propio instinto, alguna otra voz, muy queda?) le pedía que siguieran donde estaban.

Ruth se preguntó qué estaba haciendo Maya. Se preguntó por qué le parecía del todo plausible que sus nietos hubieran oído el ruido en Amherst, Massachusetts. Ellos sólo tenían dientes de leche, que se aguantaban de milagro. Quizá el ruido se los hubiera desprendido conduciendo a sus madres a la histeria. ¿Qué hacías si no podías ni salvar a un hijo? Se daba cuenta de que con su hijo enfermo no podían optar por quedarse con ella.

—Yo no creo que pueda ir.

—No pasará nada. —Eso G. H. no podía prometerlo. Todos

habían estado esperando algún momento decisivo, algo que marcara un antes y un después. Quizá hubiera llegado. El descenso gradual hacia lo ilógico, el punto en que la rana se da cuenta de que la temperatura del agua ya es insoportable. El año más caluroso del que se tenía noticia. ¿No lo había leído en algún sitio? Pero el niño estaba enfermo o algo raro le pasaba y ésa era la única información de la que disponían—. Tú puedes esperar aquí.

—Sola no puedo quedarme.

—Hacemos las maletas, vamos al hospital y de ahí volvemos a Brooklyn. —Clay estaba pensando en voz alta—. No hace falta que nos llevéis. Con un mapa debería ser suficiente.

G. H. se puso a dibujar.

—También podríamos volver. Podríamos dejar a Rose aquí con Ruth y volver luego a buscarla. —Amanda no quería que la niña viera qué le pasaba a su hermano y le pareció que así sería menos angustioso para todos.

—Eso, puedo quedarme con Rose. Hasta puedo haceros yo las maletas y así os vais sin dilaciones. —A Ruth le gustaban los proyectos.

—Perfecto. —Clay se levantó. Eso ya era más lógico. Que los adultos hicieran lo que había que hacer y luego volverían a por Rose.

Fue Amanda la que se dio cuenta, o la que lo dijo. Los cinco habían estado tan absortos en aquella situación... Lástima porque el día era perfecto: los bonitos juegos de la luz en la piscina, su reflejo moviéndose en la parte trasera de la casa, el verde aún más exuberante gracias a la lluvia y ni una sola nube en todo el cielo.

—¿Dónde está Rose?

Estaba viendo la película, la que ya no recordaba haber descargado. Amanda buscó en el cuarto de la niña, pero no estaba. Estará en el baño. Amanda fue a mirar, pero tampoco. Otra vez al salón.

—No encuentro a Rose.

Convinieron todos en que no tenía sentido. Clay volvió al dormitorio principal, donde no había nadie. Amanda se asomó por la puerta trasera y vio que se iba fraguando un día perfecto. Luego echó un vistazo en el cuarto de la lavadora y regresó al dormitorio principal porque no se fiaba de que Clay hubiera buscado a fondo. Miró en el vestidor y debajo de la cama, como si Rose fuera un gato. Miró en el cuarto de baño principal, que aún olía a las violentas expulsiones de sus cuerpos.

Clay encontró a su mujer en el pasillo.

—No entiendo nada. ¿Dónde está?

Amanda volvió al cuarto de la niña y apartó la sábana para echar una ojeada a la base de la cama sin saber exactamente qué esperaba encontrar. Titubeó delante del armario, como un personaje de película. ¿Cuál era la intención del director, una finta (Rose acurrucada con un libro), un susto (un desconocido con un cuchillo) o un enigma (nada de nada)? No había más que el olor de las bolas de cedro colocadas para disuadir a las polillas con gusto por la cachemira. Pánico, pues, y por fin algo concreto en que centrarlo.

Otra vez al salón, donde no estaba Rose viendo la tele ni sentada con un libro; a la cocina, donde no estaba Rose comiendo ni haciendo ese endiablado puzle de una alfombra oriental; a la puerta que daba a la piscina, aunque no, le habían prohibido bañarse sola (cuestión de sentido común). Amanda abrió la puerta principal como si fuera a encontrar a la niña: ¡truco o trato! Qué va, sólo la hierba oscurecida por la lluvia y los trinos de los pájaros.

La niña estaba en el sótano, en el sector reservado a la exclusiva

posesión de los Washington. Había salido al garaje para ver qué diversiones podía contener. Estaba sentada en la parte trasera del coche, obediente como ciertos perros, lista para el viaje a casa. Venga, más fuerte: «¡Rosie!»

—Rosie, Rosie. —Amanda lo dijo para sí.

Volvió al cuarto de baño. Hubo una época en la que a la niña le encantaba esconderse y darles sorpresas. Al descorrer la cortina de la ducha sólo encontró dos o tres centímetros de agua en la bañera. ¿Le pedía a Clay que la llenara y el resultado era ése? Volvió a su salón.

—No encuentro a Rose.

Clay quería otro vaso de agua.

—Pues en algún sitio tiene que estar. —Señaló hacia los dormitorios.

—Ahí no está... —¿Por qué no la escuchaba?

—¿Se estará duchando?

—No, eso no... —¡Que no era tonta!

—Está en... —Clay ya no sabía qué quería decir.

—Que no, que no, que ya he mirado. No está en ningún sitio. ¿Dónde está? —Amanda no gritaba, pero tampoco susurraba.

—¿Habéis mirado abajo? —El tono de Archie era desdeñoso.

—Ya voy yo. —G. H. se levantó—. Lo más probable es que sólo esté explorando la casa.

—¿No la encuentro? —Amanda le dio la entonación de una pregunta, por lo tonto que le parecía: «¡No la encuentro! ¡No encuentro a mi hija!» Era como decir que no te encontrabas los lóbulos de las orejas o el clítoris.

Entró en la cocina y se quedó de pie, indecisa. Ruth la siguió por el impulso de tranquilizarla. Ese condenado instinto... Tenía que ayudar. Eran colegas, no como madres, sino como seres humanos. Aquello, todo aquello, era un problema que debían compartir.

—Seguro que está fuera. —Se imaginó a la niña mirando cómo flexionaban las alas las mariposas monarca sobre los algodóncillos—. Habrá salido a jugar.

—Delante ya he mirado.

—Vamos fuera.

Clay había vuelto a sentarse al lado de su hijo.

—Amanda, cálmate. Vamos a pensar. Podría estar en el garaje o

al otro lado de la valla. Es cuestión de buscarla...

—¿Y qué coño te crees que estoy haciendo, Clay? Voy a por mis zapatos para salir a buscarla. —Amanda salió disparada hacia el dormitorio.

—Archie, ¿tú sabes adónde ha ido tu hermana? —Clay hacía acopio de paciencia.

Archie habló en voz baja. ¿Lo sabía? Algo intuía, pero era absurdo.

—No.

Amanda volvió con sus Keds sin cordones. Ya ni le quedaban lágrimas.

—Tengo la sensación de que me he vuelto loca. ¿Dónde está Rose?

—Seguro que fuera. —Ruth no estaba muy segura de nada.

Amanda debería haber gritado, pero no se oyó ningún grito. De alguna manera, aún resultaba más inquietante que estuviese tan callada.

—Ponte los putos zapatos y ayúdame a buscarla.

Clay vio sus chanclas de goma al otro lado de la puerta, al pie del yacuzzi.

—Yo voy delante, al lado del huerto, a buscar por detrás de la valla.

—Se habrá puesto a pasear por ahí. —Ruth intentaba convencerlos—. Ya que no hay televisión, está jugando como jugábamos antes, dando vueltas sin rumbo. Por aquí no hay nada que deba preocuparnos.

Quería decir que no había tráfico ni secuestradores. Tampoco osos ni pumas. No había violadores ni pervertidos ni gente, de hecho. Estaban preparados para gestionar determinados miedos, pero eso era otra cosa. Costaba acordarse de ser racional en un mundo donde no parecía tener mucha importancia, si es que la había tenido alguna vez.

Abajo, G.H. encontró su armario, repleto de provisiones, la cama hecha a la perfección, el baño, el televisor, mudo e inservible, la puerta trasera rota y su móvil enchufado a unos cables blancos muy optimistas. Se lo metió en el bolsillo.

En el salón, Archie embutió los pies en sus Vans e indagó con la lengua en los delicados huecos de sus encías. Eran suaves y

agradables como las oquedades del cuerpo humano diseñadas para que el suyo encajara en ellas, algo que no llegaría a conocer de primera mano. ¿Podría perdonarle al universo que le hubiera negado su finalidad como persona? No tendría la oportunidad. Abrió la puerta de atrás y fue con su padre en busca de su hermana.

—¿No hay nada que deba preocuparnos? —La imaginación de Amanda se había rendido por agotamiento.

Salió con el resto de su familia a ese día precioso, demasiado angustiada para fijarse en si se diferenciaba en algo de los miles de días que llevaba vividos. Sus «¡Rose, Rose!» eran muy fuertes y lo bastante exaltados para sobresaltar a animales que no veía, animales que nunca sabría que estaban allí.

Tenía teorías. Una madre siempre tiene alguna. Un paso por descuido en un pozo en desuso con más de treinta metros de profundidad tapado por la espesa capa de hierba. La caída de una rama, segada por aquel ruido. Una mordedura de serpiente, un esguince de tobillo o una picadura de abeja, aunque era probable que se hubiera perdido, sin más. ¡No podían llamar al 911! ¿Quién iba a salvarlos?

G. H. salió por la puerta de abajo, que cerró con cuidado. La hierba estaba húmeda, frondosa.

—Voy delante. —Fue lo que hizo Clay.

Ruth tenía miedo porque a partir del momento en que tienes un hijo sabes tener miedo.

—Deberíamos buscar en el garaje. —Se puso en cabeza.

Amanda la siguió.

Archie cruzó el jardín para dirigirse a la caseta. Ya sabía que su hermana no estaba dentro, pero tenía que mirar. La puerta estaba abierta. Apoyado en la estructura, se giró hacia la casa. ¡Pero qué niña más tonta! Sabía que había vuelto a meterse en el bosque. ¿Por qué no era capaz de decirlo en voz alta? ¿Y cómo lo sabía? Daba igual. Tuvo un escalofrío como cuando te metes en una telaraña; como si vieras que sale una araña de detrás de tu almohada y se pierde en la sábana con estampado de mosaico; como si te subiera una araña por el hombro y el cuello, y se metiera en la acogedora cavidad de tu oreja; como si cayera una araña del techo, se posara en tu pelo y se fuera abriendo paso cuidadosamente por la curva de tu nariz, hasta que la vislumbrasen tus ojos separados; como si una

araña se asustara y te picara, y su veneno se infiltrase en tu flujo sanguíneo hasta formar parte de ti, igual de inextricable que tu ADN, lo que te constituía. Se notó rara la rodilla izquierda. Luego le falló, y se dobló sobre sí mismo y se puso a vomitar, pero no era vómito, sólo agua y un poco de sangre. Adivina: era rosa como...

Clay notaba la grava a través de las chanclas. Estaban muy gastadas, llegando al final de su existencia. Quien no quisiera sentirse tan culpable por crear basura podía devolverlas gratis por correo al fabricante, que las despacharía a Ecuador, Guatemala, Colombia o algún otro de esos sitios donde las ONG enseñan a trocearlas y coserlas para hacer esteras de goma y vendérselas a los blancos. Delante de la casa no había nada; al otro lado de la valla tampoco, sólo el mismo panorama que se había burlado de él el día anterior. ¿No había pasado más que un día?

—¡Rose! —Su voz no llegó muy lejos. En realidad, no llegó a ninguna parte. Cayó al suelo verde.

Dentro del garaje, Ruth señaló la escalerilla del desván. ¡Para una niña podía ser tentador subir a jugar! Había dado vueltas a la idea de convertirlo en un apartamento de invitados. Amanda subió a toda prisa, pero no había nada.

Las mujeres salieron del garaje justo cuando aparecía Clay por la esquina y G.H. completaba su circuito alrededor de la casa. Se miraron los cuatro.

—¿Se ha ido? —Amanda no supo decir nada más.

—No se puede haber ido... —Ruth se refería a irse en el significado más terminante del verbo, el de desaparecer.

En todo caso, no era el arrebatamiento. Estaba claro que Rose se habría salvado, pero Clay era consciente de que no se podían dejar llevar por meros mitos.

—Tiene que haber... ido a algún sitio.

—Tenía mucha curiosidad por si había otras casas. ¡Ah, y los huevos! Puede que haya ido al puesto de huevos. —Ruth no lo veía claro.

—¿Dónde está Archie? —Clay miró hacia el jardín trasero.

—Estaba aquí. —En ese momento Amanda no podía tener más

de un agobio en la cabeza.

—Parece que está mejor. —¡Qué optimismo, el de Clay! Sólo funcionaba pasando por alto los dientes que se le habían caído, pero tener hijos implica ceder a alguna que otra fantasía de carácter mágico.

Ruth asintió con la cabeza.

—Debería ir alguien hasta el puesto de huevos.

Amanda, impaciente, se empezó a alejar.

—Ya voy yo. Clay, tú ve a la parte de atrás y busca en el bosque, pero no te alejes...

—Yo buscaré otra vez dentro. —Ruth despachó a los dos hombres—. Vosotros dos id a la parte trasera.

Clay y G. H. cortaron por la puerta de delante. Al salir al otro lado, desde la terraza, Clay vio a su hijo boca abajo en la hierba. Lo llamó. Corrió hacia él. Ya no recordaba lo que le habían ordenado.

Archie estaba apoyado en las rodillas y el pecho, como los musulmanes cuando rezan. Clay le deslizó una mano por la axila y lo echó para atrás.

—Papá.

Archie lo miró. A continuación se inclinó hacia delante y volvió a vomitar, un bonito chorro líquido en la tierra.

—¿Qué ha ocurrido? —G. H. exigía una explicación—. Tranquilo, tranquilo, que no es nada.

Ruth, que lo había visto desde la terraza, se dio prisa, pues sabía que la necesitaban. Apuntalaron el cuerpo del muchacho entre los suyos y caminaron con la parsimonia de la tercera edad. Archie se ahogaba todo el rato o sufría un ataque, pero ya no le quedaba nada dentro que pudiera escapar por su boca. Tenía los ojos casi cerrados, aunque no del todo, con el parpadeo de unas cámaras fotográficas ahora anticuadas. Pero ¿veían algo? ¿Captaban alguna cosa?

Ruth hizo inventario. Tenían antibióticos de hacía tiempo. Tenían una bolsa de agua caliente. Tenían esos polvos para cuando estás con gripe: los disuelves en agua muy caliente y duermes durante horas. Tenían sal marina, aceite de oliva, albahaca, detergente de lavadora, tiritas y un envoltorio enorme con esos paquetitos de servilletas de papel que siempre resulta tan práctico llevar en el bolso. George guardaba diez mil dólares en efectivo

para emergencias. ¡Eran ricos! ¿Servirían tantos recursos para aliviar aquello, fuera lo que fuese?

—Vamos a meterlo en casa. —G. H. se colocó al mando.

Subieron con torpeza por los anchos escalones de madera. El sistema de filtrado de la piscina empezó el ciclo programado, señal de que eran las diez de la mañana. Zumbaba y borboteaba alegremente.

Depositaron el cuerpo del muchacho en el sofá.

—Archie, cielo, ¿estás bien? ¿Me lo puedes decir?

Archie levantó la vista hacia los tres.

—No lo sé.

Clay miró a los demás adultos.

—¿Dónde está Rose?

—Para mí, lo más probable es que esté jugando por la carretera. Se ha llevado una de las bicicletas. Me consta que estaba aburrida. Sólo está... jugando. —G. H. intentó que sonara inevitable—. Vamos a traerle un poco de agua a Archie no sea que se nos deshidrate.

Lo que sabía Clay era que a Rose le encantaba hacer cosas. Siempre llevaba un libro encima y en sus libros las niñas de su edad tenían mucho corazón y una enorme sed de aventuras. Realizaban proezas insólitas, casi temerarias, afrontando sus miedos más recónditos y luego se daban castamente la mano con niños de bonitas pestañas. Esos libros le habían mostrado un mundo que podía conquistar a base de coraje. Los libros eran la perdición de todo el mundo. ¿No era lo que pretendían demostrar las tortuosas labores académicas de Clay?

—Agua. Vale.

Ruth ya había llenado otro vaso.

—Bébetela toda.

—Ahora incorpórate, despacio. —El cuerpo de Clay aún recordaba la postura de sus primeros tiempos como padre, siempre listo para dar un salto y evitar que se volcara el cuerpo del bebé.

—Tenemos que ir al hospital. —George había tomado una decisión—. Hay que salir ahora mismo.

—No puedes dejarme sola. —Ruth desplegó la manta del respaldo del sofá y la usó para tapar el cuerpo del muchacho.

—Está enfermo, ya lo ves.

—No podemos irnos sin mi hija...

—Pues vamos nosotros dos y nos llevamos a Archie.

—No. No puedes, George. No puedes irte.

—Ruth, tú ve a buscar a Amanda, y luego intentáis localizar a Rose. Quedaos las dos aquí.

¿Era capaz de hacerlo? ¿No estaba aburrida de tener que ser fuerte, noble y competente, la mejor actriz secundaria? ¿No se le permitía ponerse histérica y tener miedo?

—George, por favor.

G. H. miró a su mujer a los ojos.

—Volveremos. Volveremos enseguida.

—No volveréis nunca. ¿No te das cuenta de que pasa algo? Está pasando ahora mismo. No sé qué es, pero le está pasando a Archie y a nosotros también. No podemos irnos. —Ruth no lloraba ni estaba histérica, lo cual hacía aún más inquietantes sus palabras.

Clay no se fijó en el hormigueo que tenía en las rodillas y los codos o, si se fijó, lo achacó al miedo.

—Ruth, por favor... Necesitamos ayuda.

Era su momento. Los hombres de su generación tomaban decisiones, libraban guerras, hacían fortunas y lo hacían todo con convicción.

—Nos vamos. Clay, lleva a Archie al coche. Y coge la manta. Ruth, ve a buscarle una botella de agua. Archie, tú tiéndete en el asiento trasero.

—George, no pienso permitirlo. No puedo permitirlo. No puedo.

—Es lo único que podemos hacer. Es lo que debo hacer.

—George tenía las llaves en la mano. No se lo dijo de manera explícita porque conocía a Ruth y sabía que lo entendería: si en un momento así no eran humanos, no eran nada.

Ruth no sabía cómo enumerar todo lo que no podía hacer. No podía hacer ninguna de esas cosas.

—Volverás a buscarme. Volverás a buscarnos.

—Pon un temporizador. Ve a buscar tu móvil y programa una alarma para dentro de una hora. —G. H. estaba convencido de poder hacerlo.

—¡No puedes hacer promesas que no eres capaz de cumplir!

—Ruth toqueteaba su móvil.

—Será una hora. Menos. Voy al hospital, los dejo y vuelvo enseguida a buscaros a ti, a Amanda y a Rose. Vais a encontrar a

Rose, ¿entendido? Yo también pondré un temporizador.

—No saldrá bien. Seguro que no sale bien.

—Que sí, no hay alternativa. Mira. —George tocó la pantalla digital, y empezaron a retroceder los segundos—. Cuando suene esto, habré dejado a Clay y a Archie y habré vuelto para recogeros a las tres.

—¿Y cómo sabes que el hospital estará...? —Clay titubeó.

—Clay... —George pensó que no valía la pena discutir sobre eso. Ya sabía lo que se suponía que iba a pasar—. Nos vamos. Súbelo al coche.

—Ven, cariño. —Clay ayudó a su hijo a levantarse y se acordó de cuando era muy pequeño y tenía la cintura tan estrecha que podía rodearla con las manos tocándose las puntas de los dedos.

Ruth volvió a colocar la manta en los hombros de Archie.

—Una hora. —Tocó el botón de su móvil, haciendo que empezaran a pasar los segundos—. Es el tiempo que te doy. Me lo has prometido.

—No te preocupes. —George apretó las llaves, cuyo peso denotaba lujo. ¿Mentía? ¿Tenía alguna esperanza?

Como no creía en la oración, Ruth no pensó en nada.

G. H. sabía que encontrarían a Rose. Las madres tenían ese don, una especie de sónar secreto, como esos pájaros que en octubre esconden cien mil semillas y pasan todo el invierno bien gordos. El coche despertó como lo que era, una máquina fiable y cara.

Archie se estremeció en el asiento de cuero de atrás.

—Si tienes ganas de vomitar, me lo dices y paro.

Por el tono dio la impresión de que George pensaba en el coche, pero los padres están versados en vómitos y cosas peores; es como un bautizo que los faculta para sentir compasión, no horror, el resto de la vida: Maya, a los siete años, en la esquina de Lexington con la 74, vomitando pedazos enteros de pescado blanco en las palmas abiertas de su padre. Otro recuerdo, otro momento, pero de haber sido su hija la que iba detrás, sin dientes, a merced de una dolencia para la que no tenían nombre, volvería a hacerlo. Uno era padre para siempre.

Clay se inclinó a la izquierda para sacarse la cartera del bolsillo posterior derecho. Era increíble que lo hubiera recordado... Algún instinto secreto. Pasó el pulgar por tarjetas de plástico buscando la del seguro. Utilizaban el de Amanda, que era mejor que el de la universidad. Respiró al encontrarla: el alivio de que por fin saliera algo bien.

—Vamos a llevarte al médico. —Se giró hacia su hijo. ¿Estaba más delgado, más pálido, más frágil, más pequeño?—. Estás bien. Estás bien.

—Estoy bien. —Archie, obediente, estaba decidido a encajarlo como un hombre. Archie ya era un hombre.

El coche pasó del camino a la vía de acceso y de la vía de acceso a la carretera principal. George conducía más despacio de lo normal, a pesar del pulso acelerado, de la sensación de urgencia y de la acumulación de segundos en el temporizador. Ninguno de los

hombres que iban en el coche se fijó en el pequeño puesto de venta de huevos. Ninguno sabía que dentro estaba Amanda encontrando un saludable olor a granja, pero no a Rosie. Los Mudd, propietarios de esas tierras, ya no llevarían nunca más a la caseta huevos recién puestos.

Clay lo veía todo como borroso, verde, un verde tupido, húmedo, frondoso, amenazador, inútil, inerte, encrespado e indiferente.

—Vi a alguien. La última vez que salí.

George no le prestó atención.

—Has dicho que te perdiste, ¿no? Pues presta atención. En la guantería hay lápiz y papel. Dibuja un mapa. Al salir del camino hemos girado a la derecha, y ahora acabo de girar a la izquierda. Detrás de esa colina volveremos a girar a la derecha.

Estaba haciendo planes para posibles imprevistos. ¿Y si se separaban? ¿Y si...? Las posibilidades eran infinitas.

Clay abrió la guantería, donde había un bloc y un lápiz, junto al manual del coche, los papeles del seguro y la matrícula, un paquete de servilletas de papel y un kit muy básico de primeros auxilios. Orden, preparación y pulcritud. En la vida de G. H. y Ruth todo funcionaba como una máquina maravillosamente engrasada. ¡Qué suerte tenían los ricos!

—Había una mujer. En la carretera. Me paró. Hablaba en español.

—¿Viste a alguien? ¿Ayer, al salir? —¡Qué absurdo, que fuera ayer! G. H. intentó calcular qué día de la semana era, pero no lo consiguió—. ¿Y por qué no lo contaste?

—Estaba... estaba al lado de la carretera y me paró con la mano. Estuve hablando con ella. Bueno, lo intenté. —Clay sabía que su hijo estaba escuchando. ¡Qué horror avergonzarte frente a tu propio hijo!

—Te preguntamos qué habías visto... —George estaba irritado. Necesitaba toda la información antes de poder decidir qué hacía.

—Iba vestida de criada, creo... Con un polo, un polo blanco. Pensé que... No sé, no la entendía. Hablaba en español. No sé qué dijo. Habría usado el traductor de Google, pero no se podía y luego... —No sabía si podía decirlo en presencia de Archie.

G. H. pensó en Rosa, que tenía la casa ordenada, cuyo marido

cuidaba el seto y cuyos hijos a veces jugaban en silencio mientras sus padres trabajaban en pleno calor estival fingiendo no ver la piscina a pesar de que una vez Ruth le había dicho a Rosa que los niños podían bañarse sin ningún problema. Ni lo habían hecho ni lo harían nunca. Eran incapaces. ¿Sería ella la mujer?

—¿Hispana, dices?

Archie escuchaba, pero lo entendió. Él no sabría qué habría hecho; sabía que era absurdo pretender que una persona supiese lo que haría en un momento así.

—La dejé plantada. No se me ocurría qué hacer. No sabía qué pasaba. No sabía que estaba ocurriendo algo.

Clay nunca podría haberse imaginado nada tan concreto como los pájaros inexplicables y los dientes caídos. ¿Y si justo entonces Rose estaba caminando por el arcén y pedía ayuda a un conductor? ¿Por qué iba a hacerlo? Clay no tenía ni idea de lo que pensaba su hija.

—Bueno, da igual. —G. H. no creía que la moral fuera un examen, sino un conjunto de interrogantes que cambiaban sin cesar—. Fíjate bien. Dibuja un mapa que luego puedas interpretar. Ve tomando nota de lo que hacemos.

—La dejé plantada. Necesitaba ayuda, como nosotros.

¿Sería el karma? Clay estaba convencido de que el universo era indiferente y lo más probable era que tuviese razón, pero tal vez no; tal vez fuese algo matemático.

—Es lo que vamos a buscar, ayuda. ¿Ves esta curva? Pues justo al otro lado hay una granja, la de los McKinnon. Es un punto de referencia.

Se hacía raro intentar verlo todo con nuevos ojos. G. H. nunca pensaba en esas carreteras. Eran suyas, sin necesidad de verlas. Allí él y Ruth estaban en casa, pero al mismo tiempo no. Él no conocía a los McKinnon ni sabía si aún tenían alguna relación con la granja que portaba su nombre. Al formalizar la compra de la casa, Ruth y él no habían ido a presentarse a los vecinos. ¿Cómo habría sentado ver a unos desconocidos negros con un coche de ochenta mil dólares? Vivían enclaustrados. Ni siquiera les gustaba pasar por el supermercado o la gasolinera, tensos, llamando la atención. ¿Necesitaría un arma en los días que se avecinaban? Nunca había creído en ellas. ¿Los ayudaría en algo el dinero en efectivo de la

caja fuerte del armario del dormitorio principal?

Clay trazó unas rayas en el papel, indescifrables en cuanto levantó el lápiz. No lo hacía de corazón. Su corazón estaba en el asiento trasero. Su corazón estaba dondequiera que estuviera Rose.

—No lo entiendes. —No se interponía nada en su visión y los campos se extendían hasta donde se perdía la vista, ondulantes, irritantes, obstinados—. No supe qué hacer. Sin mi móvil no valgo para nada. Me convierto en un inútil. Mi hijo está enfermo, mi hija ha desaparecido y ahora mismo, en este momento, no sé qué tengo que hacer. No tengo la menor idea. —Intentó recuperar la compostura, con los ojos horriblemente llorosos. Contuvo el sollozo como si retuviese un eructo. ¡Qué pequeño era!

La zona no inspiraba confianza a George. De sufrir un infarto, pagaría los tres mil dólares que costaba el traslado en helicóptero a Manhattan, donde se aceptaba la condición humana de los negros. Por muy bonita que fuera la región, a sus ojos dejaba mucho que desear. La población era desconfiada, con una combinación de resentimiento y dependencia respecto a los ricos, los de fuera. Rezaban para que, en el fin de los tiempos que se avecinaba, Mike Pence fuera un intercesor con lo divino. Estaba estudiado que muchos médicos y enfermeras tenían la convicción de que los negros «aguantaban» y se reservaban los opioides paliativos.

—Yo sí sé qué hacer.

Clay no podía decir en voz alta que no creía que el médico pudiera darles nada. Había metido los dientes de su hijo en una bolsa de plástico con cierre. La tenía en el bolsillo izquierdo y la iba palpando como un rosario truculento.

—Quizá en el hospital puedan explicárnoslo todo.

—Antes tenemos que hacer una parada. Vamos a casa de Danny.

—¿A casa de quién?

George no podía explicar su fe en que, si alguien podía entender lo que pasaba, si alguien podía tener, si no una solución, sí una estrategia, ese alguien era Danny. Estaba hecho de esa pasta. Si iban a verlo y le decían que había desaparecido la niña o que el chico estaba enfermo o que por la noche tenían todos miedo de los ruidos, Danny, como el mago de Oz, podría concederles la salud y un salvoconducto.

—De Danny, que era nuestro contratista. Es vecino y también

amigo.

El día parecía de lo más normal.

—Tenemos que llevar a Archie al hospital.

—Y lo llevaremos. Diez minutos. Pararemos diez minutos. Te digo que Danny nos ayudará. Tendrá una idea.

Clay debería haberse resistido; lo tenía muy claro, pero lo único que hizo fue encogerse de hombros.

—Si tú lo dices...

—Sí.

Así se había construido George su vida. Todos los problemas tenían soluciones y Danny tendría información. También podía servirles de ejemplo. George y Clay podrían volver, arremangarse las camisas y proteger a sus seres queridos.

—No hay nadie.

Clay se preguntó si volverían a ver a la mujer de la otra vez. Mientras él y su familia pasaban la noche muy juntitos en la comodidad de la cama extragrande, con sus bonitas sábanas manchadas de semen, esa mexicana (si es que era mexicana) había pasado la noche... No tenía la menor idea.

—No está tan cerca de la playa como para tratarse de una casa de playa. De una granja tampoco porque no queda dentro de ninguna finca agrícola. De una casa histórica tampoco porque no es especialmente antigua. De lujo tampoco porque no es del todo nueva ni está equipada a la última. Sólo un sitio tranquilo en el culo del mundo, un sitio donde estar aislados, tranquilos y cómodos. —¿No se habían ganado el privilegio de distanciarse un poco de los pobres y los ignorantes, de la chusma?—. Aunque en el fondo es una ilusión. Está a pocos minutos de todo. A pocos kilómetros en esta dirección hay tiendas, un cine, la autovía, gente... Un cine y un centro comercial. Y el mar.

—Sí, estuvimos allí.

—Un Starbucks.

—Paramos.

—Todas las comodidades. Estar solos, pero no del todo. Es la idea. Lo mejor de los dos mundos.

—No se ven coches. ¿Tú has oído algún avión? —Clay renunció a la expectativa de reconocer los árboles, las curvas y las cuestas—. ¿O un helicóptero o una sirena?

Estaba claro que tendrían que aprender una manera nueva de moverse por un mundo nuevo.

—No, no he oído nada.

Archie escuchaba en el asiento trasero. Miraba por la ventanilla, pero sólo veía el cielo. Pensó en Rose y en los ciervos que había visto sin saber que ya se habían alejado mucho durante la noche.

La exhalación de G. H. era significativa. La edad te volvía más paciente.

—Todo es distinto. ¿Estás tomando nota?

Clay miró el mapa que había hecho. Resultaba ilegible, inútil. O sea que como cartógrafo también era un fracaso. Te decías que estarías en sintonía con un holocausto en la otra punta del mundo, pero no era cierto. La distancia lo volvía irrelevante. Tampoco había tanta conexión entre la gente. Ocurrían atrocidades sin fin, pero nunca te impedían salir a tomarte un helado ni celebrar los cumpleaños ni ir al cine ni pagar impuestos ni follar con tu mujer ni preocuparte por la hipoteca.

—Sí, estoy tomando nota.

G. H. estaba convencido.

—Danny sabrá algo.

Ruth abrió la puerta de la caseta. Los goznes chirriaron, pero Amanda se quedó callada.

—Venga, mujer.

Ruth no quería ser esa persona, la compañera servicial, la secundaria. Ella también había perdido a su hija. ¿Quién iba a ayudarla a encontrar a sus nietos? ¿Quién la sostendría?

—Dónde está Rose, dónde está Rosie. ¿Qué vamos a hacer?

Amanda estaba sentada en un cubo vuelto del revés.

—Venga, levántate y sal, que aquí al menos hay luz.

Dentro el aire estaba muy cargado.

Salieron las dos. El sol ya se imponía. Ruth miró el temporizador del móvil: habían pasado once minutos. George volvería en cuarenta y nueve. No era tanto. Podía desmenuzarlos en segundos y contarlos en voz alta, como una vigilia. Oiría el ruido del coche en la grava y volvería a verlo.

—Así está mejor —dijo. Era verdad. El aire fresco contenía algún tipo de promesa—. Se han llevado a Archie. Volvía a encontrarse mal.

Amanda no podía pensar también en eso.

—Hemos trazado un plan. Una hora. Lo llevarán y George volverá a buscarnos a ti, a mí y a Rose.

—¿Vamos al bosque del fondo? ¿Caminamos hasta la carretera? ¿A cuánto está? ¿Se va por aquí? —Amanda señaló hacia un punto nebuloso, pero no estaba segura de hacia dónde.

—La carretera es por ahí. ¿Crees que es por donde puede haberse ido? —Ruth no le veía ninguna lógica. No se le ocurría ninguna razón para que la niña renunciase a la seguridad de la casita de ladrillo.

—¡No lo sé! No sé por qué iba a irse. No sé adónde se podría haber ido.

Amanda era incapaz de decirlo, pero ¿y si la niña no se había ido, sino que ya estaba muerta en algún sitio de la casa? Lo de JonBenét Ramsey comenzó como la búsqueda de una niña desaparecida, pero su cadáver estaba en el sótano desde el principio. Por cierto, ¿quién mató a JonBenét Ramsey? No se acordaba.

—Venga, vamos adentro y hacemos otro recorrido por la casa.

Ruth tuvo una visión horrible: la niña en el aseo de la entrada lateral desdentada y medio desmayada.

—¡Rose!

Amanda chilló. La respuesta del día fue el silencio. Fuera no encontrarían nada.

—Vamos a buscar dentro. Vamos a ser metódicas. —Ruth necesitaba que encontrasen sentido a las cosas.

Apretaron el paso desplazando la grava del camino. Las finas suelas de goma del calzado de Amanda le hacían notar hasta la última piedra. Ruth era mayor, y no podía ir tan deprisa, pero lo hizo. Tenían algo urgente entre manos.

—Vamos dentro. —Amanda lo dijo como si fuera idea suya—. Puede que se haya escondido.

No tenía por qué, pero a saber. Celos de su hermano, por acaparar la atención. Una lectura absorbente. Pocas ganas de volver a casa.

—¿Tú crees que habrán llegado al hospital?

—Aún es pronto, pero están de camino.

Ruth entró en la casa por la puerta lateral y abrió el trastero donde guardaban unas cuantas botas de agua, el derretidor de hielo químico para los escalones, una de las dos palas anchas de plástico que usaban para quitar la nieve y una bolsa vieja de lona con otras dentro. Rose no estaba.

—Van para allá. No les pasará nada. —Amanda se estaba convenciendo.

—George dejará a Clay y a Archie, para que los atienda el médico, y luego vendrá directamente a buscarnos.

—¡No pienso irme sin Rosie! —Amanda abrió la puerta del aseo: nada.

—No, claro, el plan es ése, que vuelva a buscarnos a las tres. —Era lo más sensato.

—¿Y luego qué? ¿Nos vamos? ¡Pero si no hemos acabado de hacer el equipaje! —Necesitaban sus cosas.

—Volveremos. Nos ocuparemos de Clay y de Archie y después ya no sé.

Ruth habría querido decir: «No necesitáis vuestras cosas. Nos tenéis a nosotros. Nos tenemos los unos a los otros.»

—¡Rose! —El nombre no hizo más que caer en la casa vacía. El único ruido eran las exhalaciones de los electrodomésticos, que ellas dos, de todos modos, ya no oían—. ¿Y luego qué? ¿Qué dirá el médico? ¿Qué hará el médico? No sé ni si Clay se ha llevado los dientes, al final. —Los habían metido en una bolsita de plástico. ¡Qué macabro! ¿Un dentista se los volvería a incrustar en las mandíbulas?

—Luego ya no sé.

—¿Nos iremos a casa? ¿Volveremos aquí? —Ninguna de las dos opciones tenía sentido.

Ruth abrió la puerta de la despensa. No era un sitio donde pudiera esconderse una niña de trece años.

—¡No lo sé! —Estaba gritando. También Ruth se había enfadado—. No sé qué haremos. No me lo preguntes como si tuviera a mi disposición una respuesta que no tienes tú. No sé qué haremos.

—Sólo quiero saber qué coño va a pasar y cuál es el puto plan. Quiero saber que encontraremos a mi niña y que nos meteremos las tres en el puto coche ese tan caro que tenéis y que iremos al hospital y que el médico me dirá que mi niño está bien, que estamos todos bien y que podemos irnos todos a casa.

—Ya, ya lo sé, pero ¿y si no es posible?

—Lo único que quiero es alejarme de una puta vez de aquí y de vosotros y de lo que esté pasando... —Amanda la odiaba.

—¡Nos pasa a todos! —Ruth estaba rabiosa.

—¡Ya sé que nos pasa a todos!

—A ti te da igual, ¿verdad, que esté yo aquí y mi hija en Massachusetts...? —Ruth sentía el abrazo fantasma, las cuatro dulces manos de sus nietos.

—No me da igual, pero es que no veo que pueda hacer nada. Mi hija está en... ¡No sé dónde está mi hija!

—Para de gritarme.

Ruth se sentó al lado de la cocina y levantó la vista hacia el globo de cristal de la lámpara, el que se había roto cuando habían pasado por encima los aviones (que ella no sabía que eran aviones). ¿Por qué no entendía esa mujer que por muy mala suerte que tuvieran también eran afortunados? Ruth deseaba dormir en su propia cama, pero además quería que se quedaran esos individuos.

—Lo siento. —¿Era sincera? Daba igual—. ¡Rose! —Amanda miró a la otra mujer y lo entendió: no podían irse de la casa. No podían regresar a Brooklyn. Lo que podían era ir al médico, pasar por el supermercado a lo sumo y volver para esconderse y esperar lo que viniera. Lejos de ser una desconocida, esa mujer era su salvación—. Lo siento. Sólo quiero a mi hija.

—Yo también quiero a mi hija.

Ruth oía la voz de Maya, el dulce timbre de su infancia. No podía resignarse a lo que se le pedía. Ella lo que quería era saber que su hija y sus nietos estaban sanos y salvos, pero, claro, nunca lo sabría. Nunca se sabía. Exigías respuestas, pero el universo te las negaba. La comodidad y la seguridad eran meras ilusiones. El dinero no significaba nada. Lo único que significaba algo era eso: gente en el mismo sitio, junta. Era lo que les quedaba.

—¡Rose!

Amanda no se sentó porque no podía. Volvió al salón, entró en el cuarto donde dormía Archie, cruzó el baño donde se había vaciado la bañera y pasó al cuarto donde había dormido Rose. Se puso de rodillas en el suelo para mirar debajo de la cama, donde no había nada, ni siquiera polvo. Luego volvió al baño, tapó bien el desagüe y empezó a llenar la bañera.

Irrumpió en el salón.

—Lo siento. Perdona que te haya gritado. Perdona por ser tan horrorosa. Es que quiero encontrar a mi hija. No sé por qué te he gritado. Sé que lo entiendes, pero es que quiero encontrar a mi hija. Estaba aquí mismo... No entiendo qué pasa. —Tenía ganas de abrazarla, pero no podía.

Ruth lo entendía, sí, y como ella todo el mundo. Era lo que querían todos, estar a salvo. Era lo que se les escapaba a todos, a todos sin excepción. Se levantó. De acuerdo, buscaría a la niña o su cadáver si estaba muerta. Haría lo que había que hacer. Haría lo humano.

Amanda abrió las puertas del porche de atrás y miró en la piscina. Gritó al bosque el nombre de su hija. Los árboles se movieron un poco con el viento, pero aparte de eso no pasó absolutamente nada.

Ni siquiera parecía el camino de una casa, pero al cruzar un bosquecillo se ensanchaba y luego estaba pavimentado. Había césped, que de lejos parecía muy cuidado, aunque en realidad crecía libre, febrilmente. Desde la distancia, el verde deslumbraba tanto que dabas por supuesto que sólo podía ser obra del hombre. Había una valla y detrás la casa colonial, un eco, un sucedáneo del primigenio ideal americano, con siete dormitorios, bañeras con hidromasaje, encimeras de granito y climatización centralizada.

George se quedó más tranquilo al ver el Range Rover plateado. Danny estaba en casa. Habían hecho bien en ir. Empezó a decir «vamos», pero Clay ya había bajado del coche, señal de que su necesidad era igual de apremiante.

—Archie, tú quédate aquí, no te levantes.

El muchacho alzó la vista hacia el hombre mayor. Vio que el cielo estaba más azul y que sería un día perfecto para comer fuera, aunque no sabía muy bien qué podría comer él con su boca sin dientes.

—Vale, espero.

La puerta principal era de un amarillo alegre y chillón, como había visto Karen, la mujer de Danny, en una revista. G. H. llamó al timbre. Estuvo a punto de dar golpes en la puerta, pero se impuso paciencia. No era cuestión de presentarse como un perturbado. Quizá el mundo se hubiera vuelto loco, pero ellos, no.

Danny y Karen habían pasado una noche tan inquieta como los demás: en la cama familiar y en medio Emma, de cuatro años, mientras se iba apagando el estruendo en el cielo. Karen, casi catatónica de tanto pensar en su hijo Henry, que estaba en casa de su padre, en Rockville Centre. No funcionaban los teléfonos. El niño estaba muy apegado a su madre, y ella lo sabía; los dos lo sabían, y seguro que en ese preciso instante Henry rogaba infructuosamente

estar con ella. ¿Lo metería su padre en el coche y lo llevaría a casa? Karen se esforzaba por creer que sí, pero entre sus diferencias irreconciliables se contaba la incapacidad de él de comprender los deseos de ella. Danny estaba en la cocina, haciendo inventario de lo que tenían a mano, y lo irritó la interrupción. Se le notó al abrir la puerta.

—George —dijo al reconocerlo, pero sin calidez.

Era muy guapo. Siempre era lo primero que llamaba la atención. Se le había dorado la piel de pasar mucho tiempo expuesto al sol. Una predisposición genética le había salpicado de canas el pelo castaño. De hombros anchos y pies bien plantados en el suelo, tenía un porte muy seguro de sí mismo porque era guapo y en consecuencia adoptaba la postura de quienes lo saben. Se ofrecía al mundo y el mundo le daba las gracias. Estaba sorprendido, pero a la vez no tanto.

—Danny.

G. H. no había planeado lo que ocurriría después, pero la mera visión de otro ser humano comportaba cierto alivio. Qué lejos parecía la velada del concierto, dando apretones de manos y elogiando a los intérpretes...

Al verlo, Danny se acordó del trabajo, donde se limitaba a sonreír, tranquilizar a la gente, dar órdenes a cara de perro y cobrar un cheque, nada que ver con su vida real: la mujer que estaba arriba, leyéndole un libro de dragones a una niña asustada, pero indiferente. Después de ver la alerta en el móvil, Danny había salido en busca de víveres y de noticias, pero había vuelto con comida y poco más.

—¡Qué sorpresa!

G. H. se dio cuenta de que había calculado mal. Entendió la actitud de Danny. Debería haber sabido que lo que siempre había pensado de la gente era verdad y que el orden social había permitido que la mayoría se convenciera de que no eran animales sociales.

—Perdona que te moleste así en tu casa.

La mirada de Danny pasó de G. H. al desconocido que lo acompañaba. ¿George le había caído bien alguna vez? La verdad era que no, pero daba lo mismo. Ésa no era la cuestión. No tenía ninguna importancia. Tampoco le caía bien Obama. Era sólo por la

arrogancia, la presunción, lo de chocar los puños, la campechanía. Lo vivía como una ofensa, una burla del mundo tal como lo entendía él.

—¿En qué... en qué puedo ayudaros? —Dejó claro que estaba en horas libres y que no tenía intención de hacer nada por el prójimo.

G. H. sintió nacer una sonrisa táctica de vendedor.

—Es que está sucediendo algo. —Tonto no era—. Estábamos cerca y se me ha ocurrido pasar para saber si estabais. Y si estabais bien. Si habíais oído algo.

Danny se giró a mirar la casa por encima del hombro, más allá de la voluta de la barandilla, y vio girar motas de polvo en la luz matinal que entraba por las ventanas de doble altura del salón. Lo veía todo como tenía que estar, pero no se fiaba. No se fiaba de nada. Se acercó a los dos hombres y cerró la puerta.

—¿Oído algo? Aparte de lo de ayer, querrás decir.

—Hola, me llamo Clay.

Era lo único que se le ocurría. Clay se preguntó si el tal Danny estaría dispuesto a acompañarlos por el bosque hasta que localizaran a Rose. ¿Tendría medicamentos para Archie? ¿Tendría conexión de internet? ¿Les abriría las puertas de esa casa tan bonita, del tamaño de un hotel? ¿Sería como una fiesta? Y, en tal caso, ¿había piscina? Se imaginó que las mujeres habían encontrado a Rose jugando en la sombra del bosque. Se imaginó que Archie se encontraba mejor y que el problema había sido un virus estomacal pasajero. Quizá no necesitasen nada de ese hombre y estuviera todo bien. Tal vez se limitaran a saludar, lamentar las circunstancias y preguntar si el ruido (¿cuándo había sido?) le había roto alguna ventana.

Danny continuó hablando.

—Me sorprende que hayáis salido.

—¿Por qué lo dices?

G. H. estaba intentando sonsacarle lo que fuera.

—¿Que por qué lo digo? —La risa de Danny fue brusca y avinagrada—. Pues porque está pasando algo muy gordo, George. ¿No lo sabías? ¿Qué pasa, que desde esa casita tan mona no se oye? Mis hombres trabajaron bien, pero estoy seguro de que ayer lo oíste.

—Mi familia tiene alquilada la casa de George. Hemos venido de

la ciudad.

Clay no sabía por qué intentaba dar explicaciones. No entendía que Danny se mostrara tan poco cordial.

—Pues ha tenido suerte tu familia. —Danny ya sabía que era de la ciudad; estaba claro, pero le dio igual—. ¿Te imaginas la que se habrá montado?

—¿Qué sabes? ¿Has oído algo? —preguntó George.

—Supongo que lo mismo que vosotros. —Danny suspiró de impaciencia—. Vi que Apple News decía que había un apagón y pensé: vale, aquí no hay peligro. No funcionaban ni el teléfono ni la tele, pero había corriente. Total, que fui al pueblo a comprar un par de cosas. Pensé que en el súper no se cabría, pero qué va, estaba casi vacío. Nada que ver con la víspera de una nevada, más bien como cuando ya ha caído un palmo. Nadie sabía qué pasaba. Era un día como cualquier otro. Volví a casa, oí el ruido y pensé: de aquí no nos vamos. Luego, esta noche, otra vez el ruido. Tres veces. ¿Bombas? ¿Misiles? No sé, pero no pienso moverme mientras no me digan lo contrario.

—Fuiste al súper. —George quería tenerlo claro.

—Sinceramente, me sorprende que estéis fuera. No moverse me parece de sentido común.

—Mi hijo está enfermo. —Clay no sabía cómo explicar que por alguna razón a su hijo de dieciséis años se le habían caído los dientes. No tenía sentido—. Ha estado vomitando, aunque ahora parece que se encuentra mejor.

Clay mantenía la esperanza.

G. H. lo interrumpió.

—Se le han caído los dientes. Cinco. Así, como si nada. No nos lo explicamos.

—Los dientes. —Danny se quedó un momento callado—. ¿Creéis que ha tenido algo que ver con el ruido?

No sabía que en la boca de Karen, su mujer, también se habían aflojado los dientes y que muy pronto se le desprenderían.

—¿A ti se te han agrietado las ventanas? —preguntó George.

—La puerta de la ducha, la del baño principal. —A Danny le parecía obvio—. Algo ha sido, seguro que un avión. Como no creo que estén informando, doy por hecho que es una guerra, el principio de una guerra.

—¿Una guerra? —Por alguna extraña razón, a Clay no se le había ocurrido, y casi le pareció decepcionante, un chasco.

—Digo yo que habrá sido un ataque, ¿verdad? En la CNN habían estado hablando del superhuracán. Los iraníes o quien sea... lo han planeado bien. Un follón de cojones.

Danny había visto imágenes en directo de un presentador local de Washington que iba en una barca para enseñar que el Memorial de Jefferson se había llenado de agua.

—¿Tú crees que nos están atacando? —G. H. no, pero quería oírlo.

—Estaban diciendo que había rumores. Pues sólo podían ser sobre esto. —A Danny le parecían lastimosos quienes no veían la obviedad.

Ese hombre era un teórico de la conspiración. Estaba loco. Clay era profesor.

—¿Rumores? ¿Qué pasó en el supermercado? Nosotros tenemos que ir al hospital.

—Hay que leer todo el periódico, no sólo la primera página. Los rusos han retirado a todo su personal de Washington. ¿Os fijasteis? Salió en negrita y le dedicaron una última hora. Algo pasa, tío. —Danny tosió y se metió las manos en los bolsillos.

—Nosotros vamos a ir al hospital. —A pesar de repetirlo, Clay ya no estaba tan seguro.

—Eso es asunto vuestro. Yo de aquí no me muevo. —Danny quería que se fueran.

—¿Es lo que piensas, Danny? —G. H. le había dado la vuelta a la tortilla.

—Ahora mismo no es que nada tenga mucho sentido. Aunque el mundo no tenga sentido, yo puedo seguir haciendo lo que me dicta la razón. Salir es peligroso. —Danny señaló con la cabeza la nada que los rodeaba; todo parecía igual, pero a él no lo engañaban.

—Archie está enfermo. —Clay necesitaba una respuesta.

George comprendió que Danny hubiera cerrado la puerta a su espalda. Él esperaba la comunión humana, aunque había olvidado la auténtica naturaleza humana.

—Me ha parecido que era lo que debíamos hacer, buscar atención médica.

Danny no sonreía.

—Eso era antes, George. No tienes las ideas claras.

—Mi hija ha desaparecido. Esta mañana, cuando nos hemos despertado, ya no estaba. Cuando oímos el ruido, ella y su hermano estaban jugando por el bosque. Luego, anoche, lo de los dientes de él. —Clay no sabía cómo terminar una historia tan absurda y tortuosa—. No sé qué hacer. —Le salió como una confesión.

No es que Danny no lo sintiera, pero tampoco podía pensar en todo al mismo tiempo.

—Es tu hijo. La decisión es difícil.

—Tiene dieciséis años. —«Ayúdanos», decía Clay a su manera.

«No hay ayuda», decía Danny. No habían entendido qué tipo de persona era. No habían entendido a la gente.

—Tú no sé qué vas a hacer, pero yo por mi hija haría lo que hiciera falta. Por eso lo que voy a hacer es cerrar las puertas con llave, sacar la escopeta, esperar y vigilar.

¿La mención a la escopeta había sido una amenaza? G. H. la entendió como tal.

—No deberíamos ir al hospital.

—Yo no os puedo dar ninguna respuesta, lo siento. —La disculpa era más que nada un instinto recordado, aunque Danny sí que lo sentía, por ellos y por todos. Les dio toda la información que tenía—. Ayer vi ciervos desde la cocina.

G. H. asintió con la cabeza. Por esa zona los había en todas partes.

Danny lo aclaró.

—No unos cuantos, en plan una familia, ¿eh? Toda una migración o una estampida. Nunca había visto tantos en mi vida. ¿Cien? ¿Doscientos? No se podían ni contar.

Eran más. La vista no podía abarcarlos a todos ni distinguirlos entre la penumbra de los árboles. Los únicos que tenían una idea de cuántos ciervos había en el condado era los expertos en esa materia: unos treinta y seis mil. No eran los que había visto Rose, pero iban a reunirse con ellos. Un desplazamiento masivo. La respuesta a un desastre. El indicador de un desastre. Una catástrofe en pleno desarrollo.

A Clay le dieron ganas de decirle que la noche anterior habían visto una bandada de flamencos, pero habría parecido una competición de rarezas.

—Los animales saben algo —añadió Danny—. Están asustados. Yo no sé qué pasa ni cuándo lo averiguaremos. Igual no hay más. Igual es lo máximo que llegaremos a saber. Igual se trata de esperar, no arriesgarse y rezar o lo que le funcione a cada uno.

Ellos también eran animales. Era su reacción animal.

Clay tenía la impresión de que llevaban una hora hablando.

—Le has dicho a Ruth que volverías.

—Tenemos tiempo.

G. H. cumpliría su promesa.

A Danny le pareció que no servía de nada seguir así.

—Chicos, voy a entrar. Me despido y os deseo buena suerte.

—Dijo lo último en serio. A todos les hacía falta—. Si volvéis a salir... si... en fin, si queréis pasar, por mí encantado, pero aparte de conversación no puedo ofreceros mucho más. Ya me entendéis.

George tenía la sensación de haber hecho el tonto. Era obvio que Danny iba a reaccionar de esa manera, sin andarse por las ramas. No eran amigos y la situación era excepcional incluso si lo hubieran sido.

—Bueno, pues nada...

Danny les dio un consejo.

—Yo de vosotros subiría al coche y volvería a casa. —Marchaos y dejadme en paz—. Es lo único que os puedo decir. Meteos en casa, cerrad la puerta con llave y... —Más allá de eso no tenía ningún plan—. Llenad la bañera. Haced reservas de agua. Mirad cuánta comida tenéis y si estáis bien abastecidos.

—Sí, creo que es lo que haremos. —G. H. tenía ganas de volver a estar entre sus amenidades.

Danny asintió como si proyectara la mandíbula, con aire autoritario, y tendió la mano. Su apretón fue tan firme como siempre. Entró sin decir nada más. No cerró con llave, pero se quedó al otro lado para asegurarse de que se marchaban.

Dentro del coche, Archie se incorporó. Tenía mejor cara o la misma que antes. Parecía débil o fuerte. Ese momento era lo que más contaba.

Se quedaron un minuto o dos o tres con el motor en marcha. Fue Clay quien rompió el silencio.

—George, ¿qué hacemos?

G. H. había sido un ingenuo. La gente decepcionaba. Lo haría

mejor. Seguirían siendo buenos, amables, humanos, buena gente; seguirían juntos y a salvo.

—Señores, al hospital no creo que podamos ir. ¿Estamos de acuerdo? No creo que podamos ir.

Archie lo entendió. Lo había oído todo.

—No me va a pasar nada. Para mí es mejor no ir.

Clay lo dijo.

—Yo me quiero ir a casa. ¿Podemos ir a casa? Vámonos a casa. No queda lejos. Estamos tan cerca... Vamos.

Se refería a la de George, naturalmente, así que fueron, y estaban de vuelta mucho antes de que la alarma del móvil de Ruth les indicase que había pasado una hora. Menos de una hora y todo había cambiado.

Rose se había despertado convencida. En eso consistía ser niño, aunque por otra parte tenía una misión. Su vista se aguzó: mesita de noche, lámpara de porcelana verde, una foto enmarcada que aún no se había molestado en mirar, su propio pie saliendo pálido de entre las sábanas, una luz color sorbete disuelta en la pared... Bocas fofas y húmedas, hombros rosados, pelos enredados: un día más, y todos eran un regalo. Se desprendió de su familia y bajó a la alfombra. La hija pequeña estaba acostumbrada a pasar desapercibida.

Salió de la suite porque no quería despertarlos. Al ser una niña nadie la tomaba en serio, pero no era idiota. El ruido de la noche era la respuesta que sus padres habían fingido no esperar, pero Rose había leído libros, había visto películas y sabía el final que tendría la historia; sabía que no había que ceder al pánico, aunque sí prepararse. En el baño contiguo a su cuarto hizo pis y tardó mucho. Se lavó las manos y la cara y, aunque no fue especialmente sigilosa (dejar que chocara la anilla del retrete, abrir el grifo, cerrar la puerta con más ruido del imprescindible), todo le daba una impresión furtiva.

Cordones bien anudados, un poco de repelente Off! en el tobillo, donde más despiadados eran los mosquitos, y agua. Aplicó su botella de plástico reutilizable al dispensador incorporado en la nevera. Peló un plátano y se oyó masticar con ruidos húmedos. El cubo de la basura estaba a rebosar: celofán arrugado, servilletas de papel sucias, rodajas de limón que a nadie se le había ocurrido poner a compostar... Casi no les quedaba nada de comer. Rose sabía que necesitaban cosas, pero no tanto como gente. Encontraría lo uno y lo otro en la casa del bosque. Metió una nectarina en su bolsa, donde iría chocando con el nailon barato y, cuando la sacara, estaría medio machacada. También metió un libro, que es algo que nunca sabes cuándo necesitarás.

Se acordaba. Adentrarse en el bosque sin cambiar de dirección, hasta allí, después justo por allá, luego un poco a la izquierda, luego recto, por debajo de los árboles y por aquella pequeña colina. Tenía una intuición que la vida urbana no había embotado. Un animal, humedad en los dedos de los pies forrados de lona, pasos apenas registrados por las hojas, sólo una protesta ínfima entre cantos de pájaros y brisa. Su cuerpo sabía que no había depredadores cerca.

Rose y Archie habían improvisado, pero también era posible que no lo hubieran hecho. Los niños saben algo, y el hecho de saberlo es tácito o inexpresable. Rose reconocía todos los indicadores: el bulto de tierra, el tronco mohoso, ciertas ramas caídas... Si hubiera mirado hacia atrás, como la mujer de Lot, quizá hubiese visto volar por los aires, rosado y colérico, a un flamenco. La verdad: habían llegado transportados por los vientos. Un viejo truco de la evolución. Unos lagartos, polizones en un tronco y arrastrados al mar como Noé y Emzara, podían tocar tierra en una nueva costa, donde se pondrían a lo suyo y sus descendientes devastarían el follaje autóctono. A los flamencos les daba tanta rabia como a los seres humanos recalar ahí, si bien tendrían que conformarse. Tendrían que ingeniárselas para encontrar algas. Anidaban una vez al año, pero no hacía falta más. Tal vez en mil generaciones la endogamia les hubiera dado un color nuevo, estrafalario (¿azul anticongelante de tanto beber agua piscinosa?), y ya fueran una nueva especie. Tal vez sólo quedarán ellos.

Rose iba cantando, primero mentalmente, después, sintiéndose intrépida o distinta o a tono o feliz, lo hizo en voz alta: una canción de One Direction, de esas que habrían provocado el sarcasmo de Archie, aunque en el fondo él también las disfrutara. Rose sentía una lucidez que era suya por derecho. Lo entendía. Cuando llegara a la otra casa podría contestar las preguntas que tanto parecían importar a los demás. Habría gente y alguna respuesta darían. En el peor de los casos, la familia de Rose no se sentiría tan sola.

La mañana era fresca, pero se notaba que más tarde haría calor. Las hojas que pisaba apenas estaban húmedas y las copas de los árboles eran muy densas. A un huso horario de distancia todavía era de noche, pero, bueno, era de noche en muchos sitios. Había gente que se suicidaba. Otros metían sus cosas en coches con la esperanza de alejarse un kilómetro o tres o quince o los que hiciera

falta para llegar adonde perdurase la seguridad. A otros se les había ocurrido cruzar la frontera sin darse cuenta de que las fronteras son líneas imaginarias. Otros no habían advertido ninguna rareza. En ciertas poblaciones de Nuevo México y de Idaho aún no había ocurrido nada, aunque era extraño que nadie consiguiera hablar con los satélites de arriba. La gente seguía acudiendo a trabajos que tarde o temprano no servirían para nada, actividades como vender plantas en macetas o hacer camas de hoteles. Los gobernadores declaraban estados de emergencia, pero no encontraban la manera de comunicarlos. A las amas de casa con hijos les daba rabia que Daniel Tigre no estuviera disponible. Algunas personas se empezaban a dar cuenta de lo ingenua que era su fe en el sistema. Otras intentaban mantener ese sistema. Otras se sentían justificadas por haber acopiado armas de fuego y esas pajitas con filtro que vuelven potable cualquier agua. Aunque ya hubieran pasado muchas cosas, faltaban otras muchas por pasar. El líder del mundo libre estaba aislado debajo de la Casa Blanca, pero no le importaba a nadie, y menos a una niña que iba por el bosque pensando en Harry Styles.

Rose no era valiente. Si los niños no apartan la vista de lo inexplicable es porque son demasiado pequeños para saber que conviene hacerlo. Los niños se quedan mirando al chalado del metro mientras los adultos bajan la vista y piensan en podcasts. Los niños hacen preguntas sin saber que se consideran de mala educación. ¿Qué es ese bulto que tienes en el cuello? ¿Te está creciendo un bebé dentro de la barriga? ¿Nunca has tenido pelo? ¿De dónde salen esos dientes plateados? ¿Aún habrá elefantes cuando sea mayor? Rose sabía qué era el ruido, pero nadie se lo había preguntado. Era el ruido de los hechos. Era el cambio que habían fingido no saber que se avecinaba. Era el final de un tipo de vida, pero también el principio de otro. Siguió caminando.

Rose era una superviviente y sobreviviría. Sabía por una especie de intuición (a menos que fuera simplemente la conexión humana) que estaba en minoría. Al sur, el río se había llevado las represas. La crecida llegaba a dormitorios de primeras plantas, y la gente subía a los desvanes y tejados. En Filadelfia, una madre primeriza en pleno parto (era niño y pensaba ponerle el nombre de su hermano, muerto durante una misión en Teherán) notó el peso del

bebé en su pecho justo cuando el hospital se quedaba sin suministro eléctrico, de modo que pareció que la causa del apagón fue el contacto entre sus pieles. Todos los bebés de la unidad de cuidados intensivos neonatales murieron en cuestión de horas. Los cristianos acudían a sus iglesias, pero también los no creyentes pensando que quizá sus piadosos vecinos estuvieran mejor preparados. (No era así, por desgracia.) En algunos sitios cundía el pánico por la comida y en otros se fingía que no. El personal de un restaurante salvadoreño de Harlem preparó una barbacoa en plena calle y repartió la carne gratis. La mayoría de la gente sólo tardaría veinticuatro horas en dejar de escuchar radios paleolíticas con la esperanza de comprender algo. Si era una prueba de fe, ellos tenían fe en su ignorancia. La gente cerraba a cal y canto puertas y ventanas, y jugaba a juegos de mesa en familia, aunque en St. Charles, Maryland, una madre ahogó a sus dos hijas en la bañera porque lo encontró mucho más sensato que una partida de parchís. Era un juego que no requería ni habilidad ni estrategia; su única enseñanza era que en la vida casi todo son ventajas inmerecidas o caídas devastadoras. Se necesitaba un valor inconcebible para matar a tus propios hijos. Pocas personas eran capaces.

Con humedad en el cuello, la frente y el labio superior (donde empezaba a salirle pelusa), Rose siguió adelante. A pocos kilómetros, la manada de ciervos que había visto Danny se encontró con otra (la unión hacía la fuerza) y se dirigía adonde le decía su instinto: un espectáculo increíble, como los búfalos en las praderas antes de que los blancos los mataran a todos. La gente de las casas de la zona no es que se lo creyera exactamente, pero era más crédula que hacía una semana. La siguiente generación de esos ciervos nacería blanca, como el unicornio de los tapices flamencos que nunca verían Rose y su familia. No era albinismo, como descubriría el único genetista que dio con la explicación, sino un trauma intergeneracional. Así era la vida. La vida era cambio.

Algunos vecinos de los alrededores subían a sus coches e iban hacia la ciudad. Como no había policía, aceleraban al máximo. En Brooklyn olía mal: contenedores refrigerados que se calentaban y se descomponían, basura que iba acumulándose en las esquinas, o donde fuera, y también el hecho de que los usuarios atrapados en el transporte público (el indigente bipolar, el secretario de prensa del

alcalde, los optimistas que acudían a entrevistas de trabajo concertadas por medio de Google) se fueran convirtiendo lentamente en cadáveres que nadie reclamaba.

Dentro del bosque, el aire era dulce y pútrido, como tiende a ser en verano. Rose se hacía preguntas. ¿Serían un padre, una madre y uno o dos hijos? ¿Serían blancos, como su familia, o negros, como los Washington, o indios, como la familia de Sabeena, o de Arabia Saudí o de Taipéi o de las Maldivas? ¿En Arabia Saudí, Taipéi y las Maldivas sabían lo que estaba pasando en Waycross, Georgia, donde cuarenta funcionarios de prisiones, el personal completo de una cárcel, habían dejado a quinientos hombres a merced de los elementos? Una libertad inesperada: el techo caído por exceso de humedad, cuerpos atrapados entre los escombros, para siempre entre rejas, salvo que sus almas hubieran salido... Ninguno de los cuarenta había creído que el viento y la lluvia pudieran deshacer lo que había hecho el hombre. Ninguno de los cuarenta derramó una sola lágrima por esos muertos. Se decían que era mala gente sin saber lo poco que importaba que te hubieras pasado la vida siendo bueno o malo.

Rose llevaba caminando una hora o toda la vida. Abrió la bolsa de plástico y dio un mordisco a la nectarina pocha. Cerca había un insecto volador que había detectado su dulzura. Rose se comió la pulpa blanca en uno, dos, siete, catorce mordiscos. Qué limpiamente se separaba la fruta del hueso. Los cuescos tenían algo milagroso. Lo dejó caer, rugoso y con surcos, esperando que con el paso de los años germinara allí un árbol.

No era tonta. No esperaba la salvación. Comprendía que solos no tenían nada. Entonces tendrían algo y sería gracias a ella. Vio el tejado a través del bosque, justo donde sabía que estaría.

¡Pero si la casa era igual que la de ellos! Le pareció que significaba algo, aunque en cierto modo todas las casas se parecen. Le dio ánimos ese eco de la casa de los Washington, como los balbuceos de los bebés, que tranquilizan porque suenan como si hablara alguien. Rose, valiente, rodeó la casa para dirigirse a la puerta principal. Recorrió todo el camino de ladrillos para las visitas y dio golpes firmes en la puerta, apretando el puño con seguridad.

Pisando la tierra, pero procurando no aplastar nada sembrado,

pegó la cara a la ventana. Un prado de papel de pared floreado, el óleo de un caballo marrón, un aplique de latón, el emplomado de una puerta cerrada y un espejo que sólo reflejaba su cara, su cara resuelta y optimista. No podía saber (ni sabría nunca) que los Thorne, la familia que vivía en la casa, estaban en el aeropuerto de San Diego sin poder viajar, debido a que se habían suspendido todos los vuelos nacionales a causa de una emergencia sin precedentes, como si hicieran falta precedentes. Los Thorne no volverían a ver nunca la casa, aunque Nadine, la matriarca, soñaría a veces con ella antes de sucumbir a su cáncer en uno de los campamentos que logró levantar el ejército en las afueras del aeropuerto. Su cadáver lo quemaron antes de dejar de tomarse esas molestias puesto que eran más los cadáveres que la gente viva para quemarlos.

Rose fue a la parte trasera de la casa y llamó a la puerta corredera de cristal. La habitación era distinta de la de los Washington, con muebles más macizos y madera más oscura. No se trataba de una casa pensada para complacer a los veraneantes, sino ajustada a los gustos de quienes vivían en ella. Quizá estuvieran apiñados en el sótano, esperando con armas de fuego. Quizá hubieran oído el ruido y se hubieran subido al coche para irse lo más rápido posible. Rose fue al garaje independiente y encontró cajas de cartón y herramientas colgadas en tableros, pero ningún coche. Lo que sí había era una barca dentro de una funda sucia de lona.

—No estáis en casa. —Lo dijo en voz alta aunque hablaba para ella.

Llamó al timbre y lo oyó al otro lado de la puerta, barata y hueca. No pensaba volver sin lo que había ido a buscar.

El macizo de flores que bordeaba la casa estaba marcado con piedras ornamentales. Rose se planteó tirar una a la puerta trasera, pero luego se fijó en que los cristales de al lado de la principal ya estaban agrietados. Retrocedió y arrojó la piedra. Los cristales se desparramaron por dentro de la casa, mientras la piedra volvía a aterrizar junto a sus pies. Fue un ruido breve. Lo siguiente que se oyó fue nada. Se bajó la manga de la sudadera para taparse la mano, cogió una piedra más pequeña, como si fuera una sartén caliente, y golpeó las puntas de cristal que se habían quedado

prendidas al marco. Luego metió la mano y encontró enseguida el pestillo. Así de fácil.

La casa olía a gato. Rose encontraría la comida para gatos, y el arenero, pero nunca al animal, que se había ido a hacer lo mismo que los otros animales. Encendió la luz, como una concesión a su miedo. Sabía que estaba sola porque es algo que se sabe. Aun así, entró en todas las habitaciones, abrió todos los armarios, recorrió las cortinas de ducha y se arrodilló para mirar debajo de las camas. Había un dormitorio con moqueta de color rosa y una cama con edredón de flores orientada para ver de frente las copas de los árboles. Había un cuarto de la tele con armarios llenos de juegos de mesa y puzles y un sofá modular con el televisor más grande que había visto Rose en su vida. Había un comedor donde se advertía el rastro de la aspiradora en una alfombra azul inmaculada, bajo una mesa pulida y lustrosa.

La nevera era una cacofonía de imanes, notas, recetas y postales de familias sonrientes y descalzas en la playa o posando ante follajes otoñales. La abrió. Dentro había más maravillas que en la de los Washington: aliños de ensalada, ketchup, un tarro de cristal de pepinillos, salsa de soja, una de esas latas de cartón que cuando se abren están llenas de masa de galletas... Había botellines de plástico con algún medicamento, una barra de mantequilla empezada y un poco de zumo de arándano blanco. En el escurridor había vasos limpios. Cogió uno.

Sentada junto a la encimera de la cocina vio el teléfono, el frutero con dos limones y los periódicos y el correo sin ordenar. Abrió un cajón de la cocina, que resultó ser el típico lleno de gomas elásticas, calderilla, una pila vieja, unas tijeras, unos cupones y una llave inglesa. En el aseo de al lado del pasillo admiró la bandejita de jabones moldeados en forma de concha.

Volvió al cuarto de la tele y la encendió. La pantalla estaba azul. Abrió el armario de debajo y encontró la PlayStation, decenas de estuches de plástico con juegos y decenas de deucedés. En su casa no tenían reproductor, pero en el aula sí, y Rose no era tonta. Se decidió por *Friends*. Tenían la serie completa. Era el episodio donde Ross fantasea con la princesa Leia.

Al oír la tele se sintió mucho mejor. Puso el volumen a tope para que le hiciera compañía mientras lo registraba todo: tiritas,

ibuprofeno, un paquete de pilas... Eran tesoros, pero le servirían como prueba. Había un dormitorio con las paredes azules, casi vacío. Se notaba que su morador adolescente se había ido de casa. Pensó que podía ser el de Archie. A ella no la molestaría quedarse con el de invitados, con su alfombra ovalada, tan formal, y sus cortinas recargadas de visillos. Al fin y al cabo, donde estás es tu casa. Es el lugar donde te encuentras.

No sabía que en ese momento su madre estaba sentada y en silencio en el interior de la caseta vacía de los huevos, con su olor aviar. Incluso al volver a ver a su hijo, Amanda tardaría cierto tiempo en recuperar la voz. Un shock. Más tarde vería de nuevo a su hija y seguiría sin poder hablar. Sólo tiritaría.

Rose se sabía el camino de vuelta: subir a la colina, bajar por el otro lado, atentamente, compensando los efectos de la gravedad, pasar junto a ese árbol que le sonaba y ese otro que también, luego el pequeño claro, con su rayo sagrado de luz... Una vez, en internet, había visto que los árboles aprenden a no estorbarse cuando crecen y se mantienen a cierta distancia de sus vecinos. Los árboles saben ocupar sólo la parte de tierra y cielo que se les ha asignado. Los árboles son generosos, diligentes. Quizá era ésa su salvación.

Volvería. Ya debían de haberla echado en falta. Se sintió un poco culpable por no haber dejado una nota, pero les enseñaría su bolsa, todo lo que había encontrado, y les hablaría de la casa en el bosque con reproductor de deuvedés, tres dormitorios muy bonitos, material de camping en el sótano e hileras de latas en la despensa. Sólo era una niña, pero aún quedaba algo en el mundo y eso era importante. Quizá sus padres llorasen por lo que no sabían y por lo que sí: que estaban juntos. Quizá Ruth vaciara el lavavajillas y G. H. sacase la basura y quizá empezara de verdad el día y si el resto (¿algo de comer, relajarse un poco en la piscina, los flotadores, leer una revista pendiente, probar a hacer el puzle?) no estaba claro, ¡qué le vamos a hacer! Si no sabían cómo acabaría aquello (con una larga noche, con más ruidos terroríficos procedentes del Olimpo, con bombas, con enfermedades, con sangre, con felicidad, con ciervos u otras criaturas mirándolos desde la oscuridad del bosque), pues, bueno, ¿no podía decirse lo mismo de cualquier día?

Agradecimientos

Estoy profundamente en deuda con las editoras de este libro (Helen Atsma, Sara Birmingham y Megan Lynch) y con sus compañeros de Ecco. También, como siempre, con Julie Barer y Nicole Cunningham. Me siento muy agradecido por la generosidad de Laura Lippman, Dan Chaon, Jessica Winter, Meaghan O'Connell

y Lynn Steger Strong. No es exagerado decir que esta novela no existiría sin David Land: David, espero muchos más años de vacaciones (dónuts, piscinas y pasteles los días de lluvia) a tu lado.



RUMAAN ALAM, que estudió creación literaria en el Oberlin College y reside en Nueva York con su familia, colabora en *The New York Times*, *New York Magazine*, *The New Yorker*, *The New York Review of Books*, *Bookforum* y *The New Republic*, revista de la que es editor adjunto. Es autor de las novelas *Rich and Pretty*, *That Kind of Mother* y *Dejar el mundo atrás*, un fenómeno editorial cuyos derechos de traducción se han vendido a veintitrés idiomas y del que se prepara una gran adaptación de Netflix con Julia Roberts y Denzel Washington como protagonistas.